

ALMANAQUE
DE
LA ILUSTRACION
PARA EL AÑO BISIESTO

DE
1880

ESCRITO POR LOS SEÑORES

ARANGO Y ESCANDON (D. Alejandro), BLASCO (D. Eusebio), CANO Y MASAS (D. Leopoldo),
CARPIO (D. Manuel), CASTELAR (D. Emilio), CASTRO (D. Adolfo de),
FERNANDEZ BREMON (D. José), FERNANDEZ DE LOS RIOS (D. Angel), FERNANDEZ DURO (D. Cesáreo),
LANDERER (D. José J.), LUSTONÓ (D. Eduardo), MADRAZO (D. Pedro de), NAVARRETE (Fr. Manuel),
NUÑEZ DE ARCE (D. Gaspar), PEON CONTRERAS (D. José), PESADO (D. J. J.),
PICON (D. Jacinto Octavio), REINA (D. Manuel), ROA BÁRCENA (D. José María),
ROSELL (D. Cayetano), SUAREZ (D. Pedro de Alcántara),
VALERA (D. Juan), VARONA (D. Enrique José), y VELARDE (D. José P.).

AÑO VII.



MADRID,
IMPRESA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOPLASTIA DE ARIBAU Y C.^a
(SUCESESORES DE RIVADENEYRA),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.,
calle del Duque de Osuna, número 3.

1879.

REVISTA

1881

Es propiedad de los editores. Queda
hecho el depósito que marca la ley.



ÍNDICE GENERAL.

TEXTO.	Páginas.	Páginas.
PRELIMINARES: Año religioso y santoral, por D. Pedro de Alcántara Suarez.	5	
Año astronómico.	6	
Las Estrellas, por D. José J. Landerer.	12	
ALMANAQUE LITERARIO.—Prólogo.	16	
Juan de Joanes.	17	
Alonso Sanchez Coello.	20	
Dominico Theotocopuli (<i>El Greco</i>).	23	
Jusepe de Ribera (<i>El Españoleto</i>).	26	
Francisco de Zurbarán.	29	
Don Diego Velazquez de Silva.	33	
Alonso Cano.	37	
Bartolomé Estéban Murillo.	41	
Juan Bautista Martinez del Mazo.	45	
Don Juan Carreño de Miranda.	49	
Claudio Coello.	52	
Don Francisco Goya y Lucientes.	54	
Va á venir (monólogo), por D. Eusebio Blasco.	58	
La Niña de Gomez Arias; leyenda, por D. José Velarde.	60	
Don Juan de Austria y Antonio Perez, por D. Adolfo de Castro.	65	
La vision de Fr. Martin (Witemberg, 15...), por D. Gaspar Nuñez de Arce.	76	
Las Cenizas de los Comuneros (capítulo de un libro inédito), por D. Cesáreo Fernandez Duro.	81	
Doña María de las Nieves, por D. José Fernandez Bremon.	88	
La Copa de oro (tradiccion), por D. Manuel Reina.	92	
Los diarios de Madrid leídos fuera de España, por D. Angel Fernandez de los Rios.	95	
Cuento de un gigante, por D. Leopoldo Cano y Masas.	106	
Las fiestas de mi pueblo, por D. Emilio Castelar.	110	
LA LIRA MEJICANA:		
El Rústico y el Monarca (romance morisco), por D. J. J. Pesado.	114	
Las Aves viajeras.—Temístocles.—El cólera morbo, por D. Manuel Carpio.	116	
La piedad divina, por D. Alejandro Arango y Escandon.	114	
Hernan Cortés, por D. José María Roa Bárcena.	116	
La Guerra civil, por D. José Peon Contreras.	116	
La Inmortalidad, por Fray Manuel Navarrete.	116	
De Pescadora á Duquesa, por D. Cayetano Rosell.	118	
Un recuerdo de viaje, por D. Jacinto Octavio Picon.	127	
La más negra, por D. Eduardo de Lustonó.	130	
Matrimonios prematuros; carta á D. L. P. S., por don Enrique José Varona.	135	
Gopa; diálogo filosófico en tres cuadros, por D. Juan Valera.	138	
		Páginas.
Don Cosme Damian Churruca.	15	
Madrid.—Interior del Museo del Prado.—Sala ovalada.	22	
Id. Id. Galería principal.	28	
Id. Vista exterior del Museo del Prado.	31	
Tipos nacionales.—Un labrador de la huerta de Murcia.	32	
Madrid.—Interior de la Basílica de Atocha.	39	
Id. Jardin Botánico.—Pabellon de Cátedras.	39	
Retrato del Príncipe Napoleon Eugenio Luis Bonaparte.	40	
Impresiones de un viaje artístico: Recuerdos de Sevilla.—(Del álbum de Martin Rico).	44	
Bandeja de acero damasquinado, por el artista español Sr. Zuloaga.	47	
Valladolid.—Antiguo castillo de Simánicas, donde está instalado el Archivo general del Reino.	48	
Retrato de Thomas Alva Edison, célebre inventor norteamericano.	51	
Procedimiento Wander-Weyde para obtener fotografías por medio de la luz eléctrica.	56	
<i>La Asuncion de la Virgen</i> , cuadro de Tiziano Vecellio.	57	
El reino animal ante la crítica del lápiz.	59	
Retrato de S. A. R. D. ^a María del Pilar de Borbon y Borbon, Infanta de España.	64	
<i>La Hechicera</i> ; cuadro de Glaize.	69	
Nueva incubadora artificial, empleada en Alemania.	74	
<i>Una Pierrette</i> ; estudio del natural, por Raimundo de Madrazo.	75	
Arquilla-escritorio del insigne poeta D. Francisco de Quevedo y Villégas.	79	
Dos <i>dandys</i> del país de los zulús.	80	
Una belleza del id. id.	86	
<i>Los Angeles de la Caridad</i> , Composicion y dibujo de H. Merté.	87	
El general Espartero, Principe de Vergara, en su lecho mortuorio.	91	
Reloj de sobremesa damasquinado é incrustado de oro y plata, por Zuloaga.	93	
Filosofia práctica.—Escuela positivista: «Más vale que sobre pan que no que falte vino».	94	
Vista de la catedral de Guatemala.	100	
Vista exterior del Establecimiento balneario de Aguas Buenas (Francia).	104	
<i>María Estuardo en el cadalso</i> , composicion y dibujo de P. Sporrer.	105	
Puente de Toledo en Madrid.	108	
<i>En el baile de máscaras</i> ; estudio, por Raimundo de Madrazo.	109	
<i>Una boda en Paris, en la época del Directorio</i> (1796-1799), cuadro de F. H. Kaemmerer.	117	
<i>La Siega</i> , por V. Becquer.	120 y 121	
La fuente de Neptuno, en el salon del Prado de Madrid.	126	
Pozo de donde se extrae el agua natural de Seltz, en Wiesbaden.	128	
Aldeanos del valle de Loyola, por V. Becquer.	129	
El santuario de Covadonga (Asturias).	134	
Interior de la iglesia del <i>Buen Suceso</i>	136	
Carrera de caballos en el Hipódromo de la Castellana (Madrid).	137	
<i>Romeo y Julieta</i> ; acuarela del señor Gonçalves Pereira.	143	
		Páginas.
Retrato de S. A. R. la Archiduquesa de Austria D. ^a María Cristina, futura Reina de España.	4	
<i>Doña Juana la Loca</i> , cuadro de D. Francisco Pradilla.	11	

GRABADOS.

Retrato de S. A. R. la Archiduquesa de Austria D. ^a María Cristina, futura Reina de España.	4
<i>Doña Juana la Loca</i> , cuadro de D. Francisco Pradilla.	11



S. A. R. LA ARCHIDUQUESA DE AUSTRIA, DOÑA MARÍA CRISTINA, FUTURA REINA DE ESPAÑA.
(Nació el 21 de Julio de 1858.)

Impreso en Octubre de 1879.

PRELIMINARES.



AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número.	19	Indiccion romana.	VIII
Epacta.	XVIII	Letra dominical.	DE
Ciclo solar.	13	Letra del martirologio romano.	t

FIESTAS MOVIBLES.

Domingo de Septuagésima.	25 de Enero.
Miércoles de Ceniza.	11 de Febrero.
Pascua de Resurreccion.	28 de Marzo.
Letanias.	3, 4 y 5 de Mayo.
Ascension del Señor.	6 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	16 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	23 de Mayo.
SS. Corpus Christi.	27 de Mayo.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	27
Primera Dominica de Adviento.	28 de Noviembre.

DIAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.
Los Viérnes y Sábados de Adviento,—y se advierte que cuando la festividad de la *Concepcion de Nuestra Señora* cayese en Viérnes ó Sábado de Adviento, el ayuno de ese día se anticipa al *juéves* precedente.
La Vigilia de *Pentecostés*. 15 de Mayo.
Miércoles, Viérnes y Sábado de cada una de las cuatro
Témporas.
Vigilia de *San Pedro y San Pablo*. 28 de Junio.
De *Santiago*. 24 de Julio.
De la *Asuncion*. 14 de Agosto.
De *Todos los Santos*. 31 de Octubre.
De *Navidad*. 24 de Diciembre.

ADVERTENCIA—Ningun día de ayuno se puede promiscuar, y durante la Cuaresma, ni aún los Domingos.
Se debe renovar la bula todos los años en la época de su promulgacion, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los *días de ayuno*, los *Domingos de Cuaresma* y los *Viérnes* del año.

DIAS DE AYUNO CON ABSTINENCIA DE CARNE.

El <i>Miércoles de Ceniza</i>	11 de Febrero.
Todos los <i>Viérnes</i> de Cuaresma.	
<i>Miércoles, Juéves, Viérnes y Sábado Santo</i>	24, 25, 26 y 27 de Marzo.
Vigilia de <i>Pentecostés</i>	15 de Mayo.
De <i>San Pedro y San Pablo</i>	28 de Junio.
De la <i>Asuncion de Nuestra Señora</i>	14 de Agosto.
De <i>Navidad</i>	24 de Diciembre.

TÉMPORAS.

I.—El 18, 20 y 21 de Febrero.	III.—El 15, 17 y 18 de Setiembre.
II.—El 19, 21 y 22 de Mayo.	IV.—El 15, 17 y 18 de Diciembre.

DIAS EN QUE SE SACA ANIMA.

El 25 de Enero; el 17, 28 y 29 de Febrero; el 7, 19, 20 y 31 de Marzo; el 20 y 22 de Mayo.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 20 de Abril, y se cierran respectivamente el 26 de Febrero y el 30 de Noviembre.

ADVERTENCIA ACERCA DEL NUEVO SANTORAL

DEL

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION.

La variedad de santorales incluidos en la multitud de Almanagues que se publican anualmente ha introducido, en mi concepto, un verdadero desorden en esta clase de escritos. Cada cual inserta los nombres de santos que le parece, sin haber razon especial para ello. Uno incluye todos los santos de este ó aquel instituto religioso, que profesa ó al que tiene particular afecto; otro los venerados en su país, ó los de su especial devocion. Hállanse con frecuencia nombres equivocados ó desfigurados: ya se dan títulos de papa, obispo, doctor, mártir, etc., indebidamente, ó se niegan á los santos que lo tienen.

Sin pretender que este santoral salga exento de defectos, reúne al ménos circunstancias de que carecen los publicados hasta hoy.

1.^a Contiene todos los santos incluidos en el *Breviario Romano*, y por lo tanto son conocidos y venerados en la Iglesia universal.

2.^a Todos los santos españoles, cuyo culto está aprobado canónicamente, quedando con cuidado escludidos cuantos nos regalaron los autores de los falsos Cronicones, de funesta memoria.

3.^a Los santos que, sin estar en el *Breviario Romano*, ni haber nacido en España, de inmemorial se les viene incluyendo en los santorales españoles.

Si tales circunstancias hacen preferible éste á los demas publicados hasta hoy, el público juzgará.

Madrid, 20 de Setiembre de 1879.

Pedro de Alcántara Suarez,
presbítero.

AÑO ASTRONÓMICO.

POSICION GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. 40° 24' 30'' N.
 Longitud. 0^h 10^m 4^s,2 al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

En <i>Acuario</i> , el 20 de Enero.	En <i>Leo</i> , el 22 de Julio.- <i>Canicula</i> .
En <i>Piscis</i> , el 19 de Febrero.	En <i>Virgo</i> , el 22 de Agosto.
En <i>Aries</i> , el 20 de Marzo.- <i>Primavera</i> .	En <i>Libra</i> , el 22 de Setiembre.- <i>Otoño</i> .
En <i>Tauro</i> , el 19 de Abril.	En <i>Escorpio</i> , el 22 de Octubre.
En <i>Géminis</i> , el 20 de Mayo.	En <i>Sagitario</i> , el 21 de Noviembre.
En <i>Cáncer</i> , el 21 de Junio.- <i>Estío</i> .	En <i>Capricornio</i> , el 21 Dic.- <i>Invierno</i> .

ESTACIONES.

PRIMAVERA.—Entra el 20 de Marzo, á las 4 h. y 59 m. de la mañana.
 ESTÍO.—Entra el 21 de Junio, á la 1 h. y 16 m. de la madrugada.
 OTOÑO.—Entra el 22 de Setiembre, á las 3 h. y 51 m. de la tarde.
 INVIERNO.—Entra el 21 de Diciembre, á las 10 h. y 3 m. de la mañana.

ECLIPSES DE SOL Y LUNA.

ENERO 11.—*Eclipse total de Sol, invisible en Madrid.*
 El eclipse principia en la Tierra á 7^h 45^m 8^s tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 157° 25' al E. de Madrid, y latitud 4° 33' N.
 El eclipse central principia en la Tierra á 8^h 49^m, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 146° 1' E. y latitud 15° 18' N.
 El eclipse central á mediodía sucede á 10^h 33^m 5^s en la longitud de 156° 19' al O. de Madrid, y latitud 10° 23' N.
 El eclipse central termina en la Tierra á 11^h 49^m 7^s, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 106° 5' al O., y latitud 41° 41' N.
 El eclipse termina en la Tierra á 12^h 53^m, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 115° 15' O. y latitud 31° 27' N.
 Este eclipse será visible en una pequeña parte de Asia y de la Australia, en parte de la América Septentrional y en el Océano Pacífico.
 JUNIO 22.—*Eclipse total de Luna, invisible en Madrid.*
 Principio del eclipse, á las 12 del día.
 Principio del eclipse total, á la 1 y 17 minutos de la tarde.
 Medio del eclipse, á la 1 y 35 minutos de la tarde.
 Fin del eclipse total, á la 1 y 54 minutos de la tarde.
 Fin del eclipse, á las 3 y 11 minutos de la tarde.
 El principio de este eclipse será visible en parte de Asia, en la Australia, en una pequeña parte de las dos Américas, en parte del Océano Índico, en el Pacífico y en el mar Polar Antártico.
 El fin de este eclipse será visible en una pequeña parte de Africa, en gran parte de Asia, en la Australia, en el Océano Índico, en gran parte del Pacífico y en el mar Polar Antártico.
 El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 58° de su vértice boreal hácia Oriente (vision directa).
 El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 70° de su vértice boreal hácia Occidente (vision directa).

JULIO 6-7. *Eclipse anular de Sol, invisible en Madrid.*
 El eclipse principia en la Tierra el día 6 á 22^h 28^m 3^s tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 55° 56' al O. de Madrid y latitud 22° 47' S.
 El eclipse central principia en la Tierra el día 7 á 0^h 16^m 2^s, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 61° 13' al O. y latitud 51° 52' S.
 El eclipse central á mediodía sucede el día 7 á 1^h 19^m 8^s en la longitud de 18° 47' al O. y latitud 52° 30' S.
 El eclipse central termina en la Tierra el día 7 á 1^h 34^m 7^s, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 4° 30' al O. y latitud 66° 35' S.
 El eclipse termina en la Tierra el día 7 á 3^h 22^m 7^s, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 16° 26' al E. y latitud 44° 44' S.
 Este eclipse será visible en gran parte de la América meridional, en una pequeña parte de Africa y en el Océano Atlántico del Sur.

DICIEMBRE 1.—*Eclipse parcial de Sol, invisible en Madrid.*
 El eclipse principia en la Tierra á 14^h 29^m 9^s tiempo medio astronómico de Madrid, en longitud 9° 34' al O. de Madrid y latitud 65° 1' S.
 Medio del eclipse, á 14^h 55^m 4^s en longitud 39° 3' al O. y latitud 67° 56' S.
 Fin del eclipse, á 15^h 22^m 9^s en longitud 70° 11' al O. y latitud 67° 10' S.
 Valor de la máxima fase aparente, 0.040 tomando como unidad el diámetro del Sol.

Será visible en el mar Polar Antártico.
 DICIEMBRE 16.—*Eclipse total de Luna, en parte visible en Madrid.*
 Principio del eclipse. 1^h 29^m 8^s de la tarde.
 Principio del eclipse total. 2 39 2 »
 Fin del eclipse total. 4 8 9 »
 Fin del eclipse. 5 18 4 »
 El principio de este eclipse será visible en parte de Europa, en casi toda el Asia, en la Australia, en gran parte de la América Septentrional y en parte de los mares Índico, Pacífico y Polar Ártico.
 El fin de este eclipse será visible en toda Europa y Asia, en gran parte de Africa, en la Australia, en pequeña parte de la América Septentrional y en parte de los mares Atlántico, Índico, Pacífico y Polar Ártico.
 El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 75° de su vértice austral hácia Oriente (vision directa).

El último contacto, en otro que dista 80° de su vértice austral hácia Occidente, y 47° de su vértice superior hácia la derecha (vision directa).
 DICIEMBRE 30 y 31.—*Eclipse parcial de Sol, visible en Madrid.*
 Principio del eclipse para la Tierra en general, el día 30 á 23^h 45^m 9^s tiempo medio astronómico de Madrid, en la longitud de 68° 1' al O., y latitud 35° 31' N.
 Medio del eclipse para la Tierra en general, el día 31 á 1^h 29^m 9^s en la longitud de 45° 48' al O., y latitud 65° 8' N.
 Fin del eclipse para la Tierra en general, el día 31 á 3^h 13^m 9^s en longitud de 9° 25' al E. y latitud 52° 11' N.
 Este eclipse será visible en parte de Europa, Africa y América Septentrional, y en el Atlántico del Norte.
 Valor de la máxima fase aparente para la Tierra en general 0.712, tomando como unidad el diámetro del Sol.
 Las circunstancias principales para Madrid son :
 Principio. 31^d 1^h 33^m 16^s 5 } tiempo medio astronómico.
 Medio. 31 2 21 54 4 }
 Fin. 31 3 6 45 1 }
 Valor de la máxima fase ó ipsada, 0.235.
 La primera impresion de la Luna en el disco solar se verificará en un punto que dista 77° del vértice superior del Sol hácia la derecha (vision directa).

ADVERTENCIA.

Siendo frecuentes los pedidos que se nos dirigen de ALMANAQUES DE LA ILUSTRACION correspondientes á los años de 1878 y '79, hemos procedido á la reimpression de los mismos, y en su consecuencia, los señores que deseen completar su coleccion pueden adquirirlos remitiendo al Administrador de La Ilustracion, Carretas, 12, Madrid, dos pesetas por ejemplar de cada uno de los expresados años.

ALMANAQUE PARA EL AÑO BISIESTO 1880.

ENERO.		FEBRERO.		MARZO.	
Ortos del Sol.	H. M.	Ortos del Sol.	H. M.	Ortos del Sol.	H. M.
7.23	4.45	7.10	5.19	6.34	5.52
7.23	4.45	7.09	5.20	6.33	5.53
7.24	4.46	7.08	5.21	6.31	5.54
7.24	4.47	7.07	5.22	6.30	5.55
7.24	4.48	7.06	5.23	6.28	5.56
7.24	4.49	7.05	5.25	6.27	5.57
7.24	4.50	7.04	5.26	6.25	5.58
7.23	4.51	7.03	5.27	6.23	5.59
7.23	4.52	7.01	5.28	6.22	6.00
7.23	4.53	7.00	5.29	6.20	6.01
7.23	4.54	6.59	5.31	6.19	6.03
7.22	4.55	6.58	5.32	6.17	6.04
7.22	4.56	6.57	5.33	6.15	6.05
7.22	4.57	6.55	5.34	6.14	6.06
7.22	4.58	6.54	5.35	6.12	6.07
7.21	5.00	6.53	5.37	6.11	6.08
7.21	5.01	6.51	5.38	6.09	6.09
7.20	5.02	6.50	5.39	6.07	6.10
7.20	5.03	6.49	5.40	6.06	6.11
7.19	5.04	6.47	5.41	6.04	6.12
7.19	5.05	6.46	5.43	6.02	6.13
7.18	5.07	6.45	5.44	6.01	6.14
7.17	5.08	6.43	5.45	5.59	6.15
7.17	5.09	6.42	5.46	5.57	6.16
7.16	5.10	6.40	5.47	5.56	6.17
7.15	5.11	6.39	5.48	5.54	6.18
7.14	5.12	6.37	5.49	5.52	6.19
7.13	5.14	6.36	5.50	5.51	6.20
7.13	5.15	6.35	5.51	5.49	6.21
7.12	5.16	6.34	5.51	5.47	6.22
7.11	5.17	6.33	5.51	5.46	6.23

ENERO.

FEBRERO.

MARZO.

1	Juev. <i>Fiesta.</i> LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR, y san Fulgencio Ruspense, obispo.	1	Dom. (<i>Sevagésima.</i>) San Ignacio, y san Cecilio, patron de Granada, obispos y mártires.	1	Lún. El santo Ángel de la Guardia, y san Rosendo, obispo, patron del obispado de Mondoñedo.
2	Viér. La Aparicion de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	2	Lún. <i>Fiesta.</i> LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, y san Cornelio Centurion, obispo.	2	Márt. San Lucio, obispo.
3	Sáb. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de París.	3	Márt. San Blas, obispo y mártir, y el beato Nicolás de Lóngobardo.	3	Miérc. San Emeterio y san Celedonio, mártires, patronos de Calahorra y Santander.
4	Dom. San Tito, obispo, y san Aquilino y comps., mrs.	4	<i>Quarto menguante</i> , á las 3 h. y 24 m. de la t., en Escorpio.	4	<i>Quarto menguante</i> , á las 10 h. y 51 m. de la n., en Sagitario.
5	Lún. San Telesforo, papa y mártir, y san Simeon Stilita.	5	Miérc. San Andres Corsino, obispo, y san José de Leonisa.	5	Juev. San Casimiro, principe de Polonia, y san Lucio, papa y mártir.
6	<i>Quarto menguante</i> , á las 6 h. y 34 m. de la m., en Libra.	6	Juev. Santa Agueda, virgen y mártir, y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japon.	6	Viér. San Eusebio y compañeros, mártires.
7	Márt. <i>Fiesta.</i> LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia.	7	Viér. Santa Dorotea, virgen y mártir, y san Teófilo, mártir.	7	Sáb. San Victor y san Victoriano, mártires, y san Olegario, obispo, y santa Coleta, virgen.
8	Miérc. San Julian, mártir, y san Raimundo de Peñafort.	8	Sáb. San Romualdo, abad, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	8	Dom. <i>IV de Cuaresma.</i> Santo Tomas de Aquino, confesor y dt., y stas. Perpetua y Felicitas, mrs.— <i>Anima.</i>
9	Juev. San Luciano, presbitero, y compañeros, mártires.	9	Dom. (<i>Quincuagésima.</i>) San Juan de Mata, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.	9	Lún. San Juan de Dios, fundador, san Julian, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.
10	Viér. San Julian y santa Basilia, mártires.	10	Lún. Santa Apolonia, virgen y mártir.	10	Márt. Santa Francisca, viuda, romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bolonia, virgen.
11	Sáb. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amaranite, confesor.	11	Márt. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	11	Miérc. Santos Meliton y 39 compañeros, mártires de Sebaste.
12	Dom. San Higinio, papa y mártir.	12	<i>Luna nueva</i> , á las 11 h. y 3 m. de la m., en Acuario.	12	<i>Luna nueva</i> , á las 12 h. y 32 m. de la m., en Piscis.
13	<i>Luna nueva</i> , á las 10 h. y 25 m. de la t., en Capricornio.	13	Lún. San Benito Biscop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martin de Leon.	13	Juev. San Enlogio, presbitero y mártir, y san Vicente, abad y mártir.
14	Márt. San Gumersindo, presbitero, y san Siervo de Dios, mártires.	14	Miérc. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix, presbitero de Nola, mártir.	14	Viér. San Gregorio Magno, papa y doctor.
15	Miérc. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix, presbitero de Nola, mártir.	15	Juev. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, virgen.	15	Sáb. San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomon, mártires.
16	Juev. San Pablo, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	16	Viér. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, virgen.	16	Dom. <i>de Pasion.</i> Santa Matilde, reina, y la Traslacion de santa Florentina, virgen.
17	Viér. San Marcelo, papa y mártir, y san Fulgencio, obispo.	17	Sáb. San Valentín, presbitero y mártir, y el beato Juan Bautista de la Concepcion, fundador.	17	Lún. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisebuto, abad, santa Leocricia, virgen y mártir, y san Longino, y compañeros mártir.
18	Sáb. San Antonio, abad.	18	Dom. <i>I de Cuaresma.</i> San Faustino y san Jovita, hermanos, mártires.	18	Márt. San Julian de Anazarbo, mártir.
19	Dom. El Santisimo Nombre de Jesus, la Catedral de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mártir.	19	Lún. San Canuto, rey, san Mario, santa Marta, san Audifax y san Abacú, mártires.	19	Miérc. San Patricio, obispo y confesor.
20	<i>Quarto creciente</i> , á las 6 h. y 24 m. de la mañana, en Aries.	20	Márt. San Fabian, papa, y san Sebastian, mártires.	20	Juev. San Gabriel, arcángel.
21	Miérc. Santa Ines, virgen y mártir, san Fructuoso, obispo, san Augurio, y San Eulogio, mártires.	21	Miérc. Santa Ines, virgen y mártir, san Fructuoso, obispo, san Augurio, y San Eulogio, mártires.	21	<i>Quarto creciente</i> , á las 12 h. y 22 m. de la n., en Géminis.
22	Juev. San Vicente, diácono, y san Anastasio, mártires.	22	Juev. San Julian y 5.000 compañeros, mártires.	22	Viér. Los Dolores de la Santísima Virgen Maria, san José, esposo de Nuestra Señora, patron de la Iglesia universal, y el bto. Juan de Sto. Domingo.— <i>Anima.</i>
23	Viér. San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y Santa Emerenciana, virgen y mártir.— <i>Fiesta</i> en el arzobispado.	23	Márt. San Julian de Capadocia, mártir.— <i>Anima.</i>	23	Sáb. San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mártir.—(PRA-MAVERA.)— <i>Anima.</i>
24	Sáb. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	24	Miérc. San Eladio, arzobispo de Toledo, san Simeon, obispo y mártir, y san Teotomio, confesor.— <i>Témpora.</i>	24	Dom. <i>de Ramos.</i> San Benito, abad y fundador.
25	Dom. (<i>Septuagésima.</i>) La Conversion de San Pablo, apóstol, y santa Elvira.— <i>Anima.</i>	25	Dom. <i>II Cuaresma.</i> La Catedral de san Pedro en Antioquia, y san Pascasio, obispo.	25	Lún. <i>Santo.</i> San Deogracias y san Bienvenido, obispos.
26	Lún. San Policarpo, obispo y mártir, y santa Paula, viuda, romana.	26	Lún. San Pedro Damiano, obispo y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona.	26	Márt. <i>Santo.</i> San Victoriano y compañeros, mártires, y el beato José Oriol, presbitero.
27	Márt. San Juan Crisostomo, obispo y doctor, y san Julian y compañeros, mártires.	27	Miérc. San Modesto, obispo y confesor.	27	Miérc. <i>Santo.</i> San Agapito, obispo y mártir, y el beato José María Tomasi, cardenal.
28	<i>Luna llena</i> , á las 9 h. y 57 m. de la mañana, en Leo.	28	Miérc. San Matias, apóstol, san Cesáreo, confesor, y el beato Sebastian de Aparicio.	28	Juev. <i>Santo.</i> <i>Fiesta.</i> LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA Y EXCARNACION DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas, el Buen Ladrón.
29	Juev. San Julian, obispo de Cnencia, san Valero, obispo de Zaragoza, la Aparicion de Santa Inés, virgen y mártir, san Tirso y compañeros, mártires.	29	<i>Luna llena</i> , á la 1 h. y 7 m. de la madrugada, en Virgo.	29	Viér. <i>Santo.</i> San Bráulio, obispo y confesor.
30	Viér. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitacion de Nuestra Señora.	30	Viér. San Baldomero, confesor.	30	Sáb. <i>Santo.</i> San Ruperto, obispo y confesor.— <i>Ordenes.</i>
31	Sáb. Santa Martina, virgen y mártir, y san Lésmes, abad, patron de Búrgos.	31	Dom. <i>III de Cuaresma.</i> San Macario y compañeros, mártires.— <i>Anima.</i>	31	Dom. PASCUA DE RESURRECCION. San Sixto III, papa, san Cástor y san Doroteo, mártires.

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION.

ABRIL.		MAYO.		JUNIO.	
Ortos del Sol.	H. M.	Ortos del Sol.	H. M.	Ortos del Sol.	H. M.
5.44	1 Juev. San Venancio, obispo y mártir.	4.59	1 Sáb. Stos. Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, san Oren- cio y sta. Paciencia, padres de san Lorenzo, mr.	4.32	1 Márt. San Segundo, obispo y mártir, san Ínigo, abad, y los beatos Alonso Navarrete, y Fernando Ayala, mrs.
5.43	2 Viér. San Francisco de Paula, fundador, y santa Maria Egipciaca, penitente.	4.58	2 Dom. San Atanasio, ob. y dr., y la bta. Mafalda, r. ^a de Cast. ^a	4.31	2 Miérc. Santos Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Orte- ga, presbítero.
5.41	3 Sáb. San Pancracio, obispo, san Ulpiano, mártir, san Beni- to de Palermo, y santa Burgundofora, virgen.	4.57	3 Lún. La Invenccion de la santa Cruz, y los santos Alejan- dro, papa, Evencio, Teodilo y Juvenal, márti- res.— <i>Letanias</i> .	4.30	3 Juev. San Isaac, mártir, y el beato Juan Grande, confesor.
5.39	4 L. m. de Cuasimodo. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, doc- tor de la Iglesia.	4.56	4 Márt. Santa Mónica, viuda.— <i>Letanias</i> .	4.30	4 Viér. El Santísimo Corazon de Jesus, y san Francisco Carac- ciolo, fundador.
5.38	5 Lún. San Vicente Ferrer, patron de Valencia, y sta. Emilia.	4.54	5 Miérc. San Pio V, papa, san Sacerdote, obispo, y La Con- version de san Agustín, obispo y dr.— <i>Letanias</i> .	4.29	5 Sáb. San Bonifacio, obispo, y san Sancho, mártires.
5.36	6 Márt. San Celestino, papa y confesor.	4.53	6 Juev. Fiesta. LA ASCENSION DEL SEÑOR, san Juan Ante- portam-Latinam, y san Juan Damasceno, conf.	4.29	6 Dom. El Purísimo Corazon de Maria, y san Norberto, obis- po y fundador.
5.34	7 Miérc. San Epifanio, obispo, y san Criaco, mártires.	4.52	7 Viér. San Estanislao, obispo y mártir.	4.29	7 Lún. San Pedro y compañeros, mártires de Córdoba.
5.33	8 Juev. San Dionisio, ob., y el beato Julian de San Agustín.	4.51	8 Sáb. La Aparicion de san Miguel, arcángel.	4.29	8 Márt. San Salustiano, confesor, y san Entropio, obispo.
5.31	9 Viér. Santa Maria Cleofé, y santa Casilda, virgen.	4.50	9 Dom. San Gregorio Nacianceno, obispo y doctor, y san Gre- gorio, cardenal y obispo de Ostia.	4.29	9 Miérc. San Primo y san Feliciano, mártires.
5.30	10 Sáb. Santos Daniel y Ezequiel, profetas.	4.49	10 Lún. Luna nueva, á las 6 h. y 2 m. de la m., en <i>Tauvo</i> .	4.29	10 Juev. Santa Margarita, reina de Escocia, san Crispulo y san Restituto, mártires.
5.28	11 Dom. San Leon Magno, papa y doctor.	4.48	11 Márt. San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epimaco, mártires.	4.29	11 Viér. San Bernabé, apóstol.
5.27	12 Lún. San Victor, mártir, y san Zenon, obispo.	4.47	12 Miérc. San Mamerto, ob., y san Anastasio, mr., pt. de Lérida.	4.29	12 Sáb. San Juan de Sahagun, san Onofre, anacoreta, y los santos Basílides, Cirino, Nabor y Nazario, márti- res.
5.25	13 Márt. San Hermenegildo, rey de Sevilla y mártir.	4.46	13 Juev. Santo Domingo de la Calzada, y los santos Nereo, Aquileo, Domitila y Pancracio, mártires.	4.29	13 Dom. San Antonio de Pádua, confesor, y san Fandila, pres- bitero y mártir.
5.23	14 Miérc. Santos Tiburcio, Valeriano y Máximo, mártires, y san Pedro Gonzalez Telmo, confesor.	4.45	14 Viér. San Pedro Regalado, patron de Valladolid, confesor.	4.29	14 Lún. San Basilio, obispo y doctor, y san Eliseo, profeta.
5.22	15 Juev. Santa Basilsa y santa Anastasia, mártires.	4.44	15 Sáb. SAN ISIDRO LABRADOR, patron de Madrid, san Torcu- ato y seis compañeros, obispos y mártires.— <i>Ayuno</i> con abstención de carne.— <i>Fiesta en Madrid</i> .	4.29	15 Márt. San Vito, san Modesto, santa Crescencia y santa Be- nilde, mártires.
5.20	16 Viér. Santa Engracia, virgen, y diez y ocho compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.	4.43	16 Dom. PASCUA DE PENTECOSTES. San Juan Nepomuceno, presbítero, y san Vitesindo, mártires, san Ubaldo, obispo, y san Simon Stoch, confesor.	4.29	16 Miérc. San Juan Francisco de Régis, santa Lutgarda, vir- gen, san Quirico y santa Julita, mártires.
5.19	17 Sáb. San Amiceo, papa y mártir, la beata Maria Ana de Jesus, virgen, y los santos mártires Elias, Pablo é Isidoro.	4.42	17 Lún. San Pascual Bailon, confesor.	4.29	17 Juev. San Manuel y compañeros, mártires, santa Teresa, reina de Leon, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.
5.18	18 Dom. San Eleuterio, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andrés Hibernon.	4.41	18 Márt. San Venancio, mártir, y san Félix de Cantalicio, cf.	4.29	18 Viér. San Marco, san Marceliano, san Ciriaco y santa Pau- la, mártires.
5.16	19 Lún. San Vicente de Colibre, y san Hermógenes, mártires.	4.40	19 Miérc. San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cetina y san Pedro de Dueñas, mártires, y santa Pudencia- na, virgen.— <i>Ayuno</i> .— <i>Témpora</i> .	4.29	19 Sáb. Stos. Gervasio y san Protasio, mártires, santa Juliana de Falconeri, virgen, y san Lamberto, mártir.
5.15	20 Márt. Santa Ines de Monte-Policiano, virgen.	4.39	20 Juev. San Bernardino de Sena, confesor.— <i>Anima</i> .	4.29	20 Dom. San Silverio, papa y mártir, santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Torres, mártir.
5.13	21 Miérc. San Anselmo, obispo y doctor.	4.38	21 Viér. Santa Maria de Cervellon ó de Socors, y san Secundi- no, mártir.— <i>Ayuno</i> .— <i>Témpora</i> .	4.29	21 Lún. San Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo, obispo de Barbastro.—(Estrío.)
5.12	22 Juev. San Sotero y san Cayo, papas y mártires.	4.38	22 Sáb. Santa Quiteria y santa Julia, vgs. y mrs., sta. Rita de Casia, viuda, san Aton, ob., y el bto. Pedro de la Asuncion.— <i>Ayuno</i> .— <i>Témpora</i> .— <i>Ordenes</i> .— <i>Anima</i> .	4.30	22 Márt. San Paulino, obispo, y san Acacio y compañeros, mártires.
5.10	23 Viér. San Jorge, mártir.	4.37	23 Dom. La Santísima Trinidad, la Aparicion de Santiago, ap., san Basileo y san Epitacio, obispos y mártires.	4.30	23 Miérc. San Juan, presbítero y mártir.
5.09	24 Sáb. San Fidel de Singmaringa, mártir, y san Gregorio, obispo.	4.36	24 Lún. Ntra. Sra. del Auxilio, s. Robustiano y el bto. Juan de Prado, mrs., y la Traslacion de sto. Doming.º de Guzman.	4.30	24 Juev. La Natividad de san Juan Bautista.
5.07	25 Dom. El Patrocinio de san José, san Marcos, evangelista, y san Aniano, obispo.— <i>Letanias</i> .	4.35	25 Márt. Luna llena, á las 6 h. y 24 m. de la m., en <i>Sagitario</i> .	4.30	25 Viér. San Guillermo, abad, san Eloy, obispo, y santa Oro- sía, virgen y mártir, patrona de Jaca.
5.06	26 Lún. San Cleto y san Marcelino, papas y mártires, la Tras- lacion de santa Leocadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.	4.35	26 Miérc. San Gregorio VII, papa, san Urbano, papa y mártir, y santa Maria Magdalena de Pacis.	4.31	26 Sáb. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mártires.
5.05	27 Márt. San Anastasio, papa y mártir, Santo Toribio de Mo- grobo, arzobispo de Lima, y san Pedro Ar- mengo.	4.34	27 Juev. San Felipe Neri, y san Eleuterio, papa y mártir.	4.31	27 Dom. San Zoilo, mártir, y san Ladislao, rey.
5.03	28 Miérc. San Pablo de la Cruz, san Prudencio, obispo, y san Vidal, mártir.	4.33	28 Viér. Fiesta. Corpus CHRISTI, y San Juan, p. y mr.	4.31	28 Lún. San Leon II, papa, y san Argimiro, mártir.— <i>Ayuno</i> con abstención de carne.
5.02	29 Juev. San Pedro de Verona, mártir.	4.33	29 Sáb. San Maximino, obispo, y san Restituto, mártir.	4.32	29 Márt. Fiesta. SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.
5.01	30 Viér. Santa Catalina de Sena, virgen, y los santos Amador, presbítero, Pedro y Luis, mártires de Córdoba.	4.32	30 Dom. San Fernando, rey de España, y san Félix, p. y mr.	4.32	30 Miérc. La Commemoracion de San Pablo, apóstol, y san Mar- cial, obispo.

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION.

JULIO.

Ortos del Sol.	H. M.
4.33	H. M.
4.33	7.84
4.34	7.34
4.34	7.34
4.34	7.34
4.35	7.33
4.35	7.33
4.36	7.33
4.37	7.32
4.37	7.32
4.38	7.32
4.39	7.31
4.39	7.31
4.40	7.30
4.41	7.30
4.42	7.29
4.42	7.29
4.43	7.28
4.44	7.27
4.45	7.27
4.46	7.26
4.47	7.25
4.47	7.24
4.48	7.24
4.49	7.23
4.50	7.22
4.51	7.21
4.52	7.20
4.53	7.19
4.54	7.18
4.55	7.17
4.56	7.16

Ocasos del Sol.	H. M.
7.84	H. M.
7.34	7.15
7.34	7.14
7.34	7.13
7.34	7.12
7.33	7.11
7.33	7.10
7.33	7.08
7.32	7.07
7.32	7.06
7.32	7.05
7.31	7.03
7.31	7.02
7.30	7.01
7.30	6.59
7.29	6.58
7.29	6.57
7.28	6.55
7.27	6.54
7.27	6.52
7.26	6.51
7.25	6.50
7.24	6.48
7.24	6.47
7.23	6.45
7.22	6.44
7.21	6.42
7.20	6.40
7.19	6.39
7.18	6.37
7.17	6.36
7.16	6.36

Ocasos del Sol.	H. M.
6.33	H. M.
6.31	6.31
6.29	6.29
6.28	6.28
6.26	6.26
6.25	6.25
6.23	6.23
6.21	6.21
6.20	6.20
6.18	6.18
6.16	6.16
6.15	6.15
6.13	6.13
6.11	6.11
6.10	6.10
6.08	6.08
6.06	6.06
6.05	6.05
6.03	6.03
6.01	6.01
6.00	6.00
5.58	5.58
5.56	5.56
5.55	5.55
5.53	5.53
5.51	5.51
5.50	5.50
5.48	5.48
5.46	5.46
5.45	5.45

AGOSTO.

Ortos del Sol.	H. M.
4.57	H. M.
4.57	7.15
4.58	7.14
4.59	7.13
5.00	7.12
5.01	7.11
5.02	7.10
5.03	7.08
5.04	7.07
5.05	7.06
5.06	7.05
5.07	7.03
5.08	7.02
5.09	7.01
5.10	6.59
5.11	6.58
5.12	6.57
5.13	6.55
5.14	6.54
5.15	6.52
5.16	6.51
5.17	6.50
5.18	6.48
5.19	6.47
5.20	6.45
5.21	6.44
5.22	6.42
5.23	6.40
5.24	6.39
5.25	6.37
5.26	6.36

Ocasos del Sol.	H. M.
7.15	H. M.
7.14	7.15
7.13	7.14
7.12	7.13
7.11	7.12
7.10	7.11
7.08	7.10
7.07	7.08
7.06	7.07
7.05	7.06
7.03	7.05
7.02	7.03
7.01	7.02
6.59	7.01
6.58	6.59
6.57	6.58
6.55	6.57
6.54	6.55
6.52	6.54
6.51	6.52
6.50	6.51
6.48	6.50
6.47	6.48
6.45	6.47
6.44	6.45
6.42	6.44
6.40	6.42
6.39	6.40
6.37	6.39
6.36	6.37
6.36	6.36

Ocasos del Sol.	H. M.
6.33	H. M.
6.31	6.31
6.29	6.29
6.28	6.28
6.26	6.26
6.25	6.25
6.23	6.23
6.21	6.21
6.20	6.20
6.18	6.18
6.16	6.16
6.15	6.15
6.13	6.13
6.11	6.11
6.10	6.10
6.08	6.08
6.06	6.06
6.05	6.05
6.03	6.03
6.01	6.01
6.00	6.00
5.58	5.58
5.56	5.56
5.55	5.55
5.53	5.53
5.51	5.51
5.50	5.50
5.48	5.48
5.46	5.46
5.45	5.45

SETIEMBRE.

Ortos del Sol.	H. M.
4.33	H. M.
4.33	7.15
4.34	7.14
4.34	7.13
4.34	7.12
4.35	7.11
4.35	7.10
4.36	7.08
4.37	7.07
4.37	7.06
4.38	7.05
4.39	7.03
4.39	7.02
4.40	7.01
4.41	6.59
4.42	6.58
4.42	6.57
4.43	6.55
4.44	6.54
4.45	6.52
4.46	6.51
4.47	6.50
4.47	6.48
4.48	6.47
4.49	6.45
4.50	6.44
4.51	6.42
4.52	6.40
4.53	6.39
4.54	6.37
4.55	6.36
4.56	6.36

Ocasos del Sol.	H. M.
7.15	H. M.
7.14	7.15
7.13	7.14
7.12	7.13
7.11	7.12
7.10	7.11
7.08	7.10
7.07	7.08
7.06	7.07
7.05	7.06
7.03	7.05
7.02	7.03
7.01	7.02
6.59	7.01
6.58	6.59
6.57	6.58
6.55	6.57
6.54	6.55
6.52	6.54
6.51	6.52
6.50	6.51
6.48	6.50
6.47	6.48
6.45	6.47
6.44	6.45
6.42	6.44
6.40	6.42
6.39	6.40
6.37	6.39
6.36	6.37
6.36	6.36

Ocasos del Sol.	H. M.
6.33	H. M.
6.31	6.31
6.29	6.29
6.28	6.28
6.26	6.26
6.25	6.25
6.23	6.23
6.21	6.21
6.20	6.20
6.18	6.18
6.16	6.16
6.15	6.15
6.13	6.13
6.11	6.11
6.10	6.10
6.08	6.08
6.06	6.06
6.05	6.05
6.03	6.03
6.01	6.01
6.00	6.00
5.58	5.58
5.56	5.56
5.55	5.55
5.53	5.53
5.51	5.51
5.50	5.50
5.48	5.48
5.46	5.46
5.45	5.45

Ortos del Sol.	H. M.
4.33	H. M.
4.33	7.15
4.34	7.14
4.34	7.13
4.34	7.12
4.35	7.11
4.35	7.10
4.36	7.08
4.37	7.07
4.37	7.06
4.38	7.05
4.39	7.03
4.39	7.02
4.40	7.01
4.41	6.59
4.42	6.58
4.42	6.57
4.43	6.55
4.44	6.54
4.45	6.52
4.46	6.51
4.47	6.50
4.47	6.48
4.48	6.47
4.49	6.45
4.50	6.44
4.51	6.42
4.52	6.40
4.53	6.39
4.54	6.37
4.55	6.36
4.56	6.36

Ocasos del Sol.	H. M.
7.15	H. M.
7.14	7.15
7.13	7.14
7.12	7.13
7.11	7.12
7.10	7.11
7.08	7.10
7.07	7.08
7.06	7.07
7.05	7.06
7.03	7.05
7.02	7.03
7.01	7.02
6.59	7.01
6.58	6.59
6.57	6.58
6.55	6.57
6.54	6.55
6.52	6.54
6.51	6.52
6.50	6.51
6.48	6.50
6.47	6.48
6.45	6.47
6.44	6.45
6.42	6.44
6.40	6.42
6.39	6.40
6.37	6.39
6.36	6.37
6.36	6.36

Ocasos del Sol.	H. M.
6.33	H. M.
6.31	6.31
6.29	6.29
6.28	6.28
6.26	6.26
6.25	6.25
6.23	6.23
6.21	6.21
6.20	6.20
6.18	6.18
6.16	6.16
6.15	6.15
6.13	6.13
6.11	6.11
6.10	6.10
6.08	6.08
6.06	6.06
6.05	6.05
6.03	6.03
6.01	6.01
6.00	6.00
5.58	5.58
5.56	5.56
5.55	5.55
5.53	5.53
5.51	5.51
5.50	5.50
5.48	5.48
5.46	5.46
5.45	5.45

Ortos del Sol.	H. M.
4.33	H. M.
4.33	7.15
4.34	7.14
4.34	7.13
4.34	7.12
4.35	7.11
4.35	7.10
4.36	7.08
4.37	7.07
4.37	7.06
4.38	7.05
4.39	7.03
4.39	7.02
4.40	7.01
4.41	6.59
4.42	6.58
4.42	6.57
4.43	6.55
4.44	6.54
4.45	6.52
4.46	6.51
4.47	6.50
4.47	6.48
4.48	6.47
4.49	6.45
4.50	6.44
4.51	6.42
4.52	6.40
4.53	6.39
4.54	6.37
4.55	6.36
4.56	6.36

Ocasos del Sol.	H. M.
7.15	H. M.
7.14	7.15
7.13	7.14
7.12	7.13
7.11	7.12
7.10	7.11
7.08	7.10
7.07	7.08
7.06	7.07
7.05	7.06
7.03	7.05
7.02	7.03
7.01	7.02
6.59	7.01
6.58	6.59
6.57	6.58
6.55	6.57
6.54	6.55
6.52	6.54
6.51	6.52
6.50	6.51
6.48	6.50
6.47	6.48
6.45	6.47
6.44	6.45
6.42	6.44
6.40	6.42
6.39	6.40
6.37	6.39
6.36	6.37
6.36	6.36

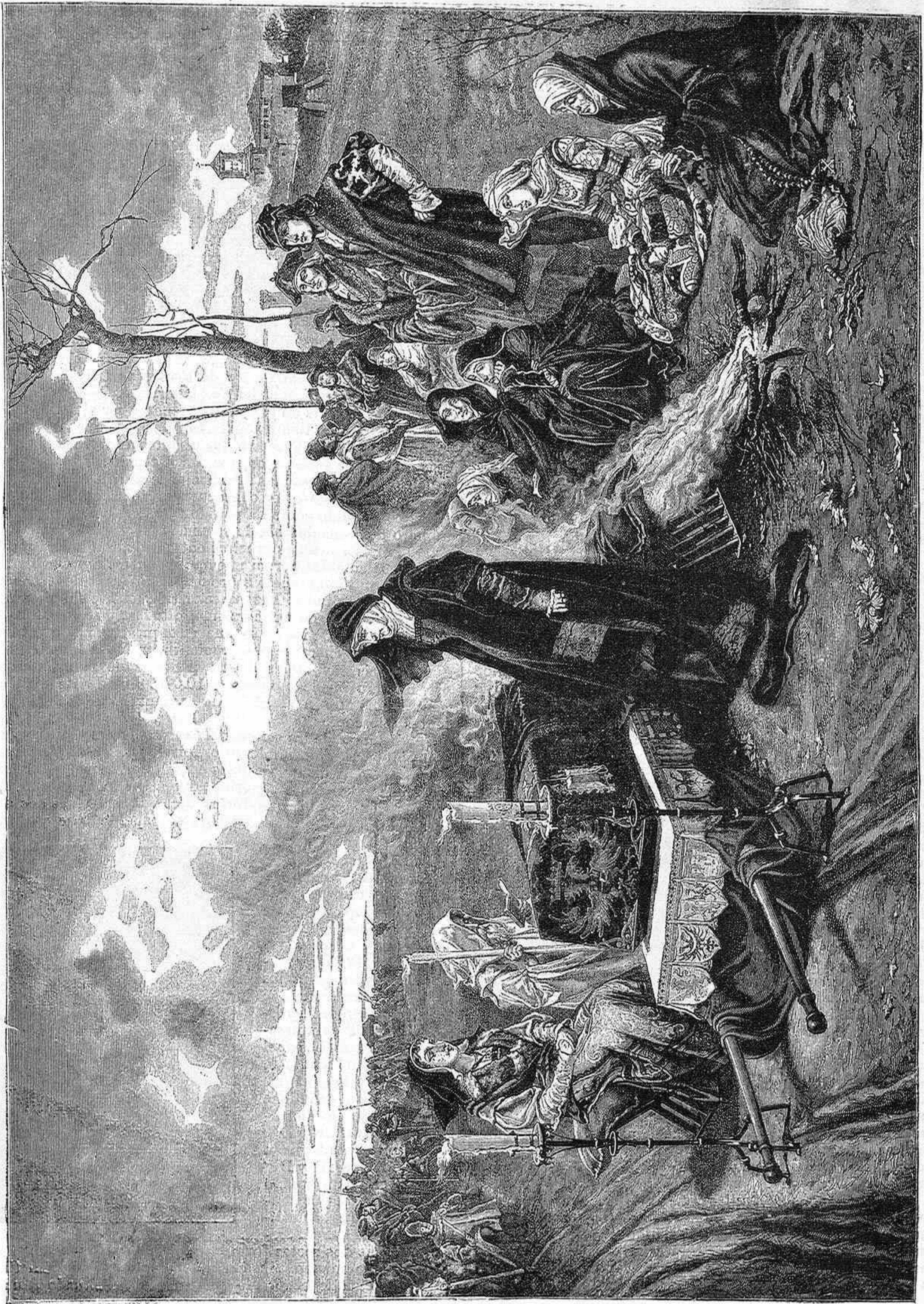
Ocasos del Sol.	H. M.
6.33	H. M.
6.31	6.31
6.29	6.29
6.28	6.28
6.26	6.26
6.25	6.25
6.23	6.23
6.21	6.21
6.20	6.20
6.18	6.18
6.16	6.16
6.15	6.15
6.13	6.13
6.11	6.11
6.10	6.10
6.08	6.08
6.06	6.06
6.05	6.05
6.03	6.03
6.01	6.01
6.00	6.00
5.58	5.58
5.56	5.56
5.55	5.55
5.53	5.53
5.51	5.51
5.50	5.50
5.48	5.48
5.46	5.46
5.45	5.45

Ortos del Sol.	H. M.
4.33	H. M.
4.33	7.15
4.34	7.14
4.34	7.13
4.34	7.12
4.35	7.11
4.35	7.10
4.36	7.08
4.37	7.07
4.37	7.06
4.38	7.05
4.39	7.03
4.	

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION.

OCTUBRE.		NOVIEMBRE.		DICIEMBRE.	
Ortos del Sol.	H. M.	Ortos del Sol.	H. M.	Ortos del Sol.	H. M.
5.56	5.43	6.29	4.57	7.04	4.35
5.57	5.41	6.31	4.56	7.05	4.34
5.58	5.40				
5.59	5.38				
6.00	5.36		4.55	7.06	4.34
6.01	5.35		4.54	7.07	4.34
6.02	5.33		4.53	7.08	4.34
6.03	5.32		4.52	7.09	4.34
6.04	5.30		4.51	7.09	4.34
6.05	5.29		4.50	7.10	4.34
6.06	5.27		4.49		
6.07	5.25		4.48	7.11	4.34
6.08	5.24		4.47	7.12	4.34
6.09	5.22		4.46	7.13	4.34
6.10	5.21		4.45	7.14	4.34
6.12	5.19		4.44	7.14	4.34
6.13	5.18		4.43	7.15	4.34
6.14	5.16		4.42	7.16	4.35
6.15	5.15		4.41	7.17	4.35
6.16	5.13		4.40		
6.17	5.12		4.40		
6.18	5.11		4.40		
6.19	5.09		4.39		
6.20	5.08		4.38		
6.21	5.06		4.38		
6.23	5.05		4.37		
6.24	5.04		4.37		
6.25	5.03		4.37		
6.26	5.01		4.36		
6.27	5.00		4.35		
6.28	4.59		4.35		

BELLAS ARTES.



DOÑA JUANA LA LOCA VELANDO EL FÉRETRO DE D. FELIPE EL HERMOSO, EN EL CAMINO DE TORQUEMADA Á HORNILLOS (AÑO DE 1506).

Cuadro de D. Francisco Pradilla, Premio de Honor en la última Exposición de Bellas Artes de Madrid.

LAS ESTRELLAS.

Apénas habrá quien haya dejado de contemplar, en una noche apacible del estío, las arenitas de plata que á millares centellean sobre el azul sombrío del firmamento. ¿Qué son esos puntos brillantes, sembrados con pasmosa profusion en la bóveda celeste, que del orto al ocaso se mueven lentamente como prendidos á ella, conservando invariables sus posiciones recíprocas? Esos astros son las *estrellas*, verdaderos soles que brillan con luz propia en los abismos insondables del espacio, y cambian sus lejanos destellos con los del astro central que alumbrá y vivifica á nuestro mundo.

Para facilitar su investigacion, los antiguos imaginaron desde luégo agruparlas de un modo convencional, dando á cada grupo ó *constelacion* una significacion mitológica ó poética y designándolo con un nombre particular. Dentro del grupo, cada estrella se designa con una letra del alfabeto griego, y cuando éste no basta, se emplea el alfabeto ordinario, y en último término los números, sin perjuicio de conservar el uso, de inmemorial establecido, de designar con nombres propios ciertas estrellas notables.

Ya se comprende que la investigacion de las estrellas por este medio no podria ménos de ser en extremo grosera, por lo vago de los contornos que limitan la figura que la constelacion representa, y por la dificultad de imaginar esta forma sobre un campo, ó más bien en un dédalo, en que la vista más perspicaz se pierde inmediatamente. De ahí que la division del cielo en constelaciones no sirva, en Astronomía científica, sino de un medio para reconocer la region del cielo en que ha de buscarse tal ó cual astro. Para fijar su posicion de una manera absolutamente exacta, se recurre al *sistema de coordenadas*; se concibe que por el astro e (*figura 1.^a*) y por los polos PP de la esfera celeste, esfera ideal de radio ilimitado, pasa un círculo, que es el *máximo dedeclinacion* del astro; esto entendido, sus coordenadas son: la *declinacion* y la *ascension recta*. La primera es el arco eb , comprendido entre el ecuador CC y el astro e ; la segunda es el arco de ecuador γb , comprendido entre el pie b de la declinacion y un punto determinado del ecuador, llamado *Aries*, y cuyo signo es γ . La declinacion se cuenta

en grados, minutos y segundos de arco; la ascension recta, en horas, minutos y segundos de tiempo. Como se ve, este sistema es completamente análogo al de latitud y longitud geográficas, que sirve para fijar la posicion de un lugar sobre el globo terrestre.

Obsérvese que hay estrellas dotadas de gran brillo, en tanto que otras apénas son visibles. Entre los puntos extremos de esta gradacion se ha convenido en establecer una escala, en la cual la intensidad de la luz de la estrella se toma como equivalente de *magnitud*, y marca la categoría que la corresponde, sin que por ello se entienda, no obstante,

que la transicion de una categoría á otra pueda precisarse en límites de una fijeza absoluta. Con arreglo á este convenio, las estrellas de primera magnitud, ó que ocupan el límite superior de la escala, visibles en nuestras latitudes, son: *Sirius*, ó α (alfa) del Can Mayor; *Vega*, ó α de la Lira; *Castor* y *Pollux*, ó α y β (beta) de Géminis; *La Cabra*, ó α del Cochero; *Arturo*, ó α del Boyero; *Betelguesa* y *Rigel*, ó α y β de Orion; *Aldebaran*, ó α de Tauro; *Régulo*, ó α de Leo; *La Espiga de la Virgen*, *Procion*, ó α del Can Menor; *Antares*, ó α de Escorpio; *Canopo*, ó α del Navío; *Fomalhaut*, ó α del Pez austral.

Las coordenadas de la estrella vienen á ser el sello que la distingue en todo tiempo, pues es imposible que en un momento dado tengan dos estrellas las mismas coordenadas. Lo más que puede suceder es que las ascensiones rectas sean iguales, en cuyo caso las declinaciones son diferentes, ó vice versa, evitándose, en consecuencia, toda confusion. Sólo así se comprende cómo ha podido fijarse la posicion de un número tan considerable de estos astros, y que sea factible establecer distinciones precisas entre objetos que aparecen como incalculables por su misma aglomeracion. Cuéntanse en el dia en todo el cielo sobre *veinte millones* de estrellas de todas magnitudes. Las que se distinguen á la simple vista comprenden las seis primeras magnitudes, y se cuentan en número de 6.000; mas para una vista privilegiada acostumbrada á este género de observaciones, y dadas las circunstancias más favorables de transparencia de la atmósfera, este número puede elevarse á 10.000. Las de las últimas magnitudes no son visibles sino con auxilio de los más potentes telescopios.

La distancia de las estrellas á nuestro sistema solar es inconcebible. El procedimiento ordinario que se emplea para calcular distancias inaccesibles consiste en tomar sobre los extremos de una base conocida, que mide, por ejemplo, 14 metros, los ángulos que forma dicha base con las dos direcciones al objeto. Si se traslada al papel la base que supondremos representada en CD (*figura 2.^a*), y se toman sobre ella 14 unidades, cada una de las cuales equivale á un metro, y desde los extremos D y C los ángulos PDC y PCD respectivamente iguales á los hallados sobre el terreno, la interseccion de las rectas CP y DP prolongadas marcará en el papel la posicion del punto P, y será fácil saber cuántas unidades de CD contiene cada una de las distancias incógnitas CP y DP. Si el punto P se traslada á P', las rectas CP' y DP' forman en P' un ángulo ménos abierto, por donde se colige que, á medida que el punto P va alejándose, las dos rectas forman un ángulo más pequeño, ó lo que es lo mismo, tienden á ser paralelas, lo cual tiene lugar cuando el citado punto se halla situado á una

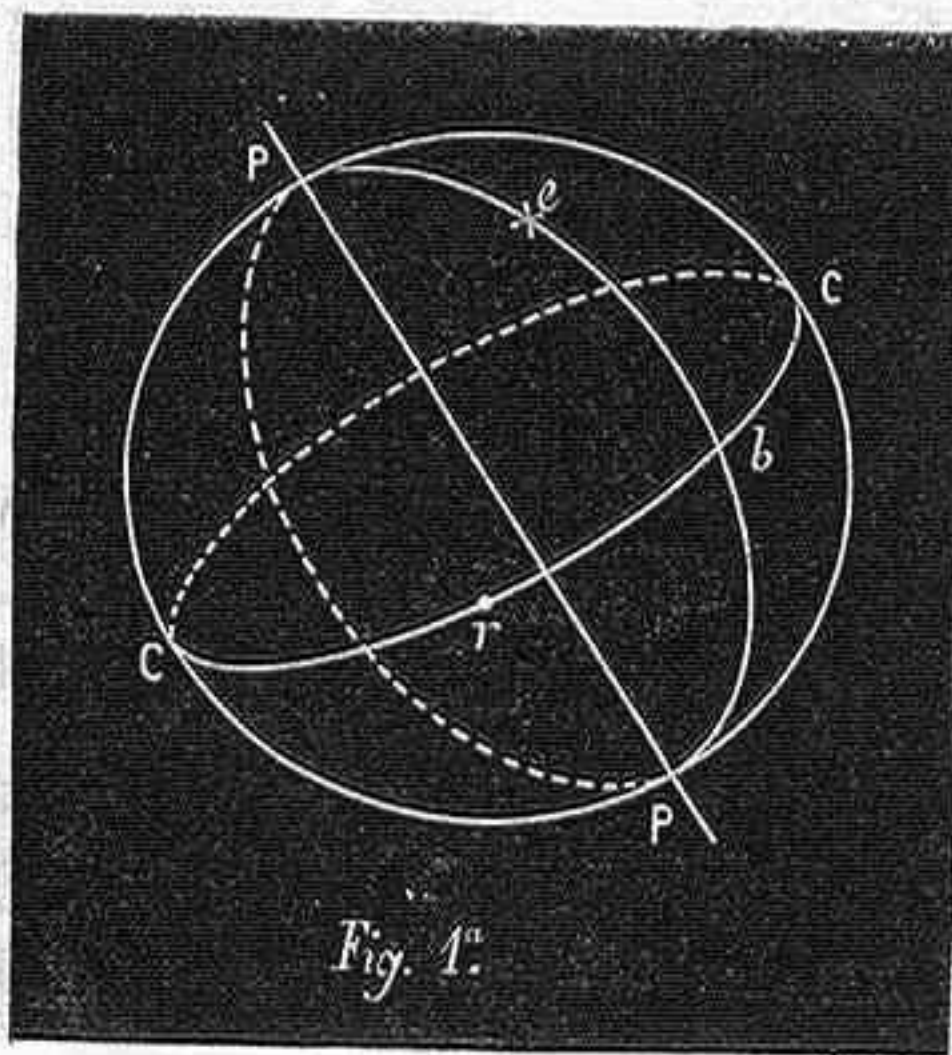


Fig. 1.

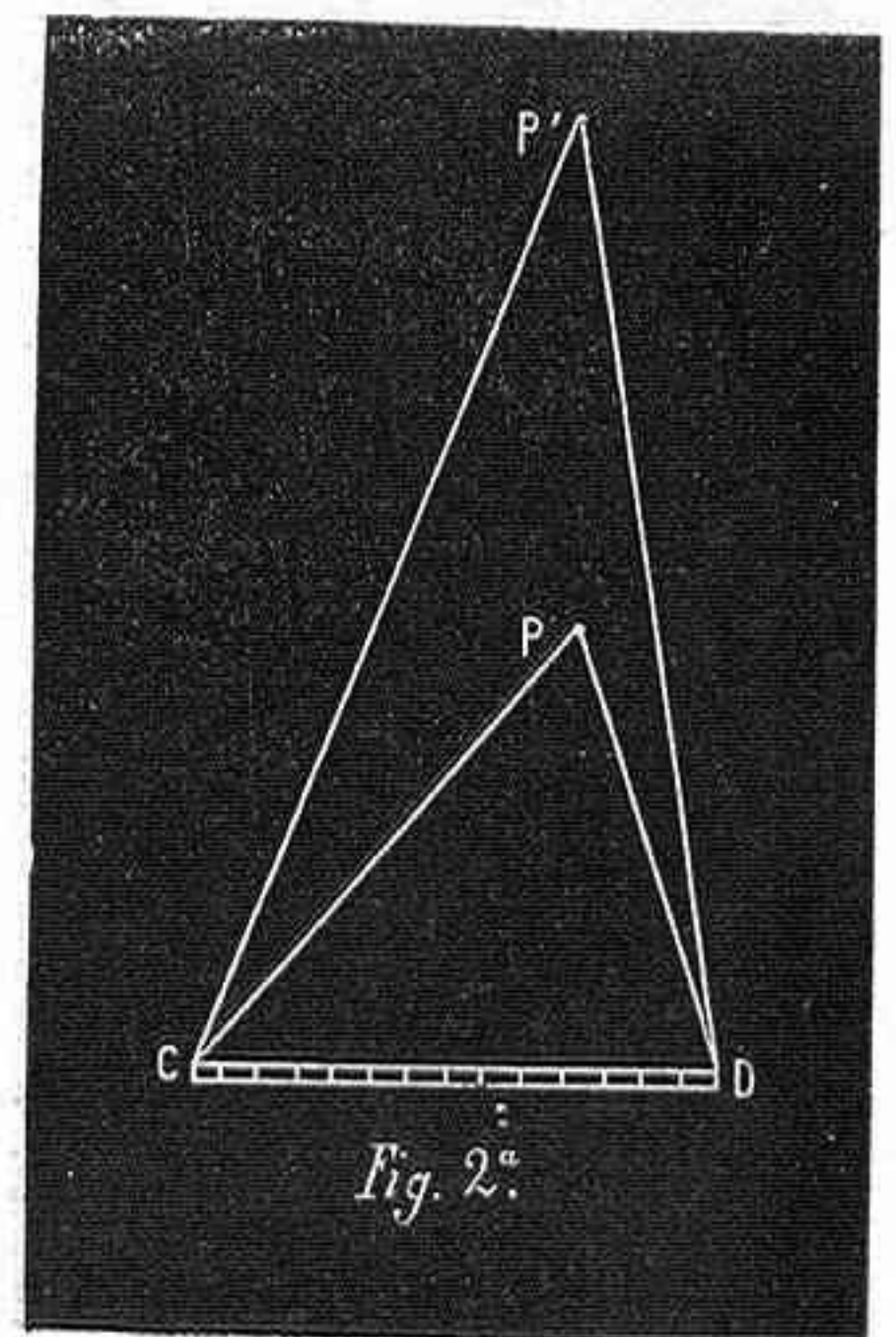
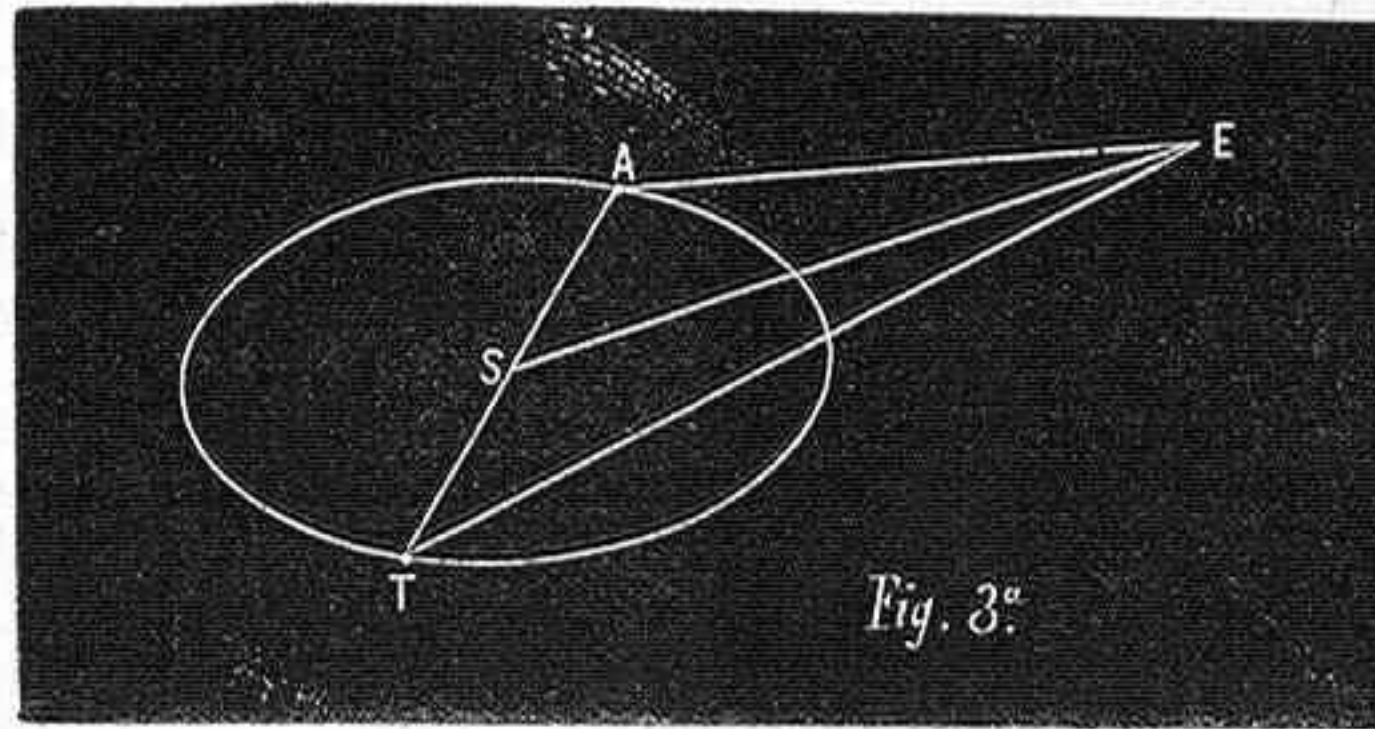


Fig. 2.

distancia tan grande, que puede considerarse como infinita.

Aplicando este procedimiento al cálculo de la distancia de una estrella, se ve que, aun tomando una base de longitud extraordinaria, como el diámetro AT (fig. 3.^a) de la ór-



bita que la Tierra describe alrededor del Sol S, es decir, una distancia de 74 millones de leguas kilométricas, distancia que un tren directo invertiría en recorrerla cerca de *siete siglos*, las rectas dirigidas á la estrella E desde los extremos A y T del diámetro serían sensiblemente paralelas, lo cual equivale, para el caso, á decir que la estrella se halla á una distancia infinita. Recurriendo á otros medios de observación más delicados, que se fundan en tomar por puntos fijos de referencia otras estrellas situadas poco más ó menos en la misma dirección, pero á distancias incomparablemente mayores, se ha averiguado con bastante aproximación la distancia que nos separa de un cierto número de ellas, resultando que, contada en *miles de millones* de kilómetros, la distancia de α del Centauro es de 33400; la de Sirius, 202000; la de la Polar, 288000; la de La Cabra, 663000.

La luz, que recorre 300.000 kilómetros por segundo, invierte tan sólo 8 minutos 13 segundos en recorrer los 37 millones de leguas que nos separan del Sol. Para llegar de α del Centauro tarda 3 años y medio; de Sirius, 21 años 3 meses; de la Polar, 30 años y medio; de La Cabra, 70 años; es decir, que aun cuando la Polar quedase súbitamente apagada en 1.º de Enero de 1880, continuaria viéndose desde la Tierra hasta 30 años después de su extinción, puesto que las últimas ondas luminosas emanadas en dicho momento no podrían llegar hasta el mes de Julio de 1910. Por la observación directa resulta, pues, que α del Centauro es la estrella que tenemos más cerca. Por otro orden de consideraciones, que se fundan principalmente en la ley conocida de la disminución de la intensidad de la luz por la distancia, se ha deducido con seguridad que entre las estrellas cuya distancia se ignora, las que se muestran en apariencia mayores son, por regla general, las más cercanas. Aparte de un reducido número de estrellas cuya distancia se ha averiguado con cierta exactitud, todas las demás se hallan situadas á distancias inconmensurables. ¡Cuántos miles de años deben tardar en llegar hasta nosotros las ondas luminosas emanadas de aquellos centros de vibración que apenas son visibles, aun con los mayores telescopios! Y por una especie de ley de reciprocidad, ¡á cuántas estrellas estará llegando ahora, ó no habrá llegado aún, la luz que despedía nuestro globo en sus primeras edades geológicas, cuando la fase de incandescencia se hallaba en pleno esplendor!

Las estrellas poseen movimientos propios, que no se hacen perceptibles sino á largos intervalos de tiempo, por lo pequeños que aparecen á causa de la distancia inmensa á que se observan. Halley fué el primero en descubrir en 1717 que las posiciones de Sirius, Arturo y Aldebaran diferían en 37', 42' y 33' respectivamente de las que tenían en tiempo de Hiparco, ó sea 130 años ántes de Jesucristo. Desde el descubrimiento de Halley, la perfección creciente de los instrumentos astronómicos ha permitido apreciar de cada

vez mejor las variaciones de posición en tiempos mucho más cortos, viniendo á quedar fuera de duda que, para la mayor parte de las estrellas, el movimiento propio no excede de un segundo de arco, citándose únicamente, como excepción, alguna que otra en que el movimiento llega á 6" y hasta 7".

Entre las consecuencias más importantes que se desprenden de las pacientes investigaciones de Proctor y Struve acerca del particular, debe consignarse: 1.º, que las estrellas de mayor magnitud son las que poseen movimiento propio más considerable; y 2.º, que á magnitud igual, el movimiento de las estrellas dobles es mayor que el de las simples. Por lo que concierne á saber *cuánto* se aleja ó se acerca la estrella á la Tierra en virtud del movimiento propio, los astrónomos no están acordes todavía sobre la verdad del principio teórico en que han de apoyarse las deducciones, si bien es seguro que llegarán á entenderse, y hasta es razonable anticipar que concluirán por admitirlo. De ser así, resultaría demostrado que Sirius se aleja de la Tierra 27 kilómetros por segundo, Régulo se acerca 28, Castor, 15.

La luz de las estrellas es blanca generalmente; pero hay muchas que son coloreadas, y otras en que el brillo ó el color, ó ambas cosas á la vez, varían con el tiempo. La luz de Sirius es de un blanco ligeramente azulado en la actualidad, y fué de un rojo vivo en tiempo de Séneca, según dejó consignado el célebre filósofo en el libro primero de sus *Cuestiones naturales*. Procion y Altair son azules; La Cabra y Pollux, amarillentas. En algunas estrellas el brillo experimenta variaciones periódicas. *Mira* (la admirable), de la Ballena, es una de las que más llaman la atención en este punto; en un trascurso de 331 días 8 horas disminuye desde la 2.ª magnitud hasta quedar invisible durante 5 meses, y á partir de este término, emplea 3 meses en recobrar poco á poco la 2.ª magnitud. *Algol*, ó β de Perseo, es de 2.ª magnitud, estado que conserva durante 2 días 13 horas; comienza entónces á disminuir lentamente, y al cabo de 3 horas y media llega á un mínimo de 4.ª magnitud; este estado dura 7 ó 8 minutos, y en 3 horas y media vuelve otra vez á la 2.ª magnitud. Cítanse también estrellas que han aparecido de improviso, y después de brillar durante cierto tiempo, se han extinguido, sin dejar indicio alguno de su existencia. La famosa *Peregrina*, que apareció en 1572 en la constelación de Casiopea, brilló durante 17 meses con un resplandor comparable al de Venus, y desapareció al cabo de este tiempo. Las apariciones más curiosas acontecidas en nuestros días son las que han tenido lugar, en 1866, en la constelación de la Corona boreal, y en 1876, en la del Cisne.

Miradas á la simple vista, todas las estrellas aparecen como simples puntos luminosos. A través del telescopio se muestran muchas de ellas formadas por dos ó más componentes muy próximas. Un aumento de 30 á 40, como el que suelen tener los buenos anteojos terrestres, basta para *desdoblarse* (éste es el término empleado en Astronomía) algunos grupos, como el de ζ (zeta) de la Osa Mayor. Sin embargo, en la mayor parte de los casos es necesario valerse de instrumentos de mayor alcance. Es evidente que estas agrupaciones pueden provenir, ó de que las dos estrellas se hallan, aunque muy distantes una de otra, situadas en la dirección misma del rayo visual, en cuyo caso parecen asociadas por un simple efecto de perspectiva, ó de que realmente constituyen verdaderas asociaciones de astros relacionados entre sí por fuerzas centrales, ni más ni menos que como en nuestro sistema planetario. Ambos casos se presentan en el Universo. En general, cuando la distancia angular de las estrellas componentes excede de 32", el sistema es aparente, ó es un *par óptico*. Por el contrario, cuando la distancia no excede de dicho número, el sistema es casi siempre real, y lo es con seguridad si la distancia no llega á 4". La prueba concluyente de que en tal caso el par es *físico*, viene á darla el hecho de que una de las estrellas sirve de centro, alrededor del cual describen las restantes órbitas elípticas, ajustadas en un todo á las tres leyes de Kepler, que rigen los

movimientos de los planetas y de los satélites en nuestro sistema solar. El número de estrellas múltiples hasta ahora conocido, comprendiendo en él las dobles, triples, etc., se eleva á más de 10.000, y cada día se enriquece el catálogo con el descubrimiento de nuevos sistemas.

Baste citar, entre los más notables, el de ξ (xi) de la Osa Mayor, estrella de cuarta magnitud, constituida por un sistema binario en que la distancia angular de las componentes es de $2''$,44, y el período de revolución de la estrella satélite al rededor de la central, de sesenta y dos años. Castor y α de Andrómeda son estrellas triples; β de la Lira y β de Géminis son cuádruplas; ω (omega) del Cisne es quintupla; θ (tzeta) de Orion es séptupla. El período de revolución más corto es el de una estrella de la Cabellera de Berenice, que recorre su órbita en veintiseis años; el más largo, el del acompañante más luminoso de Castor, que es de seiscientos treinta y dos años. Importa hacer notar que las órbitas observadas son las aparentes, y que, dadas éstas, hay que determinar todavía las verdaderas. Para comprender mejor esta diferencia, basta considerar que si se coge con la mano un cordón á cuyo extremo se coloca un carbon encendido, y se le hace dar vueltas con rapidez, describe en apariencia una circunferencia luminosa, que mirada desde lejos se muestra más ó menos desfigurada ú ovalada, segun la mayor ó menor oblicuidad con que se la mire, y hasta podrá parecer una línea recta si se la mira por el canto. Fácilmente se concibe, por lo expuesto, cuántas dificultades ha de entrañar la determinación de la curva real por la aparente que da la observación directa, sobre todo si la distancia á que se observa es infinita. La determinación de la forma y dimensiones de la órbita verdadera de una estrella doble es uno de los cálculos más complicados de la Astronomía matemática, para lo cual Savary, primero, y von-Villars en nuestros días, han dado procedimientos tan exactos como elegantes. El que esto suscribe se propone dar á conocer, en revistas técnicas especiales, un método gráfico, nuevo y original, que facilita mucho la solución del problema en toda su generalidad.

A pesar de ignorarse la distancia de las estrellas, su composición química y su constitución física han llegado á conocerse con completa certidumbre, por más que el hecho parece como que envuelve dos ideas contradictorias, pues desconocer la distancia de un objeto, y someterle, no obstante, al análisis hasta el punto de arrancarle el secreto más íntimo de su composición elemental, es, á primera vista, inconcebible. Este milagro de la ciencia contemporánea se funda, en principio, en un fenómeno muy sencillo, que consiste en la modificación que al atravesar un prisma de vidrio ó de una sustancia trasparente cualquiera, experimenta la luz; de suerte que, gracias á esta fiel mensajera de los soles, la investigación de los elementos que arden en una estrella viene á ser fácil en teoría, y fácil también bajo el punto de vista práctico, dados los medios de observación tan perfeccionados de que hoy puede disponerse.

Cuando un rayo de luz blanca, como la solar, entra por la cara de un prisma de vidrio, en condiciones adecuadas, sale por la contigua descompuesto en siete luces diversamente coloreadas: roja, anaranjada, amarilla, verde, azul, azul subido y violeta, cuyo conjunto constituye el *espectro* del manantial luminoso que le da origen. La luz del Sol produce un espectro de colores, en apariencia, continuos, pero observado con el instrumento denominado *espectroscopio*, descúbrese innumerables rayas negras transversales muy finas, entre las cuales sobresalen siete ú ocho mucho más visibles. La luz de una lámpara ordinaria de petróleo ó un carbon hecho ascua darían un espectro de colores continuos, totalmente desprovisto de rayas. La chispa eléctrica que estalla entre las puntas de un conductor metálico, ó un gas muy enrarecido hecho luminoso por medio de una corriente de electricidad de tensión, producen un espectro de rayas brillantes perfectamente separadas, observándose que cada sustancia sometida á este experimento da origen

á rayas especiales, de color y posición invariables, que sirven por lo tanto, en virtud de esta particularidad, para distinguirla. Una llama de alcohol, en la cual se quema una sal, basta en muchos casos para efectuar la experiencia. El sodio da una raya amarilla muy característica; el hierro, setenta rayas no ménos características. Si á través de un manantial que produce un espectro de rayas brillantes se hace pasar, en el sentido del rayo visual, un haz de luz muy intensa procedente de un manantial que por sí solo daría un espectro de colores continuos, las rayas brillantes se transforman en rayas negras, por un efecto de absorción inherente á la luz atravesada, dando lugar al fenómeno que se conoce con el nombre de *inversión del espectro*. Por ejemplo, si á través de la llama de alcohol, que da la raya amarilla del sodio, pasa un haz de la luz llamada de *Drummond*, obtenida quemando un pedazo de cal en un mechero de gas del alumbrado mezclado con oxígeno, la raya es negra sobre el fondo coloreado del espectro propio de la nueva luz. Hé aquí expuesto, en resumen, el principio en que se funda el *análisis espectral*.

Aplicado á la luz de las estrellas, ha dado ya resultados maravillosos y fecundos, que revisten pleno carácter de hechos incontestables. El espectro de Aldebaran presenta una serie de rayas que coinciden exactamente con las que son peculiares al sodio, magnesio, hidrógeno, calcio, hierro, bismuto, telurio, antimonio y mercurio, deduciéndose, en consecuencia, que en la composición química de la estrella intervienen dichos cuerpos simples. α de Orion consta sensiblemente de los mismos elementos, pero carece de hidrógeno, y por consiguiente, de agua. En Sirius se hallan el sodio, magnesio, hidrógeno, y probablemente el hierro, siendo digno de mención el hecho de que todos estos elementos se hallan allí á una temperatura sumamente elevada, y el hidrógeno, además, á una presión considerable. La Cabra y Pollux presentan un espectro completamente idéntico al del Sol, por la continuidad de sus colores y por sus numerosas rayas negras de absorción. En la mitad próximamente de las estrellas se encuentra el hidrógeno. Secchi, Miller y Huggins, que han hecho de este asunto objeto predilecto de sus estudios, han impreso á esta rama de la Astronomía sidérea un gran progreso. El P. Secchi ha observado el espectro de más de 4.000 estrellas, resultando de sus trabajos que las estrellas en que se halla el carbono al estado de combinación deben tener una temperatura más baja que las que ofrecen en su espectro líneas de absorción, como nuestro Sol, Pollux, la Cabra, etc.

No ménos admirables que las estrellas son las *nebulosas*, astros de apariencia blanquecina y de forma regular ó irregular, que brillan también con luz propia en las profundidades del cielo. Distingúense las *aglomeraciones estelares* y las *nebulosas* propiamente dichas. Las primeras son las que se hallan formadas de una aglomeración de innumerables estrellas; las segundas, las que constan de una materia luminosa blanquecina muy difusa, que se presenta, en muchas de ellas, visiblemente condensada en uno ó más puntos. El número de las descubiertas hasta hoy no baja de 5.500, y entre ellas sólo algunas, como, por ejemplo, la magnífica Vía Láctea, si se la considera en parte como verdadera nebulosa, la situada en la constelación de Andrómeda, y la de Orion, pueden distinguirse á la simple vista. Analizada la luz por medio del espectroscopio, se ve que en unas el espectro presenta rayas brillantes, lo cual indica que la materia luminosa se halla al estado de nebulosidad difusa, como en el ejemplo del gas enrarecido de la experiencia ántes citada; tal es lo que se observa en la nebulosa de Orion, que da las rayas del ázoe, del hierro y del hidrógeno. Otras, en mayor número, presentan un espectro de colores continuos, como la nebulosa de Andrómeda, lo cual denota que se componen de una aglomeración de estrellas, cada una de las cuales produce el efecto que el ascua de carbon del experimento. El análisis telescópico viene á corroborar esta deducción, pues con los grandes instru-

mentos se han podido contar ya en la nebulosa de Andrómeda 1.500 estrellas distintas.

Si este estudio del cielo, presentado en detalle y á grandes rasgos, intentáramos ahora abarcarlo en su conjunto, posible fuera descubrir relaciones de importancia suma, que, aunque conocidas en parte tan sólo, ó apenas vislumbradas acaso, dan la certidumbre matemática de que los innumerables astros que pueblan el espacio no han sido sembrados al azar, como á primera vista parece, sino que su distribución se subordina á leyes de un orden elevado, y acusa forzosamente la existencia de una inteligencia suprema que ha presidido á la ordenación del caos.—Soles que brotaron á borbotones al impulso de su querer alumbran á otros globos ó recorren las etapas primitivas de formación, rodando á través de espacios inmensurables, sin discrepar un ápice de las leyes inmutables á que obedece la

materia sujeta á nuestro exámen tangible. Mundos, sin agua unos, dotados otros de todos los elementos que la vida reclama, atraviesan fases de existencia idénticas á las que la Tierra atravesó en remotas edades ó ha de atravesar en lejano porvenir. Unidad de materia, unidad de leyes, unidad en la misma variedad de las condiciones de estabilidad de los sistemas sidéreos, de un confin á otro confin del firmamento, conducen insensiblemente á descubrir unidad de plan, unidad de pensamiento, en la economía admirable de este vasto organismo que lleva el nombre *Uníverson*, que el hombre

llama *infinito* en el sentido del número, del espacio y del tiempo, porque la inmensidad de esta triple manifestación de la cantidad no cabe en la pequeñez de su entendimiento; pero *uno* y *finito*, y tan sólo concebible en la mente del Sér necesario, omnipotente y eterno, que por excelencia Es.

JOSÉ J. LANDERER.



D. COSME DAMIAN CHURRUCA, insigne marino español, natural de Motrico (Guipúzcoa).
† gloriosamente en el combate de Trafalgar, el 21 de Octubre de 1805.

» Churruca, sobre la cubierta del *San Juan Nepomuceno*, cuya bandera había sido clavada, recibe una bala, que le arrebata la pierna derecha en los instantes de prolongar la resistencia contra seis navíos, y el *San Juan Nepomuceno* si-

» gue combatiendo todavía: todavía respira su comandante en aquella cámara, más tarde objeto de la veneración de sus mismos enemigos.»
(CASTRO, *Historia de Cádiz*.)

ALMANAQUE LITERARIO.

PROLOGO.

EXCMO. SR. D. ABELARDO DE CÁRLOS.

Madrid, 7 de Agosto de 1879.

Muy señor mio, de toda mi consideracion y aprecio: Prosigue V., con un empeño que no puedo ménos de aplaudir, el generoso propósito de propagar, por medio del ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, las semblanzas de los preclaros varones que hicieron en otro tiempo á nuestra España culta, sábia y afortunada. Divulgó V. entre miles de lectores de la Península y de Ultramar, con su ameno y precioso libro artístico-literario de 1879, los retratos y las biografías de doce eminentes escritores, pintados al vivo por la elegante y correcta pluma de D. Cayetano Rosell; y hoy quiere V. que yo le bosqueje con la mal pergeñada prosa mia otras doce figuras de grandes pintores, para continuar sin duda en los Almanagues de los años sucesivos dando al público español, por docenas, los legítimos representantes de sus más preciadas glorias en las otras artes, y en las ciencias, armas, política y gobierno del Estado. Dios bendiga tan útil pensamiento y le lleve á término feliz; que buena falta nos hace á fe que, imitando el ejemplo de Plutarco, Varron y Plinio, como lo imitaron San Isidoro y Juan Sedeño, y Fernán Perez de Guzman, y Fernando del Pulgar, y Gonzalo Fernandez de Oviedo y otros celosos españoles, cunda la aficion á escribir las vidas y obras notables de los que labraron con sus talentos, sus virtudes y su infatigable perseverancia el bello monumento de nuestra antigua cultura; de aquellos beneméritos hijos de la noble, sencilla y creyente raza española, cuyos hechos deben servirnos á los presentes de espuela y estímulo, para no degenerar como los infelices descendientes de otras razas que tambien tuvieron un glorioso pasado.

Voy á comenzar inmediatamente la grata tarea que V. confia á mis débiles fuerzas: en ella me preceden guías beneméritos, aunque no siempre seguros, como son: Pacheco, Carducho, Jusepe Martinez, Butron, Palomino, Diaz del Valle,

o Cean Bermudez, el P. Arqués Jover y otros muchos. Sola una consideracion me arredra, y es la dificultad de despojarse de ideas recibidas de antiguo sin exámen, y en fe de autoridades estimadas infalibles, para admitir otras que á veces resultan enteramente contrarias; y la de poner en claro ciertos hechos controvertidos por los precedentes escritores, faltando las fuentes para comprobar de parte de quién está la razon. Utilizaré para las sucintas doce biografías que V. desea, datos interesantes, que me proporcioné, no sin fatiga, cuando escribí mi *Catálogo histórico y razonado de los cuadros del Museo del Prado*; mas no vaya usted á creer que voy á plagiarle á mí mismo. Las noticias se suceden unas á otras, hácese todos los dias descubrimientos nuevos, la meditacion produce sus frutos, y á medida que el tiempo pasa, cambian los pareceres. Mucho he pensado sobre nuestros grandes pintores antiguos, pero creo que mucho me queda que hacer respecto de ellos. Diré ahora lo que en el estado presente de mi inacabable tarea mental llevo aprendido, sin presumir de infalible y de invariable; y celebraré, por usted y por mí, que despues de desechar unas ideas y de sacar á plaza otras nuevas ó redivivas, no resulte el Almanaque artístico que me dispongo á escribir tan estéril como la faena del sacristan de monjas pobres, que vacilando sobre la importancia de las imágenes en cuyos altares prodigará las luces, enciende unas velas y apaga otras, vuelve luego á encender éstas, apaga aquéllas, y por fin deja á los devotos á oscuras.

Guarde á V. Dios más años de los que ha menester,—y no son pocos,—para producir tantos Almanagues de españoles ilustres cuantos pueden sugerirle los fastos de esta nacion, que los hizo brotar á cientos en cada uno de los siglos en que la admiraron culta, grande, creyente y venturosa. Y queda de V. siempre afectísimo amigo y atento servidor,

Q. S. M. B.,

PEDRO DE MADRAZO.



JUAN DE JOANES.

Nació en Fuentes la Higuera en 1523 (?). — Murió en Bocayrente en 1579.

Hay eruditos cuyas investigaciones biográficas perjudican más que favorecen á los personajes en quienes recaen. De éstos es el laborioso P. Arqués Jover, quien, en su *Diccionario de pintores, escultores y arquitectos desconocidos*, achaca al preclaro artista valenciano Juan de Joanes el feo delito de haber renegado de su sangre, usurpando una categoría social en que no había nacido. Víctimas nosotros de la autoridad con que anunció este descubrimiento el reverendo mercenario, ante quien bajó su respetable cabeza el sabio Cean Bermudez, el cual á su vez lo hizo público en la magna obra de la *Colección litográfica de cuadros del Rey de España*, reprodujimos candorosamente la impremeditada y grave acusación en uno de nuestros libros (1), escribiendo en él, bajo el epígrafe JOANES (Vicente) ó Vicente Juan MACIP, estas palabras, que hoy pesan como losa de plomo sobre nuestra conciencia: «Por una curiosa noticia del P. M. Fr. Agustín de Arqués Jover, provincial de los mercenarios calzados de Valencia, sabemos que este gran pintor valenciano tuvo la debilidad de dejar el verdadero apellido de su familia, MACIP, que, aunque distinguido, le parecía que sonaba á empleo bajo (*macero*), haciendo patronímico de su segundo nombre, Juan, y aplicándolo á todos sus hijos, latinizado y convertido en *Joannes*. No contento con esto, se apropió el escudo de armas del noble linaje de Juan, como se ve en la tabla que pintó del *Entierro de San Estéban*, cuadro núm. 753 de este Museo (el del Prado).»

Al reflexionar hoy que íbamos á propagar entre miles de lectores una censura que favorece tan poco á uno de los más insignes artistas de nuestra nación, de quien, por otra parte, corren tradiciones que le acreditan de hombre de religiosidad intachable, hemos escrupulizado acerca de si tenía ó no sólido fundamento la especie de la cual se dió por

(1) *Catálogo descriptivo é histórico de los cuadros del Museo del Prado de Madrid, Parte 1.ª, Escuelas españolas.*

descubridor el P. Arqués Jover; y estudiando concienzudamente el *Diccionario* que escribió éste, y que facilitó para su publicación á los colectores de los *Documentos inéditos para la Historia de España* el apreciable bibliófilo D. Manuel Remon Zarco del Valle, echamos de ver con indecible júbilo que carece enteramente de base la presunción del monje escritor. Estriba ésta en que el hijo de nuestro célebre artista, pintor como él, se firma *Vicente Juan Macip* en cierta escritura de quitamiento de un censo que la villa de Bocayrente constituyó con fecha 14 de Mayo de 1594, para pagar á la viuda y herederos de Joanes la parte que les debía del precio en que fué tasada la obra del retablo de aquella iglesia parroquial. Y preguntamos ahora nosotros: ¿de dónde le constaba al P. Arqués Jover que *Juan y Macip* no eran los dos apellidos paterno y materno, ó bien un doble apellido paterno, del distinguido pintor valenciano? ¿Produjo, por ventura, el acusador la partida bautismal de Joanes? Si *Juan* no era apellido, y si sólo un segundo nombre de pila de Vicente Juan Macip, ¿cómo es que en el testamento de éste, otorgado á 20 de Diciembre de 1579 ante el notario Cristóbal Llorens, llama á sus hijos *Vicent Joannes, Dorothea Joannes y Margarita Joannes*? Debemos, pues, considerar como destituida de todo motivo racional la presunción del P. Arqués Jover, y suponer, mientras una prueba robusta no invalide nuestra conjetura, que Vicente Juan ó Joannes—latinizado el patronímico, como en el siglo xvi era costumbre—suprimió el Macip, segundo apellido paterno, ó materno tal vez, no por creerse desdorado con llevarlo, que semejante imputación se compadece muy mal con las ideas y los hábitos del modesto cuanto religioso artista, sino por estimarlo innecesario. Rechazamos por lo mismo toda idea de usurpación de estado civil de parte de un hombre tan benemérito; proclamamos abiertamente que nos basta ver que Joanes usó el escudo de la nobilísima familia de Juan, para considerarle nacido de este esclarecido linaje; sostenemos, que es una maligna



cavilacion la del que, por ver escritos los nombres de los hijos de aquél con su verdadero y legítimo apellido, Joanes, haciendo supuesto de la dificultad, dice que este modo de designar á los hijos prueba la superchería del padre; y renegamos, por último, de la erudicion de los rebuscadores de archivos y bibliotecas, cuando, irreflexiva y perniciosa, lanza al viento de la publicidad especies mal digeridas y compaginadas, — y vertidas ademas en lenguaje y estilo ramplon, como en el presente caso acontece,—que en vez de completar ó corregir el retrato moral del varon esclarecido por su saber ó sus virtudes, lo manchan y denigran.

Hecha esta vindicacion de nuestro Vicente Joannes Macip, ó Juan de Joanes, como vulgarmente se le nombra, diremos lo poco que se sabe de aquella parte de su vida — la ménos interesante sin duda—no manifiesta en sus obras.

Lorenzo Surio y Francisco Pacheco, autores sesudos y muy estimados por su veracidad, sólo nos dicen que ademas de ser Joanes persona de conocida virtud, se preparaba con la confesion y comunión ántes de pintar sus devotas imágenes. Ellos, que tan loable memoria recogieron del piadoso artista, hubieran podido quizá reunir preciosos datos acerca de su nacimiento, aprendizaje y progresos; no lo hicieron, y hay que atenerse á lo poco que consignan Palomino y Cean, pero sacando la plata de la escoria con que en ambos viene mezclada, y que en el primero abunda.

Asegura Cean que Joanes, á quien supone la tradicion nacido en la villa de Fuente la Higuera, vió la primera luz en 1523, y que esta fecha resulta de la partida del depósito de su cadáver, la cual expresa haber muerto el año 1579, á los cincuenta y seis de edad. Hemos leído y releído con todo detenimiento esta partida; por ella, en efecto, consta que al fallecimiento del artista, no pudiendo, á causa de la inclemencia y furiosas lluvias con que se desató el tiempo, trasladar inmediatamente su cadáver, segun su última voluntad, á Valencia, hubo que depositarle en la misma parroquia de Bocayrente, y que esto se hizo utilizando la sepultura del magnífico Miguel Ferri. Pero no hemos visto en este documento el dato que cita Cean; y hé aquí otra aseveracion que está reclamando nuevas pruebas.— De estos fallos están llenas las biografías de todos los hombres ilustres; y no hay que censurar á los franceses de más ligeros que los otros escritores, porque la biología moderna está descubriendo á cada paso renuncios tan colosales como los de nuestros vecinos en los autores de todos los países, incluso los alemanes, que pasaban por más sesudos.

De su precitado testamento, único papel de verdadera importancia para el buen nombre del pintor entre cuantos ha recogido el escritor mercenario repetidamente citado, se coligen su desprendimiento y la ejemplar rectitud de su conciencia. Habia pintado para la capilla de Nuestra Señora de Gracia, en el convento y monasterio (así, *convent y monestir*) de San Agustin de Valencia, un retablo por encargo del reverendo P. Fr. Juan Morato, prepósito á la cuenta de aquella santa casa; y de la suma en que habia sido ajustado, se le debian unas doscientas libras, ántes más que ménos. Para no perjudicar á sus herederos, lo declara en su testamento; pero en aquellos tiempos, el mero hecho de ser en sus relaciones profesionales con una comunidad poderosa el acreedor el artista, y no el deudor, es un indicio de excelente conducta y de escaso apego al interes. De la rectitud y delicadeza de su conciencia es elocuente testimonio esta otra cláusula testamentaria: habiéndose encargado de hacer otro retablo para el monasterio de la Orden de Predicadores de la misma ciudad de Valencia, comenzó la obra, y por dificultades que sobrevinieron y no se expresan, no pudo concluirlo; recibió, sin embargo, á cuenta del precio de su ajuste alguna cantidad, pues era costumbre, y lo es todavía, estipular el pago por plazos en determinados periodos, anticipando al artista un tanto por su instalacion en la localidad donde ha de ejecutar su trabajo; y aunque nadie le hizo reclamacion alguna, pues de lo contrario la cosa no hubiera sido objeto de disposicion testa-

mentaria, espontáneamente mandó que se reconociese por peritos si lo que en dicho retablo habia pintado valia la cantidad recibida, para que si resultase valer ménos, sus herederos restituyesen el exceso.— Procuremos ahora dar á conocer al artista.

Vino al mundo Joanes en la época en que el Renacimiento italiano era la encantadora sirena cuyos hechizos no resistia ninguno de los que navegaban por el dilatado piélago del arte. De los italianos de aquel tiempo, ¿quién se sustrajo á sus halagos? Los genios de las naciones extrañas suspiraban todos por la posesion de aquel nuevo ideal. Cruzar los mares ó franquear la barrera de los Alpes para poner el pié en la privilegiada tierra que alumbraba la renaciente claridad del arte helénico y romano; ver en Milan *La Última cena*, de Leonardo de Vinci; en Florencia el *Mausoleo de los Médicis*, de Miguel Angel, y en Roma las *Stanzas y Loggias*, de Rafael, era el sueño constante de los artistas de todos los países, desde la brumosa Germania hasta la florida Andalucía. Los pintores, escultores y arquitectos no acertaban á renunciar á aquella suspirada iniciacion: los que por su calidad y estado no podian hacer la peregrinacion que se imponian los artistas, se proporcionaban medios indirectos de satisfacer aquella misma sed de cristianizadas profanidades; los reyes y príncipes á quienes no les era dado viajar, procuraban atraer hácia sus Estados, cuando no las personas, las obras de los maestros protegidos y formados por los Médicis, los Borjas, los Colonnas, etc.— Claramente revelan las de nuestro Joanes que fué él uno de los que acudieron á las orillas del Arno y del Tíber con ánsia de nutrirse de preceptos clásicos; mas, debemos hacer esta justicia á sus propósitos, con el noble pensamiento de tomar del neo-paganismo, dominante en Italia, sólo la elegancia y correccion de las formas, para dar con ellas más realce y prestigio á la idea cristiana y católica de sus devotas creaciones.

Erró Palomino al afirmar que Joanes fué discípulo de Rafael. Mal pudo recibir las impresiones de aquel gran lumínar, fundador de la escuela romana, que se extinguió en 1520, cuando acaso nuestro valenciano no habia nacido. Fué mayor todavía el yerro de Mariette, que, guiado, segun él declara, por un cierto D. José García, autor de un libro de principios de dibujo, asegura que Joanes fué alumno del Perugino, maestro de Rafael. Con más razon hubieran dicho uno y otro que el artista español trabajó probablemente en Roma en el estudio de alguno de los discípulos del Sanzio, porque su estilo tiene los caracteres de cosa aprendida en las mismas fuentes originales, y no de mero reflejo de máximas importadas en España por otros profesores; y nada se opone á que durante su viaje á Italia pudiese Joanes estudiar con Polidoro Caravaggio, con Julio Romano ó con Perino del Vaga.

Pero, como queda ya indicado, no imitó á los grandes maestros italianos de la córte de Leon X, y de una manera irreflexiva, en sus tendencias á secularizar, ó más bien á *profanizar* el arte; Paul Mantz ha comprendido perfectamente el carácter de Joanes como pintor: «aunque supo penetrarse bien de las lecciones de su maestro, fuera éste quien quisiera, siempre se conservó español, y nunca llegó á asimilarse por completo el ideal de la escuela romana.» Y la causa de esto hay que buscarla, no en las calidades originarias de sangre y raza que suelen decidir de las tendencias en todas las artes del sentimiento, dado que Berruguette y Juan de Arfe, Becerra y Damian Forment, aunque españoles, rivalizaron con los Leonis y Cellinis en el modo de sentir y expresar el ideal pagano; hay que buscarla en circunstancias puramente individuales y de formal eleccion, de esas que revelan un enérgico personalismo, síntoma indefectible del verdadero genio. Joanes no trató jamas asuntos profanos; semejante en esto á sus contemporáneos Correa, Luis de Vargas, Luis de Morales y algunos otros— caracteres varoniles de los que no faltaron en nuestra España en el siglo de Carlos V y Felipe II—nunca quemó incien-

so en las aras de los falsos dioses. Considerando su profesion como un sacerdocio, tributando al decoro del arte el respeto—tan necesario como saludable freno—de que nos dió ejemplo la sábia antigüedad en aquel patricio que no tomaba los pinceles sino revestido de la toga pretexta, y que imitó el florentino Dello en la corte de nuestro rey don Juan II, no poniéndose nunca á pintar sino con gremial de brocado; Vicente Joanes no se acercaba al caballete sino de una manera todavía más digna. Como el divino pintor Angélico de Fiésolo, como Vargas y Morales, elevaba su mente por medio de la oracion, ennoblecia sus concepciones, purificaba sus sentimientos, y cuando esto no bastaba por estimarse obligado á supremos empeños en la representacion de lo sobrenatural y suprasensible, se preparaba con más eficaces auxilios, recibiendo á menudo el pan de los ángeles para nutrirse, como ellos, del divino amor, que abre la inteligencia á la contemplacion de la belleza increada. Bien harian en imitar esta práctica, hoy puesta en ridículo, ayer todavía tan respetada y aún seguida por artistas de la más elevada jerarquía—por un Overbeek, verbigracia—muchos pintores que, llamados á la alta mision de hacer amar lo bueno y lo santo bajo la forma de lo bello, prostituyen su genio convirtiéndole en vil ministro de sórdidos deleites. No es poca honra para los buenos pintores españoles del siglo XVI el haber sabido mantenerse fieles á tan alta mision; pero es que en la España de entónces no era frecuente en la república de las artes el lenocinio.

Cuenta Palomino una anécdota, que puede considerarse como expresion del alto concepto de que gozaba Joanes como pintor de asuntos religiosos. El P. Martin Alberro, jesuita, le encargó que pintase para la casa profesa de la Compañía, en Valencia, una Nuestra Señora en el misterio de su Purísima Concepcion, con la Trinidad en la parte superior, y coronada por Jesucristo. Describiósele tal como en una beatifica revelacion la habia visto, y poniendo el artista manos á la obra, no acertaba á representar á la Inmaculada á satisfaccion de aquel siervo de Dios. Éste, que era su confesor, le aconsejó que impetrase debidamente la asistencia divina: preparóse Joanes con oraciones, confesó y comulgó, é inmediatamente brotó de su fervoroso espíritu la forma suspirada. Fijóla rápidamente en la tabla; el P. Alberro, contento de ver lo bien que conformaba el bosquejo con el original que habia tenido la dicha de contemplar, le estimuló á que prosiguiese la obra con los mismos celestiales auxilios hasta terminarla; el pintor, por su parte, animado con la feliz tentativa, y á la vez receloso de echar á perder la inspirada figura, apénas se atrevia á poner en ella los pinceles; pasábase las horas muertas mirándola, con la mano derecha en alto, como mano de estatua, semejante al niño que, cerca ya de la rama donde posa el pájaro, ni mueve el pié, ni respira, ni hace nada para cogerlo; y habiendo resuelto, por fin, no dar una pincelada en el rostro de la Virgen sin tener el alma enteramente purificada de toda mancha, comulgando todos los dias mientras le duró aquella ocupacion, llevó su tarea á tan dichoso remate, que el P. Alberro, la comunidad toda, la poblacion entera despues, quedaron maravillados y estupefactos ante la milagrosa perfeccion de su cuadro (1).

(1) El diplomático inglés Cumberland, reproduciendo esta anécdota, añade una circunstancia que no sabemos dónde leyó. Dice que mientras Joanes pintaba la parte alta del cuadro, se rompió el tablado en que estaba, viéndose ya precipitado y expuesto á matarse; y que entónces la celestial Señora, cuya imagen habia ya concluido, alargando el brazo derecho, le sostuvo en el aire por la mano, y despues de depositarle blandamente en el suelo, volvió á tomar en la tabla su postura. *Anecdotes of eminent painters in Spain*, t. I, pág. 148. Añade que lo cuenta Pacheco, pero este grave autor no dice semejante cosa. Pacheco, discurrendo en el cap. IX del libro I de su *Arte de la pintura* acerca de los favores que han debido algunos santos varones á las imágenes pintadas, refiere ese caso como acaecido á otro artista famoso y devoto de Nuestra Señora, que pintaba la imagen de ésta en la pared de una capilla, cayéndosele el andamio en que estaba subido; y lo toma del *Peregrino*, de Lope de Vega. De modo que tambien los escritores ingleses hacen de las suyas.

No faltó jamás á este artista severo y delicado la proteccion de la Iglesia: el arzobispo de Valencia, Santo Tomás de Villanueva, le encomendó la ejecucion de un juego de cartones sobre *La Vida de la Virgen* para unos tapices que mandó tejer en Flándes; las iglesias de San Nicolás, Santa Cruz, Carmen Calzado, San Estéban, Santo Domingo, los Mínimos, San Agustín, San Francisco, la Corona, el Temple, San Andres y San Bartolomé, y el famoso monasterio de San Miguel de los Reyes, así como la catedral de Segorbe y la cartuja de Valdecristo, la parroquia de Fuente la Higuera, la de Bocayrente y la iglesia de Dominicos de Castellon de la Plana, poseian á principios de este siglo, cuando publicaba su *Diccionario de profesores de las Bellas Artes en España* el meritisimo Cean Bermudez, excelentes cuadros de composicion de este artista esmerado y fecundo. No convenian al carácter de Joanes y á su género de vida el bullicio y la etiqueta de las cortes: acaso desde su regreso de Italia no salió nunca de la hermosa provincia donde vió la luz del dia, la cual conservó hasta la calamitosa época de nuestras convulsiones políticas, inaugurada con la bárbara invasion francesa, el tesoro casi intacto de sus creaciones.

De entónces acá, ¡qué dolorosa dispersion! La hermosa *Concepcion y coronacion de Nuestra Señora*, pintada para la iglesia de la Compañía, es arrancada y llevada á Inglaterra; y hace pocos años cubria un trozo de pared en el palacio de la Exposicion de Manchester, como propiedad de Mr. Alfred Stowe! No fué poca fortuna para España, en medio del despojo á que la condenó su mala suerte, haber conservado en la catedral de Valencia la hermosa tabla del *Bautismo del Señor* y la *Conversion de San Pablo*, tan justamente celebrada por D. Antonio Pons; y en el gran Museo del Prado de Madrid, la tabla de *La Cena*, y las cinco admirables páginas de la *Predicacion y martirio de San Estéban*, ejecutadas por Joanes para la iglesia parroquial de esta advocacion en Valencia, juntamente con la *Cena*, que pertenecia á la *predella* del retablo, y adquiridas por el rey Carlos IV para su palacio en 1801.

El estilo de este pintor es majestuoso y noble; su modo de componer, espontáneo y sabio; sus agrupaciones, felicísimas, y todas las dotes del artista de genio y pensador resaltan en sus tablas. Joanes dibuja como un romano de la inmortal escuela de Rafael; expresa los afectos del ánimo con la nobleza que distingue á este divino maestro; pliega con su misma elegancia, y en muchas cosas se acerca tanto á los grandes maestros italianos de su siglo, que al contemplar sus producciones, no parece exagerado el entusiasmo con que Viardot comparaba su *Cena* á la famosa de Leonardo. Agréguese á estas calidades un colorido luminoso y esmaltado, muchas veces transparente, dorado y hasta jugoso, una ejecucion detenida como la de Van Orley ó Miguel Coxeye, una riqueza de fondos como la de Mabuse, y sobre todas estas dotes, la sencilla dignidad que llevan como indeleble sello todas las producciones españolas del siglo cesáreo; y verémos justificado este juicio del inteligente Paul Mantz: « Joanes ha sido uno de los primeros que enseñaron en España el camino de la belleza y de la gracia: su pincel no fué rebelde á la elegancia romana; pero perseveró siempre fiel al temperamento de su nacion, y este carácter nacional se descubre en él á despecho de sus más intencionadas imitaciones. En Joanes es digno de todo elogio su acento personal, su instinto nativo, superior á todo extraño influjo, su fervor religioso llevado hasta el ascetismo. Joanes cree, y de su fe nace su potencia creadora, y expresa con grande energia porque ama de veras. Ni Rafael, ni Leonardo, ni Miguel Angel, ni ninguno de los paganos del mundo antiguo ó del Renacimiento, tuvo poder para cambiar su índole austera; Juan de Joanes permaneció siempre español y católico, y digno contemporáneo de Santa Teresa de Jesus.»



ALONSO SANCHEZ COELLO.

Nació en Benifayró (Valencia) á principios del siglo XVI.—Murió en Madrid en 1590.

Hallábase la pintura en una época de transición. Duraban los gratos recuerdos del tiempo en que las obras de los pintores miniaturistas causaban la admiración de los aficionados por la conclusión microscópica de sus más insignificantes pormenores, y aún no se había entrado resueltamente en el ciclo de los pintores decoradores consagrados á los grandes efectos: Rembrandt, Rubens, Caravaggio, el Greco, Velazquez.—Eran aún buscadas, si no con afán, con cierto interés al ménos, las diminutas maravillas de fines del siglo XV: las princesas de la casa de Austria—como María de Hungría, por ejemplo—cuyo gusto artístico se había formado bajo la influencia de los grandes pintores de los Duques de Borgoña, contemplaban todavía con placer las preciosas tablas que Carlos V había heredado de su tía Margarita; es decir, tributando la fe debida á los inventarios que de su propio puño y letra redactó esta ilustrada princesa, las obras maestras de Juan Van Eyck, Memling, Gossaert, Jacobo de Barbary, Rogerio Vander Weyden, Jean Fouquet, etc. Nadie hubiera dicho que aquella María de Hungría, que rivalizaba con su hermano el Emperador en el aprecio y admiración de las producciones de Tiziano, Leone Leoni y demas lumináres del Renacimiento italiano, como lo acreditan algunas de sus cartas existentes en el Archivo de Simánkas, sería capaz de encontrar en los retratos de ese mismo Tiziano defectos de conclusión. Pruébalo, sin embargo, la carta que dirigió á su embajador en Lóndres, Simon Renard, en Noviembre de 1553, con ocasión de mandarle, por consejo del cardenal Granvela, un retrato que poseía de su sobrino el príncipe D. Felipe, ejecutado por el gran pintor de Cadora, para que se lo entregase de su parte á la reina María Tudor. «Por él (le decía) verá la reina de Inglaterra su semblanza, siempre que lo ponga á la debida luz y á cierta distancia, como hay que hacer con todas las pinturas de Tiziano, que de cerca no se sabe lo que son» (1).

(1) ALFR. MICHELS, *L'Art flamand dans l'est et le midi de la France.*

Explicase, de consiguiente, que á mediados del siglo XVI, pintores como Sanchez Coello, Antonis Moor y otros, para agradar á sus augustos patronos, se esforzaban en mantener un justo medio entre la antigua escuela que se eclipsaba, y la moderna que en su horizonte surgía. Y hé aquí expuesta, á nuestro modo de ver, la razón de ser de esa escuela intermedia de pintores de retratos de la época cesárea, en que se registran nombres tan preclaros como los de Holbein, Lucas de Heere y Nicolas Hilliard, en Inglaterra; Mabuse ó Gossaert, Adriano Key, De Vos el Viejo, Frans Pourbus y Antonis Moor, en los Países-Bajos; Alberto Durer, en Alemania; Bronzino y el Parmesano, en Italia; y en nuestra España, Sanchez Coello y sus discípulos Pantoja de la Cruz y Liaño.—La ley fundamental de esta escuela intermedia ó de transición se reducía á observar con todo esmero la naturaleza, la cual lo mismo es tratable y bella para el que la contempla desde lejos que para el que de cerca la mira recreándose en sus pormenores y pequeñeces, tan dignos en verdad de ser estudiados como sus colosales y armónicos conjuntos.—De entónces acá han trascurrido más de tres siglos, y todavía tiene esa escuela partidarios entre los amantes apasionados de lo verdadero, para quienes toda copia ingeniosa es preferible á las deslumbradoras quimeras de la pura fantasía. De tal modo tiene su raíz en el corazón humano el sistema artístico que contribuyó á acreditar nuestro Sanchez Coello.

Hemos comenzado la biografía de este esclarecido sujeto considerando en él al pintor; digamos algo del hombre.

Fué oriundo de Portugal, mas no portugués. La carta del cardenal Granvela (que publicó en la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, t. LV, el señor Zarco del Valle), escrita en Madrid á 10 de Febrero de 1583 al secretario Mateo Vazquez, recomendándole la pretensión de Sanchez Coello de que le nombrasen *armero del Rey*, y en la cual se leen estas palabras: «hele opuesto que se suele dar este oficio á hidalgos y personas bien nascidas, y él

» me ha mostrado *instrumentos auténticos de su nacimiento* y nobleza en Portugal»; no debe entenderse como contraria á nuestro aserto, porque, bien interpretada, no dice que en Portugal ocurriera el nacimiento del interesado, sino sólo que allí tenía su noble progenie. Además, las pruebas que practicó su nieto D. Antonio Herrera para ser recibido en la orden militar de Santiago patentizaron su verdadero nacimiento, que fué en el lugar de Benifayró, á principios del siglo XVI, siendo bautizado (no expresa cuándo) en Alquería Blanca, término hoy conocido por las *Valletas de Murviedro*. No consta tampoco, aunque lo haya afirmado Palomino, que fuese de jóven á estudiar á Italia en la escuela de Rafael, especie de todo punto inverosímil, á ménos de suponerle nacido en su siglo; pero sí consta que en 1541 residía en Madrid, donde casó con doña Luisa Reynalte, de quien tuvo tres hijas, una de las cuales, doña Isabel, distinguida pintora, casó á su vez con D. Francisco de Herrera y Saavedra, caballero de Santiago, y fué incluida por el bachiller Perez de Moya en su libro de *Santas é ilustres mujeres*.— Los días de Alonso Sanchez Coello se extinguieron tranquila y sosegadamente en patriarcal ancianidad. Ignoramos si obtuvo la plaza de armero del rey que pretendió, pero consta que no dejó bienes de fortuna, porque sus hijas doña María y doña Antonia aún solicitaban socorros de la Casa Real en tiempo de Felipe IV, alegando los servicios de su benemérito padre.— Las demas particularidades de su vida se enlazan con su existencia artística, siempre próspera.

Habiendo venido á España el gran pintor de retratos Antonis Moor, de nacion holandés, recomendado al emperador Carlos V en 1552 por su hermana doña María de Hungría, gobernadora á la sazón de los Países-Bajos, mandóle el César á la corte de Portugal á pintar los retratos de aquella familia real; y nuestro Alonso Sanchez halló el medio de ser agregado á la comision que llevaba el pintor extranjero, con quien trabó amistad, y acaso tambien relaciones de aprendizaje.— Entró el valenciano en Lisboa al servicio del príncipe del Brasil, D. Juan, esposo de la infanta doña Juana, hija del Emperador; y muerto el Príncipe, su viuda le recomendó á su hermano Felipe II, ya rey de España, el cual, por haberse vuelto á su patria su pintor favorito Antonis Moor, le nombró su pintor de cámara.— Sus relevantes prendas personales pronto le granjearon el afecto del soberano, y basta reproducir lo que de sus medros cuentan Pacheco y Jusepe Martinez para dar al lector idea del fruto que sacó de tan merecida privanza. «Aposentóle (dice el primero) en unas casas principales junto á Palacio (1), donde teniendo él solo la llave, por un tránsito secreto, con ropa de levantar, solia muchas veces entrar en su casa á deshora y asaltarle comiendo con su familia; y queriendo levantarse (el pintor) y hacerle la debida reverencia como á su rey, le mandaba que se estuviese quedo, y se entraba á entretener en su obrador. Otras veces le cogia sentado pintando, y llegando por las espaldas, le ponía las manos sobre los hombros, y viéndose Alonso Sanchez tan favorecido de Su Majestad, y procurando con justo comedimiento ponerse en pié, le hacía sentar y proseguir su pintura. Retratólo muchas veces, armado, á pié y á caballo, de camino, con capa y gorra, y asimismo diez y siete personas Reales entre reinas, príncipes é infantes, que lo honraban y estimaban en tanto, que se entraban á festejar y recrear en su casa con su mujer y hijos. No ménos le honraron por fama los mayores príncipes del mundo: hasta los pontífices Gregorio XIII y Sixto V, el Gran Duque de Saboya, el de Florencia, el cardenal Alejandro Farnesio, hermano del Duque de Parma. No faltó á su mesa jamas un título ó principal caballero, porque siendo favorecido de tan gran monarca, muchos se favorecian de él. Fué su casa frecuentada de los mayores personajes de su tiempo: del cardenal Granvela, del arzobispo de Toledo D. Gaspar de Quiroga, de D. Rodrigo de Castro, arzo-

» bispo de Sevilla, y lo que más es, del Sr. D. Juan de Austria y del príncipe D. Carlos, y de infinitos señores, títulos y embajadores, de tal manera, que muchos días los caballos, literas, coches y sillas ocuparon dos grandes patios de su casa, y siendo el pintor más lucido de su tiempo, ganó más de cincuenta y cinco mil ducados» (2).— Oigamos ahora á Jusepe Martinez: «En el tiempo del gran monarca Felipe II amaneció un gran sujeto en esta profesion de retratos, en el principio de su reinado, llamado Alonso Sanchez, que viendo Su Majestad que obraba con tanta excelencia este ejercicio, le mandó llamar (3) y hacer la prueba con un retrato suyo: salió tan á gusto de Su Majestad, que le mandó dar casa de aposento al lado de su Real palacio, en la casa del Tesoro, dándole los gajes y racion muy bien cumplida: ocupóse mucho tiempo en hacer retratos de Su Majestad por mandato suyo para enviarlos á diversos reyes y príncipes, que fueron estimadísimos en aquel tiempo, y mucho más ahora (4). Creciendo los servicios de este famoso pintor, Su Majestad le hizo de la Llave Negra y ayuda de cámara suyo.....» «En aquel tiempo Su Majestad comenzó la insigne maravilla del Escorial.....» «Mandó al Tiziano que le hiciera un cuadro de la misma grandeza de aquel que le habia hecho para el invictísimo Carlos V, su amado padre, á caballo y armado de todas armas, y en él pintase lo que por un diseño le remitiría. Mandó Su Majestad llamar á Alonso Sanchez, comunicándole su intento y cómo habia de hacer el diseño para enviarlo á Tiziano; y aunque se excusó todo lo posible nuestro Alonso Sanchez (con su acostumbrada modestia), hubo de obedecer, haciendo lo que Su Majestad le mandó, desta manera: Su Majestad retratado en pié, ofreciendo al cielo á su hijo primogénito, alzando los brazos; en la parte de arriba un ángel volando, que le presenta palma y corona, y abajo se descubre un país con unos montes postrados en tierra. Hecho esto, le mandó Su Majestad le retratára en acto de mirar arriba, algo retirado; hizo así nuestro Alonso Sanchez en un lienzo de tamaño de poco más de tres palmos, mas la cabeza de la grandeza del natural (esto es, la cabeza de tamaño natural, aparte). Salió con excelencia, y á gusto, no sólo de Su Majestad, sino de todo entendido: remitióse á Venecia, y visto del Tiziano la cabeza y dibujo, escribió á Su Majestad que pues tenía pintor tan excelente, no tenía necesidad de pinturas ajenas; respondióle que así lo creia, pero que se daría por bien servido lo hiciese de su mano, como lo hizo así» (5).

Sorprende que nuestro pintor no se desvaneciese con los favores que le prodigaba su soberano. Verdad es que pudo servirle de freno para no confiar demasiado en ellos el pesado chasco que le ocurrió á su amigo y predecesor en la privanza de Felipe, Antonis Moor. Refiere Van Mander que un día que el Rey de España estaba de buen humor y entretenido viendo pintar al artista neerlandés, dió á éste un golpecito en el hombro, y Moor, animado con aquella muestra de familiaridad, creyéndose obligado á corresponder, dió al Rey otro golpecito con el tiento. Estimóse este acto por los cortesanos formal desacato á la majestad real, y como entre ellos no faltaban corazones vulgares, envidiosos de las distinciones que á su pintor otorgaba el poderoso monarca, se dió á Moor secretamente el consejo de que se ausentára de la corte, no diese en qué entender á la Inquisicion. El artista aprovechó el

(2) *Arte de la Pintura*, lib. I, cap. VII.

(3) No hay contradicción entre esta noticia y la de haber sido recomendado Sanchez Coello á Felipe II por su hermana la princesa viuda doña Juana.

(4) Jusepe Martinez escribía bajo el reinado de Felipe IV.

(5) Hemos reproducido íntegro este pasaje de la obra de Jusepe Martinez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la Pintura*, tratado XVII, porque no carece de interés la noticia que en él se da de ser obra de Sanchez Coello el pensamiento ó composición del cuadro de Tiziano número 470 de nuestro Museo del Prado. La obra, en verdad, como ejecutada por el gran maestro veneciano á la edad de noventa y cuatro años, aunque lleve en sí muestras visibles de la decadencia de aquel portentoso espíritu, tenía ya, en el mero hecho de ser producción de un hombre que iba casi á cumplir un siglo de vida, títulos sobrados para ser mirada hasta con veneración.

(1) En la que se llamó luego *Casa del Tesoro*.

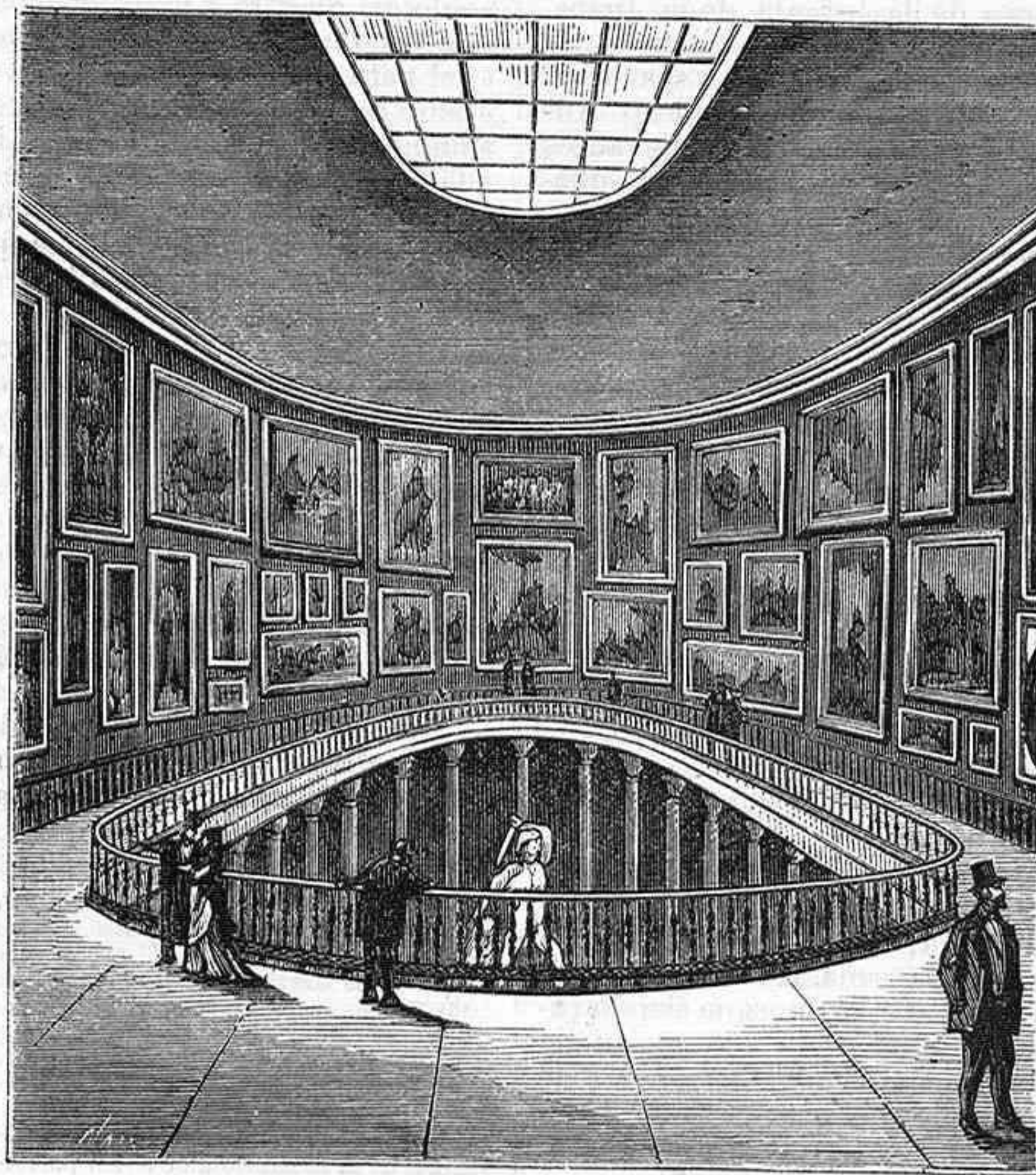
aviso, y pretextando urgencias que le precisaban á volverse á su tierra, se alejó con toda diligencia, y no volvió á pisar el suelo de España.—Sanchez Coello no podia ignorar lo ocurrido con Antonis Moor. La carta arriba citada de Granvela al Secretario Mateo Vazquez nos instruye de que él y su amigo Moor habian vivido juntos algunos años, aunque no conste en qué época, en casa del fastuoso y célebre purpurado. Acaso, sin pensar en tan reciente ejemplo, su sola discrecion le mantuvo siempre en el seguro; pero no le quitaria mérito el haber obrado así por recelo, que escarmentar en cabeza ajena sólo saben hacerlo los hombres de seso.

Fué el retrato el género de pintura que con más brillantez cultivó Sanchez Coello: sus obras en este ramo del arte participan de la conclusion de las flamencas de su tiempo y del simpático colorido de las de Bronzino.—Sanchez Coello en sus retratos es un Tiziano sin el númen del gran colorista de Cadora. Perfectamente dibujados y bien modelados, todos ellos participan de cierta entonacion *sui generis*, dimanada sin duda del matiz perlino de sus medias tintas, un tanto convencional, pero muy agradable. Habia retratos de su mano en los palacios de Madrid, el Pardo y Valladolid, principalmente de personas reales; pero no faltaron en aquellas colecciones otros no ménos interesantes de varones insignes en la ciencia de Estado, en las armas y en las letras, ni áun los de algunos bufones predilectos de Palacio, como Morata, Martin de Aguas y otras *sabandijas*, cuyos nombres nos conservan los documentos y antiguos inventarios del Archivo de la Real Casa, ya que por desgracia sus semblanzas se consumieron, con multitud de obras de este autor, en los voraces incendios del Alcázar-Palacio de Madrid y del Palacio del Pardo.—Argote de Molina tuvo muchos de su pincel en su célebre casa de Sevilla, ejecutados

por los años 1571, al siguiente de haber pintado Sanchez Coello, en union con Diego de Molina, el famoso arco de triunfo que levantó la villa de Madrid para la entrada de la reina doña Ana de Austria.

Como pintor de historia fué ménos sobresaliente, si bien ejecutó cuadros de asuntos religiosos bastante notables, entre ellos los que forman el gran *retablo de la iglesia del Espinar*, con la cortina á claro-oscuro que le cubre durante las dos últimas semanas de la Cuaresma; una tabla que representa á *San Sebastian* entre San Bernardo y San Francisco, con Nuestra Señora y la Santísima Trinidad en la parte alta, asunto místico que pintó en 1582, siendo ya muy anciano, para una capilla de la iglesia de San Jerónimo de Madrid, y que hoy se conserva en nuestro Museo del Prado bajo el número 1040; y otro cuadro, pintado en tabla de corcho, de los *Desposorios de Santa Catalina*, que habia ejecutado ántes, en 1578, para el templo del Escorial, juntamente con otros cuadros de altar que quiso Felipe II poseyese de su mano, aunque ya entorpecida por el hielo de la senectud, aquella suntuosa basilica.—Su estilo como pintor de historia no podia ménos de ser lo que era: una mezcla poco feliz de idealismo italiano y de naturalismo flamenco, amalgama sin personalismo y sin calor de las dos influencias que cooperaban desde el siglo xv á la formacion de la escuela española del xvi. Lope de Vega, sin embargo, más lisonjero que imparcial, le elogió en su *Laurel de Apolo* por sus composiciones religiosas, diciendo así:

Y el español Protógenes famoso,
El noble Alonso Sanchez, que envidioso
Dejó al más antiguo y celebrado,
De quien hoy han quedado,
Honrando su memoria,
Eternos cuadros de divina historia.



MADRID.—Interior del Museo del Prado.—Sala ovalada.



DOMINICO THEOTOCOPULI (EL GRECO).

Nació en Grecia por los años de 1548. — Murió en Toledo en 1625.

De Sanchez Coello al Greco no hay distancia en la serie de los tiempos, y sin embargo la hay tan notable en sus respectivos estilos, que causa maravilla hayan podido ser contemporáneos estos dos artistas. Y es que en las épocas grandes y fecundas, como lo era el siglo XVI para nuestra España, hay diversas corrientes en todas las esferas de la actividad humana, y las habia en el campo del arte, perteneciendo Sanchez Coello á la escuela de los idealistas ó *romanistas*, idólatras de Rafael y Miguel Angel — al ménos en cuanto á la forma — y siguiendo el Greco el fascinador naturalismo de los maestros venecianos. En esta misma senda naturalista, en la cual le precedian el Giorgione, Tiziano, Tintoretto, Palma y Pablo Veronés, se arrojaba el Theotocópuli á muy originales desvíos.

Trasladado, no se sabe cuándo, del suelo helénico y del hermoso sol que le baña á las lagunas de Venecia, largos años conservó como depositada en su retina la atmósfera de azul y oro que sus ojos habian bebido á raudales en el país nativo; no consta que tomase lecciones de nadie, aunque algunos de sus biógrafos hayan repetido sin exámen que fué discípulo de Tiziano; fué artista como es cantor el pájaro, áun arrebatado al calor del materno nido, por espontáneo impulso de la naturaleza; porque se halló un dia con un ideal en la mente en perfecta consonancia con la poesía de las luces y las sombras, y con la orquesta esplendorosa de los colores de que se matiza la forma plástica del mundo. Con esta singular amalgama de recuerdos infantiles de Grecia, de impresiones del arte veneciano y de instintos particulares en la esfera de la belleza, apareció en el estadio de la pintura española como un sér enteramente excepcional, sin tradiciones y sin el menor vínculo con lo existente, Dominico Theotocópuli, el cual vino á instalarse en la imperial Toledo, corriendo el año 1577, para pintar el retablo de Santo Domingo el Viejo (1).

Pero la Grecia, que en las obras del primer estilo de este pintor mezcla su recuerdo con el de la voluptuosa reina del Adriático, no es la Grecia libre y feliz de Polygnoto, de Tymántes y de Apéles; es la Grecia degradada, sierva del turco, que, aunque evocada por su pincel rie y canta, ha perdido la clásica pureza de sus líneas y retiene sólo los esmaltes de su espléndida vestidura. Dia vendrá en que no deje en la paleta de Theotocópuli más huella que la cárdena tinta de la austera pintura bizantina: que esto tiene de excepcional la historia del arte en Grecia, bello y alegre en los tiempos de su gloriosa supremacía intelectual, desabrido y triste en los siglos de su larga y dolorosa postracion.

El poderoso individualismo del Greco, extraño á todo vínculo de escuela y á toda regla de convencion, se manifestó del modo más brillante en el hoy célebre cuadro de *El Expolio de Cristo*, pintado para el vestuario del Sagrario de la catedral de Toledo. Representa este lienzo, pegado sobre tabla, lo que su título indica, es decir, el acto en que nuestro Señor es despojado de sus vestiduras para ser clavado en la cruz. Un sayon con brutal ademan tira de una soga que sujeta la mano derecha de Jesus, y profana su divino cuerpo arrancando la túnica que le cubre, la cual, ya desceñida, forma en su cintura un ancho pliegue transversal; primer desvío de la antigua rutina de arreglar sobre el modelo vivo ó el maniquí los paños á cañones, buscando clásicos partidos de pliegues. A la derecha del Salvador, un hombre armado contempla impasible este preliminar de la crucifixion, y por detras asoman pueblo y soldados en apiñada muchedumbre, expresando cada cual en su semblante y ademan el afecto que domina su ánimo. En primer término, otro sayon, puesta la rodilla sobre la cruz que yace en tierra, está abriendo con una barrena el agujero donde va á in-

entre el Cabildo Catedral y el Greco, sobre pago del cuadro del *Expolio*. Fué publicado todo lo que se actuó en él, por el Sr. D. Manuel R. Zarco del Valle en el tomo LV de la *Coleccion de Documentos inéditos*, tomándolo del archivo de la catedral de Toledo.

(1) Este curioso dato resulta del juicio arbitral que se siguió en Toledo

roducir luego uno de los clavos, y tres de las santas mujeres, más hacia el espectador y como situadas en la vertiente del monte Calvario, contemplan angustiadas aquellos bárbaros preparativos. Notables son en verdad en este cuadro la composición, la expresión, los grupos, los escorzos, las cabezas todas, principalmente la de Cristo, llena de varonil belleza y santidad; pero sobre toda ponderación son admirables su entonación, los contrastes armónicos de sus tonos, la inimitable frescura de sus colores, que parecen acabados de poner en el lienzo, la distribución de la luz y la sin par energía del relieve. La túnica de Cristo, de un rojo brillante y casi deslumbrador, no mata, sin embargo, la luz de su divino semblante, que resalta como un astro rodeado de nubes sobre todos los del numeroso grupo que tiene detrás. La figura del hombre que barrena el madero, por su sabio escorzo, *se sale del lienzo*, como se dice vulgarmente, y con gran propiedad aplicando la frase á la pintura realista: esta figura rebosa vida, calor, se mueve, pesa con todo el lado izquierdo sobre la cruz, casi se percibe su resuello y el fluctuar de su musculatura.

Hácese mención de esta obra magistral en la visita que giró el cardenal Sandoval y Roxas, arzobispo de Toledo, en el año 1601; y el Vago italiano, que tanto escaseó los elogios á otros artistas, habla de ella con singular encarecimiento: «Tiene en sí, dice, toda la manera de Tiziano, y las cabezas manifiestan tal belleza y aire, que parecen del Tiziano mismo.» Nosotros añadiremos que no existe hoy cuadro ninguno del famoso Vecellio que presente tanta brillantez, tanta frescura.

No había el Greco acabado este lienzo cuando el rey Felipe II le encargó para el templo del Escorial un gran cuadro que representase el *martirio de San Mauricio y sus compañeros*. Mas en el intermedio de una á otra obra, una transformación radical, una verdadera dolencia estética, permitásenos llamarla así, se había verificado en la fantasía del artista. Fuese por efecto de alguna alucinación mental, fuese por un exagerado empeño de su amor propio de no parecerse á ninguno de los pintores de su tiempo, ello es que el lienzo de San Mauricio, ejecutado para un monarca de tan depuradas aficiones artísticas, como era el hijo de Carlos V, salió tan á disgusto del Rey, que rehusó colocarlo en el altar para donde le había encargado. El P. Sigüenza, testigo presencial, consigna el hecho en estos términos: «De un Dominico Greco, que ahora vive y hace cosas excelentes en Toledo, quedó aquí un cuadro de San Mauricio y sus soldados, que le hizo para el propio altar de estos santos. No le contentó á S. M.: no es mucho, porque contenta á pocos, aunque dicen es de mucho arte y que su autor sabe mucho, y se ven cosas excelentes de su mano.» Y en efecto, el tal cuadro es duro, desabrido, extravagante, de aquellos que llamamos de su segunda manera; de esa triste manera que hemos procurado caracterizar poco há diciendo que recuerda el color cárdeno y el aspecto triste de la pintura bizantina ó neo-griega.

Mas no puede afirmarse que el fenómeno estético á que aludimos obrase en él de continuo desde que por la vez primera se manifestó; fué más bien una afición que desapareció á veces dejándole intervalos lúcidos, durante los cuales volvió á ejecutar obras según su brillante estilo primero. En uno de estos felices intervalos pintó el *Entierro del Conde de Orgaz*, cuya fama ha dado la vuelta al mundo; es decir, estando en su cabal seso pintó la parte inferior de este lienzo, donde pasa realmente la escena del entierro del noble Conde, cuyo cadáver sostienen, aparecidos en presencia del pueblo, sus santos patronos San Estéban y San Agustín; y recayendo en su funesto desvarío, pintó la parte alta, donde se representa la gloria.—Están divididos los pareceres de los inteligentes en la comparación de esta obra con el *Expolio de Cristo*: unos prefieren ésta, otros aquélla. En nuestra humilde opinión, el *Entierro del Conde Orgaz* es un cuadro de más *verdad*, en que se presente el naturalismo de Velazquez, y el *Expolio* es de más *brillantez*. La parte al-

ta del *Entierro* (que se conserva felizmente en la iglesia de Santo Tomé, de Toledo, para donde fué pintado) es una excelente muestra del estilo estrambótico que lleva el nombre de *segunda manera* del autor. Figuras largas y desproporcionadas, de caras afiladas y macilentas y de expresión triste ó desapacible; paños desordenadamente arrebujaos, que á veces ni siquiera presentan la apariencia de vestiduras de uso posible; colores inarmónicos, entre los cuales dominan el gris, el carmesí sucio, el amarillo verdoso y el azul; ausencia de toda perspectiva aérea; nubes como peñascos; confusión inextricable en los planos, en los términos, en los grupos, en todo: hé aquí los elementos constitutivos de las composiciones religiosas del Greco en los periodos de su estrabismo estético.

Y sin embargo, los encargos de obras le llovían: acaso porque el vulgo—lo mismo el aristócrata que el plebeyo—se prenda con más facilidad de lo que ménos comprende; y el Greco se hizo rico; y tuvo en su casa de Toledo gran boato y ostentación, y mesa aparatosa, y músicos asalariados para que recreasen agradablemente á los comensales. Por estas liberalidades, ó más bien despilfarros, le criticó Jusepe Martinez (1), el cual lo que realmente no podía sufrir en él era la superioridad y originalidad de su talento. No debía el Greco ser simpático á los preceptistas: también le mordió cuanto pudo Francisco Pacheco en repetidos pasajes de su juicioso é inútil libro de la Pintura, acusándole ya de despreciador del Buonarroti, ya de propagador de paradojas y extravagancias (2). Nunca viene al mundo un innovador que no suscite tempestades, y la que se levantó en Toledo con motivo del juicio arbitral á que hubo que someter el mérito de su más brillante página—la precitada del *Expolio de Cristo*—es una confirmación de esta verdad.

Dominico Theotocópuli había recibido por su cuadro, á buena cuenta, diferentes cantidades. Llegó el día de la terminación de éste (en el año 1579), y debiendo ser tasado por profesores entendidos, según el convenio otorgado entre el Cabildo y el pintor, el Cabildo nombró por su parte á Nicolas de Vergara, escultor, y al pintor Luis de Velasco; y el Greco designó por la suya al pintor Baltasar Zimbron y al escultor Pedro Martinez de Castañeda. Los artistas andaban en la ciudad divididos, quién en favor de los *romanistas*, quién en pro del griego revolucionario. Los peritos del Cabildo declaran: «*que vale el dicho lienzo como está pintado dos mill e quinientos reales, con que quite (el autor) algunas yndependencias que tiene que ofuscan la dicha ystoria y desautorizan el Christo, como son tres ó cuatro cabeças que están encima de la del Christo, y dos geladas, y ansi mismo las Marias y nuestra Señora que están contra el Evangelio, porque no se hallaron en el dicho paso.*» Por su parte los peritos del Greco resueltamente establecen, aunque con deplorable jerigonza: *que su parecer es que conforme á la grandeza e arte de la escriptura del dicho quadro y ystoria que tiene, que la estimativa dél es tan grande que no tiene precio ni estimación; pero que, atendiendo á la miseria de los tiempos y á la calidad que en ellos tienen semejantes obras, se deve dar por el trabajo e ocupación e yndustria e*

(1) *Discursos practicables*, etc., trat. xx. Cuando Jusepe Martinez escribía, el Greco había ya muerto; pero vivía, y aún crecía, su influencia sobre los pintores de la escuela de Toledo, madre de la famosa de Madrid, y los preceptistas, á cuya falange pertenecía Martinez, no acababan de resolverse á considerarle como un gran pintor.

(2) *Art. de la Pint.*, lib. II, caps. V, X y XII. En este último capítulo nos hace Pacheco una revelación preciosa: hablando de dos maneras de obrar en pintura, una por arte y ejercicio, ó sea científicamente, y otra por solo uso y sin preceptos, dice de los que prescindían de éstos: «no obran verdaderamente como artifices, ni es arte en ellos la pintura; y se verifica en los tales la opinión singular de que no lo es, seguida de Dominico Greco, contra la de Aristóteles y todos los antiguos.»—Lo que de este pasaje cogimos es que se figuraba Pacheco que con buenos preceptos se hace de cualquier hombre de juicio un buen artista, como se cria un buen melon con las convenientes condiciones de horticultura; mientras el Greco, por el contrario, creía que el pintor no se forma como un *artífice*, sino que la primera condición para serlo—no como lo era Pacheco, sino como lo era él—es haber nacido con el sentimiento de lo bello, que no se adquiere ni en el Alberti, ni en el Lomazzo, ni en el Dolce, ni en el Milizia, ni siquiera en Pacheco.

arte e costa e tiempo gastado, novecientos ducados de a tre-
cientos e setenta e cinco maravedis cada ducado, a el dicho
Dominico.—Alejo de Montoya, perito compromisario nom-
brado por ambas partes en discordia de los anteriores, de-
clara lo siguiente: «Auiendo visto la dicha pintura que a
» hecho el dicho Dominico y las tasaciones hechas por los
» tasadores nombrados por ambas partes y con los dichos ta-
» sadores, y con otras personas que entienden de la dicha
» pintura, e de ciencia y conciencia, y las rraçones que los
» dichos tasadores tienen dadas; e vista la dicha pintura ser
» de las mejores que yo e visto, y que si se oviese destimar
» considerando sus muchas partes que tiene de bondad, se po-
» dria estimar en tanta cantidad que pocos o ninguno quisie-
» sen pagarla; pero visto la calidad de los tiempos y lo que
» de ordinario se paga en Castilla por pinturas de grandes
» artifices, e visto e considerado todo lo suso dicho e lo demas
» que fué necesario: fallo que deuo de mandar y mando que
» por la dicha pintura el dicho señor Garcia de Loaysa, en
» nombre de la dicha santa Iglesia, dé y pague al dicho Do-
» minico Teotocópuli tres mill e quinientos rreales: e con es-
» to el dicho Dominico Teotocópuli no pueda pedir ni pida
» otra cosa alguna por rrazon de la dicha pintura, y en quan-
» to toca á lo que los tassadores de la parte del dicho señor
» obrero dizen ques ynpropio que en aquella ystoria estén las
» Marias, en quanto a esto rremito la declaracion dello a al-
» gunos señores teólogos a quien toca saber dello, que lo de-
» claren, etc.»

La casualidad de ser el compromisario aficionado por lo visto al nuevo estilo, hizo que triunfase el Greco en su contienda con el cabildo (1). Para la prueba de que éste introdujo en el campo del arte la discordia que producen siempre todas las reformas, nos basta el hecho citado; su resultado es indiferente. La transición de la antigua escuela exótica y romanista, que apénas nos dejó en toda España media docena de buenos pintores de historia, á la nueva escuela naturalista y española, de que salieron toda una falange de esclarecidos pintores, y el cómo de esta transición, en que se nos figura que se han fijado poco nuestros críticos, era lo que nos importaba señalar. Desde este punto de vista, el Greco tiene en la historia del arte en España una significación grandísima.

Excelente pintor de retratos, introdujo en este género una completa revolución. Aun teniendo que luchar con el ridículo de aquellas voluminosas gorgueras encañonadas que esta-

(1) En cuanto al reparo de que no interviniesen en la escena principal las Marias, parécenos que el Cabildo se salió con la suya. Consta en el referido proceso arbitral publicado por el Sr. Zarco del Valle, que Dominico Theotocópuli, en 24 de Setiembre de 1579, aburrido de las exigencias del procurador del obrero Loaysa, el cual, no contento con que se enmendase aquel defecto, se propuso sin duda mortificar al Greco, tratándole de hombre sin arraigo en Toledo, y advenedizo, y pidiendo que afianzase la entrega de la tabla que tenía en su poder, se allanó á hacer aquella corrección y cuantas se quisiesen, con tal de que le dejasen en paz. «— Digo (expone el Greco en su escrito) que el dicho quadro está acabado y mandado lo que se me ha de dar por el trabajo y ocupacion que en ello hize, y ansi solo rresta que se me pague..... y estoy pronto de quitar lo que quisieren que quite dél, y con esto cesa todo el pleito y seguridad que se me pide.» Por esto sin duda están en la tabla del *Expolio* las tres Marias separadas de la escena principal y formando grupo aparte, más abajo aún que en el primer plano del cuadro, dado que no se dejan ver en él sino de medio cuerpo arriba: con lo cual se significa que no presenciaron la crucifixion sino à *longè*, desde léjos, como dice el Evangelio.

blecen una completa solución de continuidad entre el cuerpo y la cara de sus retratados, en términos de parecer las cabezas puestas en bandeja como las de los santos degollados, casi todas las efigies de magistrados y caballeros que salieron de sus pinceles son de una verdad sorprendente y de una magia perfecta. El Greco inaugura en España la nueva manera de retratar del siglo XVII, en que tanto sobresalieron luégo Velazquez, Zurbarán, Carreño, etc., y en virtud de la cual, siguiendo el ejemplo de los venecianos y flamencos—Tiziano, Tintoretto, Pablo Veronés, Rubens, Rembrandt, Van Dyck y otros—se sacrifican en el traje del retratado, y en todos los accesorios, aquellas menudencias en que tanto se detenían los pintores del siglo anterior, y sólo se da importancia á la cabeza y manos, que son las partes del personaje en que se fija la mirada del interlocutor.

Sobresalió también Theotocópuli como escultor y arquitecto: él hizo la traza, la escultura y la talla del retablo en que se puso su cuadro del *Expolio*; él hizo las trazas de las iglesias de la Caridad y de los Franciscanos Descalzos de Illescas; los retablos y estatuas para la primera, y el altar mayor y sepulcros, con los bustos de los fundadores, para la segunda; la escultura, ensamblaje, estofado y dorado de los retablos de la iglesia de San Juan Bautista de Toledo; la casa de Ayuntamiento de esta misma ciudad; y el túmulo con que celebró el Cabildo las honras de la reina doña Margarita, mujer de Felipe III, obra que celebró el Padre Maestro Palavicino, con aquel gongorino soneto tan conocido:

Huésped curioso, aquí la pompa admira
Deste aparato Real, milagro griego.
Etc., etc.

Terminarémos esta sucinta noticia biográfica reproduciendo algunos párrafos de Ceán Bermudez. Fué muy estimado y respetado en Toledo el Greco: falleció muy viejo en aquella ciudad el año de 1625, y fué enterrado en la parroquia de San Bartolomé, con general sentimiento, especialmente de los artistas, porque los protegía y procuraba que los distinguiesen, y porque además, empleando en beneficio del arte su talento como escritor, que también lo era eximio (2), habia defendido las prerogativas de las tres nobles artes el año 1600 contra el recaudador de alcabalas de Illescas, que le demandó pretendiendo exigirle lo correspondiente á lo que habia trabajado en los templos de aquella villa. El consejo de Hacienda sentenció á favor del Greco, declarando exentas de todo tributo á las tres artes, por su excelencia é inmemorial posesion en este privilegio; y esta ejecutoria sirvió de defensa en lo sucesivo para otros pleitos que se suscitaron contra los profesores artistas.

Dejó el Greco discípulos muy aventajados; entre ellos, y como los mas sobresalientes, Fr. Juan Bautista Mayno, Pedro Orrente y Luis Tristan. Este último tuvo la gloria de influir en la formación del genio artístico del gran Velazquez.—Mucho aprecio hizo del talento del Greco el inmortal corifeo de la escuela de Madrid, y la derivación de ésta de la de Toledo es en la historia de la pintura española un hecho indubitado.

(2) Lo confiesa su mismo émulo Pacheco.

no; Juan
e. 1614.



JUSEPE DE RIBERA (EL ESPAÑOLETEO).

Nació en Játiva en 1588.—Murió en Nápoles en 1656.

La misma lucha que sostenía el Greco en España con los adoradores del pseudo-clasicismo, ardia en Nápoles en tiempo de nuestro Jusepe Ribera, portaestandarte del más desenfadado realismo. Su vida nos dirá algunos trances dramáticos de esa lucha en Italia; pero no incurramos en anacronismos, y ántes de contemplar al *Spagnoletto* en la plenitud de su talento, considerémosle en el principio de su carrera, que no es ménos interesante.

No habiendo fundamento para negar la autenticidad de la partida de bautismo que cita Cean Bermudez al fijar la patria y la fecha del nacimiento de Ribera, carece de fuerza cuanto han dicho el Dominici, Matteis y otros biógrafos extranjeros, que afirmaron ser este artista napolitano. Nació, segun queda arriba expresado, en la ciudad de Játiva, reino de Valencia, y esto se verificó el 12 de Enero de 1588. Sus padres, Luis de Ribera y Margarita Gil, le enviaron á Valencia á estudiar latinidad para inclinarle á la carrera de las letras; pero su afición á las artes le hizo cambiar de rumbo, y en la escuela del pintor Francisco Ribalta halló por de pronto el pábulo apetecido para seguir su natural vocación.

Deseoso luégo de abrirse nuevos horizontes, pasó á Italia siendo todavía muchacho; y más ávido de saber que de placeres, aún á riesgo de parecer ingrato, despreció en Roma los favores de un cardenal que se declaró su protector, para entregarse de lleno, pobre, desnudo y sin tener que comer, pero ardoroso é incansable, al estudio del arte en que cifraba su porvenir. Llevábale una inclinación secreta é irresistible á admirar las obras del Caravaggio, prendado de su energía y de los efectos de su claro-oscuro; y esto fué causa de que, sin embargo de haber estudiado concienzudamente á Rafael y á los Carraccis, y de haber tributado por algun tiempo el homenaje de su imitación á las del gracioso y argentino Correggio, luminar de la escuela parmesana, se diese, por fin, con todos sus medios, y con todo el entusiasmo de que era capaz su corazón intrépido y ardiente, al

género llamado *caravagiesco*, en que tanto sobresalió, mejorándolo á nuestro entender.

Trasladado á Nápoles, teatro de sus futuros triunfos, sin que sepamos qué certero impulso le llevaba á fijarse en la patria del *realismo*, un rico tratante en cuadros le brindó con la mano de su hija, jóven y hermosa, que Ribera sin titubear aceptó. Casado ya, y no necesitando trabajar para vivir, entregóse de lleno á sus naturales tendencias, haciendo progresos asombrosos en el género de pintura que le era predilecto, conviene á saber: el de los grandes efectos dramáticos y los horribles estragos del tiempo y del dolor. Ya el Caravaggio quedaba muy atrás en esta nueva y terrible senda; los cuadros de Ribera se habian hecho de moda en Nápoles, donde la sociedad más culta y galante se habia constituido en fautora de su exagerada ferocidad, no aceptando ya la expresion del sufrimiento sino en los mártires desollados, ni la sonrisa del placer sino en la cara de los verdugos. Un recuerdo de la suave y dulce manera del Correggio consignó, no obstante, en su cuadro de *Santa Maria la Blanca*, pintado en Nápoles para la iglesia de los *Incurables*.

Cuéntase que los fresquistas que gozaban á la sazón en la ciudad de mayor reputación, y que eran todos partidarios del ideal romano y florentino, como Santafede, el Imparato, Batistello Carracciolo y algun otro, recelosos de que *lo Spagnoletto* (que así se llamaba á Ribera por su pequeña estatura) fuese para ellos un rival peligroso, y ansiosos de librarse de él, le aconsejaron, desde que vieron sus primeras obras, que se dedicase al género terrible, que vino á ser cabalmente la arena donde le estaban reservados los más frondosos laureles. Refiérese asimismo que la ocasión del gran favor y protección que le dispensó el virey D. Pedro Giron, duque de Osuna, fué haber puesto Ribera en el balcon de la casa de su suegro, como para que se secase, el gran cuadro de *San Bartolomé desollado por un verdugo*, que existe grabado de su propia mano al agua fuerte, y hácia el cual lla-

mó la atención del magnate el gentío agolpado delante de la casa para admirarle. Supónese que entonces llamó el Virrey á su presencia al autor para conocerle, y que desde aquel día empezó á favorecerle con su amistad y con incesantes encargos. Corre, por último, válida entre los biógrafos extranjeros de Ribera la especie de que, sin embargo de ser el pintor á quien más sonreía la fortuna en todo el reino de Nápoles, su carácter envidioso y avariento, al par que su antipatía hácia la escuela eclecticista de los Carraccis, Guido y demás adeptos de un ideal puramente abstracto y de convención, diametralmente opuesto á su naturalismo, le llevaron á concebir el criminal intento de deshacerse del citado Guido Reni, de su discípulo Gessi y del Domenichino; empresa en que le ayudaban Belisario Caracciolo y el Correnzio, los cuales, con asechanzas de todo género, con amargas censuras y punzantes sátiras, y hasta con amenazas de muerte, persiguieron á aquéllos cuando vinieron á Nápoles con el encargo de pintar los frescos de la *capilla del Tesoro* de la catedral, causando la fuga de los primeros, esto es, del Guido y del Gessi, y matando de pesadumbre al sensible Zampieri (el Domenichino). Sorprende, sin embargo, que, si eran ciertas estas abominables intrigas, no bastáran ellas á depoujarle del aprecio de los magnates del Estado y de la Iglesia, los cuales siguieron favoreciéndole con su amistad y con valiosos y continuos encargos de nuevas obras.

El Duque de Osuna le había nombrado ya su pintor con un sueldo de consideración y cuarto en su mismo palacio; el Virrey que le sucedió, conde de Monterey, le mantuvo en aquella honorífica posición; ambos le encomendaron obras para Felipe IV y para sus propias casas; y otros grandes y potentados siguieron el ejemplo del Monarca español de decorar sus palacios y viviendas con lienzos del pintor que estaba en boga, aun á riesgo de exponer á sus esposas á abortar, como el rico holandés Uffel, de resultas del horrible espectáculo de los Catones, los Ixiones, los Prometeos, los San Lorenzos y San Bartolomé, abiertos en canal, ó descoyuntados, ó quemados vivos, con las tripas de fuera y desollados. Los padres jesuitas le ocuparon en su colegio de San Francisco Javier y en el de *Gesù nuovo*; el cabildo catedral le confió la ejecución del gran cuadro de *San Genaro saliendo ileso del horno*, para la precitada *capilla del Tesoro*; los padres cartujos de San Martino le encargaron un *Descendimiento*, una *Comunion de los Apóstoles* y doce *Profetas* para decorar el magnífico convento que acababan de edificar al pié del castillo de San Telmo; los monasterios y los palacios se disputaban las producciones de su ingenio, siempre fecundo en horrores.

Pero no todos los cuadros del Españolito (como le llaman nuestros antiguos autores) eran de asuntos horribos; que en esto han exagerado mucho sus no bien informados biógrafos. Cabalmente, bajo el vireinato del Conde de Monterey, pintó para el altar mayor de la iglesia de monjas agustinas de la ciudad de Salamanca, fundación de este prócer, la más bella y dulce efigie que hemos visto en nuestra vida. Es una Virgen María en el misterio de su *Concepcion* inmaculada, que tiene el privilegio de atraer como poderoso imán las miradas, y tras ellas los corazones; imágen que aun milagrosamente dura, aunque sin deber el menor cuidado á alma viviente, en el retablo para el cual fué ejecutada; lienzo de mérito sorprendente, que rivaliza con las más bellas Concepciones del místico Murillo, si no las supera á todas.

A esta época pertenece igualmente otra hermosa Concepcion que se venera en el altar mayor de la iglesia de Santa Isabel de Madrid, también de monjas agustinas; lienzo en que, á la verdad, más que el enérgico claro-oscuro del Caravaggio, domina el suave ambiente, la luz difusa y argentina del Correggio. Corre acerca de este cuadro una tradición que despoja de su originalidad al semblante de Nuestra Señora; luego nos harémos cargo de ella; pero aunque hagamos abstracción de esta parte de la obra, las figuras de

los ángeles que rodean á la Inmaculada justifican plenamente nuestro aserto respecto de la injusticia y ligereza con que se tacha á Ribera de no haber pintado más que cuadros de asuntos tristes ó feroces.

Colmado de riquezas, instalado como un potentado en una gran casa fronterá al Colegio de Padres Jesuitas de San Francisco Javier, estimulado en su natural fastuosidad y esplendidez por su imprudente y vanidosa mujer, Ribera se presentaba en público en carroza, y ella acompañada siempre de su escudero; no pintaba más que seis horas al día por la mañana, é invertía las restantes en el paseo y en la tertulia que le hacían en sus habitaciones los principales personajes de la corte. Mal le avino de semejante tren de vida. En medio de su prosperidad, le sobrecogió el mayor infortunio que puede acontecer á un padre: su hija María Rosa, doncella de singular hermosura, tuvo la desgracia de dejarse requerir de amores y seducir por el bastardo de Felipe IV, D. Juan de Austria, en ocasión de haberse éste detenido en Nápoles de vuelta de Palermo, adonde había sido mandado á sosegar los ánimos, sublevados por ciertos agravios ó manejos ocurridos en Sicilia. Viendo que el burlador de su honra se negaba á la reparación del daño causado; apenado el rico pero infelicitísimo Ribera por la pérdida de su hija predilecta, y atormentado porque ni aun quedaba en su pecho resquicio á la consoladora esperanza, le alcanzó la muerte á los sesenta y ocho años de edad, en el de 1656, con general sentimiento de sus muchos y buenos amigos y admiradores, y de todos los habitantes de Nápoles, donde había conquistado tantos lauros, tanta prez y tan justo galardón.

Teníamos, hasta hace poco, por novela este triste suceso que precipitó la muerte de nuestro gran pintor. Desgraciadamente los biógrafos extranjeros que lo repetían habían bebido en buenas fuentes. Nosotros hemos tomado el hecho del interesante discurso sobre Jusepe Ribera que escribió y leyó ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en la sesión inaugural del 7 de Febrero de 1878, el concienzudo y modesto académico de número D. José María Avrial, nuestro antiguo y querido amigo: tarea meritísima, destinada á vindicar al Españolito de las calumniosas imputaciones de los antiguos y modernos biógrafos que han denigrado su memoria, y á poner en claro qué había de cierto, y qué de novelesca ficción, en la historia de los últimos años de su vida, amargada por el deshonor.—Y hénos de nuevo conducidos como por la mano ante la Concepcion de la iglesia de Santa Isabel de Madrid. Cuéntase, respecto de este cuadro, que el rostro de la Virgen, para el cual había servido á Ribera de modelo su hermosa hija, María Rosa, había sido mandado borrar por la superiora de las monjas, la cual encargó á Claudio Coello que en su lugar pintara otro. Esta resolución de las buenas madres no reconocía otra causa que el haberse hecho público en la corte qué casta de pudorosa é inocente doncella era la que hacía de Inmaculada en aquel lienzo, la cual se hallaba en Nápoles llorando su deshonor. Parecía, y no sin fundamento, que al dirigirse á aquella efigie en sus preces al Altísimo, el retrato de la joven seducida podría traer pensamientos asaz profanos á toda la comunidad.

La Academia de San Lúcas de Roma recibió á Ribera en su seno el año 1630; en 1644 le honró el Papa nombrándole Caballero del Hábito de Cristo; no fué, por último, uno de sus menores timbres la cordial estimación que le demostró siempre un hombre como Velazquez.

Terminarémos con cuatro palabras sobre su manera y estilo, según resultan, no de las opiniones encontradas de sus biógrafos y de especies repetidas por costumbre y rutina, sino del examen de sus más relevantes obras. Aunque se ejercitó con preferencia en los asuntos dramáticos y sombríos, demostrando habilidad asombrosa para acentuar todos los pormenores que acusan la decrepitud y el dolor, supo también á veces rivalizar con el Correggio, el Guido y el dulcísimo Murillo, representando la naturaleza en su flor serena y placentera. Los inventarios de los cuadros que ha-

bia en el antiguo Alcázar-Palacio de Madrid durante los reinados de Felipe IV y Carlos II hacen mencion de muchas obras de este artista de asuntos, ya mitológicos, ya del Antiguo Testamento, que nos hubieran guiado, á no haberse perdido, para quilatar hoy toda la potencia estética de este autor como pintor de historia. Además de los sagrados asuntos de *Jael y Sisara*, *Samson y Dalila*, *David* y otros de igual linaje, habia tratado su pincel las elegantes fábulas de *Apolo y Mársias*, *Perseo*, *Baco*, *Vénus y Adónis*; y Dios sabe si quedó en estas últimas inferior á su propósito, ó si derramó en ellas tesoros de gracia y gentileza de una índole nueva y original. Lo único que podemos hoy asegurar es que algunas de sus *Concepciones*, y señaladamente la que pintó para las monjas agustinas de Salamanca, que dejamos ya citada, son de una belleza incomparable.

Entre los cuadros más notables que existen hoy de este gran pintor naturalista, mencionaremos solamente *la Escala de Jacob*, *la Bendición de Isaac*, *el Martirio de San Bartolomé* y *la Santísima Trinidad*, todos de nuestro Museo del Prado (números 982, 983, 989 y 990). Ellos bastan para convencer á cualquiera que no sea completamente extraño á la pintura, de que nadie ha sobrepujado á nuestro Españolito en el arte de modelar con el color, y de que en la ciencia de la forma humana pocos le han igualado.

También sobresalió como grabador por la seguridad y fuerza de la línea, la acentuación de la naturaleza de cada objeto y la sabia indicación de los accidentes. Bartsch no tuvo noticia más que de 18 agua-fuertes de Ribera; Cean asegura que se acercan á 26 las que produjo su admirable é intencionada punta seca.



MADRID.—Interior del Museo del Prado.—Galería principal.



FRANCISCO DE ZURBARAN.

Nació en la villa de Fuente de Cantos en 1598. — Murió en Madrid en 1662 (?).

El ideal de las grandes escuelas romana y florentina, muertos Rafael y Miguel Angel, habia degenerado en manera de pura convencion y artificio, y era vana pretension querer que sus insípidas imitaciones constituyesen el único alimento del genio. A aquel envejecido ideal sustituyeron otro los pintores naturalistas dotados de verdadera iniciativa, y de la esfera de la poesia fueron lanzados los seres abstractos, sin significacion ni vida, de que la poblaron las escuelas eclécticas italianas, entrando en ella en su lugar todos los seres del mundo real viviente y palpitante, con sus formas verdaderas, sus caractéres, sus pasiones, sus conflictos, sus gozos y sus martirios. En la época á que aludimos, — principios del siglo XVII, — no habia *realistas*, es decir, no se habia dado aún en la mania de creer que todo fenómeno externo de la forma, bueno ó malo, es digno de ocupar al artista. Habia *naturalistas poetas*, — sin llevar este nombre, y acaso sin saber ellos mismos que lo eran, — los cuales, á diferencia de los idealistas eclécticos que daban al pueblo cristiano por Moisés un Júpiter, por Jesucristo un Antinoo, y por la Virgen María una Niobe, traian á los altares la humanidad redimida y santificada por la penitencia, las lágrimas y el lento suicidio del cilicio. A estos reformadores, que buscaban su ideal en la idea, y no en la deslustrada corteza de la forma antigua, no se les podia acusar de paganos ni de malos católicos cuando pugnaban por desterrar del culto todas las reminiscencias gentílicas y profanas del Renacimiento; así que eran los más formidables adversarios de los preceptistas de la falange que capitaneaba Pacheco, en quien verdaderamente pugnaban, como antitéticos, los dos principios de la imitacion de la antigua forma y de la condenacion del espíritu antiguo. A la nueva cohorte, pues, de estos pintores naturalistas, á quienes estaban reservados los más gloriosos triunfos del arte moderno en la region del *ideal católico*, creado en nuestra España, pertenecia Francisco de Zurbarán. «No ha habido pintor, sin exceptuar al mismo Murillo, dice Ch. Blanc, » que haya correspondido mejor á las dos tendencias más » pronunciadas del carácter español, á saber, la pasion de la » realidad y la aspiracion al ideal; carácter singular de un » pueblo á quien seducen los colores vistosos de la materia, » y que, sin embargo, se deja arrastrar con tanta facilidad » hácia el espiritualismo más exaltado y sutil» (1).

Nacido en Extremadura, en la villa de Fuente de Cantos, donde fué bautizado el 7 de noviembre de 1598, sus padres Luis de Zurbarán (ó Sorvarán, como tambien escribe Lázaro Diaz del Valle) é Isabel Marquez le dieron la educacion correspondiente á su clase de modestos labradores; pero habiendo advertido en él gran inclinacion á la pintura, para no contrariar su vocacion, le mandaron á Sevilla á estudiar en la escuela del Licenciado Roelas, donde hizo tales adelantos, que se granjeó, sin salir de ella, una envidiable reputacion. — Comenzó su carrera artistica, como Velazquez, amando la verdad hasta el extremo de no transigir con ninguna forma de convencion ó de rutina, copiando fielmente lo que en la naturaleza veia. Algo, no obstante, se dejó influir por las obras del Caravaggio, cuyo estilo era tan adecuado á su natural varonil y enérgico, y cuyos efectos de claro-oscuro le cautivaban. Veintisiete años tenia solamente cuando el Marqués de Malagon le encargó que pintase los grandes lienzos del retablo de San Pedro de la Catedral; y no bien los terminó, emprendió el hoy célebre cuadro de *La Apoteosis de Santo Tomás de Aquino* para el altar mayor del Colegio de Santo Tomás de aquella ciudad, el cual existe ahora en su museo provincial, donde todos los inteligentes le consideran como su más valiosa joya, tras azarosas vicisitudes, que por fortuna sólo han contribuido á extender la fama de su autor por toda la Europa culta. Cean Bermudez le describe con exactitud y le juzga con grande acierto en los siguientes renglones: «Representa al Santo en pié y en lo alto, que, segun el manuscrito de Loaysa, es retrato

(1) *Hist. des peintres, etc.—École espagnole: François Zurbarán.*

»de D. Agustín Abreu Nuñez de Escobar, racionero que fué de aquella santa iglesia; más arriba á Cristo y á la Virgen en un trono de gloria y majestad, con San Pablo y Santo Domingo á los lados; rodean á Santo Tomás los cuatro doctores de la Iglesia latina sentados sobre nubes, y en primer término aparecen arrodillados en acto de adoración Carlos V, armado y con manto imperial, y acompañado de caballeros y religiosos de la orden de Predicadores por un lado, y por el otro el Arzobispo Deza, fundador de este Colegio, con el séquito de su familia. Todas son figuras mayores que el natural, y se celebra la maestría y verdad con que están pintados los brocados y bordaduras de las capas de los doctores, la armadura del César, los hábitos de los religiosos, y las cabezas, que parecen retratos: obra digna de todo elogio, que coloca á Zurbarán en el paralelo de los más famosos pintores de la Escuela lombarda (1), y que de justicia exige que se ocupase un diestro buril en grabar una lámina para que el nombre y mérito de este artista fuese tan conocido y celebrado como el de aquéllos.»

Uno de los más insignes monasterios de España—el de Guadalupe—aguardaba que el pincel del joven extremeño, fácil y expedito, pero siempre empeñado en obras de ejecución prolija, fuese á cubrir de brillantes é inspiradas composiciones algunas de sus desnudas paredes. Fué, pues, allá Zurbarán, y pintó para aquellos PP. Jerónimos trece lienzos: dos con las efigies de San Ildefonso y San Nicolás de Bari en dos altares que están á la entrada del coro de la magnífica iglesia; otros dos en una pieza á la salida; ocho de la *Vida del Santo Doctor*, dentro del templo, y otro con *San Jerónimo en la gloria*, en una pieza aparte. No hemos visto estos cuadros; pero por el voto de personas inteligentes que nos han hablado de ellos, debemos considerarlos como de lo mejor de su autor.

Restituido á Sevilla, concluyó las muchas obras que allí había dejado pendientes, y entonces ejecutó los tres grandes lienzos de la Cartuja de Santa María de las Cuevas, de que más abajo hablarémos, salvados de la furia desamortizadora en el museo de Sevilla, y el celebrado *Crucifijo* del convento de San Pablo, del que dice Cean *que parece de escultura*.

Hay en la vida de este grande artista dos épocas completamente ignoradas: no se sabe cuándo ni con qué ocasión vino por primera vez á la corte, donde logró el nombramiento de pintor del Rey. Debió ser esto forzosamente antes del año 1633, en que concluyó el retablo mayor de la Cartuja de Jerez, en uno de cuyos cuadros firmó con ese título. Tampoco se sabe dónde estuvo los 17 años que transcurrieron desde que terminó esta obra de la Cartuja hasta que volvió á Madrid en 1650, llamado, si no yerra Palomino, por D. Diego Velázquez de Silva para pintar en los reales Palacios de orden de S. M. Pero nos consta que se hallaba en Sevilla en 1639, por un documento conservado en el archivo de la Real Casa (2), que forma parte de una correspondencia epistolar seguida entre Francisco de Zurbarán y el Marqués de las Torres, superintendente á la sazón de las obras del Alcázar de Madrid, con motivo de la reforma y dorado del *salon grande* de dicho Real Alcázar-Palacio. Colígese de ella que así como para la decoración del renovado Alcázar se ponía á contribución en la corte á todos los artistas y artífices de más crédito, escultores, pintores, tallistas, marmolistas, fundidores, etc.; así los oficiales necesarios para trabajar en ciertos ramos que no florecían en Madrid, eran traídos de las poblaciones que más sobresalían en ellos. Vinieron de la mudejar Toledo los maestros más acreditados en la fabricación de los azulejos, y los doradores fueron

llamados de la fastuosa Sevilla, donde aún duraban las tradiciones de los que habían revestido de deslumbradora gala las espaciosas tarbeas del Alcázar del rey D. Pedro. Por más que el hecho parezca extraño, Francisco Zurbarán figura en el ajuste hecho con los artífices sevillanos. Concertáronse por mediación del esclarecido pintor, doce doradores de los más hábiles para que trabajasen en el salon nuevo. Lo que era llamado *salon grande*, y también *salon dorado*, del Real Alcázar-Palacio de Madrid, nos lo diría, mejor que ningún documento escrito, la perspectiva que de él pintó Velázquez, si esta obra se hubiese conservado; pero como lastimosamente se perdió, habrémos de atenernos á lo que se colige de las cuentas formadas en aquel tiempo, en las cuales se mencionan algunos objetos que formaban parte de su decoración y ornato, y hasta de su mueblaje. Era, pues, el *salon dorado* una espaciosa estancia de grande elevación, embovedada y decorada con pilastras, sobre las cuales corría un ancho friso en que se contenían, á semejanza de otro salon de la casa Real del Pardo que se quemó bajo el reinado de Felipe III, retratos de reyes alternando con mascarones, y encuadrados en los mismos adornos de aquella parte del entablamento; todo el cual, y acaso también la bóveda, era dorado. Las pilastras llevaban festones de madera dorada también, de gran relieve, y completaban la decoración arquitectónica dos portadas que revestían y embellecían los dos vanos por donde se penetraba en este salon, destinado á las fiestas de más aparato que se celebraban en la augusta morada. Las jambas y dinteles eran de mármol de San Pablo; las mesas y bufetes que formaban parte de su ajuar, del mismo mármol y de jaspe de Tortosa.—Los doradores que para la obra de este gran salon contrató Zurbarán en Sevilla, echaron nueve días en el camino de aquella ciudad á la corte: salieron de allí el 8 de Octubre de 1639, y uno de ellos cayó enfermo sin poder llevar á cabo su ajuste; los 11 restantes regresaron á su tierra después de terminada la obra, y tardaron en el camino once días (3). Este dato nada significa de por sí; pero todo lo que tiene relación con un grande hombre parece como que recibe algun reflejo de su grandeza.

Hemos visto cuándo ejecutó Zurbarán sus más famosas obras, esto es, las del Colegio de Santo Tomás, Cartuja de las Cuevas y Cartuja de Jerez; sabemos que después de su segundo viaje é instalación en Madrid casi no hizo más que los *trabajos de Hércules* para decorar la parte alta del *saloncete* del Buen-Retiro, otros cuadros para la Casa de campo y algunos Sitios reales, y lienzos de caballete para varios particulares. Lo que completamente ignoramos es la fecha de las infinitas obras que ejecutó para las parroquias de San Estéban y San Roman de Sevilla, la iglesia de San Buenaventura, el Colegio de San Alberto, los Carmelitas calzados, la Merced calzada, los Mercenarios descalzos, Santo Domingo de Portaceli, los Trinitarios calzados, los Capuchinos, el convento de San Pablo y el Colegio de Maese Rodrigo. En la misma ignorancia nos hallamos respecto de la época en que salieron á luz los lienzos con que embelleció los conventos de San Pablo y de la Merced de Córdoba, y el de los Capuchinos de Jerez de la Frontera.—Este prodigioso número de obras se dispersó por efecto de nuestra moderna desamortización, tan irreflexiva y torpemente consumada; sólo algunas de las composiciones más notables del gran pintor extremeño se han salvado en el rico museo provincial de Sevilla. Allí están, para estudio y admiración de los aficionados al ideal católico de legítima casta española, además de la *Apoteosis de Santo Tomás*, los tres grandes lienzos de la Cartuja de las Cuevas, á saber, *la Virgen cobijando bajo su manto á los monjes cartujos*; *San Bruno en presencia del papa Urbano II*, y *Los Cartujos con San Hugo en el refectorio*, ó sea *El Milagro del santo voto*. Allí también

(1) En este punto no estamos conformes: es un error manifiesto de Cean sacar á colación los pintores de Mantua, Cremona, Milan y Parma—los Leonardos, Correggios, Crespis, etc.—que son los más sobresalientes de la escuela lombarda, y cuyo colorido es por lo general argentino, á propósito de un artista como Zurbarán, tan aficionado á las luces doradas y tonos cálidos.

(2) Felipe IV. *Pardo y sus agregados*. Leg. 2, núm. 1.

(3) La carta de Zurbarán que anuncia al Marqués de las Torres la salida de Sevilla de dichos artífices, figura enlegajada como comprobante de las cuentas del pagador de las obras del Alcázar, Pedro Jerónimo Mancebo.

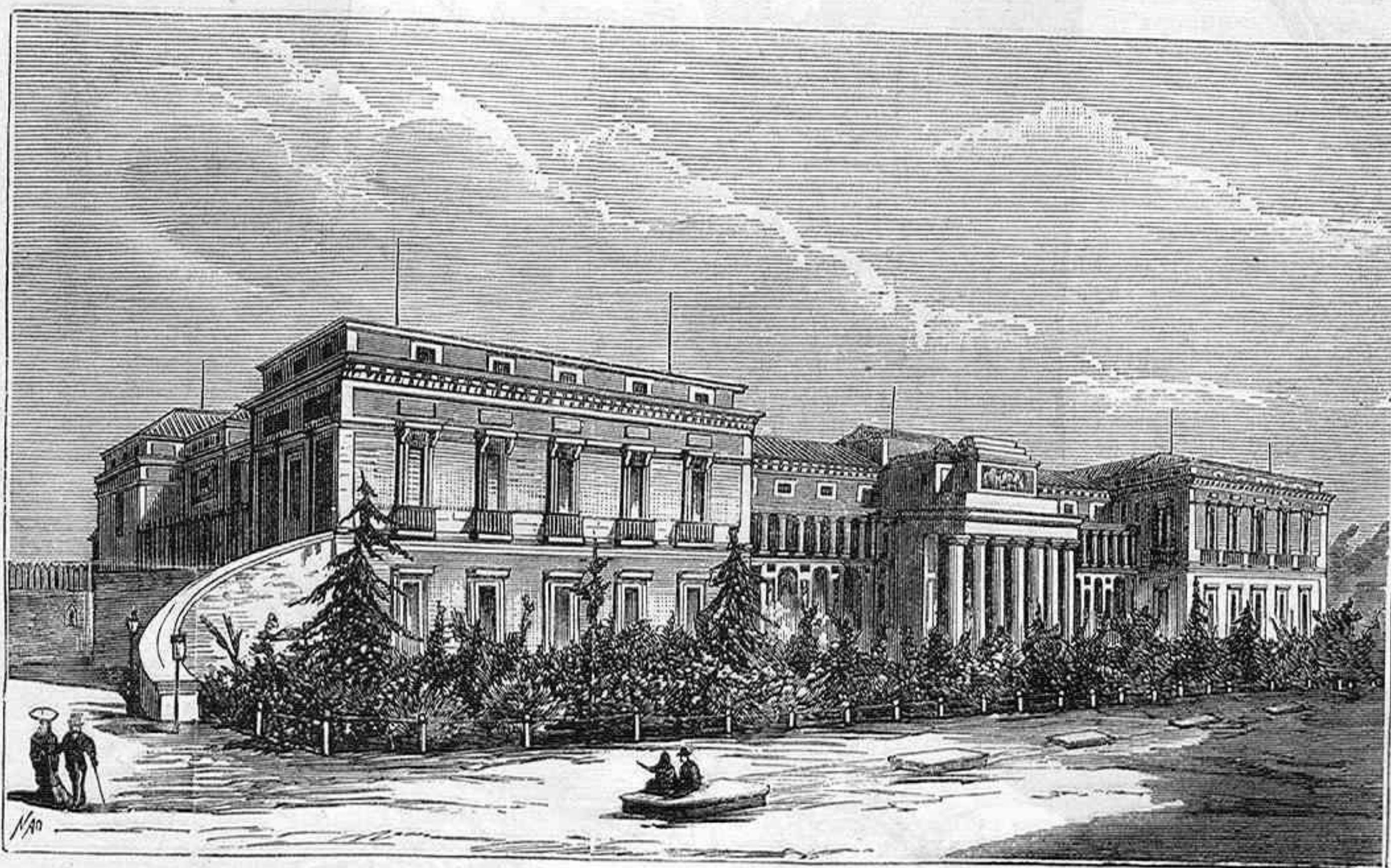
el lienzo de la misma Cartuja con el bello y delicado pensamiento, casi en boceto, de *Jesus niño hiriéndose en un dedo al tejer su corona de espinas*, del que poseyó el cuadro, muy estudiado y concluido por cierto, nuestro querido y difunto padre, el Excmo. Sr. D. José de Madrazo, en su numerosa colección de pinturas. Allí, por fin, el *Jesus coronando á San José*, de no sabemos qué procedencia; el *San Luis Beltran*, del convento de Santo Domingo de Portaceli, y diez y seis cuadros más, que no nos detendremos á describir.

Zurbaran no hace en nuestro numeroso y afamado Museo de Madrid el importante papel que debería hacer; casi nos atreveremos á decir que dan idea más cabal de sus portentosas dotes como pintor los pocos cuadros que de él posee la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, donde al ménos se revela su grandiosa y sencilla manera de plegar los paños, singularmente los de lana blancos, en los retratos de cinco PP. Mercenarios distinguidos procedentes del convento de la Merced calzada de Sevilla. Sobresale en todas sus obras un profundo estudio de la naturaleza y un modo enteramente personal de percibir los efectos de claro-oscuro, uniendo á la energía del Caravaggio,—á quien sobrepuja en la verdad, y sobre todo en la elevación del sentimiento moral,—un arte singularísimo para hacer ver cómo ciertas tintas se pierden y aniquilan en las grandes masas de sombra, segun nos lo demuestra la fotografía. Diríase que este precioso auxiliar del colorista habia sido familiar á Zurbaran; de tal manera acusa las superficies de luz y sombra, manchando la tela en unas y otras á grandes planos, sin entretenerse en las minucias que se pierden con la distancia. Pero observa muy oportunamente un sagaz crítico moderno (1) que este gran pintor no fué sólo un prosélito del naturalismo de su época, sino el más genuino representante del espiritualismo ascético de su nación. La dualidad de ten-

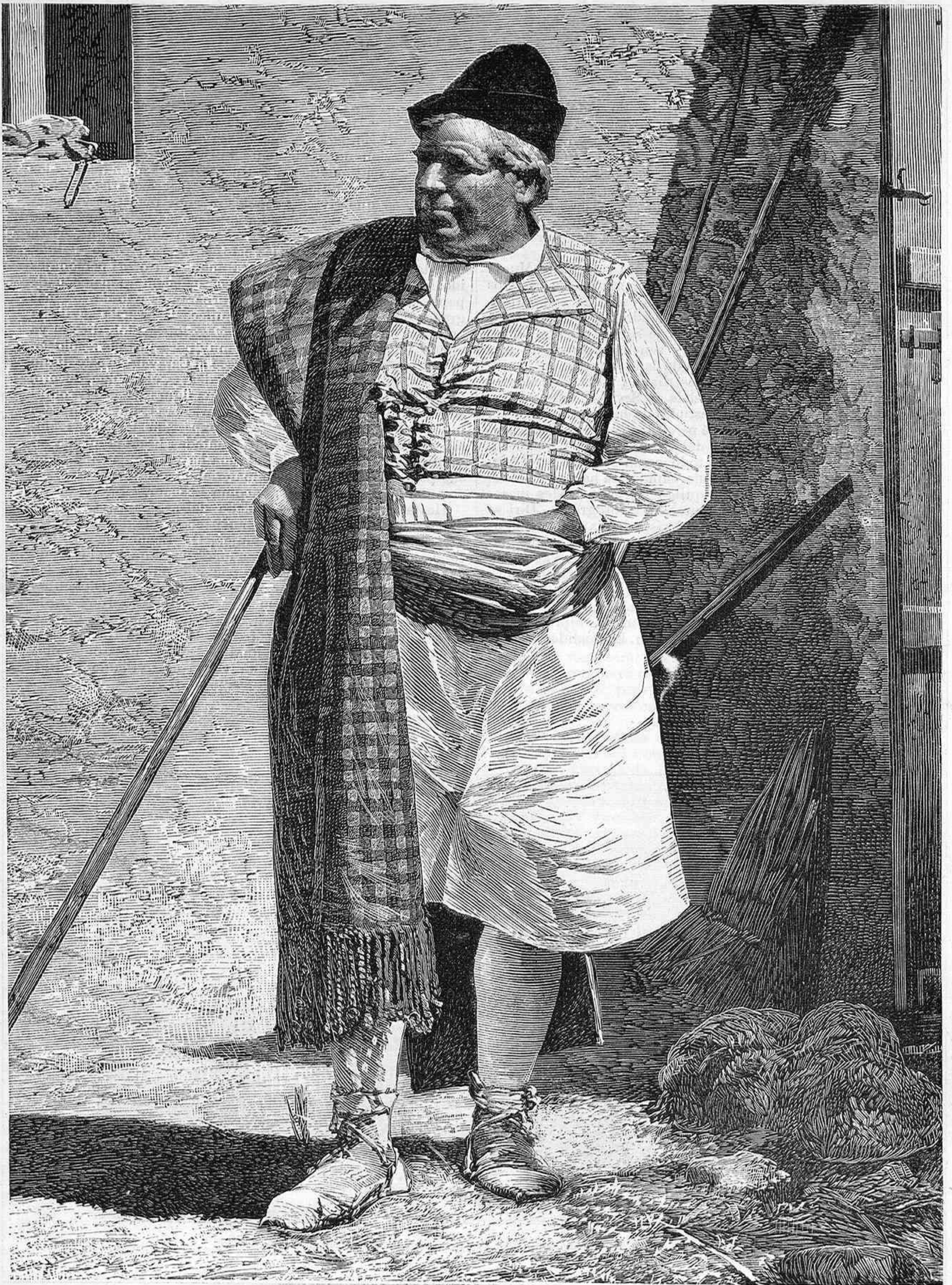
(1) M. Ch. Blanc, *Hist. des peintres*, etc.

dencias que en nuestros pintores se observa,—la pasión de la realidad y la aspiración al ideal,—engendró en la mente vigorosa de Zurbaran las calidades que tanto le distinguen: una expresión profundamente religiosa y espiritualista, y un amor casi frenético á los accesorios espléndidos,—los brocados, los arminios, las ricas estofas, los aristocráticos joyeles, en que rivaliza con los mismos maestros venecianos, incluso el magnífico Pablo Veronés.—Lo que no se explica en su dibujo sino por el abuso del maniquí, es su modo violento de plegar las estofas ligeras, como el lino, la seda, etc., cuando representa ángeles ú otros personajes ideales; sus vestiduras en estos casos siempre parecen de papel mojado.—Como quiera, Zurbaran es uno de los más grandes genios de que se enorgullece la escuela sevillana en el siglo XVII. Llamarle el Caravaggio español, dice el ya citado M. Ch. Blanc, es hacerle muy poca justicia: sólo en la energía de la ejecución se parece al Caravaggio este digno y potente maestro, que en todo lo demás, elevación, decoro, sentimiento, le es muy superior. Sus figuras, á veces comunes y vulgares á fuerza de ser verdaderas, llevan impreso un carácter tal de fe ardiente, tal expresión de belleza moral y de amor, que aparecen levantadas hasta la misma región de la poesía. Sin duda alguna hay tanto de místico en sus pensamientos cuanto de material en sus obras; expresa como el Caravaggio y siente como Lesueur.

Hasta aquí sólo hemos hablado del artista: nada hemos dicho del hombre. Pero ¡es tan poco lo que de él se sabe! Zurbaran fué casado: en su mujer, D.^a Leonor de Jordera, tuvo varios hijos, y entre ellos una hija, á quien el Cabildo catedral concedió una casa de por vida en la calle de los Abades, segun escritura otorgada en 14 de Diciembre de 1657. Palomino pone su muerte en el año 1662, en lo cual no hace más que referirse á la tradición oral; mas en este mismo año le trató en la corte D. Lázaro Díaz del Valle, quien así lo consigna al final de la breve nota biográfica que le consagra, diciendo: «Vive en esta villa de Madrid, año de 1662.»



MADRID.—Vista exterior del Museo del Prado, construido en el reinado de Carlos III.



TIPOS NACIONALES.—UN LABRADOR DE LA HUERTA DE MURCIA.



D. DIEGO VELAZQUEZ DE SILVA.

Nació en Sevilla en 1599.—Murió en Madrid en 1660.

Si logramos condensar en el breve espacio de que podemos disponer lo mucho que de Velazquez tenemos que decir, habrémos conseguido un gran triunfo.—Don Diego Velazquez de Silva ó D. Diego de Silva Velazquez (llámesele como se quiera, porque si bien él solia firmar de este último modo, en cambio en los documentos oficiales de su tiempo, que abundan en el Archivo de la Real Casa, se le designa usando el otro) nació en Sevilla, donde fué bautizado el 6 de Junio de 1599. Sus padres, Juan Rodriguez de Silva y doña Jerónima Velazquez, querian dedicarle al estudio de las letras y de la filosofía; mas advirtiéndole en él decidida inclinacion á la pintura, le pusieron bajo la direccion de Herrera el viejo, cuyo genio desabrido ahuyentó al tierno discípulo, prefiriendo éste á Francisco Pacheco por su afable condicion y su agrado en comunicar á los jóvenes su sólida doctrina. La casa del artista-escritor, *cárcel dorada del arte*, como la llamó Palomino, era reputada ilustre academia de los más claros ingenios que á la sazón habitaban la hermosa ciudad del Bétis, y su dueño, juicioso y sabio Mentor de los artistas que en ella florecian. Cinco años de trato con tan aventajado maestro habian de ser forzosamente para el perspicaz alumno una muy conveniente preparacion en medio de los serios estudios que al propio tiempo hacía, entregado á otro superior maestro — á la naturaleza.—Ejercitando en todos los fenómenos del mundo objetivo, sin desdeñar lo vulgar y comun, ántes bien contemplándolo asiduamente, sus privilegiadas facultades imitativas; inspirándose en el modo como interpretaban la vida real el Greco y Tristan, de quienes llegaban obras á Sevilla; eligiendo resueltamente el rumbo del *naturalismo*, creeriase que el estilo que iba á crear Velazquez habia de conducirle á bastardear el delicado sentimiento del arte de que nació dotado. Mas no fué así, y si bien se separó de la manera de Pacheco, *conociendo desde el principio no convenirle modo de pintar tan tibio, aunque lleno de erudicion* (1), éste no se

agravió por ello; y hay que hacer al sesudo preceptista la justicia de reconocer que descubrió en su joven alumno algo de excepcional, que hacía su naturalismo más simpático que el de los otros á quienes él constantemente combatía. Acaso, á despecho de su misma perspicacia, no adivinaba el buen Pacheco que cierto aire de elegancia y distincion que ennoblecía los objetos comunes figurados por el pincel de Velazquez, no era otra cosa más que una brisa perfumada del Iliso, que este joven habia tenido la suerte de aspirar mirando y copiando las estatuas griegas que él habia puesto ante sus ojos en aquella *cárcel dorada del arte*.

Que el nuevo rumbo seguido por el adolescente no fué motivo para que Pacheco le retirara su afecto, lo prueba el hecho de que las relaciones entre ambos artistas se robustecieron en lo sucesivo con el sagrado lazo del parentesco. Velazquez ganó reputacion, se sintió con fuerzas para crearse una posición en el mundo, y creyendo que podia sin temeridad aspirar á la mano de doña Juana Pacheco, hija de su maestro, pidióselo á éste, que se la otorgó gustosísimo. Casáronse el 23 de Abril de 1618, y fueron fruto de esta temprana union (2) dos hijas, Francisca é Ignacia (3), la primera de las cuales vino á ser, andando el tiempo, mujer del pintor Juan Bautista del Mazo.

Natural era que en el primer estilo de Velazquez se tradujesen las enseñanzas de sus primeros guías en la difícil senda del arte: eran éstos el arte antiguo, el natural, Herrera el viejo y los pintores naturalistas, entre ellos especialmente el Greco y Tristan. Si Pacheco influyó algo en su formacion, fué por haberle enseñado á sentir la elegancia y el decoro del arte helénico, dado que el sentimiento se enseñe. Por lo demas, claramente pregonan *El Aguador*

(2) Velazquez tenia á la sazón 19 años escasos, y la hija de Pacheco algo ménos.

(3) Las retrató á ambas, de cinco y siete años respectivamente, y estos preciosos retratos se conservan en el Museo del Prado (números 1087 y 1088).

(1) PALOMINO, *Vidas de los pintores, etc.*; D. Diego Velazquez de Silva, § 1.

de Sevilla (1), *La Adoracion de los Pastores* (2) y *La Adoracion de los Reyes*, del Museo del Prado, que quien formó su paleta fué, en primer lugar, Herrera el viejo (3), y en segundo lugar la contemplacion asidua de la naturaleza y de los cuadros de aquellos pintores de rumbo semejante á su humor.

Deseoso de ensanchar el campo de sus estudios, se trasladó á la córte en 1622, donde su valedor el canónigo maestrescuela de la catedral de Sevilla, D. Juan Fonseca y Figueroa, procuró en vano que fuese admitido á pintar el retrato del Rey. Volvióse á Sevilla descorazonado, sin haber hecho cosa notable, á excepcion del retrato del célebre poeta Góngora, que ejecutó por encargo de su suegro Pacheco (núm. 1085 del Museo); pero con el gérmen de un nuevo estilo en la mente, de resultas de los estudios que logró hacer en las colecciones Reales de Madrid, el Pardo y el Escorial.—Por fin, las reiteradas instancias del maestrescuela obtuvieron el éxito apetecido, y el jóven Velazquez recibió un dia una carta de su protector Fonseca, incluyéndole una órden del Conde-Duque de Olivares, privado de Felipe IV, que le mandaba ponerse inmediatamente en camino para la Córte, y librándole al efecto las asistencias necesarias. Empezar Velazquez á mostrar su talento con el gran retrato ecuestre del Rey (4), expuesto al público en la calle Mayor frente á las famosas gradas de San Felipe el Real (5), y declararse sus admiradores los cortesanos todos, fué obra de pocos meses. El monarca le recibió en su servicio el 6 de Octubre de aquel mismo año (1623) para que se ocupase en lo que se le ordenara de su profesion, señalándole 20 ducados de salario al mes; el complaciente secretario de la Junta de Obras y Bosques, D. Pedro Hoff Huerta, le extendió el despacho expresando que se le pagarian aparte las obras que hiciera; díjose entre los áulicos que era menester que nadie más que el sevillano pudiera retratar en lo sucesivo al *Gran Felipe*; éste ademas le concedió, sobre un sueldo de pintor de Cámara superior al del más favorecido entre los otros pintores de aquella clase, una pension de 300 ducados, para cuyo disfrute fué preciso impetrar dispensa de Su Santidad Urbano VIII; y finalmente, á estos eficaces estímulos siguieron otros, á que el animoso artista correspondió logrando fáciles y extraordinarios triunfos.

Hallábase en Madrid el Príncipe de Gáles, Carlos Estuardo, que fué luégo infortunado Rey de Inglaterra, el cual habia venido á pedir á Felipe IV la mano de su hermana la infanta doña María, y Velazquez comenzó su retrato, que quedó sin concluir con la repentina retirada del augusto pretendiente, recibiendo de éste, sin embargo, relevantes pruebas de aprecio. Refiérese que aquel bosquejo (hoy lastimosamente perdido, aunque pretenda lo contrario el librero inglés Mr. John Snare, que cree poseerlo), prometia ser una obra admirable. Pero la que más contribuyó á consolidar su creciente reputacion fué el lienzo de la *Expulsion de los moriscos* (6), que ejecutó en 1627, en competencia con los acreditados pintores Caxés, Nardi y Carducho, y que le valió la palma de vencedor de parte de sus jueces Juan Bautista Mayno y Juan Bautista Crescenci, y del Rey el empleo de ujier de Cámara, ofrecido al que lograra el triunfo en el certámen.—Algun tiempo despues (en 1628) una

cédula de S. M. estableció la manera como habian de serle pagadas al ya grande artista de solos veintinueve años, todas las obras que hasta entónces habia ejecutado para su servicio, y todos los retratos que en lo sucesivo le mandase S. M. hacer. El pago habia de verificarse en una racion de cámara de 12 reales diarios (7). ¡No dejaba de ser equitativo un pacto en cuya virtud, por una suma anual de 4.380 reales, adquiria el Rey el derecho de hacer pintar á Velazquez cuantos retratos fueran de su real antojo! Verdad es que se le daba ademas todos los años un vestido de valor de 90 ducados, y que el artista lo recibia por nómina en que alternaba con los barberos, los mozos de retrete, los zapateros, los escuderos de á pié, los barrenderos, el ayo del enano inglés, el destilador, los mozos de los lebreles, los enanos, los bufones ú *hombres de placer*, los locos y demas gente de importancia de la Real Servidumbre (8)!... ¡Y aquél era el siglo de oro de la pintura española!

Vino el pintor Pedro Pablo Rubens á España con una mision diplomática de la Infanta-Gobernadora de los Países-Bajos, doña Isabel Clara Eugenia, y trabaron estrecha amistad los dos artistas. Acompañando Velazquez constantemente al gran colorista flamenco, creció en él el deseo, que desde su primera venida á Madrid habia experimentado, de estudiar las obras de los grandes maestros italianos en su misma patria: resuelto á llevar á cabo este pensamiento, pidió licencia al Rey para hacer un viaje por Italia, que le fué otorgada; y habiendo dejado en poder del interesado Mecénas la última y bella obra que acababa de ejecutar—el cuadro de *Baco* coronando á unos borrachos—que le fué pagada en 100 ducados por cédula expedida á 22 de Julio de 1629, al propio tiempo que se le satisfacian por obras anteriores 300 ducados más, sin duda para que pudiese sufragar los gastos de su viaje, se embarcó en Barcelona, en compañía del célebre Ambrosio Spínola, capitán general de las armas católicas en Flándes, cuyo marcial y aristocrático continente habia de inmortalizar algunos años despues, representándole en el glorioso acto de recibir las llaves de Breda, rendida á su esfuerzo.

El cuadro de *Baco*, vulgarmente llamado de *Los Borrachos*, que cierra el período primero de los tres en que una crítica más cómoda y expedita que concienzuda divide los diferentes estilos de Velazquez, merece una pequeña parada en el escape á que llevamos la vida de este genio y sus obras.—El cuadro de *Los Borrachos* viene á ser, en cuanto á la idea, una parodia de las antiguas bacanales. Se comprende muy bien que un pintor español, nacido para el décimoséptimo siglo al espirar el xvi, y educado en una escuela heterogénea de literatura académica, rancia moral cristiana, teología conventual y política cortesana, quisiese ejercitar su ingenio en un asunto mitológico, y desease al propio tiempo mostrarse buen católico, huyendo del voluptuoso clasicismo italiano, y sacando partido de su argumento para darle tendencia tropológica y afear la mala costumbre de la embriaguez. Semejante en cierta manera á Castillejo y á aquellos otros poetas enemigos de la escuela italiana culta, y tan sobresalientes en el arte de poner en ridículo el vicio, el pintor sevillano repelió con cristiana austeridad los halagos de la musa clásica materialista; no hizo caso de Anacreonte ni de Archestrato ni de Horacio; desdeñóse tambien de seguir las huellas de los poetas y artistas licenciosos del siglo de Leon X; desoyó la excitacion de los contemporáneos que, como el Poussin, cedian á los encantos de la estética pagana; no fué bastante á contagiarse el ejemplo de los maestros venecianos sus predilectos—de Tiziano en su famosa *Bacanal*, de Pablo Veronés en su poema de *Adónis* dormido en el regazo de Vénus—y diríase que no acudió á las fábulas del paganismo en busca de asuntos sino con el propósito de desconcepar la mitología. Esto en

(1) Desde nuestra desastrosa guerra de la Independencia, en que tan caro nos costó el auxilio de los ingleses, este hermoso lienzo dejó de figurar en el Real Palacio de Madrid, formando hoy parte de la coleccion de lord Wellington, en Londres.

(2) Figura hoy en la *National Gallery* de Londres.

(3) Ninguno de los biógrafos de Velazquez se ha ocupado en investigar cuánto tiempo estudió bajo la direccion de Herrera el viejo, y se no; figura, por lo mucho que de este excelente profesor retuvo, que no debió ser tan fugaz como generalmente se supone su permanencia á su lado.

(4) No se conserva este retrato.

(5) Aquél era uno de los parajes donde los pintores acostumbraban entónces á hacer pública exhibicion de sus producciones, para lo cual se aprovechaban los dias ó épocas de mayor concurrencia. Para exponer el retrato que pintó Velazquez hubo que solicitar la vénia del Rey.

(6) Pereció, por desgracia, este lienzo en el incendio del Real Alcázar-Palacio, ocurrido en tiempo de Felipe V, en 1734.

(7) Como las que disfrutaban los *ayudas de barbero* (Arch. de Palacio. Felipe IV, Casa. Leg. 37, carp. *Oficiales de manos de todas clases*, y leg. 119).

(8) Arch. de Palacio. *Ibid.* Leg. 3, núm. 20.

cuanto al pensamiento del cuadro de *Baco*. Vengamos á su ejecución; á lo que con singular abuso se llama hoy *parte técnica* de la obra.

A pesar de ser producción de la primer manera ó estilo del autor, ya se descubre en ella aquel sentimiento enérgico de la naturaleza varonil que habia de hacerle rival de Timantes, de quien escribía Plinio: *artem ipsam complexus viros pingendi*. Quizá hubiera fracasado su obra introduciendo en ella las ninfas y bacantes de la oda horaciana, porque las gracias femeniles se sustrajeron al poder de sus pinceles. La composición es felicísima; las actitudes, naturales y variadas; la expresión, cómica en sumo grado. Del dibujo no hay para qué decir que es el propio de un pintor que pareció llamado á ser el confidente de Dios en la estructura del hombre. El modo de colorir marca la feliz transición de su primer manera, un tanto seca, al vigoroso naturalismo de la segunda, tan acentuado y al propio tiempo tan distinguido. Aquí es más bien la casualidad que la elección lo que decide de las líneas en los ropajes y accesorios. Empiézase á entrever aquel estilo peculiar y característico de tan admirable verdad, de tanta fuerza, de tanta libertad, que ha de hacer de Velazquez el Tucídides de los pintores españoles por su concisión y nervio, el Shakespeare por su severa naturalidad.

Durante su viaje por Italia abriéronse las puertas de las más afamadas galerías: en Roma vivió como un príncipe, primero en el Vaticano, despues en la *villa Médicis*; que todo lo facilitaron las cartas que llevó del Conde-Duque de Olivares. Copió cuadros de grandes maestros, estudió, recapitó más que produjo, modificó su estilo; y de regreso á España trajo, como muestra de su nuevo modo de comprender el arte, un retrato de sí mismo, los dos grandes lienzos de *La Fragua de Vulcano* y de *La Túnica de Joseph*, y las dos *Vistas de la villa Médicis*, donde estuvo alojado.

Restituido á Madrid en 1631, creció su fama con la multitud de obras que ejecutó en los diez y ocho años que transcurrieron hasta el de 1649, época de un segundo viaje á Italia. En ese período de su vida artística, marcado por un estilo sólido al par que brillante y franco, que ningun inteligente puede confundir ni con el primero ni con el último que usó, pintó *La Rendición de Breda* para el salón de Comedias del palacio del Buen Retiro; el *Jesus crucificado* para el convento de monjas de San Plácido; sus más famosos retratos — el Conde-Duque á caballo; Felipe IV á caballo, y á pié vestido de cazador; el príncipe D. Baltasar Carlos, también á caballo, y á pié con arreos de caza; los infantes D. Carlos y D. Fernando, hermanos del Rey; los enanos y bufones de palacio, sabandijas á quienes su mágico pincel repartió también, como si dijéramos, las escurriduras de la distinción ideal con que habia ennoblecido á todos sus otros retratados del Rey abajo; y además desempeñó infinitas comisiones, confidentiales unas y oficiales otras, acompañó al monarca en diversas jornadas, sobrellevó enojosos cargos, muy fecundos en embarazos, molestias y sinsabores de todo género. Porque no hemos de olvidar que hay en Velazquez dos hombres, el artista y el empleado. Con este segundo carácter le vimos servir á Felipe IV de ujier de Cámara desde el año 1627: cede este empleo á Juan Bautista del Mazo, que se casa con su hija Francisca (en 1634), y es nombrado ayuda del Guardarropa, sin ejercicio; entra luego de ayuda de Cámara, sin ejercicio también, en 1643, año en que pierde su privanza su favorecedor el Conde-Duque, á quien él, sin embargo, conserva noblemente una adhesión y un agradecimiento que sus mismos émulos se ven forzados á respetar; y por aquel mismo tiempo se le confía, bajo la superintendencia del Marqués de Malpica, la inspección de las grandiosas obras que habian de transformar el vetusto Alcázar de Madrid en mansion de delicias y templo de las musas. En 1645 empezó á desempeñar las funciones de su cargo en el Guardarropa, y en 1646 entró en el ejercicio de la plaza de ayuda de Cámara. Otro cargo se le confió al año siguiente (1647), también de índole oficial, si bien para éste se reque-

rian conocimientos artísticos, y de arquitecto más que de pintor: y fué el de Veedor y Contador de las obras de la *pieza ochavada* sobre la escalera de la torre vieja del Alcázar, obras que él mismo habia trazado.

Para el mayor ornato de éste, y para surtir de buenos modelos una Academia que hubo intención de fundar en Madrid, hizo Velazquez su segundo viaje á Italia á fines del año 1648. El Rey le encargó al propio tiempo que contratase á Pietro de Cortona ó á cualquiera otro de los buenos fresquistas que á la sazón allí florecían, para que viniese á Madrid á pintar en el Real Alcázar-Palacio y á formar escuela de aquel género de pintura, que en España andaba perdido. Antes de partir debió sin duda solicitar el arreglo de sus cuentas como artista para quedar más desembarazado, y celebró con el Rey una transacción, harto perjudicial á sus intereses, en cuya virtud se le habian de satisfacer por mensualidades 700 ducados al año, á cuenta de sus créditos y de todo cuanto pudiera devengar en lo sucesivo por las pinturas que para S. M. ejecutase, y que no fueran retratos (1).

Desempeñó en Roma la comisión que allí le llevaba con la inteligencia que le distinguía; y á pesar de la pueril impaciencia de Felipe IV por gozar el fruto de aquella expedición, y de las cartas apremiantes con que le atarazaba, acusándole de *flemático*, encontró el medio de poder entretenerse no pocos días en la hermosa Venecia con las obras de Tiziano, Veronés y Tintoretto, centro é imán de sus artísticas predilecciones, sin incurrir en el disfavor del avaro Mecénas (2).

Legó Velazquez á Madrid, de vuelta de su viaje, en Junio de 1651. Al año siguiente, habiendo vacado la plaza de Aposentador del Rey, la pretendió, alegando los méritos contraídos en el *adorno y compostura del aposento de S. M.* y como *oficio ajustado á su genio y ocupación*. Los señores del Bureo tuvieron á bien incluirle en las propuestas, unos en tercero y otros en cuarto lugar; sólo el conde de Montalvan le puso en el lugar segundo, y el Rey (ésta fué la única gracia que en dicha ocasión le hizo) le prefirió á todos los demás candidatos.—Admira el considerar cómo, en los ocho años que desempeñó aquel cargo, encontró la manera de hurtarse á las minuciosas atenciones á él anejas, y de olvidar el prosaico de la abnegación y de la servidumbre para realizar creaciones tan maravillosas como los cuadros de *Las Hilanderas*, *San Antonio y San Pablo* y *Las Meninas* (3), y revestir el más brillante personalismo que haya sido dado jamás alcanzar á artista alguno. Verdaderamente causa asombro que haya podido en los últimos ocho años de su vida, además de desempeñar el oficio de Aposentador, que, según dice Palomino, *había menester un hombre entero*, atender á la colocación de los cuadros de los palacios de Madrid, del Escorial y demás Sitios Reales; escribir acerca de estos cuadros; disponer las pinturas de los techos y bóvedas del Real Alcázar; trazar la decoración de la bóveda del *Salón de los Espejos*; inspeccionar los vaciados de las estatuas que de Roma habia traído y que ejecutaban, bajo su dirección, Jerónimo Ferrer y Domingo de Rioja; acompañar á los embajadores de las potencias extranjeras en sus excursiones artísticas; dirigir las obras de la Ermita de San Pablo del Buen-Retiro y de la quinta del Marqués de Heliche, y crear al mismo tiempo toda una nueva escuela de pintura con las mágicas obras de su postrer estilo.

Este tercer estilo, que inauguró en Roma con el portentoso retrato que hizo del papa Inocencio X y con el de su esclavo Juan de Pareja, cuya exhibición en la famosa *Rotonda* le valió el honor de ser creado por aclamación *Acadé-*

(1) Cédula del Rey al Bureo, de 18 de Mayo de 1648.— Arch. cit. Cámara. Legajo 3. Carp. 19.

(2) En el archivo del Excmo. Sr. Duque de Osuna se conservan interesantes cartas de Felipe IV y del secretario D. Fernando Ruiz de Contreras relativas á esta comisión que llevó Velazquez á Italia, que hemos utilizado en una de nuestras publicaciones anteriores.

(3) Números 1057, 1061 y 1062 del Museo del Prado.

mico romano, coloca á Velazquez en una esfera enteramente excepcional, distinta de la que ocupan todos los demas grandes maestros *naturalistas*. Amante idólatra de la verdad, la buscó nuestro sevillano con ingenuidad heroica, sacrificando los medios ó recursos convencionales que para producir efecto solian emplear los napolitanos y los flamencos. Supo él sacar del aire interpuesto, ó sea de la perspectiva aérea, un partido que nadie hasta entónces habia sacado, porque hacia intervenir el ambiente natural como última mano que terminase sus abreviados pero sapientísimos bosquejos. Podía valerse de este medio un artista como él, que *construía* la forma humana como ninguno: por esto todos los trazos fundamentales están en su lugar en los inimitables lienzos del tercer estilo del gran pintor, que vistos de cerca son sólo ligeros esbozos, y el ambiente los completa, revistiéndolos de la capa externa que lleva en sí todos los accidentes, todas las minuciosidades que pudiera apetecer un adorador del estilo concluido y prolijo de Sanchez Coello ó de Holbein. Debió Velazquez á su singular talento el hallar la ley óptica de este nuevo género de pintura, por cuya virtud, al paso que en los más grandes genios *naturalistas*—Ribera, Zurbaran, Van Dyck, Caravaggio—la niebla del bosquejo se conserva á todas las distancias, en él esa niebla se va por grados disipando á medida que el observador se desvia; á la opacidad del caos primero sucede la más encantadora diafanidad, y los que eran borrones mirados de cerca, se convierten en admirables componentes de una segunda creación, llena de vida, de calor, de elegancia.—Para calcular los efectos á medida que iba pintando, usaba Velazquez, en la época de este tercer estilo, pinceles de astas largas: sus biógrafos denominan acertadamente este modo de pintar *manera abreviada*.

Digamos dos palabras sobre el *ideal* de Velazquez.—Es el ideal la manzana de la discordia que trae divididos á los escritores de Bellas Artes desde los tiempos de Platon y Aristóteles. El ideal para nosotros apunta en la naturaleza y florece en la mente del artista; la naturaleza se limita á indicarlo. Pero hay muchos ideales, como son muchos los fines que tiende á realizar el arte. Si éste se propone un objeto tropológico ó anagógico, ¿quién habrá realizado mejor estos dos ideales que Rogerio Vander Weyden y el beato Angélico? Si se contenta con recrear el ánimo; si, dejando de ser auxiliar de la moral y de la religion, se dirige sólo á proporcionar solaz y honesto placer, ¿de cuántas maneras diversas no podrá ser el ideal que le sugiere la forma? Cada gran maestro de los que cultivaron el arte secularizado del Renacimiento acá y se ejercitaron en asuntos meramente profanos, tuvo su ideal. Leonardo y Correggio lo vieron en la gracia, y cada cual á su manera; Miguel Angel, en la fuerza; Rafael, en la nobleza y elegancia. Y no se opone el naturalismo al ideal, porque Rubens, naturalista, lo vió en los esplendores del color; Ribera, naturalista tambien, lo mostró en la energía de los efectos; por último, Velazquez, supremo naturalista, lo halló en cierta distincion sobria y sencilla, en que nadie le ha igualado.—Acentuar lo que la naturaleza sólo insinúa; sacar de ella efectos de esos que mueven y determinan la explosion del entusiasmo, hé aquí la obra del artista; y esto puede obtenerse en todos los géneros, en todas las jerarquías del arte, desde la olímpica donde imperan las sublimes creaciones de Fídias, hasta la vulgar y pedestre donde provocan la jovialidad y la risa las bambochadas de Teniers y Brouwer y las espirituosas caricaturas de Daumier.—Goethe dice con razon que lo que admiramos en un bello paisaje pintado no es la forma más ó ménos caprichosa del peñasco, no la transparencia de la laguna, no la lozanía del árbol copudo, por la belleza que estas imágenes lleven en sí mismas; sino al hombre que de aquella manera las interpretó. ¿Acaso no añade el artista *algo* á los objetos que reproduce? Pues ese algo que les añade, ese complemento que les pone, esa quintaesencia personal, in-

timada, subjetiva, es el *ideal*. Las bellezas, repetimos, surgen en la mente del que contempla esos objetos si nació con sentido estético; pero no en la del que carece de este *sexto sentido*, como le llama Topffer. La naturaleza, dice el inmortal autor de la *Divina Comedia*, da la bella forma muy escasa.

*Ma la natura la da sempre scema,
Similmente operando all'artista
Ch'ha l'abito dell'arte, e man che trema* (1).

¿Serian por ventura el Conde-Duque de Olivares, D. Fernando de Austria, Felipe IV, el Conde de Benavente, hombres tan gallardos, tan elegantes, tan simpáticos como se los figura el que contempla sus bellísimos retratos? No por cierto. Pues hé ahí el ideal con que los ennobleció Velazquez: y no se nos diga que entre lo *ideal* y lo *natural* hay antagonismo.

Cuéntase que agradó tanto á Felipe IV el cuadro de *Las Meninas* (llamado originariamente de *La Familia*), que para recompensar á Velazquez pintó por su propia mano la venera de Santiago en el pecho de la figura donde el artista se habia retratado á sí mismo. Pero no es cierto: Velazquez no obtuvo esta distincion hasta el año 1659, y el cuadro debió ser pintado hácia el 1658; de consiguiente, la venera roja fué añadida en el lienzo despues que salió del estudio del autor.

Ocurrió la jornada de Irun para la entrega de la infanta doña María Teresa al rey cristianísimo Luis XIV, y Velazquez, que por el empleo que desempeñaba habia ido haciendo el aposento á S. M. desde Madrid á Fuenterrabía, y que con gran magnificencia dispuso el ornato de aquel castillo y la traza y decoracion de la *Casa de la Conferencia* en la Isla de los Faisanes, lució mucho en aquellas ceremoniosas fiestas por la riqueza y exquisito gusto de su traje y por el garbo natural de su varonil persona.—De resultas de la agitacion en que vivió aquellos dias, le sobrevino, al regresar á Madrid, una especie de fiebre pernicioso, que le llevó al sepulcro, á pesar de los cuidados que le prodigaron los médicos del Rey, el día 6 de Agosto de 1660, á los sesenta y uno de su edad. Fué sepultado con la pompa debida á su clase de caballero santiaguista, en la bóveda de su amigo D. Gaspar de Fuensalida, grefier de S. M., en la iglesia parroquial de San Juan, que estuvo hácia la parte de mediodía de la actual plaza de Oriente, y que ya no existe. Sus restos mortales, con los de su mujer, que sólo tardó ocho dias en seguirle al sepulcro, andan lastimosamente perdidos.... vilipendiados quizá en algun ignorado sumidero de esta villa y córte!

El gran pintor que fundó la escuela de Madrid no legó á ninguno de sus discípulos el secreto de sus incomparables dotes: tan personal y excepcional fué su estilo. Ninguno acertó á plantar como él las figuras, á darles ese aire de distincion y naturalidad elegante que tanto diferencia sus retratos de los de todos los otros pintores; ninguno supo obtener, ni aun llenando la paleta de deslumbradoras tintas, la riqueza de tonos y el colorido mágico que él en muchas ocasiones obtuvo con cuatro colores solamente.

Tenemos formada la lista de las obras de Velazquez que, habiendo exornado los palacios de nuestros reyes, se han perdido ó figuran en colecciones extranjerías; no la reproducimos aquí por su demasiada extension. Algunos de aquellos cuadros ofrecerian hoy el capital interes de poder estudiar en ellos cómo trató nuestro inmortal naturalista los asuntos eróticos—por ejemplo, el de *Vénus y Adónis* ó el de *Psíquis y Cupido*, que decoraron el Salon de los Espejos del Real Alcázar-Palacio y consumió el incendio de 1734;—pues vista la *Vénus del Espejo* que posee Mr. Morrit en Inglaterra, en su casa de Rokeby, en el Yorkshire, bien puede suponerse que eran contrarios á su índole varonil y seriamente cristiana.

(1) *Paradiso*, cap. XIII.



ALONSO CANO.

Nació en Granada en 1601. — Murió en la misma ciudad en 1667.

Si Velazquez no hubiera tenido la fuerza de voluntad que manifestó al separarse del estilo de Pacheco para adherirse al natural, probablemente habría pintado como Alonso Cano. Condiscipulos ambos en casa del pintor preceptista, los dos estuvieron sometidos á las mismas influencias, recibiendo idénticos principios y viendo practicar las mismas teorías; pero Cano, dos años más joven que Velazquez, fué más dócil que éste, se dejó encaminar por el rumbo de los adoradores del antiguo y de los maestros italianos eclectistas, que presumían poder restaurar el arte del siglo de Leon X, y perdió mucho tiempo en contrariar el instinto naturalista de que nació dotado, segun se revela en sus obras.

Nació en Granada: su padre, Miguel Cano, ensamblador y arquitecto de retablos, le enseñó el dibujo de la arquitectura, y siguiendo el consejo de su amigo Juan del Castillo, habiendo trasladado su casa á Sevilla, le puso bajo la direccion del escultor Juan Martinez Montañes y del pintor Francisco Pacheco. Duraba todavía en España la provechosa costumbre de educar á los jóvenes dedicados á las artes en las doctrinas y prácticas de la Pintura, Escultura y Arquitectura reunidas, y así se verificó con Alonso Cano, para mayor utilidad suya y gloria de su patria. Los primeros frutos de su ingenio fueron de obras de escultura, con los que dió claramente á entender que á las enseñanzas de su maestro Montañes habia sabido, en su exquisita comprension de la belleza clásica, agregar las lecciones debidas al estudio y contemplacion de los mármoles antiguos que en su palacio de Sevilla, vulgarmente llamado *Casa de Pilátos*, habian reunido los egregios Duques de Alcalá, Médicis sevillanos. Así lo atestiguaban los retablos que ejecutó para el colegio de San Alberto y el monasterio de Santa Paula, y la estatua de la Virgen con el Niño que hizo para el retablo mayor de la parroquia de Lebrija, comenzado por su padre y terminado por él; obras de gusto clásico, pero todavía desprovistas de carácter personal.

Un lance que tuvo en Sevilla con el pintor Llano y Valdés, en que éste salió herido, le obligó á venirse á Madrid por los años 1637. Hallábase entónces en la plenitud de su reputacion, y de su valimiento con el Conde-Duque de Olivares, su antiguo amigo y condiscipulo D. Diego Velazquez de Silva; y con su auxilio y proteccion logró poder ejecutar algunos trabajos, que le abrieron la puerta á más importantes ocupaciones. Consiguió, en efecto, dice Cean, ser destinado en 1639 á la direccion de algunas obras en los palacios reales, aunque no la plaza de *maestro mayor*, como aseguro Palomino, pues á la sazón la desempeñaba Juan Gomez de Mora. Logró tambien ser pintor del Rey, y maestro de dibujo del principe D. Baltasar. Por este tiempo pintó el monumento de Semana Santa para el convento de San Gil, el arco triunfal para la puerta de Guadalajara en la entrada de doña Mariana de Austria, segunda mujer de Felipe IV, y otras muchas obras al óleo, que están repartidas por el reino.—Por documentos que hemos hallado en el archivo de la Real Casa (1), de que no tuvieron noticia Palomino ni Cean, consta que por los años de 1640, 1641 y 1643 fué requerido Cano repetidas veces, ya para pintar retratos de reyes con destino á la alcoba de S. M., para la cual ejecutaban tambien obras semejantes Antonio Arias, Francisco Camilo y Francisco Polo; ya para tasar los trabajos que habian llevado á cabo en la galería alta de poniente, antiguamente pintada al fresco, y ahora restaurada al temple y al óleo por Francisco Camilo, y en el Oratorio y Sagrario de la Capilla Real, los profesores Félix Castello, José Leonardo y Julio César Semin.

De las obras que Cano llevó á cabo en el periodo comprendido entre los años 1643 y 1652 da razon detallada Palomino, así como reseña Cean las vicisitudes ménos inverosímiles de que han bordado la trama de su ascendida vida casi todos los biógrafos. A este periodo se refiere un

(1) Felipe IV. *Casa*. Leg. 2, n. 2.

lance dramático que el primero de aquellos escritores cuenta, y en que le hace intervenir como principal autor, sin que otro alguno, ni entre los coetáneos más enterados de su vida, como, por ejemplo, D. Lázaro Diaz del Valle, dé noticia que autorice á tenerle por reo. Aludimos al hecho de habersele atribuido á Cano la muerte de su mujer (pues era casado, sin que conste desde cuándo ni con quién), por la que, según anotó D. José de Pellicer en sus *Anales* manuscritos, á 17 de Junio de 1644 (1), estuvo preso en la cárcel de Corte y sufrió victorioso el tormento. La mujer de Cano, persona de livianas costumbres en su juventud, fué asesinada en su lecho el día 14 de dicho mes por un jóven, pobre y de baja condicion, á quien el artista permitia que copiase en su propio estudio las obras que iba ejecutando. Un mechón del cabello del asesino fué hallado en el puño cerrado de la víctima; y sin embargo, las sospechas recayeron en el marido «por indicios de disgustos que tenía con ella sobre mocedades suyas: le prendieron, y habiendo dádole tormento, negó en él haberla hecho matar.» Este suceso lo oyó relatar Palomino en casa de los herederos de D. Rafael Sanguineto, despues del año 1700; pero ya tergiversado, porque le dijeron que Cano, en cuanto halló á su mujer muerta, huyó secretamente á Valencia, haciendo correr la voz de que se habia ido á Portugal, y sólo despues de mucho tiempo, de regreso en Madrid, y habiéndose descuidado en salir de la casa donde permanecia oculto, le prendieron por sospechas y le sujetaron al tormento. Por efecto de esta tergiversacion de fechas, atribuyeron luego muchas personas al referido lance el viaje que realmente hizo el pintor á Valencia y á la Cartuja de Portaceli, y su resolucion de abrazar el estado eclesiástico para vivir y trabajar con algun descanso. Cean, que no tuvo conocimiento de lo consignado por Pellicer, se inclina á tener semejante historia por fabulosa; nosotros, en vista de la desconfianza con que es hoy recibido todo lo que procede de este analista, suspendemos nuestro juicio hasta nueva y más robusta prueba; y omitiendo toda opinion acerca de los motivos de aquel viaje, nos limitaremos á asentar que lo único puesto en claro es que nuestro artista era hombre de carácter áspero y ocasionado á escándalos, y que de la fidelidad de este retrato moral hay testimonios en la misma cadena histórica de su vida, purgada de cuentos y anécdotas.—Bástenos recordar que siendo mayordomo de la Hermandad de Nuestra Señora de los Dolores, del Colegio de Santo Tomás de Madrid, armó una ruidosa pendencia por no querer ir en la procesion de Semana Santa del año 1647 formando cuerpo con los alguaciles de corte y los plateros. Este acto, que hoy puede parecernos un noble arranque de dignidad artística, debió ser calificado de grave desacato en aquel tiempo, en que los pintores eran clasificados como *oficiales de manos* en la misma augusta morada del llamado Mecénas de los artistas. No debe, por lo tanto, extrañarse que un hombre que vivia tan adelantado á su siglo, saliese, en desagravio de los poderosos alguaciles, condenado á pagar 100 ducados de multa.—Desde el año 1652, en que se le dió la colacion y posesion de racionero de la catedral de Granada, hasta el 1658, en que obtuvo del Rey la cédula mandando restituirle su racion, su vida de eclesiástico fué una continuada pelotera con aquel Cabildo, porque, despues que éste, por consideracion á su talento, habia accedido á solicitar de S. M. que se cambiasen en funciones artísticas las que eran propias de la racion que se le habia dado, con la condicion de que Cano se ordenase *in sacris* en el plazo de un año, ni se ordenó en el tiempo prefijado, ni en el de próroga que se le concedió luego; y correspondió á los miramientos y contemplaciones del Cabildo, y á los que le tuvo el Rey al otorgarle otra nueva próroga, con señales evidentes de no querer hacerse subdiácono, y de considerar su prebenda como una pension que á nada le obligaba sino á percibir sus rentas, dedicado al culto del arte. Seis años transcurrieron en estas contiendas de Cano con el Cabildo

(1) Este autor no merece entero crédito.

de Granada, las cuales sólo terminaron dando éste la racion por vacante; quejándose el artista del despojo; viniéndose á la corte á deducir su instancia; dándole el Obispo de Salamanca una capellanía y ordenándole de subdiácono á título de ella, y mandando en tal estado el rey Felipe IV, por cédula de 14 de Abril de 1658, que se le restituyese su racion con los frutos caidos.

Supone Palomino que contribuyó no poco á que se mostrara severo con Cano el Cabildo de Granada cierta aventura ocurrida entre el adusto racionero y un oidor de aquella Chancillería, de la cual resultó escándalo para toda la ciudad, con grave exposicion de dar en qué entender al Santo Oficio; aventura en que resaltó la dura condicion y áspero natural del racionero, dado que, sólo porque aquel magistrado le regateó el precio de una estatuilla de San Antonio de Padua que le habia mandado hacer, arrebatado de ciego furor, pulverizó la imágen, arrojándola contra el suelo, reproduciendo la irreverente escena del Torrigiano con el Duque de Arcos, que costó la vida al artista florentino. Lo que hay de cierto es que sólo por el prestigio de su talento se le perdonaron sus demasías, pues de otra manera no se explica que hallara propicios al Rey y á la reina D.^a Mariana en sus descomedidas pretensiones un hombre de carácter tan desapacible, que siendo maestro de dibujo del príncipe don Baltasar, trataba á su augusto alumno con dureza y desabrimiento, obligándole á quejarse á su padre, y que, despues de haber obtenido por un favor muy especial el volver al Cabildo de Granada, conservaba hasta tal punto el escozor de las antiguas reyertas, que no pudieron los prebendados de aquella Iglesia en cuanto le quedó de vida obtener una sola obra de sus manos. En efecto, todas las que aquella catedral posee, que pasan de doce, son del tiempo en que Cano se hallaba en Granada pintando en la torre del templo, donde habia cómodamente instalado su estudio, sin curarse de asistir al coro ni de ordenarse de subdiácono, como se habia comprometido á hacerlo.

Refiérense, por otra parte, ocurrencias y sucesos de su vida que prueban que su genial aspereza estaba compensada con dotes de ejemplar caridad y de sensibilidad exquisita; dotes muy manifiestas en el grande interes con que enseñaba y favorecia á sus discípulos, y en la generosidad con que daba á los necesitados su dinero, sus ropas, y cuando no, sus dibujos, improvisados como letras á la vista. «Nunca pudo ver necesidad que no socorriese (dice Palomino); y así, solia suceder muy de ordinario encontrar algun pobre, y habiéndosele ya apurado el dinero, se entraba en una tienda, pedia un papelillo y recado de escribir, y le dibujaba con la pluma alguna figura, ó cabeza, ó cosa semejante, como tarjeta ú otro adorno de arquitectura, y le decía al pobre: Vaya á casa de Fulano (donde sabia que lo habian de estimar) y dígame que le dé tanto por este dibujo: con que, usando de este medio, nunca le faltaba qué dar.»

Pero no se formaria el lector idea cabal de nuestro Cano si callásemos una preocupacion que le dominó despóticamente, y una cualidad que se exaltó en él hasta traspasar las lindes de la razon. Era la preocupacion, que no habia de tener comercio alguno ni ménos contacto material con los judíos, de tal suerte, que si por casualidad tropezaba con uno de éstos en la calle, al punto se despojaba de la ropa que con el judío habia rozado; y si averiguaba que un criado suyo recibia en su casa, hallándose él ausente, á cualquier mercader ensambenitado, en seguida despedia al criado, tiraba los zapatos que habian pisado el suelo donde sospechaba haber puesto el judío sus piés, y hasta hacia desenladrillar y solar de nuevo las piezas por donde habia pasado. Y la cualidad era, un sentimiento estético tan pronunciado, que no le consentia tolerar nada que fuese vulgar ó deforme. De aquí que al morir, habiéndole presentado el sacerdote que le agonizaba un crucifijo de mala talla, Cano le desvió, volviendo la cara; y reconviniéndole el cura por lo que hacia, *Déme, padre*, le dijo, *una cruz sencilla,*

que yo allí con la fe venero á Jesucristo y le reverencio como es en sí y como le contemplo en mi idea.

Su muerte acaeció á los sesenta y seis años y siete meses de edad, y fué enterrado en el panteon de prebendados de la catedral.

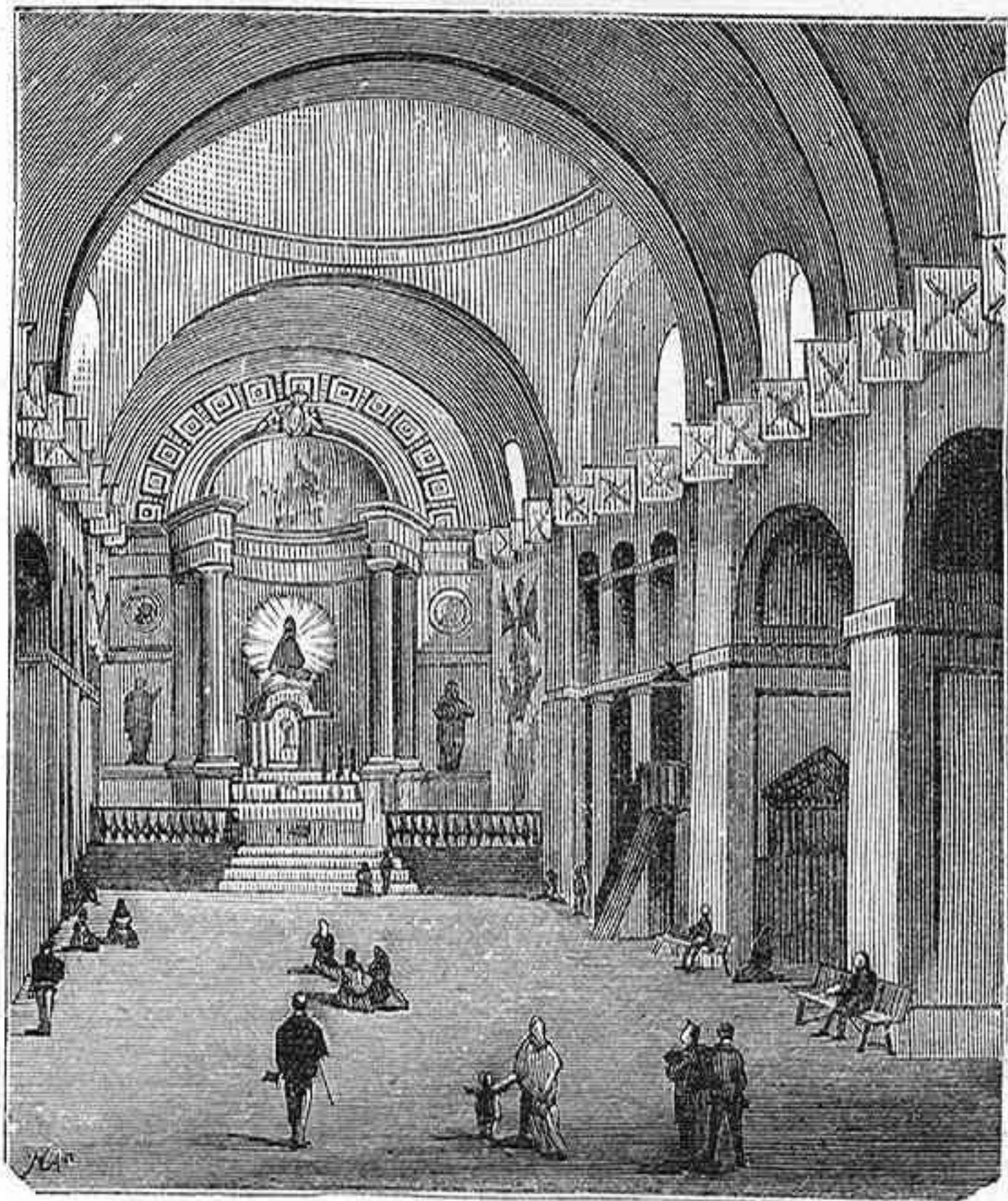
La escuela que siguió Alonso Cano fué el *naturalismo*, predominante en el siglo xvii en todas las naciones que produjeron grandes artistas; y sin embargo, por efecto quizá de sus estudios clásicos en presencia de los mármoles griegos y romanos, por el prestigio que entre los doctos aún mantenian las escuelas romana y florentina y los eclectistas boloneses, se advierten en él marcadas tendencias á un idealismo *sui generis*, que, sin caracterizarse en reminiscencias notorias de Rafael ó Miguel-Angel, del Guido ó de los Carraccis, aspira, no obstante, á mayor elevacion y nobleza que la que daban á sus producciones los pintores andaluces de su época, exceptuados Velazquez y Murillo. El estilo, pues, de Alonso Cano se distingue por un personalismo no ménos fácil de discernir—aunque ménos marcado—que el de otros grandes pintores españoles del mismo siglo, cada uno de los cuales ostenta su estética peculiar. Los caracteres privativos de Cano son: un dibujo selecto, esmerado en los extremos de las figuras; composiciones llenas de sencillez y gravedad—de solemne novedad muchas veces—acaso más sábias y pensadas que inspiradas y halagüeñas; expresion nada convencional; disposicion grandiosa y clásica sobriedad en los plegados de los ropajes, y un colorido de inimitable frescura, que sólo por ser un tanto frio habrian desdeñado los buenos maestros venecianos y flamencos: con efectos nada exagerados ni violentos. Dice un crítico moderno con mucho acierto: «Cano tenía en la mente el ideal griego, y en las venas la sangre española.»

Como escultor fué Cano más sobresaliente aún—en nues-

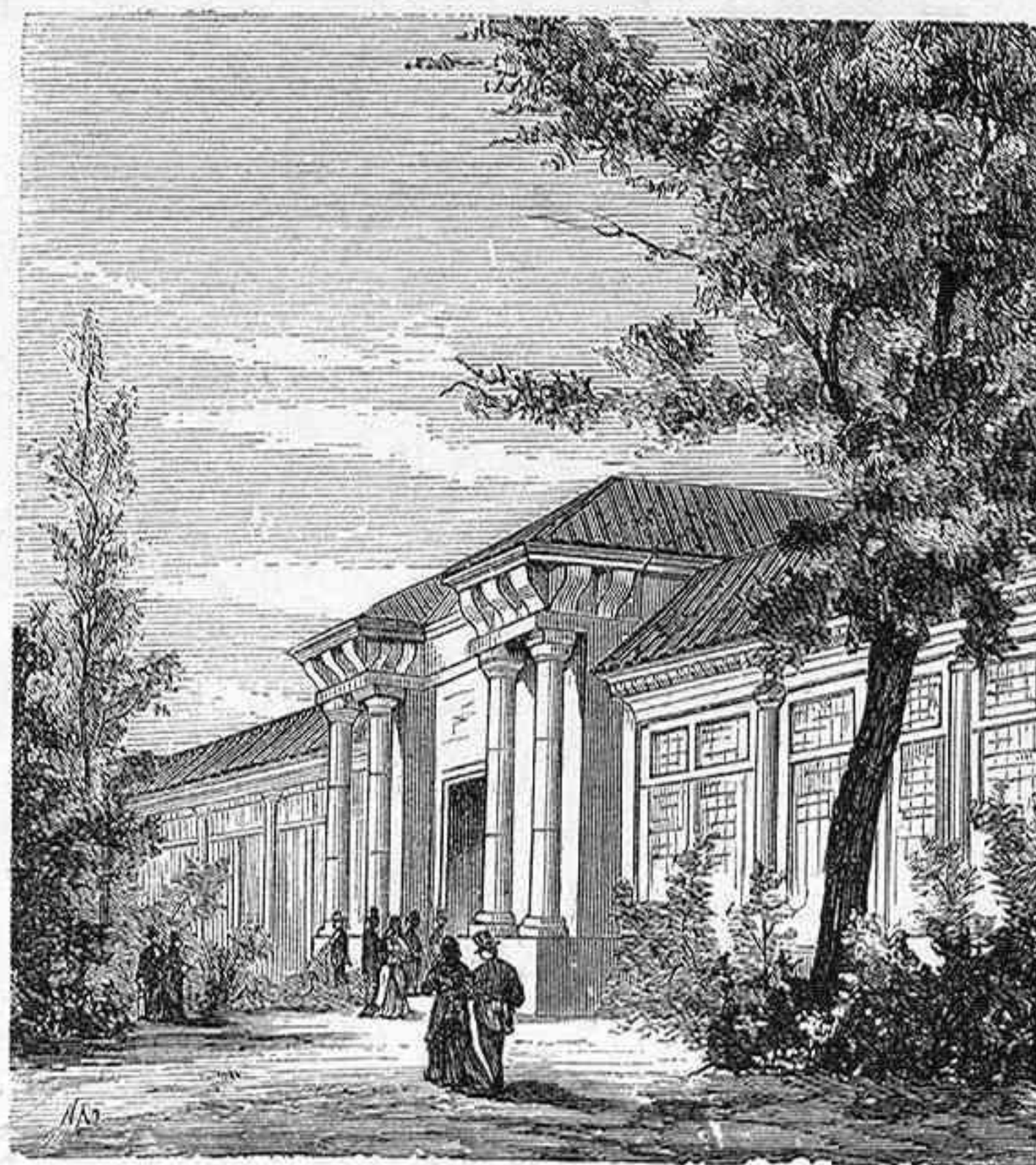
tro concepto—que como pintor. La sobriedad y pureza de líneas del arte griego, y la expresion del arte moderno, son las dotes características de su estatuaria, muy superior á la de su maestro Montañes.—Como arquitecto, con sus retablos y trazas de construcciones de un gusto ménos rígido que el de la escuela de Herrera, con sus líneas movidas, sus frontones interrumpidos y su risueña combinacion de elegantes cartelas, frondosas guirnaldas y ángeles en graciosas posturas, es en cierto modo el Bernino español. Es grande el número de dibujos arquitectónicos, principalmente de retablos y portadas, que corren de su mano entre los aficionados.—Sus obras de escultura más notables son: en Sevilla, la Concepcion del retablo mayor de Santa Lucia; la Santa Teresa y la Santa Ana del Colegio de San Alberto; el San Juan Bautista y el San Juan Evangelista de Santa Paula, con sus respectivos medallones; en Lebrija, las várias imágenes de su parroquia; en Madrid, el célebre crucifijo de tamaño natural que hay en una capilla del lado de la Epistola en la iglesia de Monserrate.

Es incomparablemente mayor la lista de sus cuadros, repartidos por las provincias de Andalucía, Valencia, Murcia y Castilla la Nueva en número infinito. Sus mejores obras de pintura existen en Madrid, Getafe, Málaga, Sevilla y Granada. Las de esta última ciudad especialmente, y en primera línea los siete grandes lienzos del presbiterio de la catedral, que representan: la *Concepcion*, la *Natividad*, la *Presentacion*, la *Anunciacion*, la *Visitacion*, la *Purificacion*, y la *Asuncion*, son las que dan más cabal idea de sus poderosas facultades y de su viva intuicion de la belleza de la forma y del color.—Aunque tuvo muchos discípulos, y algunos muy buenos, propiamente hablando no formó escuela; razon por la cual no aceptamos el sistema de los que le hacen corifeo de una *escuela granadina* imaginaria.

MADRID.



Interior de la Basílica de Atocha.



Jardin Botánico.—Pabellon de Cátedras.



EL PRÍNCIPE NAPOLEON EUGENIO LUIS BONAPARTE.

Nació en París el 16 de Marzo de 1856.—† en la campaña contra los zulús el 1.º de Junio de 1879.



BARTOLOME ESTEBAN MURILLO.

Nació en Sevilla en 1618.—Murió en la misma ciudad en 1682.

Murillo es el último de los cuatro grandes pintores de la España antigua: no porque en mérito artístico le corresponda el cuarto lugar, sino porque vino al mundo después de Zurbarán, Velázquez y Cano. Ya descubriremos en él algo que en cierta línea le llame á figurar el primero.

En el año en que nació este gran pintor—acontecimiento ocurrido probablemente en 1.º de Enero, pues de seguro no consta—vivían sus padres, Gaspar Estéban Murillo y María Pérez, en una modesta casa de la calle de las Tiendas. Advirtiéndole Gaspar Estéban durante la niñez de su hijo su grande inclinación á la pintura, llevóle en edad oportuna á su amigo y pariente Juan del Castillo, quien le tuvo en su estudio hasta que se trasladó á Cádiz. Entonces quedó abandonado á sí mismo el jóven Murillo, sin más principios que los adquiridos de aquel primer maestro, que, aunque inclinado á la escuela de los romanistas Luis de Vargas, Pedro de Villegas, Céspedes y Pacheco, era buen dibujante. Con esta escasa iniciación se dió á pintar, siguiendo su propia fantasía, imágenes devotas, en tablas y sargas, para las ferias que con frecuencia se celebraban en Sevilla, gran ciudad, que era todavía *puerta y puerto principal de toda España*, según decía Fr. Tomás Mercado. Vendidas á los armadores de Méjico y del Perú, y á los traficantes en cuadros, obtenía de sus pinceles recursos con que atender á su subsistencia cuando le faltaron sus padres. Resentíanse sus producciones de un estilo seco y un tanto amanerado, dice Cean: nada subsiste ya de las obras de Murillo de aquel tiempo para que podamos hoy quilatar la exactitud de tal aseveración; debemos, sin embargo, tenerla por fundada en el exámen de los tres cuadros que Cean alcanzó; y la abona una racional conjetura.

Tenía Murillo solos veinticuatro años cuando llegó de paso á Sevilla el pintor Pedro de Moya, que volvía de Londres á su país natal, Granada, excitando la emulación de nuestro sevillano con el bello color que había aprendido en el estudio de Van Dyck, príncipe, si no rey, en el consistorio

de los grandes coloristas de la escuela de Amberes. De Flándes procedía Pedro Kampeneer, á quien aquí llamábamos *Pedro de Campana*, cuyo cuadro del *Descendimiento* le cautivaba de tal manera por su energía y expresión, que se pasaba las horas muertas contemplándole, obligando al sacristán de la parroquia de Santa Cruz á sacarle de su arrobamiento para echarle fuera y poder cerrar el templo. Atraíale, por otra parte, la ciencia y el gusto ultramontano de otro flamenco, Francisco Frutet, que asociando el buen dibujo y el decoro de Luis de Vargas á la vigorosa entonación de los Van Orley y Otto Venius, satisfacía las honradas aspiraciones suyas hácia un ideal, no aún bien definido en su mente, que sólo podía lograrse en el maridaje de lo real con lo espiritual, de la forma común y vulgar con la idea noble y elevada, de la materia grosera con lo más etéreo y delicado del sentimiento. Fluctuando entre las diferentes escuelas que se disputaban el dominio del arte, vivió algun tiempo Murillo en penosa inquietud, sin saber qué partido tomar: por fin decidió en su criterio íntimo y certero que no le era necesario salir de su patria si, trasladándose á Madrid, lograba la dicha de poder estudiar á su sabor los tesoros artísticos que los monarcas de la casa de Austria habían acumulado en sus palacios y fundaciones; y firme en esta resolución, habiéndose proporcionado algunos ahorros con el producto de cuadros que velozmente pintó para un cargador de Indias, partió para la corte en 1643, sin comunicar su proyecto á profesor alguno, y sin despedirse siquiera de sus deudos y amigos.—Preséntase en Madrid á su paisano Velázquez, que le acoge con benevolencia y le proporciona el ver, meditar y estudiar las obras de los grandes maestros de su mayor agrado—Tiziano, Rubens, Van Dyck, Ribera, Velázquez mismo;—y al cabo de dos años de asiduas tareas, copiando al par, y comparativamente, aquellos grandes modelos y los modelos aún más preciosos de la naturaleza viva, regresa á Sevilla, y empieza allí modestamente, en los cuadros que pinta en el claustro chico del

convento de San Francisco, á ensayar sus fuerzas para lanzarse luégo con mayores bríos á la brillante carrera que le reserva el arte religioso, restaurado por su genio, dentro de las condiciones de la vida real de su siglo.—Aunque los cuadros que pintó para aquel convento, que Tirso de Molina contribuyó á hacer famoso con su *Convidado de piedra*, y que la moderna furia demoledora no ha querido respetar, adoleciesen de cierto estilo seco y desabrido (1), tan grande admiracion causaron entre los sevillanos, acostumbrados á las glaciales ó harto alambicadas composiciones de los Vargas, Céspedes y Pachecos, que se tuvieron por maravillas de naturalismo. Como Murillo era hombre retraido y poco amigo de figurar, nadie habia inquirido durante su ausencia qué empleo habia hecho de su vida; así que, cuando se le vió remanecer pintando de un modo que ya calificaban de magistral los inteligentes, todos empezaron á hablar de él: y como todo lo que no tenia fácil explicacion tomaba en aquella época color dramático y sabor de leyenda, pronto cundió la voz de que Murillo habia estado encerrado dos años sin comunicarse con alma viviente, estudiando y sorprendiendo á la naturaleza sus secretos.

Desde el año 1648, reputado ya artista insigne, casado con D.^a Beatriz de Cabrera y Sotomayor, persona acomodada en la villa de Pilas, y cumplidos los treinta años de edad, empieza para él un nuevo período. Muda aquel primer estilo duro y seco en otro más franco, dulce y agradable; agranda sus ideas, siente con más energía el natural, da más bulto á sus figuras, más atmósfera á sus composiciones, más movimiento á sus grupos, más color á sus tintas, más transparencia á sus sombras, más sábia gradacion á sus términos, y al conjunto de sus cuadros un acorde y una armonía en que logra vencer á los más grandes coloristas de Europa. Comenzó desde ese año (1648) á producir con asombrosa facilidad, síntoma certero de su genio pictórico: hizo obras para la catedral, para muchas parroquias y conventos, para los hospitales, para las casas de los particulares. Para la catedral pintó, en 1655, las imágenes de *San Leandro* y *San Isidoro*, de tamaño mayor que el natural, vestidos de pontifical y sentados, los cuales fueron colocados en la Sacristía mayor. Hízolos por encargo del Arcediano de Carmona D. Juan Federigui, quien los regaló al Cabildo, y consta de una Memoria manuscrita de aquel tiempo, que vió Cean, que el *San Leandro* es retrato del Licenciado Alonso de Herrera, apuntador del coro, y el *San Isidoro*, del Licenciado Juan Lopez Talavan. Pintó para la misma catedral al año siguiente (1656) el célebre cuadro de *San Antonio de Padua*, que ocupa el altar de la capilla del Bautisterio, y de que tanto se ha hablado en estos años últimos á causa del sacrilego atentado de que fué objeto, cuando, para hurtar esta joya á la basílica hispalense, fué arrancada del lienzo á navaja la figura del Santo, felizmente recuperada despues en los Estados-Unidos, y devuelta al cuadro mutilado, merced á una hábil restauracion.—Para la iglesia de Santa María la Blanca ejecutó en 1665 los cuatro medios puntos de la nave principal y de los testeros de las otras dos naves: en los de la nave principal (existentes hoy en Madrid, en la Real Academia de San Fernando) representó la *Vision del patricio romano* Liborio, y de su mujer, sobre la edificacion del templo de Santa María la Mayor, en Roma, y su *Presentacion al Papa* declarándole dicha vision. En los de las naves laterales pintó una *Concepcion* con varios sacerdotes, y la figura de *La Fe*. Hizo estos cuadros á expensas del fervoroso racionero D. Faustino Neve.—Volvió á trabajar para la catedral en 1667 y 1668, y allí dirigió el dorado de la Sala Capitular, retocó los jeroglíficos de Pablo de Céspedes, que se hallaban maltratados, y pintó al óleo en los ocho óvalos de la media naranja de la propia Sala los *cuatro santos arzobispos de la diócesis*, y ademas

(1) Citarémos sólo, en prueba de este aserto, el cuadro de *San Diego repartiendo la limosna á los pobres*, que se conserva en la Real Academia de San Fernando.

San Hermenegildo, *San Fernando*, y las santas mártires *Justa* y *Rufina*, patronas de Sevilla. Para el testero de esta misma suntuosa estancia pintó tambien una hermosísima *Concepcion*.

Las obras que dieron á Murillo más fama fueron ejecutadas entre los años 1670 y 1680. Emprendió en este período los ocho grandes lienzos para la iglesia del Hospital de San Jorge, vulgarmente llamado *de la Caridad*. Milagro de la caridad de D. Miguel de Mañara era aquella santa casa: milagros del ferviente misticismo de Murillo—caridad tambien—tenian que ser los cuadros que iban á constituir su más preciado ornato. Acabó estas inimitables obras en 1674. Representaban las seis mayores, apaisadas, que se colocaron en lo alto de la espaciosa nave, estos asuntos de la Sagrada Escritura, alusivos á obras de misericordia: *El Agua de la peña de Horeb*, *El Hijo pródigo recibido por su padre*, y *Abraham adorando á los tres ángeles*, al lado del Evangelio; *El Milagro de pan y peces*, *El Tullido de la piscina*, y *El Angel libertando á San Pedro*, al lado de la Epístola. Los dos cuadros restantes, colocados debajo de éstos, menores, y pintados por alto con figuras de tamaño natural, representando tambien obras de misericordia, eran: *San Juan de Dios cargado con un pobre* y levantado del suelo por un ángel, y *Santa Isabel, reina de Hungría, curando al tiñoso*. Este último, que para muchos es la obra más perfecta del gran pintor sevillano, se conserva en la mencionada Real Academia. Observa Cean que el precio en que le pagaron á Murillo estas obras, á saber, 15.975 reales de vellon por el lienzo de *Pan y peces*, 13.300 por el de *Moises sacando agua de la peña*, por los otros cuatro de la parte alta, 32.000, y 16.840 por los de *San Juan de Dios* y *Santa Isabel*, son claro indicio de la grande estimacion en que eran tenidos, pues en aquella época « las cosas necesarias á la vida estaban más » de la mitad más baratas que en el presente. » Desde el tiempo en que esto escribia Cean ha subido todavia mucho más el precio de las subsistencias, y no creemos aventurado establecer que los 16.840 reales vellon pagados á Murillo por sus dos cuadros de *San Juan de Dios* y *Santa Isabel* representan una quinta parte de lo que hoy le hubiera correspondido percibir por regla de proporcion. Es preciso, sin embargo, no olvidar que los precios fabulosos pagados hoy en Paris por los cuadros de Fortuny y de Meissonier son enteramente excepcionales.

Despues de estas obras, llevó Murillo á cabo otras no ménos admirables: tales fueron la *Concepcion*, el *San Pedro*, la *Virgen con el Niño* y el *Retrato de D. Faustino Neve*, de cuerpo entero, pintados los cuatro para el hospital de los Venerables; y otros diez y nueve en la iglesia del convento de Capuchinos, extramuros de la ciudad, en que dejó por cuadros otras tantas maravillas de su naturalismo místico. Los asuntos representados en el retablo mayor eran: *La Concesion del jubileo de la Porciúncula*, cuadro principal y central; las *Santas Justa y Rufina*, titulares del convento, en el lado del Evangelio, y los *Santos Leandro y Buenaventura* en el lado de la Epístola; encima de estos dos, *San Juan Bautista* y *San José*, y más arriba, *San Antonio de Padua* y *San Félix de Cantalicio*; sobre el tabernáculo, una graciosa *Virgen con el Niño*, la *Santa Faz* más arriba, y en la cruz de la mesa de altar un *Nuestro Señor en la agonía*. En los seis altares de las capillas representó á *San Antonio de Padua con el Niño Dios*; la *Concepcion en gloria de ángeles*; *San Francisco recibiendo el abrazo de Jesus crucificado*; el *Nacimiento del Señor*; *San Félix de Cantalicio entregando el Niño Dios á la Virgen Santísima*, y *Santo Tomás de Villanueva dando limosna á los pobres*. Y no hacemos mencion de otros cuadros pintados para los altares del presbiterio.

Acabadas estas obras, pasó á Cádiz á pintar el cuadro grande de los *Desposorios de Santa Catalina* para el altar mayor de la iglesia de Capuchinos de aquella ciudad. Antes de acabarle, tuvo la desgracia de tropezar en el andamio y lastimarse, agravándosele considerablemente una relajacion

que ya padecía, por lo cual tuvo que suspender la obra y regresar á su casa de Sevilla. Allí pasó algun tiempo achacoso, y hecha irremediable la dolencia, fué necesario otorgar testamento y recibir los auxilios espirituales, despues de lo cual, el dia 3 de Abril de 1682, á los sesenta y cuatro años de edad, espiró el grande artista en los brazos de su amigo y discípulo el caballero D. Pedro Nuñez de Villavicencio, yendo su alma á gozar de la presencia de la Reina de los cielos, cuya belleza habia adivinado y hecho admirar en la tierra.

La rapidez con que vamos reseñando los principales hechos del artista nos ha obligado á callar los soberbios retratos que pintó, y su loable obra de haber fundado, en union con sus mismos émulos Valdés Leal y Herrera *el mozo*, una Academia pública de Dibujo en Sevilla. Los retratos fueron muy pocos: pintor de asuntos religiosos, retraído durante su vida en los templos y conventos, era natural que no tuviera muchas ocasiones de glorificar á los simples mortales. En cuanto á la idea de la Academia, de que estuvo siempre muy prendado, bien podemos perdonarle que, á pesar de su talento, no discerniera la inutilidad de semejante instituto. Vivía Murillo muy encima de los hechos para que le fuera dado comprender la razon de la irremediable y rápida caída que iba á dar el arte de la Pintura en cuanto él faltase.

Comparable sólo á Lope de Vega, monstruo de la naturaleza en la fecundidad de su ingenio, tapizó de obras inmortales los principales edificios religiosos de Sevilla, públicos y particulares. La Inmaculada le inspiró el modo de representar su inefable misterio cual nunca ántes habia sido figurado. Nunca, en efecto, se habia visto traducida en formas humanas de una manera tan delicada y pura la inocencia de un alma exenta de la deformidad original con que nace toda criatura, la candidez de una mente no contaminada por el pecado: nunca con tan visible encanto la extrañeza *insexual* de toda culpa, de toda mengua, de toda mancilla. Su indisputable preeminencia en el arte de representar este divino misterio (en el cual *una sola vez* le igualó Ribera) le valió el nombre antonomástico de *pintor de las Concepciones*. En otros trabajos anteriores hemos hablado del *ideal* de Murillo, y áun le hemos puesto en paralelo con el ideal de Rafael: no vamos á plagiarnos á nosotros mismos; un brillante escritor frances ha trazado un cuadro admirable de los *dominios ideales* que sometió á su potencia creadora este portentoso genio, y no hemos de privar de él á los lectores del ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION para darles en su lugar nuestro pálido bosquejo crítico. «Con Murillo por guía (dice M. Ch. Blanc) pasamos revista á la creacion entera y recorreremos todo el universo, no solamente como Dios lo hizo, sino como lo han hecho los hombres, poblándolo de seres en esferas superiores á los mundos visibles. El arte de Murillo lo abarca todo, la extrema realidad en su forma más grosera, á la vez que más pintoresca, y lo imaginario en su expresion más suave; la sombra densa de las tinieblas del bajo mundo, y los etéreos fulgores del cielo; la gracia, la belleza esbelta y pura de los imponderables serafines, y la miseria del mendigo encarnizado contra los inmundos parásitos de sus andrajos; todos los aspectos de la vida, todos los accidentes de la luz, ya emane milagrosamente de los reinos celestiales, ya dimane del astro rey derramándose por la tierra y matizando con sus rayos figuras y paisajes. Todo es para Murillo del dominio del arte; y ¿cómo no?... Él, rasgando la bóveda azul del firmamento, se eleva hasta la contemplacion de las luminosas moradas donde espera el creyente una felicidad sin igual y sin fin; él ve revolotear en torbellino, alrededor de la Virgen inmaculada, enjambres de niños radiantes, que su genio convierte en ángeles; él nos hace ver en el aire como una lluvia de querubines, los cuales, más leves que las nubes, giran, se agrupan, suben y bajan, se cruzan y entrelazan, se llaman con la sonrisa, se dan las manos y tejen alegres y vistosas guirnaldas, que mece y balancea el viento y acaricia un rayo de oro del sol. Murillo combina de un modo maravilloso los dos elementos

que se disputan la humana existencia, el idealismo y la experiencia, la fantasía y la razon.»

Renunciando á añadir observacion alguna sobre el arte con que supo Murillo hermanar en sus creaciones la más completa realidad con el más exaltado espiritualismo, diremos algo del estilo en que trató sus místicos asuntos. El estilo de este pintor, tan grande cuanto fecundo, es muy característico en la época de su madurez, y le distingue de todos los otros pintores naturalistas. Encuéntrase en él á menudo la verdad austera de Velazquez, los vigorosos efectos y la plástica de Ribera, la armoniosa y caliente entonacion de Tiziano, la elegancia de Van Dyck, la brillantez de Rubens, y supera á todos éstos en la habilidad con que supo ocultar el procedimiento técnico para obtener su resultado. Sus biógrafos, por lo general, suelen distinguir por épocas los estilos, *cálido* y *vaporoso*, que se echan de ver en sus cuadros desde el año 1648 hasta el fin de sus dias. Suponen que el estilo *cálido* siguió á su primer estilo *seco*, y que el *vaporoso* fué el último que usó, cuando ya la imitacion de Herrera *el mozo* y el pleno dominio de la forma y del color le hacian cuidarse ménos del dibujo, ántes en él tan concienzudo. Pero es un error: alternó Murillo en ambos estilos indiferentemente, y así vemos lo practicó en la serie de cuadros de la iglesia de Capuchinos, extramuros de Sevilla, arriba citados, emprendidos despues de los cincuenta y seis años de edad. Esta iglesia de Capuchinos y el Hospital de la Caridad fueron los dos principales teatros de sus triunfos, desde el año 1670 hasta el de 1680; década gloriosa de una vida semejante á la del cedro, más rico de savia cuanto más añoso.

Causa maravilla que á un artista tan eminente se le conociera apénas en vida fuera del país donde nació. Don Lázaro Diaz del Valle, que habló de todos los pintores de la córte de su tiempo, buenos, medianos y malos, no supo quizá que Murillo existia, y que el año mismo en que él empezaba su manuscrito (1) se acababa de colocar en la capilla bautismal de la catedral de Sevilla el sorprendente cuadro de *San Antonio*, que ningun pintor de Madrid, exceptuando acaso Velazquez, hubiera sido capaz de concebir.

Nada habló de él tampoco Jusepe Martinez, preceptista cortesano y adocenado artista, que hubiera debido, sin embargo, inquirir cómo se pintaba allá por la tierra del Bétis, cuando, para llenar las páginas de su libro, tantas y tantas medianías fué sacando á plaza, de todas las provincias de España, y áun de Italia y Flándes. Pero es más: de aquel artista fascinador y profundo, que de su pincel mágico hacía brotar tales maravillas, no hubo en tiempo de Felipe IV un solo cuadro ni en el Real Alcázar-Palacio de Madrid, ni en ninguno de los Sitios Reales; y con nosotros los inventarios de la riqueza pictórica que aquellas augustas mansiones encerraban. Cuenta Palomino, y repite el inglés Cumberland, que habiendo llegado á noticia del rey Carlos II, en 1670, el extraordinario efecto que habia producido en el público de Madrid un cuadro de *La Concepcion*, de Murillo, expuesto el dia del Córpus en el sitio donde era costumbre hacer estas exhibiciones, ordenó se invitase al autor á venir á la córte como su pintor de Cámara. La voluntad de S. M., niño de diez años á la sazón, estimulada probablemente por alguno de su alta servidumbre, fué comunicada al pintor sevillano por su amigo D. Francisco Eminente, sujeto distinguido, que residia en Madrid, muy deseoso de ver medrar al artista; pero éste rehusó la distincion con que se le brindaba, prefiriendo al bullicio de la córte la vida sosegada que hacia en Sevilla, todo entregado al arte y á sus estudios auxiliares, en los cuales, especialmente en la numismática, podia decirsele versado; y atento á dirigir á la juventud que en torno suyo se agrupaba en su querida Academia.

Era necesario que la córte fuese á buscar á Murillo á su

(1) Aludimos al manuscrito de donde se sacó la titulada *Memoria de algunos hombres excelentes que ha habido en España en la parte del dibujo*, que descubrió Jovellános en 1795.

heredero presunto de la Corona, á quien el gran pintor sevillano habia retratado de unos seis años de edad en el precioso lienzo del Museo (núm. 1068) que nos le representa gallardamente montado en su haca andaluza puesta al galope, habia llegado á los catorce años: el Rey mandó que se le pusiese cuarto, y desde el año siguiente empezó á asistir con su padre al despacho de los negocios del reino. Entónces debió pensarse en montar su Casa con toda la servidumbre necesaria para el lustre y decoro de su persona, y entónces probablemente entraria Juan Bautista del Mazo en ella como pintor del Príncipe (año 1644). ¿Podia Velazquez no recomendar para este puesto á su aventajado discípulo y yerno? ¿Y podia el augusto niño desoir la recomendacion del pintor predilecto de su padre?—De nada de esto nos han hablado Diaz del Valle, ni Jusepe Martinez, ni Cean Bermudez, que tuvo á su disposicion, y no utilizó, los mismos papeles del Archivo de Palacio que á nosotros nos sirven de guía. No nos dicen éstos en verdad de qué medios se valió Mazo para colocarse en el cuarto del Príncipe; pero sí nos manifiestan que estaba á su servicio con 30 escudos mensuales cuando el Rey y su primogénito se trasladaron á Zaragoza en la primavera de 1645, á continuar desde allí las negociaciones del casamiento de don Baltasar con la archiduquesa Mariana de Austria.

Hallábase Mazo á la sazón en la plenitud de su genio.

Estando, pues, en Zaragoza, le encargó el jóven Príncipe que le pintase una vista de aquella ciudad, marcándole él mismo el punto desde donde habia de tomarla (1), que era una sala del derruido convento de San Lázaro; al otro lado del Ebro. La obra salió á maravilla. Presentábase la márgen de acá del caudaloso rio llena de gente de todas edades y condiciones, formando graciosos grupos, en los cuales se notaban, ya damas y galanes sentados junto á la corriente, ya eclesiásticos y militares conversando; á un lado una vendedora de frutas; no léjos un caballo enjaezado, y junto á él el jinete. Allí discurrían por la arenosa ribera, en segundo término, otras muchas personas, y atracaban á ella barquichuelos con gente que acababa de solazarse surcando la mansa corriente del rio; y habia grupos parados mirando las falúas y góndolas que por su espaciosa tabla bogaban, engalanadas como en día de fiesta ó de regata. A la parte de allá erguíase la gran ciudad, sobre un terreno algo escarpado, desarrollando á la vista del espectador el bello panorama de sus monumentos, campanarios, edificios públicos y particulares; su elegante Torre Nueva, sus techumbres mudejares de brillantes azulejos, sus esbeltas torrecillas.—Unian ambas riberas dos puentes; uno de madera, por el cual transitaban las personas; otro de arcos de piedra, sin concluir. Un cielo anubarrado, dispuesto con grande habilidad, daba interes á la parte alta del lienzo, formando las apizarradas nubes, como en huida empujadas por el viento, hermoso contraste con la apacible claridad que ponía sobre la poblacion una especie de aureola. Los grupos de figuras estaban tocados con gracia sin igual, y la variedad de los trajes, de las actitudes, de los colores, derramaba sobre aquella ribera la animacion, la vida, la alegría.—El lector puede contemplar el hermoso lienzo de la *Vista de Zaragoza* en el suntuoso Museo del Prado de Madrid, en cuyo salon central atrae las miradas del público inteligente y profano, por su briosa entonacion y por la exquisita conclusion de sus figuras.

La muerte de aquel príncipe, en quien se cifraban tantas esperanzas, ocurrida en la misma Zaragoza á 9 de Octubre del referido año 1646, lo paralizó todo: al pintor se le apagó el entusiasmo, y por entónces el lienzo quedó sin concluir. Una inscripcion latina puesta á la derecha, en un peñasco del primer término, da testimonio del suceso. Y el gol-

pe fué para Mazo doblemente doloroso, porque perdió además una posicion halagüeña y pudo por algun tiempo creer frustrado su porvenir.—Pero vivia Velazquez, y con su proteccion podia volver á encaramarse sobre la rueda de la fortuna, de la cual se veia tan inopinadamente despedido. Llega, en efecto, el año 1647, recobra Mazo su espíritu, termina su cuadro, y al contemplarlo el Rey, nace en él el pensamiento de que ejecute el mismo artista, de todos elogiado por su bella obra, otra vista de la ciudad de Pamplona, que haga juego con la de Zaragoza. Aprovecha el pintor esta buena coyuntura, utiliza las simpatias que despierta su talento entre la gente de la servidumbre de Palacio, reclama respetuosamente que se le reponga en el disfrute de los emolumentos que del difunto Príncipe percibia; su suegro, ayuda de Cámara del Rey á la sazón, movia por bajo cuerda las voluntades, y los informes favorables de las oficinas vencieron todos los obstáculos. Tratábase de determinar qué se daria á Mazo para que fuese á Pamplona á pintar lo que se llamaba entónces la *descripcion* de aquella ciudad y castillo, y el benévolo empleado D. Francisco de Borja, á quien incumbia dar opinion sobre el particular y sobre la instancia de Mazo, informó á 25 de Setiembre de 1647 que se le dieran del bolsillo del Rey 200 escudos; y que, en atencion á lo bien que habia servido á S. A., á lo mucho que habia trabajado, y su buena disposicion para continuar en aquellos encargos, podia S. M. *hacerle toda la merced que hubiese lugar, que estaria en él bien empleada* (2).—El viaje se llevó á efecto: pintó Mazo la *vista de Pamplona*; sería probablemente tan bella como la de Zaragoza, pero desgraciadamente no ha llegado á nosotros, y acaso no será difícil conjeturar por los inventarios de los cuadros del Real Alcázar-Palacio de Madrid y de los Sitios Reales, cuándo pudo ser robada ó destruida.

Llegó Felipe IV á hacer mucho aprecio del mérito de Mazo: como prueba de su estimacion, le hizo ayuda de la Furriera en Mayo de 1657; en calidad de tal acompañó el pintor á S. M. en Enero de 1658 en su jornada de Aranjuez (3); y cuando D. Diego Velazquez, suegro, maestro y protector suyo, falleció en 1660, entró á sustituirle en la plaza de pintor de Cámara, en virtud del siguiente decreto, que copiamos literalmente de su original: *He resuelto hacer merced á Juan Baptista del Mazo, Ayuda de la Furriera, de la plaza de Pintor de Cámara, que está vaca por fallecimiento de Diego Velazquez, su suegro. Tendráse entendido en la junta de Obras y bosques, y darásele el despacho en la forma y de la manera que se acostumbra.* (Rubricado de mano del Rey.) *En Madrid á 19 de Abril de 1661. A Francisco Manzano* (4).—No fué ingrato Juan Bautista del Mazo con su deudo y maestro: en los asuntos de la testamentaria de éste se condujo con la más extremada delicadeza, y celoso de su buen nombre, cumplió con toda religiosidad una dura obligacion que á los herederos de Velazquez se habia impuesto. Fué el caso, que por efecto de la desconcertada administracion de aquella época, se le habian quedado á deber al difunto gran pintor y Aposentador del Rey considerables cantidades de sus *gajes, recompensas y situaciones*, y que él, por su parte, murió siendo tambien deudor de sumas nada insignificantes. Al presentar su yerno y testamentario Juan Bautista del Mazo las cuentas de los fondos que habia administrado, resultó alcanzado en 1.220.770 maravedís. A consulta del Bureo de 3 de Marzo de 1665, se dividió este alcáncé en dos mitades: la una se estimó compensada con lo que á Velazquez se le habia quedado á deber, y la otra se mandó fuese satisfecha por la testamentaria. Pagó Mazo religiosamente aquel débito hasta el último maravedí, y en 4 de Abril de 1666 el Secretario de S. M. Juan Lorenzo de Cuellar, su Contralor y Teniente de Mayordomo mayor, le expidió certificado en forma de finiquito, devolvién-

(1) Consta de la *Relacion de las exequias* que al referido príncipe don Baltasar se hicieron en la misma ciudad de Zaragoza, segun advierte nuestro amigo D. Valentin Carderera, en una de sus eruditas notas al libro de Jusepe Martinez.

(2) Arch. de Palacio. Felipe IV. Cámara. Leg. 3, carp. 16.

(3) Arch. cit. Felipe IV. Casa. Leg. 79, núm. 431.

(4) Ibid. Leg. 139, núm. 179.

dole el uso de los bienes embargados para el pago del referido alcance (1).—Esta es, en resumen, la verídica historia de un incidente en que nada resulta contra la limpia honra de Velazquez, y del cual, sin embargo, quisieron sus émulos sacar partido para denigrar su memoria.

Mazo figura en el número de los mejores paisistas españoles: puede, en cierto modo, decirse que á él se debe la importancia que este género de pintura alcanzó entre nosotros en el siglo XVII, porque Iriarte se formó cuando ya él era artista eximio, y Collantes, aunque le precedió, no merece comparársele en ninguna de las dotes que constituyen el buen paisista. También en este género imitó á Velazquez, cuyo extraordinario genio supo dominar el arte en todas sus manifestaciones. Mazo tomó de él el libre y magistral procedimiento, y de lo que en los lienzos del pintor sevillano era sólo un accesorio—como en los de Tiziano, Rubens y otros grandes maestros—hizo asunto serio y principal, elevándolo á la noble categoría que á la sazón disfrutaba entre los pintores flamencos, italianos y franceses.—Distinto era, en verdad, el modo de entender el paisaje entónces del que prevalece ahora: pedimos hoy al paisista una *verdad* que en

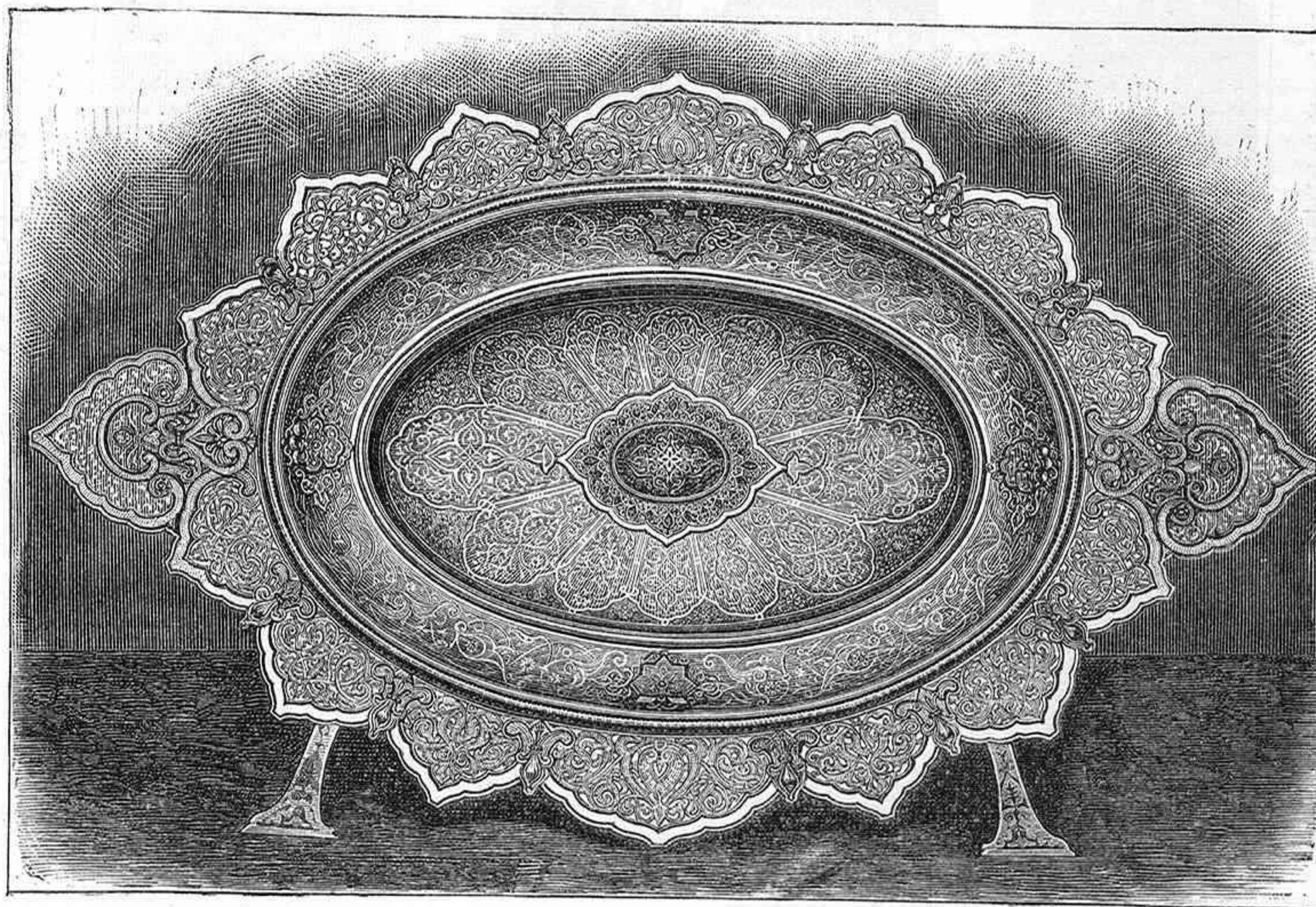
aquella época hacía perder de vista el prestigio concedido á las composiciones pseudo-clásicas de Gaspar Dughet y de sus imitadores.

Como pintor de retratos, fué, en nuestra humilde opinión, ménos sobresaliente: el de D. Tiburcio de Redin y Cruzat (núm. 789 del Museo del Prado), tan bravo caballero en el siglo cuanto celoso misionero en el estado religioso, denota por cierto más fuga y desembarazo que verdad y distinción: no recuerda, como otras obras del artista, al aventajado discípulo de aquel que con su pincel mágico convertía en semidioses á sus retratados; si bien éste no debe servir de muestra de su estilo, atendida la circunstancia de haber sido probablemente ejecutado de *idea*, ó por otro retrato anterior.

Tuvo Juan Bautista del Mazo en la hija de Velazquez dos hijos, D. Gaspar y D. Baltasar, que ocuparon en Palacio empleos honoríficos. Existen documentos que manifiestan que cuando el Rey le hizo en 1657 Ayuda de la Furriera, habiéndose considerado incompatibles los gajes de este nuevo destino con los del que venía desempeñando, de Ujier de Cámara, reclamó que, por ser este último dote de su mujer, pasase á su hijo Gaspar; y que el Rey, oído el informe favorable del Bureo, fecha de 7 de Octubre de 1658, se lo concedió.

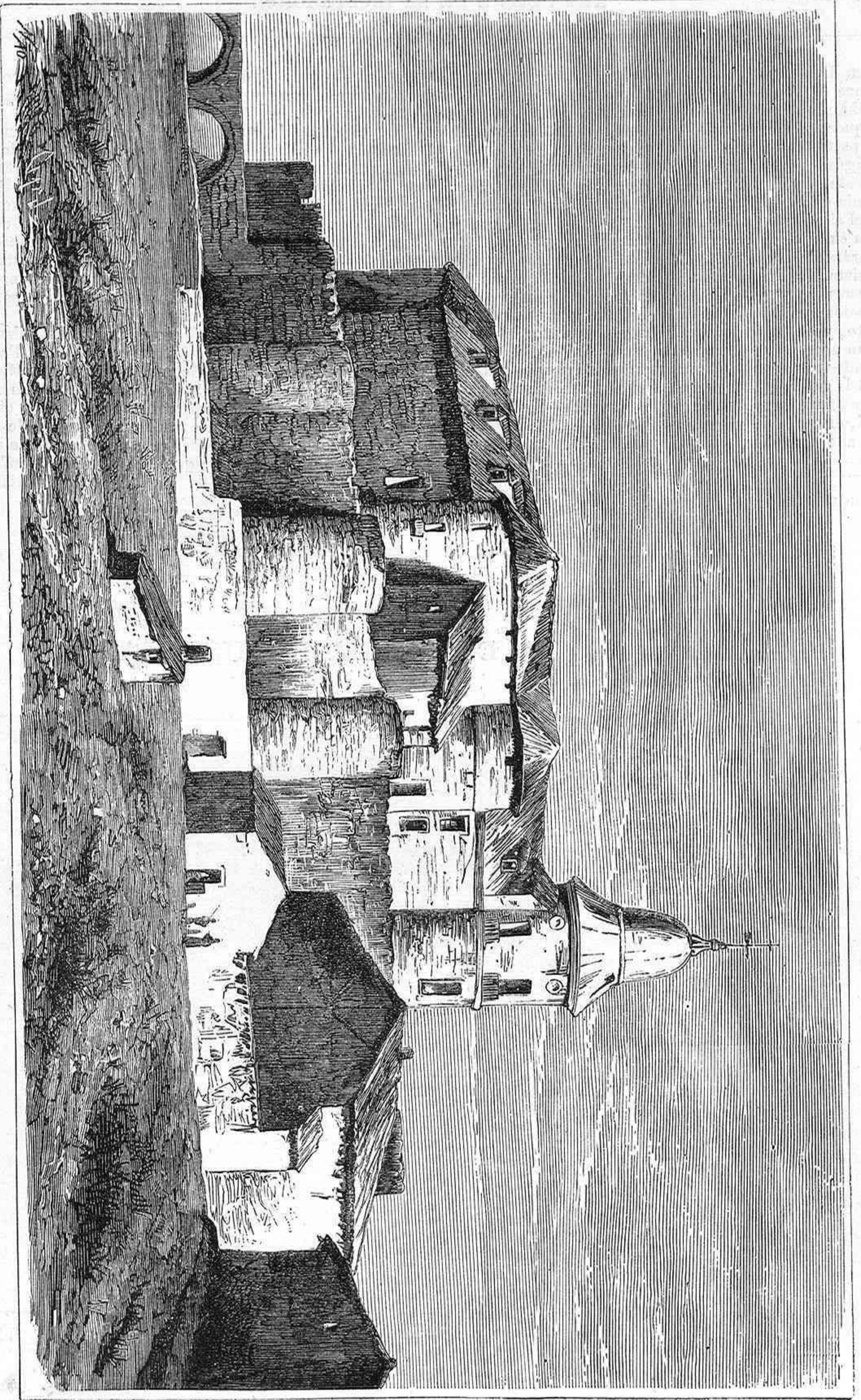
(1) Arch. de Palacio, Leg 124, núm. 785.

ARTES APLICADAS Á LA INDUSTRIA.



Bandeja de acero damasquinado por el artista español Sr. Zuloaga.

MONUMENTOS HISTÓRICOS DE ESPAÑA.



VALLADOLID.— Antiguo Castillo de Simancas, donde está instalado el Archivo general del Reino.



D. JUAN CARREÑO DE MIRANDA.

Nació en Avilés en 1614.—Murió en Madrid en 1685.

Si la simpatía no fuera un sentimiento de afinidad y puramente personal, diríamos que Carreño es uno de los pintores más simpáticos de la escuela de Madrid del siglo XVII. No exceptuamos, como Bürger, á Velazquez y á Murillo, porque, sin rivalizar en *verdad* con el gran pintor de Felipe IV, ni en mística *idealidad* con el famoso pintor de las Concepciones, los iguala en distincion, en brillantez y en la ciencia de la forma.

Nació este artista en la villa de Avilés, provincia de Oviedo, el día 25 de Marzo de 1614. Fueron sus padres don Juan Carreño de Miranda y doña Catalina Fernandez Bermudez, ambos nobles y de familias distinguidas, señaladas con honrosos privilegios y que produjeron varones preclaros; pues contaba el padre entre sus progenitores á Alvaro de Carreño, que en el siglo XIII habia militado bajo el Rey Santo en la reconquista de Baeza; á Gareí Fernandez Carreño, á quien D. Sancho el Bravo concedió en Búrgos, en 1288, el privilegio de la ropa que el Rey vistiese todos los años el Viérnes Santo (1); á Alvaro Carreño, aposentador mayor de los Reyes Católicos, á quien éstos hicieron mercedes por el servicio de haber reducido á Zamora á su obediencia, y, lo que para un artista era todavía mayor timbre, á Fernando de Carreño, obrero mayor, que por los años 1440, reinando don Juan II, construyó en Medina del Campo el célebre castillo de La Mota. Por línea materna tenía entre sus ascendientes á D. Alvaro Fernandez Bermudez y doña María de la Pola Quirós, apellidos de gran lustre en el antiguo principado de Asturias.

Vino el padre á la córte en 1623 á seguir un pleito, y se trajo consigo al futuro pintor, niño de nueve años, á quien puso bajo la direccion de Pedro de las Cuevas. Este Cuevas, venido al mundo en época en que dominaba en Castilla el gusto italiano, habia tenido el talento de tomar

lo bueno de los pintores de aquella escuela, y se habia formado dibujante seguro y profundo. Con esta excelente base, pasó al estudio de Bartolomé Roman, el cual gozaba reputacion de buen colorista. No conocemos obras de este discípulo de Carducho y Velazquez; Palomino elogia mucho un cuadro que pintó Roman para cierta iglesia de Madrid, diciendo: *En la sacristia de los PP. Cayetanos de esta córte hay un San Pedro, llorando, hecho de su mano, con tal blandura y relieve, que parece cosa de Rubens.*—El citado crítico frances (2), más sofista que ingenuo sin duda alguna, porque á su clara inteligencia no se podia ocultar que el talento de un pintor no es producto de mixturas ni se confecciona como un electuario, nos da en su biografía de Carreño esta chistosa explicacion analítica del estilo de nuestro pintor. Roman trabajó en el estudio de Velazquez; Carreño estudió luego con Roman; Rubens, por otra parte, habia influido en el estilo de Velazquez; Murillo, que trató en Sevilla á Pedro de Moya, discípulo en Lóndres de Van Dyck, debió traer á Madrid tambien cierto reflejo de la escuela flamenca; Carreño debió tratar á Murillo en el estudio de Velazquez, y hé aquí cómo la manera de este pintor vino á ser un compuesto de las maneras de Velazquez, Murillo, Rubens y Van Dyck.

Perdónenos la buena memoria del difunto escritor: semejante induccion nada tiene de serio. Ni Rubens influyó en Velazquez, ni Murillo trajo reflejo alguno flamenco cuando vino á Madrid, en 1643, á mejorar su estilo duro y seco. ¿No basta, por ventura, para explicar la manera de Carreño, decir que sobre la excelente preparacion adquirida con Pedro de las Cuevas y Roman, vino la contemplacion de los grandes coloristas Tiziano, Rubens, Van Dyck, etc., cuyas obras ya abundaban en la córte de Felipe IV, á madurar y sazonar su genio? La verdad es que los documentos

(1) Este privilegio fué conmutado por Carlos I y doña Juana en un juro de maravedises, que luego recayó en la casa de Carbayedos.

(2) M. Bürger, en su artículo D. JUAN CARREÑO DE MIRANDA. *Hist. des peintres*, etc.



históricos no nos dan el comprobante de relaciones directas entre Carreño y Velazquez, en época en que el ya famoso pintor pudiera ejercer algún influjo en la mente del joven asturiano. Cuando éste, no conociendo probablemente á Velazquez más que de nombre, y á la edad de veinte años, hacía brillante alarde de su privilegiado ingenio en los cuadros que pintaba para Doña María de Aragon y para la iglesia del Rosario, tenía estilo propio; y el primer abocamiento, de que tenemos noticia, entre el gran pintor de Felipe IV y el noble artista provinciano, ocurre en época en que había ya este último cumplido los cuarenta y cuatro años; cuando, distraído del ejercicio de los pinceles por los quehaceres consiguientes al cargo de fiel por el Estado noble con que le había honrado la villa de Madrid, en 1658, le demostró Velazquez el pesar que sentía de ver que un artista de tan relevantes prendas perdiese su tiempo en asuntos de Concejo. Dice Cean que en esta ocasion le manifestó Velazquez que le necesitaba para que trabajase en servicio del Rey, y que habiendo Carreño aceptado la invitacion, fué destinado á pintar al fresco en uno de los compartimentos de la bóveda del *Salon de los Espejos*, del real Alcázar-Palacio, las *Fraguas de Vulcano* y los *Desposorios de Pandora con Epimeteo*.

El arte de pintar al fresco era á la sazón nuevo en la corte; no hacía aún siete años que Velazquez había traído de Italia á Colonna y á Mitelli para que enseñasen á practicarlo. Carreño, por lo visto, se había aficionado á este procedimiento, tan recomendado por el Buonarroti, y al cual el pintor de la *Rendicion de Breda* tenía marcada repugnancia; y tan airoso salió de su empeño, que todos los entendidos admiraron su obra, y ésta le valió los plácemes del Monarca, juntamente con el nombramiento de *pintor del Rey*, grado preliminar, según costumbre indefectible de aquel tiempo, para llegar después al empleo de *pintor de Cámara* de S. M.

Ocurrió la muerte de Felipe IV en 1665. Seis años más tarde, en 1671, vemos á Carreño nombrado pintor de Cámara del rey Carlos II. No hemos hallado su nombramiento, pero sí algo equivalente, que es una consulta que en 24 de Abril del expresado año hace al Consejo de Hacienda don Bernardino de Arando, preguntando «si este pintor, que acaba de ser nombrado *pintor de cámara* por muerte de D. Sebastian de Herrera, debe pagar la media annata á razon de los 72.000 maravedís de salario que gozaba como *pintor del Rey*, ó á razon de los 90.000 que correspondian á su nuevo empleo.» El Consejo contestó en 29 del mismo mes que debía pagar á razon de los 90.000 (1). — Los más bellos cuadros de Carreño que conocemos, todos retratos, pertenecen á esta época de su vida: *Carlos II*, de cuerpo entero y en pié, de edad casi infantil; *Doña Mariana de Austria*, la Reina Gobernadora, con las *tocas largas* de viuda, cuyo uso introdujo doña Catalina de Alencastre, mujer de Enrique III el Doliente; *Pedro Iwanowitz Potemkin*, *prelado de Ulech*, enviado del Czar de Moscovia, Foedor II, cerca del Rey de España; *La Niña monstruosa*, *Eugenia Martinez Vallejo*, retratada dos veces en 1680, á la edad de seis años, vestida y desnuda, para memoria de este *milagro de la naturaleza y fenómeno auténtico de las maravillas del Altísimo* (2); el bufon ú *hombre de placer* *Francisco Bazan*, en el acto de entregar humildemente un memorial. Retrató además por este tiempo á *D. Juan de Austria*, bastardo de Felipe IV, irreconciliable rival de la reina viuda; al privado *D. Fernando de Valenzuela*; al *patriarca Benavides*; á otros muchos personajes de la corte, y á no pocos de esos seres degradados que llamaban en Palacio *sabandijas*, y *hombres de placer*, bufones, truhanes, enanos; seccion malhadada de la especie humana, de la que tal vez sólo se com-

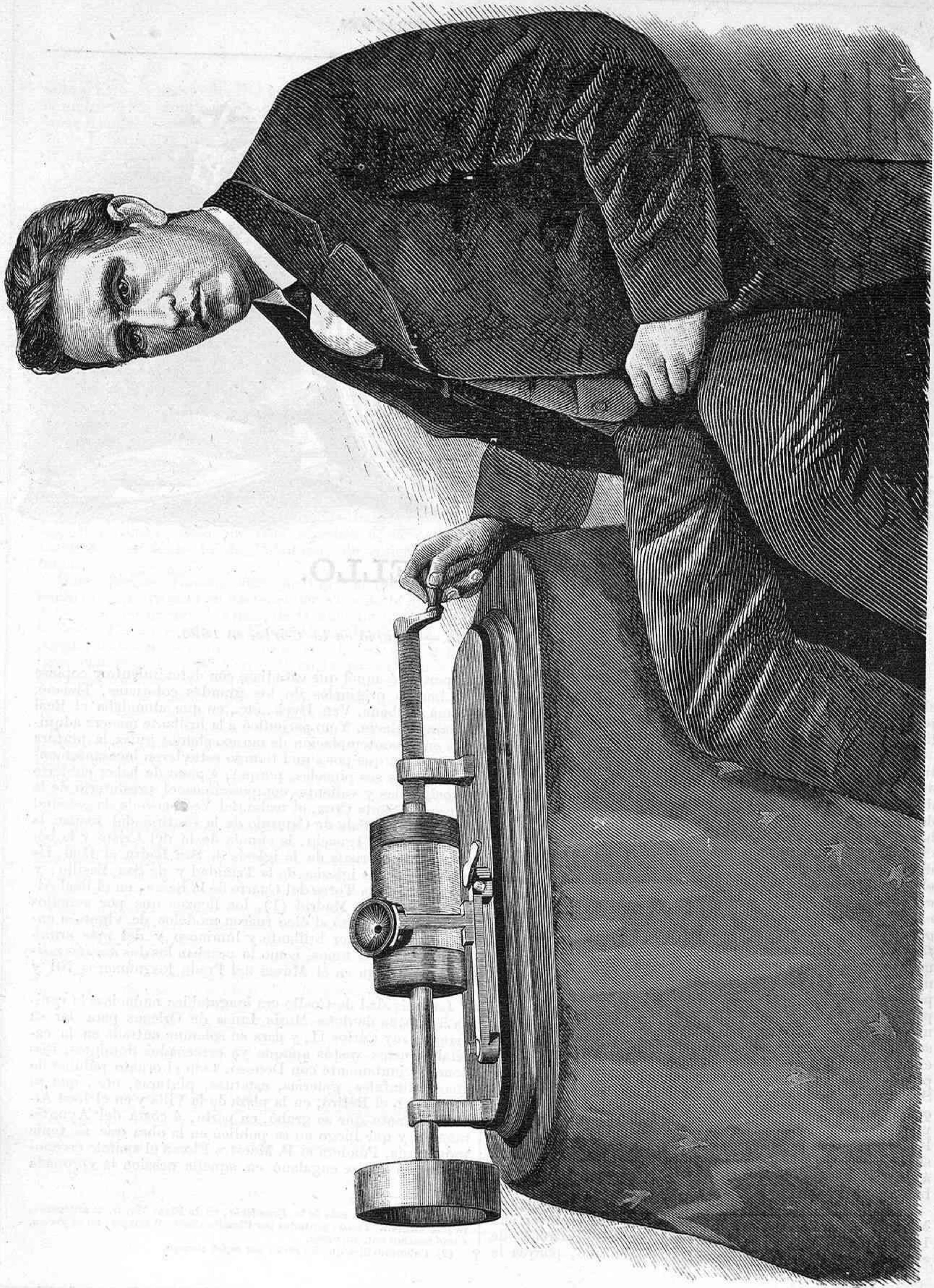
padecía el pintor encargado de perpetuar su deformidad ó su simpleza. Carreño oscureció con sus retratos á todos los pintores de su tiempo, exceptuado quizá Velazquez. Se acercó tanto á éste en el arte de ennoblecer á los personajes retratados, que no pocos lienzos suyos han pasado mucho tiempo por obras del gran pintor sevillano. Con menos sobriedad, y acaso con menos verdad, ejecutó obras que sostienen el parangon con los retratos de Felipe IV y D. Fernando de Austria vestidos de cazadores, y del Conde-Duque á caballo. Su paleta es tan rica y armoniosa como la de Rubens, en el lienzo que representa al enviado moscovita Iwanowitz Potemkin; su pincel, no ménos distinguido y simpático que el de Van Dyck, en los dos soberbios retratos de doña Mariana de Austria y de su hijo Carlos II, niño; no se echa de ménos la energía de Zurbaran ni su sistema amplio de plegar y de repartir la luz y la sombra, en los ya citados de Francisco Bazan y de la niña Eugenia Martinez. Los retratos de Carreño, en suma, son todos cuadros bellísimos, en los que cautiva tanto el resultado cuanto la ejecución: el resultado, porque nos da una evocacion perfecta del sujeto retratado, lleno de vida y naturalidad; la ejecución, porque en ella admiramos cómo, merced al empleo de una oportuna media-tinta, circula apenas la sangre empobrecida bajo la azulada y aristocrática epidermis del infeliz Carlos II, cómo asoma roja é hirviente en la de la pletórica niña monstruosa; cómo, por medio de habilísimos toques sobre una tinta neutra, ya bistrosa, ya rojiza, siempre transparente, se hace un fondo que finge toda una espaciosa estancia régia, decorada con mármoles, espejos, bronces, colgaduras, etc., ó se remedan ricos brocados de joyante seda y oro. Sean cuales fueren las dificultades en que se vean empeñados el saber y el buen gusto de este pintor, siempre triunfará su ingenio, tomando pretexto en su retratado para una brillante composicion.

No por ejecutar tan bellos retratos dejó Carreño de llevar á cabo otras muy notables obras, como lo acreditan los frescos que pintó en la cúpula del *Ocharo*, de la catedral de Toledo; en el camarín de Nuestra Señora del Sagrario, de la misma catedral; en la primera pieza del camarín de la Virgen de Atocha, de Madrid; en la bóveda de la iglesia de Santo Tomás (¡de que ya ni el polvo existe!), y en la de San Antonio de los Portugueses, obras en las cuales le ayudó Francisco Rizi, artista con quien suponemos que trabó amistad desde que pintaron juntos en la bóveda del *Salon de los Espejos* de Palacio, cuya decoracion trazó Velazquez. Pintó además gran número de cuadros al óleo para las parroquias y conventos de Toledo, Alcalá, Paracuellos, Alcorcon, Orgaz, Peñaranda, Almeida, Pamplona, Vitoria, Madrid, San Ildefonso, Plasencia, Béjar, Granada y Segovia.

Carreño estuvo casado con doña María de Medina, de la cual no consta tuviese hijos. Falleció en Madrid, de setenta y un años cumplidos, en el mes de Setiembre de 1685, y fué sepultado en la bóveda del convento de San Gil, donde había obras de su mano. Su muerte fué generalmente sentida, porque era hombre de carácter modesto y bondadoso y muy amigo de hacer bien. Acredita su modestia el hecho que refieren sus biógrafos, ocurrido probablemente cuando ejecutaba el bellissimo retrato de Carlos II, de que hemos hecho mencion. El Rey niño, á quien retrataba Carreño en presencia de su madre la Reina viuda, le preguntó de qué hábito era; el pintor le respondió que no tenía otro hábito más que el honor de servirle. — ¿Porqué no te le pones? le replicó el Rey? — Ya se lo pondrá, dijo apresurado el Almirante, que presente se hallaba; y luégo que salió de allí, le envió una rica venera de Santiago para que la ostentase en su pecho. Carreño respondió con expresiones muy comedidas de gratitud, excusándose de admitir tan distinguido favor; sus amigos y los demás profesores censuraban su exagerada modestia, y en aquella ocasion fué cuando profirió él aquella sentencia tan justamente elogiada y repetida: *La Pintura no necesita honores; ella puede darlos á todo el mundo.*

(1) Arch. de Palacio. Felipe IV. Casa. Leg. 139, núm. 142.

(2) Así califica á la retratada, que por antífrasis llaman todos la *Enana* (número 691 del Museo del Prado), un curioso papel, ya raro, que se publicó á la sazón en Sevilla, y que se refiere á la presentacion en la corte de esta monstruosa niña.



THOMAS ALVA EDISON, CÉLEBRE INVENTOR NORTE-AMERICANO.—Nació en Milan (Estado del Ohio), en 1847.



CLAUDIO COELLO.

Nació en Madrid no se sabe en qué año. — Murió en la Corte en 1693.

Bien ha hecho Madrid en honrar al ilustre profesor dando el nombre de CLAUDIO COELLO á una de sus calles para perpetuar su memoria, porque este artista personifica el brillante epílogo de la gran escuela española del siglo XVII.

No se sabe en qué año nació: Palomino, que por haberle tratado pudo saberlo, no lo dice; consta sólo que era oriundo de Portugal y de aquella ilustre familia de los Coellos de que descendía también Alonso Sanchez Coello, el afamado pintor de Felipe II. Su padre, Faustino Coello, era un hábil bronceista. Deseoso de que su hijo pudiese ayudarle á cincelar sus fundiciones, le puso á dibujar en casa del acreditado pintor Francisco Rizi. Su físico prometía poco: era el joven Coello, dice Palomino, *de semblante no grato, y además de esto, adusto y melancólico; pero su frente espaciosa, sus ojos vivos y reconcentrados, mostraban ser de genio agudo, especulativo y cogitabundo, como verdaderamente lo fué.* Y este retrato es verídico, porque plenamente lo confirma la semblanza que de sí mismo trazó su pincel en el famoso cuadro de la *Santa Forma* del Escorial. Hizo tan rápidos progresos, que, tomándole cariño su maestro, rogó al padre le destinase á la Pintura, carrera en que le presagiaba un brillante porvenir. El estudio asiduo de la naturaleza fué su guía en cuanto obtuvo el consentimiento paterno para consagrarse de lleno al arte, y fueron sus primicias como pintor el cuadro grande del altar mayor del monasterio de San Plácido, que representaba *La Encarnación*, el *San Roque* de la parroquia de San Andrés, y otros lienzos ejecutados para la parroquia de Santa Cruz (que ya no existe), los cuales perecieron en un incendio acaecido á principios de este siglo: obras tan notables, que no titubeó Rizi en invitarle á que las firmase con su nombre, si con esto creía que habían de serle mejor retribuidas.

La amistad que después contrajo con D. Juan Carreño de Miranda, pintor de Cámara de Carlos II — pasado el año 1671, y cuando Coello tendría próximamente cuarenta de edad — acabó de perfeccionarle en el colorido, porque le

proporcionó aquél que estudiase con detenimiento y copiase los lienzos originales de los grandes coloristas, Tiziano, Palma, Rubens, Van Dyck, etc., en que abundaba el Real Alcázar-Palacio. Y no perjudicó á la brillante manera adquirida en la contemplación de tan excelentes guías, la pintura *al fresco* en que por aquel tiempo estuvieron incesantemente ocupados sus pinceles, porque, á pesar de haber cubierto de originales y valientes composiciones el presbiterio de la iglesia de Santa Cruz, el techo del Vestuario de la catedral de Toledo, la Sala de Capítulo de la Cartuja del Paular, la capilla de San Ignacio, la cúpula de la del Cristo y la bóveda de la sacristía de la iglesia de San Isidro el Real, las pechinas de las iglesias de la Trinidad y de San Basilio, y la bóveda de la Torre del Cuarto de la Reina, en el Real Alcázar-Palacio de Madrid (1), los lienzos que por aquellos mismos años pintó al óleo fueron modelos de vigorosa entonación, de color brillante y luminoso y del más armonioso acorde de tonos, como lo prueban los dos *asuntos místicos* que llevan en el Museo del Prado los números 701 y 702 (2).

La actividad de Coello era inagotable: anuncióse la venida á España de doña María Luisa de Orleans para dar su mano al rey Carlos II, y para su solemne entrada en la capital de estos vastos aunque ya cercenados dominios, dispone él, juntamente con Donoso, todo el ornato público de arcos triunfales, galerías, estatuas, pinturas, etc., que se ejecutó en el Retiro, en la plaza de la Villa y en el Real Alcázar; ornato que se grabó, en parte, á costa del Ayuntamiento, y que luego no se publicó en la obra que se tenía proyectada. Pondera el P. Maestro Florez el aparato escenográfico de que se engalanó en aquella ocasión la coronada

(1) El techo de la sala de la *Panadería*, en la Plaza Mayor, su antecámara y la escalera, fueron pintados por Claudio Coello al temple, no al *fresco*, como muchos han supuesto.

(2) Palomino dice que los pintó por aquel tiempo.

villa y córte. «Se vió Madrid (dice) una nueva ciudad por la multitud de arquitecturas que aparecieron aquel dia en arcos triunfales, estatuas, pinturas, tarjetas, colgaduras; todo de la invencion más exquisita.» Todo aquello fué obra de nuestro Claudio Coello (Enero de 1680).

Vémosle tres años después ideando de nuevo grandiosas páginas de pintura al fresco en el templo de Agustinos de Zaragoza llamado de la *Mantería*.—Los primores que realizó en su cúpula y crucero no han sido méritos suficientes para salvar á este monumento de la comezon desamortizadora que nos atormenta; hace pocos años fué vendido á un particular, á despecho de reiteradas é insistentes reclamaciones de la Real Academia de San Fernando.—Y llegamos á la época en que empieza para nosotros á sonar su nombre en los documentos inéditos del abundante, aunque todavía confuso, Archivo de Palacio (1).—En 1684, por muerte del profesor Dionisio Mantuano, obtiene Coello la plaza de *pintor del Rey* sin gajes, y paga por ella su correspondiente media annata (2); entra á disfrutar de gajes ó sueldo en el mismo empleo en 1686 (3), y por haber fallecido su amigo y protector Carreño en 1685, es llamado á ocupar su puesto como *pintor de cámara* en Julio del propio año 1686 (4). Cean Bermudez añade que despues se le confirió la llave de la Furriera, una pension de 300 ducados para su hijo don Bernardino, y otras de racion del bolsillo secreto del Rey, que pasaron con su muerte á su viuda doña Bernarda de la Torre: especie que, á la verdad, no podriamos confirmar con documentos, dado que para repetirla no se estimase autoridad suficiente la de Palomino, de quien Cean la tomó.

Murió Rizi en el mismo año que Carreño (1685), y faltando él, no se titubeó en encomendar á Coello la ejecucion del cuadro encargado á aquél, de la solemne traslacion de la *Santa Forma* regalada á Felipe II por Rodolfo II, emperador de romanos y rey de Hungría y Bohemia, á la suntuosa capilla erigida por Carlos II en la sacristía de la basílica escorialense. Al emprender la obra, advirtió que su antecesor, en el boceto ó primer pensamiento que del asunto habia trazado, habia tomado el punto de vista demasiado alto: varió la composicion, sometió su idea al juicio de personas competentes, y obtenida su aprobacion, comenzó el cuadro con tan felices auspicios, que se anunció desde sus principios como una verdadera maravilla del arte. Representó en él Coello la mencionada funcion régia; al Prior, que manifiesta en sus manos la Custodia; al Rey, que, acompañado de su Real familia, la adora; la Comunidad entera, que canta las divinas alabanzas; y en lo alto, virtudes, alegorias, ángeles que figuran levantar una cortina carmesí y sostener un liston con la letra *Regalis mensa probebit delicias regibus*.—Acerca de este cuadro corren varias anécdotas: supónese que el Rey, en su natural impaciencia por verlo terminado, advirtiendo el detenimiento con que lo llevaba el pintor y lo poco que en él adelantaba, le dijo un dia: *Si yo hubiera encargado el cuadro á Jordan, ya hubiera él pintado una docena*; á lo que replicó Coello, lleno de confianza en su obra: *No lo dudo, Señor, pero el mio valdrá por todos los de Jordan*. Acaso esta tradicion, que tomamos de un distinguido padre Jerónimo, habrá sido inventada en aquel célebre monasterio; pero es la expresion de un juicio profundo, que la crítica moderna declara in-

(1) De algunos años á esta parte se trabaja activamente en su arreglo; pero es tal el trastorno de sus documentos, que acaso sean insuficientes toda la inteligencia y todo el celo de su actual jefe el Sr. Güemes para dar cima á tan árdua empresa.

(2) Arch. de Pal. Felipe IV. *Casa*. Leg. 139, núm. 142.

(3) *Ibid.*

(4) *Ibid.*

apelable.—Otra anécdota, que refieren Palomino y Cean, reza que, habiendo ido Carlos II á ver el cuadro que pintaba Coello, donde éste habia retratado su augusta y enfermiza catadura notablemente idealizada, el Conde de Benavente, que acompañaba al Rey, le dijo: «Ya tiene vuestra Majestad pintor de Cámara»; y el Monarca aprobó la propuesta. Si ésta es fábula, no carece de verosimilitud, porque realmente no era todavía Coello pintor de Cámara cuando en 1685 recibió el encargo de sustituir á Rizi en la ejecucion del cuadro para el altar de la Santa Forma.—En los elogios que de este lienzo han hecho los biógrafos de Coello no hay la menor exageracion: con razon dice el padre Quevedo, en su *HISTORIA Y DESCRIPCION DEL ESCORIAL*, que es *el último cuadro de la buena época*; pero hay cierta temeridad en añadir: *el primero entre los objetos de tan bella y distinguida arte*. Palomino, Cean, Bürger, no van tan léjos.

El cuadro de *La Santa Forma* es *le dernier mot* de la pintura naturalista y mística de nuestro siglo XVII, y tambien su produccion última, su postrera manifestacion, su más brillante epilogo. ¿Y porqué es este cuadro la última obra grande de la antigua pintura española? ¡Ah! porque el menguado monarca bajo cuyo cetro espiró la deslustrada majestad de la Casa de Austria, nació tambien destinado á dar el golpe de muerte al noble y severo genio español en la persona de Claudio Coello, condenado por caprichosas exigencias de la moda á ceder su puesto al charlatanismo pictórico, personificado en Lucas Jordan.—Llegó este artista italiano á la córte en 1692, llamado para pintar la escalera principal y las bóvedas del templo del Escorial, y esta preferencia fué la causa de la muerte de Coello, cuyo corazon era sensible y pundonoroso. No volvió á tomar los pinceles sino para concluir un cuadro del *Martirio de San Estéban*, que le habia encargado el P. Matilla, confesor del Rey, para su convento de los Dominicos de Salamanca; y aunque el lienzo fué llevado á Palacio, y visto y celebrado de todos, incluso el mismo Jordan, no se tranquilizó el espíritu abatido de Coello, pues falleció poco tiempo despues, en Madrid, el dia 20 de Abril de 1693. Fué enterrado en la parroquia de San Andres. Tampoco le sirvió de consuelo la distincion desusada que le hizo el cabildo de Toledo nombrándole su pintor en 1691.

Claudio Coello fué colorista como Rubens: no poseyó un arte en que fué único Murillo, á saber, el de *ocultar la paleta*; pero su escala de tonos es tan rica, sus tintas tan armónicas, su ejecucion tan varonil, libre y robusta, y al mismo tiempo su dibujo es tan severo y tan sobrio, que no titubeamos en afirmar que obró mayor prodigio la infeliz España del reinado de Carlos II en producir á Coello, que la España próspera de Felipe II en engendrar un Juan de Joanes ó un Luis de Vargas.—No nos conformamos con la opinion consignada por Cean, y reproducida por Bürger, de que, á semejanza de Anibal Carracci, *recopilador* en Italia de las buenas máximas de sus predecesores, haya asociado Coello en España con el dibujo de Cano el colorido de Murillo y el efecto de Velazquez. Coello afortunadamente no fué un *eclectista*: fué un pintor penetrado de un gran sentimiento de la vida real, pero desde el sagrado de su personalismo; y todo en sus lienzos es naturaleza y verdad, sin más revestimiento que el de una espléndida coloracion, y sin nada de las insipidas abstracciones que produjo la artificiosa generalizacion de la escuela de Bolonia. El eclecticismo artístico, de pura convencion, no tuvo partidarios en España desde que el Greco derrotó á los preceptistas negando ser *artificio* la pintura, y demostrándolo con su brioso é inspirado procedimiento en el *Expolio de Cristo* y en el *Entierro del Conde de Orgaz*.



D. FRANCISCO GOYA Y LUCIENTES.

Nació en Fuendetodos (Aragón) en 1746.—Murió en Burdeos en 1828.

El genio de una nación no se apaga como un farol: puede quedar años, y aún siglos, amortecido, pero siempre, aunque de tarde en tarde, se manifestará cuando se le presente ocasión oportuna. Murillo había sido el último descubridor de los nuevos ideales en la región del arte cristiano, continuando la misión exploradora de Ribera, Zurbarán y Velázquez, que habían descubierto los suyos: Claudio Coello epilogó los triunfos de sus grandes predecesores, y cantó las glorias de la pintura española en sus agonías, como dicen que canta el cisne sus propios funerales.—A Coello siguió una funesta invasión de gusto transpirenaico, á cuyo impulso naufragaron todos los afamados naturalistas del siglo XVII—sobrenadando sólo Murillo como única excepción—y cayó la pintura en una languidez tal, que la reaparición de los preceptistas en la persona de Mengs se tuvo por un señalado beneficio. No lo era, sin embargo, sino en muy ínfima parte: con Mengs retoñaron las máximas de los eclectistas del siglo XVI, los adoradores de los Carraccis y su escuela, los romanistas y *florentinistas*, permítasenos este calificativo;—y si bien mejoraron el dibujo y la composición, los artistas volvieron á ser *artífices*, juiciosos y pacientes, pero desprovistos del sentido estético, sin el cual no hay arte verdadero. En una palabra, al sentimiento individual y personal de la belleza se substituyó un ideal abstracto, de cartabón y de receta, como cuando, dos siglos ántes, imperaban en los estudios de los pintores de España las leyes del Alberti, del Vasari, del Lomazzo y del Dolce, interpretadas por sus secuaces Francisco de Medina, Céspedes y Pacheco. El Greco, verdadero artista, de genio fogoso é independiente, había provocado el anatema de Francisco Pacheco, sosteniendo—con exageración, sin duda, pero con gran fondo de verdad, tratando de hacer bien perceptible su idea de que no bastaban todas las reglas de las academias italianas para hacer de un tonto un artista—que la Pintura no es arte, ni artífice el pintor. Escandalizó esta proposición, pero á la postre todos los pintores de talento se fueron con

el Theotocópuli, y una briosa sacudida del genio nacional creó la grande escuela naturalista de Madrid. Ahora sucedió lo mismo con el sabio Mengs; Miguel Angel, Rafael, Polidoro Caravaggio, el Baroccio, los Carraccis, el Guido, recobraron por su esfuerzo momentáneamente sus altares; pero se levantó Goya, y si no los derribó del todo, los dejó tan mal parados, que aún con agravio de la justicia, que siempre reclamará para Rafael y Miguel Angel la inmunidad del sagrado, concluyó con su prestigio y autoridad. Pero no olvidemos nuestra tarea de biógrafo.

Nació D. Francisco Goya y Lucientes el año mismo en que espiró el primer Borbon (1746). A la edad de trece años empezó á estudiar, bajo la dirección de Luzán, en Zaragoza. Pasó luego algun tiempo en Italia, y volvió á España en 1769, formado ya pintor, con más genio que ninguno de sus contemporáneos. Entiéndese que fijó su residencia en Madrid por los años 1775. El célebre pintor sajón Antonio Rafael Mengs, encargado por el rey D. Carlos III de dar nueva vida á la Fábrica de tapices de Santa Bárbara, le designó, no sabemos por recomendación de quién, para que pintase, en unión con otros artistas, originales (*ejemplares* se llamaban entónces) con destino á aquella manufactura. Los lienzos que para este fin ejecutó desde el 1776 fijaron la atención del pintor áulico y de la sociedad culta de la corte. Quizá Mengs veía ya en el jóven protegido á su más formidable émulo.

Abrióle sus puertas la Real Academia de San Fernando en 1780. Creció su reputación con los frescos que pintó en la iglesia del Pilar de Zaragoza, con el de *San Bernardino de Siena* que hizo para la de San Francisco el Grande de Madrid, con sus cuadros de costumbres y sus retratos históricos; y en 1795 fué nombrado Director de dicha Corporación, cuando ya el rey Carlos IV, llamado al trono en 1788, le había hecho su pintor de Cámara.—Admitióle á su trato particular la reina Maria Luisa, y á su amistad íntima la célebre Duquesa de Alba, y estas distinciones le franquearon

la entrada en otras ilustres casas, para las cuales ejecutó obras que le valieron mucho y le proporcionaron el vivir con holgura y hasta con esplendidez.—Fernando VII, al ceñir la corona, le confirmó en su empleo de pintor de la Real Cámara; pero, disgustado de la vida de la corte, obtuvo en 1822 real licencia para trasladarse á Francia. Después de haber vivido algunos meses en París, fijó su residencia en Burdeos, donde pasó tranquilamente el resto de sus días. Sólo un año antes de morir, ya octogenario, hizo una rápida excursión á Madrid, para obtener del Rey licencia ilimitada; y entonces hizo su bellissimo retrato, existente en el Museo del Prado, el pintor de Cámara D. Vicente Lopez.

Cultivó Goya diferentes ramos del arte, pero sobresalió principalmente en el género profano, pintando las escenas de la vida real que pasaron por sus ojos al disolverse la antigua nacionalidad española bajo el bochornoso reinado de Carlos IV, con una espontaneidad, una ironía y una viveza de expresión nunca sobrepasadas por otros pintores. Naturalista como Velazquez, fantástico como Hogarth, enérgico como Rembrandt, espontáneo y escéptico como Callot, y delicado también á veces como Tiziano y Veronés, y aún como Watteau y Lancret, apareció este gran genio descollando entre los degenerados pintores de su tiempo como un gigante roble entre enfermizos arbustos. Que algunos le consideren como un misterioso y terrible profeta del arte del porvenir, puramente *realista* y destructor de toda convencional belleza, no es motivo para achacarle miras y propósitos materialistas que no tuvo. Sus esferas de acción predilectas fueron la pintura de retratos y la de escenas populares. Su pincel, vengador de la belleza moral, grandemente escarncida en su tiempo, no perdona la caricatura ni la mueca para hacer odiosa y repugnante la figura del vicio:—de la lascivia, de la codicia, de la hipocresía, de la ignorancia,—ni conoce lisonjas para los poderosos desprovistos de talento y de virtudes. Si la dama que le sirve de modelo es una Mesalina, si el valido á quien retrata no sostiene siquiera el paralelo con los Leicester y Valenzuelas, no hay miedo que la dama salga de su pincel simpática á los ojos de la gente honrada, ni que el privado obtenga de su mano atractivos que le hagan aceptable. Lo deforme y lo ridículo de la naturaleza humana se clavaban en la retina de Goya como una saeta: podían pasar para él inadvertidas la verdad ó la nobleza; la fealdad física ó moral, nunca.—Tal vez por esta causa fueron poco felices las composiciones de asuntos religiosos y místicos que se comprometió á ejecutar en algunas ocasiones. Pintó, en efecto, para la Catedral de Toledo un *Prendimiento de Cristo*, en que lo ménos apreciable es cabalmente la figura del Salvador; para la iglesia de San Antonio de la Florida, orillas del Manzanáres, la cúpula y los demas frescos que la avaloran, en que los milagros del Santo titular aparecen tan familiarmente tratados como pudiera serlo un espectáculo de volatineros ambulantes, y en que hay ángeles andróginos de ojos de fuego y cútis de camelia, ángeles que parecen hermosas meretrices. Pintó asimismo, segun queda dicho, algunos frescos en las cúpulas del templo del Pilar de Zaragoza; y tanto en unas como en otras obras demostró paladinamente que no era su vocación la Historia Sagrada ni la piadosa leyenda. Nada hay más frío é insípido que los *Pasajes de la vida de San Francisco de Borja*, que ejecutó para la Catedral de Valencia, ni cosa más inadecuada que la expresión que dió á las *Santas Justa y Rufina*, pintadas para la sacristía de la Catedral de Sevilla.—En cambio, ¡qué propiedad, qué vida, qué fecundidad de recursos en sus retratos! La *Familia de Carlos IV*, existente en el Museo del Prado, es una obra en que se admiran todas las grandes dotes de Rembrandt y de Velazquez.

Las cualidades que más enaltecen á Goya como pintor, desde que, despojándose de la fría rutina de los Maellas y demas profesores amanerados de su tiempo, consiguió crearse un estilo propio, son, aparte de su enérgica comprensión de la vida real y comun, la sobriedad de las tintas y un grande acierto en la elección del diapason de tonos para

sus cuadros. Para explicarnos con toda claridad, tomaremos por ejemplo el precioso lienzo de *La Maja echada* (1), donde los que se imaginan que para ser *colorista* hay que recurrir á la exuberante paleta de Giorgione ó de Rubens, pueden observar cómo sabia nuestro pintor aragones producir la magia del color sin emplear apenas más tintas que el blanco, el amarillo, el encarnado y el negro. En efecto, suprimanse en este lienzo el carmin de la faja y el verde de la otomana ó sofá en que está recostada la figura, y el efecto será siempre el mismo: estas dos tintas nada quitan ni ponen para el encanto que produce la obra, y para que en ella se descubra desde luego al gran colorista. Y ¿cuál es la razón de esto, que á primera vista parece una paradoja? Que la riqueza del color no consiste en la infinita variedad de las tintas, sino en la variedad de los tonos y en la acertada elección del diapason en que el artista los modula. Muchos degenerados discípulos de los venecianos y flamencos de la buena época fueron muy malos coloristas, á pesar de haber heredado de aquéllos un rico y espléndido surtido de tintas. Del mismo modo que el que nació con el instinto del color se manifiesta colorista en medio de la inopia de la paleta más primitiva, por la habilidad con que reproduce, sin más que el blanco y el negro, la luz y los valores de las tintas, así el que nace sin aquella disposición demuestra sus inarmónicas concepciones en medio de la abundancia de la paleta veneciana ó flamenca. Nuestro Goya tenía esto de comun con Velazquez, que con sólo el albayalde, el negro de humo, el ocre y el bermellón ó la tierra roja, sabía derramar la vida á raudales y alcanzar el más brillante efecto. Ya lo dijo Topffer: las sustancias minerales ó vegetales que llamamos *colores* son un elemento muy secundario para el *colorista*. Aun sin la delicada tinta rojiza con que dió el autor al rostro juvenil de la bella incógnita, llamada vulgarmente *La Maja echada*, el arrebol de la salud, y hasta el incentivo de estar recreándose con eróticas musarañas; sin el color rosado de la faja que ciñe su grácil cintura, y sin el amarillo de su diminuta chaqueta torera y de su breve escarpin, este lindo retrato sería un soberano estudio al claro-oscuro, porque todos los tonos que constituyen su armonía son meras gradaciones monocromáticas, esto es, de un color solo—del gris—desde el ceniciento argentino y perlino, cercano al blanco puro, hasta el más oscuro y profundo, próximo al negro. Y sin embargo, esta armonía resulta tan llena y enérgica, que su conjunto produce las impresiones de la más seductora realidad, hasta el extremo de parecer que el seno de esa mujer se levanta al penetrar por entre sus abrasados labios el aire que aspira; que sus ojos brillan humedecidos de voluptuoso deseo, y que crujen al peso de su cuerpo las rehenchidas almohadas en que descansa. La tinta gris, más ó ménos subida, si tinta puede llamarse al claro-oscuro sin matiz alguno del espectro solar, es, en efecto, el color único que domina en aquellas almohadas, en aquella especie de sábana fina sobre la cual está tendida la supuesta maja, y en aquel ligero vestido que con excesiva libertad se adhiere á su turgente pecho, á su talle, á sus caderas, á su vientre, á todas sus bellas formas desde la garganta al pié. No temió el valiente colorista que le faltasen recursos para entonar é iluminar profusamente su obra renunciando á los demas colores, ni que ese conjunto de grises produjese un todo neutro de desagradable efecto, porque, comprendiendo que el color nace de la unidad del diapason y de la exactitud de los tonos, y que la luz brota del claro-oscuro y de la armonía, estaba seguro, segun lo acreditó el resultado, de que no parecerian de trapo sucio y gris, sino de fina batista, de azulada Holanda y de blanquísimo lienzo, bien almidonado y con olor á limpio, aquellos objetos, con los cuales diríase que se propuso hacer un especial estudio del color *sin los colores*. Por ser este difficilísimo arte la dote que más encumbra á nuestros ojos el talento de Goya, nos hemos de-

(1) Forma parte de la colección de cuadros de la Real Academia de San Fernando.

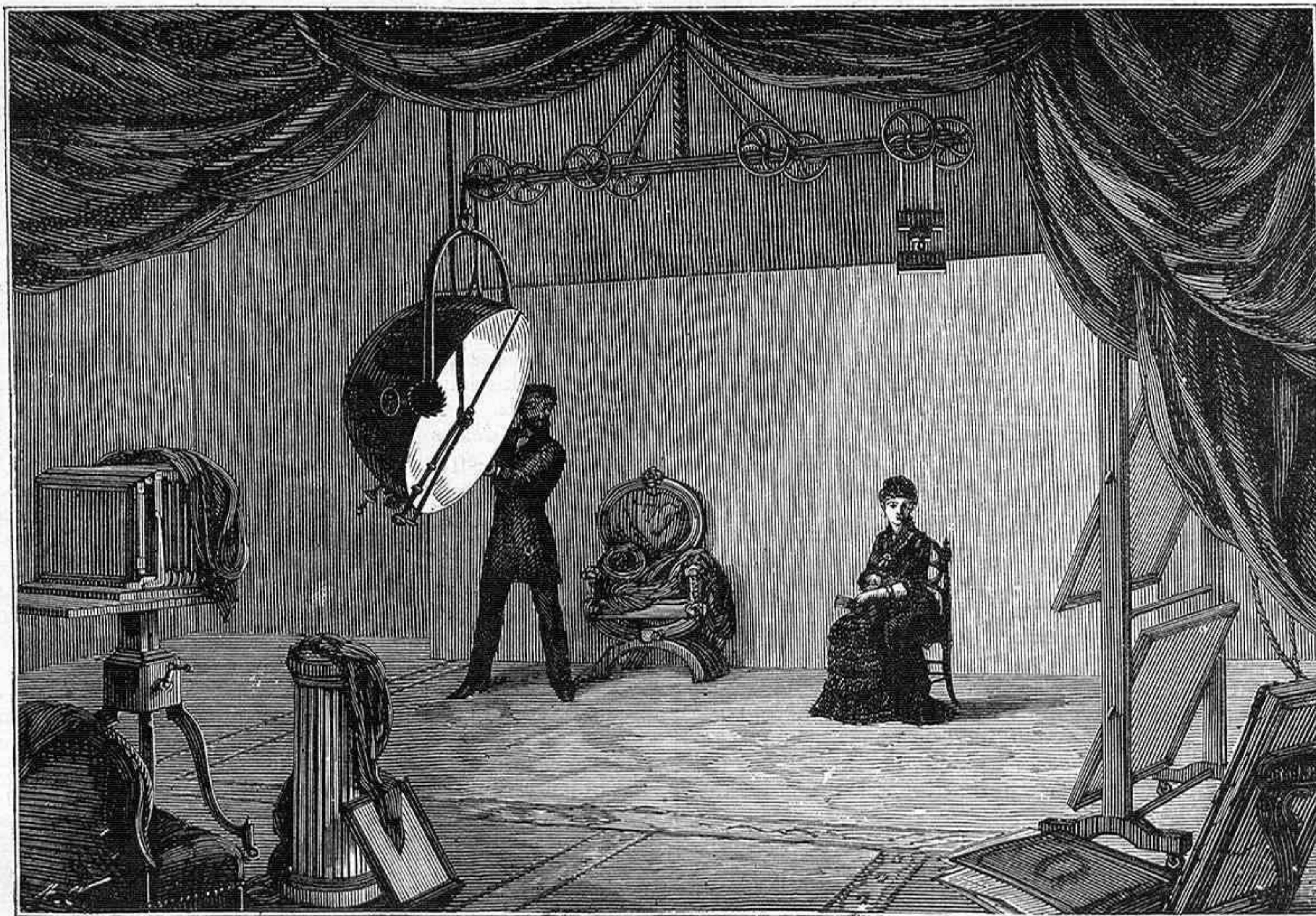
tenido particularmente en su análisis. Pudo contribuir á la sobriedad de su paleta el mismo abuso que de los colores— más bien *colorines*—hacian sus coetáneos, porque observa con razon el muy entendido D. Carlos Luis de Ribera (1) que acaso *si hubiera Goya nacido en época más floreciente del arte, no hubiese sido tan original, porque entónces se hubiera formado con ESCUELA; mientras que en sus días tuvo que mantener continua lucha con lo existente.*

Para la generalidad de los aficionados, la celebridad de Goya no procede de sus finos y delicados tonos como *fresquista*; ni de sus cuadros al óleo, ejecutados con la fuga y lozania que resaltan en casi todos sus retratos; ni de sus cuadros de género, depositarios de una gran parte del caudal de su fecundísima vena, y en casi todos los cuales se advierte estar arrojado y extendido el color, sin vacilacion y sin arrepentimientos, ya con una mala brocha, ya con el cuchillo, ya con una esponja, ya con una caña, cuando no con la misma yema del dedo (que todos los procedimientos son

(1) En el artículo que escribió para ilustrar el retrato de *La Tirana* del mismo Goya. *Cuadros selectos de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando*, cuaderno III.

buenos cuando es el verdadero genio quien los sugiere); lo que hace más popular á Goya son sus grabados al aguafuerte.—Los frailes ociosos y pedigüños, los eclesiásticos regalones y glotones, los intrigantes, los pleitistas, las mancebas de su tiempo, cayeron bajo su acerada punta en sátiras picantes y mordaces, juntamente con los más encopetados y temidos personajes de la camarilla de María Luisa y de Godoy. No hay quien no haya hojeado y manoseado sus *Caprichos* y su *Tauromaquia*; y comienzan ya á hacerse populares tambien los *Proverbios* y los *Desastres de la guerra*, dados á luz no hace muchos años por la Real Academia de San Fernando.

Las obras más notables de Goya como fresquista son las que ejecutó en *San Antonio de la Florida* y en el *Palacio del Almirantazgo* (hoy Ministerio de Marina); como pintor de retratos y cuadros de costumbres, los que conservan el Museo Nacional del Prado, la Academia de San Fernando y las casas de Santa-Cruz, Miraflores, Fernan-Núñez, Osuna, etcétera.—Goya ha dado su nombre á una calle de Madrid; Goya presta su autoridad á las mismas modas femeniles; sólo falta que los pintores que le imitan no le pongan en caricatura.



Procedimiento Wander-Weyde para obtener fotografías por medio de la luz eléctrica.



BELLAS ARTES.—LA ASUNCION DE LA VIRGEN.

Copia del famoso cuadro de Tiziano Vecellio, existente en la Academia de Venecia.

VA Á VENIR.

MONÓLOGO.

Enrique, llegando á la calle de Sevilla :

—Las ocho y media : es la hora. Va á venir.....

Faltan diez minutos. Bien puedo leer otra vez su deliciosa carta á la luz de la repostería del café Suizo.

Dice así :

« Arriesgándolo todo, y sólo porque V. vea que deseo complacerle, iré esta noche á las ocho y media á la calle de Sevilla, esquina del Suizo, y daremos una vuelta por el Prado *de manera que mi familia no pueda sorprenderme.* »

Y al pié de estos encantadores garrapatos hay una L.

¡Oh Luisa! ¡Incomparable Luisa! ¡Luisa discutida por todos mis amigos! Al fin vas á venir. Al fin voy á tenerte á mi lado una hora..... ¿Se habrá ido el cochero? No; está allí, con su tablilla doblada y su sueño profundo.....

¿Será posible? ¿Es verdad que aquella encantadora mujer, á quien fui presentado este invierno con tanta solemnidad en el baile de la Generala, es la misma que ahora.....

Recapitemos. Tengo tiempo..... faltan ocho minutos para la media..... ¡Uf! ¡Mi suegra! Me meto en el café..... pero no; en el café estarán mis amigos, me entretendrán, se pasará la hora..... aquí, en el portal..... haré como que miro las fotografías.

Ya pasó. ¿Dónde irá mi señora madre política á estas horas y sola?

Luisa es una rubia algo más alta que baja, con unos ojos azules como el cielo, mitad infeliz de un conde alicantino que ha ido á Cuba con un destino en el muelle de la Habana; con esto digo bastante para justificar su mal estado de fortuna presente y su reposición futura.....

Luisa se casó con él para ser condesa. Y lo es. Podrá no tener dinero, pero es condesa. Podrá no amar á su marido, pero se ha casado. Podrá ser muy seria, pero va á venir.....

La media menos cinco. ¡Cómo sentiría que lloviera!

Pues, como digo para mis adentros, Luisa es muy bonita y está en juego. Quiero decir que va á todas partes. La Duquesa la lleva á su palco en el teatro Real; la baronesa la lleva á su palco en los toros. Come todos los viérnes en casa de la Generala..... Allí la conocí. ¿Quién es ésa? le pregunté á un amigo. Luisa R....., me dijo; es decir—añadió—la Condesa de A.....—¿Quieres presentarme?—Con mucho gusto. Señora Condesa, el señor de Perez.....—Tengo mucho gusto.....—El gusto es mio.—Hace mucho tiempo que deseaba.....—¿De véras?—¿Quién no desea.....—Gracias.—¿Bailará V. un vals?—Sí.—Pues ya....., etc., etc., etc.

A la mañana siguiente dejé mi tarjeta en su casa. Dos dias despues la encontré en la rifa de Beneficencia.—Estuve á ver á V.....—Sí, lo sé; ¡cómo sentí no estar!..... De cinco á seis estoy siempre.—Si no fuera pesado, volvería.—Vuelva V.—Mañana.—Bien.—¿Qué ha hecho V. por los pobres?—He tomado diez papeletas.—¿Qué ha sacado V.?—Nada; ¿y V.?—Yo no he puesto. Tomaré por V.—¡Por Dios!—¡Si eso no vale nada!

Tomó doce papeletas para mi amiga, que tiene la fortuna de sacar dos premios; un abanico japonés y una caja de horquillas. Risa burlona por el acierto del abanico; broma de las horquillas; una amiga, que va con la mia, dice que se cansa; se van, las acompaño, pasamos por la Iberia, convidó

á helados, las llevo á su casa; al dia siguiente voy á las cinco y encuentro á mi amiga sola, es decir, no tan sola; la acompañaba un perro *lupetto*, que intentó morderme por dos veces. Hablamos de Madrid, de los últimos bailes, de su marido, de la isla de Cuba, de lo doloroso de la separación..... Me atrevo á censurar la conducta de los maridos que se van á las colonias dejando en Madrid mujeres tan bonitas..... y me dice que tengo razon.

Desde aquel momento comienzo el sitio en toda regla.

Luisa comienza por sonreír al oír mis primeras insinuaciones, intentando variar de conversacion. Insisto. Vuelve á sonreír y no varía de asunto. Vuelvo á insistir. El decoro toma la palabra.

—Comprenda V. lo delicado de mi situacion. Sola en Madrid, con unos criados fisgones y *dejados por él*..... Yo tendria mucho gusto en recibir á V..... pero..... ya V. ve..... yo tengo que guardar tantas consideraciones..... ¿cómo? no, por Dios, ¡qué cosas! ¡eso es una locura! En fin..... váyase usted..... las seis..... tengo el coche á la puerta, he de llevar á mi prima á la novena de las Calatravas..... Ea, adios, amigo mio, adios.

Y me retiro.

Al dia siguiente la encuentro en el teatro Real y *apénas la saludo*.

Su prima, la prima de la novena, la brigadiera Q., una mujer con bigotes á la borgoñona, los ojos ribeteados y el pelo de tres colores, me ve á los dos dias en la puerta de Lhardy y me dice :

—Hola, Perez, ¿qué pasa?

—Señora.....

—¿Por qué no ha saludado V. á Luisa?

—¡Ah!

Y al decir ¡ah! sonrío como si le dijera :—Señora, ésas son cosas *nuestras*.

La Brigadiera añade :

—La tiene V. muy resentida. ¿Por qué no va V. por allá?

La ofrezco ir por allá; pero no voy. Prefiero escribir una carta sin firma, en que digo :

Que estoy desesperado. (Mentira.)

Que, supuesto que mis visitas son inconvenientes, he decidido escribir pidiendo una explicacion de media hora.

Que soy un caballero. (Es la costumbre.)

Que deseo saber si me he equivocado al esperar que seré atendido.

Esta carta no obtiene contestacion. Luisa me ve en el paseo de la Castellana, me saluda con gravedad y se pone muy colorada.

Pasan ocho dias, durante los cuales no nos vemos.

La Brigadiera me escribe al dia noveno una carta que huele á violetas, en la que me invita á comer el viérnes, *de toda confianza*.

Voy el viérnes á casa de la Brigadiera y me encuentro á Luisa, que, por una de esas casualidades inexplicables, come á mi lado.

Durante la comida, aprieto en todos sentidos. A los postres Luisa está de buen humor; tomamos el café en un rincón, junto á un balcon, lejos de los comensales, que

nos miran de reojo, fingiendo que no se enteran. Se baila. Luisa toca unos vales de Wantefeld; yo le doblo la hoja. A las doce de la noche le dicen que está su coche, y al despedirse de mí me ofrece contestarme.....

¡Y héme aquí!

Va á venir; la espero sin falta. La media va á dar; dentro de un instante la veré llegar..... ¿por dónde? ¿Vendrá por la calle de Peligros? No es su camino. ¿Por la Puerta del Sol? ¿Por la Carrera de San Jerónimo? No deja de ser extraño darle á uno una cita en un sitio tan céntrico.....

¿Será aquella que viene por allí con el velo echado? No, no es; es más baja, y además trae una *adlátere* de aspecto dudoso... No es ella. ¿Qué hora es? La media y cinco; francamente, la puntualidad en estos asuntos es imprescindible.

¡Eh! ¿Quién! ¿Hola, Marcial! (Maldito seas.) Aquí..... ya ves..... esperando á uno..... á uno que ha subido á la *Peña*; no, no puedo ir contigo, lo agradezco, pero esta noche no voy al teatro..... ¿Mi padre? Tan bueno, gracias. ¿Mi tia? En Carabanchel. ¿Por qué no te llegas á verla? Nada, no miro nada (¿pero qué le importará á éste lo que yo miro?). ¿Que á quién espero? Pues á Martin, á Martin Martinez..... ¡Ah! ¿sí? ¿Le acabas de ver en la calle del Principe? No, hombre, no puede ser; has visto mal..... ¿Un cigarro? No tengo. ¿Un fósforo? Tampoco. ¿Qué me pasa? Nada, hombre, no me pasa nada. ¿No ibas al teatro? Pues ya es hora. Ea, ¡adios, hijo, adios!

Hay hombres insoportables. Cien preguntas en tres minutos. Y todavía va volviéndose á ver si me quedo en el mismo sitio. La verdad es que aquí no estoy bien. No cesan de pasar conocidos. Me van á hacer perder esta ocasion, de seguro.

¡Las nueve menos cuarto!

¿Si no vendrá?

¡Dios mio, si habrá pasado miéntras he estado hablando con ese imbécil!....

¡Mi suegra otra vez! A la fotografia..... ¡Ah! ¡Qué! (Me cogió.)

¡Hola, mamá! ¿Adónde va V.? ¿Yo? Aquí estaba mirando los retratos..... Vea V., vea V. eso..... está hablando..... es el general Pavia..... ¿eh? ¡Qué bien! (¡Las nueve menos diez!) ¿Aquella? Aquella es una actriz, una cantante..... la Durand..... Si, señora; muy gorda, pero ya ve usted, eso no quita..... ¿Cómo? ¿Qué dice V.? ¿Que la acompañe? No puedo, mamá, imposible; estoy esperando á un amigo para ir al Bolsin; ya sabe V.; el papel baja, tenemos que vender; es la renta de mis hijos..... Váyase V., mamá, ¿quiere V. que le tome un coche? ¡A ver, cochero! (¡Uf! Mi cochero, que cree que le llamo!) No, no es á tí, no; ¿qué dices, hombre? ¡Yo no te he tomado! (¡Vaya V. á hablar aparte á un hombre que está en un pescante!) ¡Sí, hombre, todo lo que quieras! (¡Ella!) ¡Sí, mamá! (¡Es ella, no hay duda!) Ea, abur. ¡Mamá, por Dios! ¡Me llaman! (¡Es ella, Dios mio!) ¿Qué? ¿Cómo? ¿Anita? ¿Mi mujer? No, mamá, ésa no es mi mujer..... ¡Sí, pues sí es! ¡Con quién se ha parado! Hola, Anita, aquí estaba con mamá..... ¡Ah, la Condesa! ¡Señora Condesa! ¿Usted por acá? Mamá, Anita, presento á ustedes á..... la..... se..... ño..... ra..... Condes..... ¡agua!

¡Dios mio, y yo, que le habia dicho á Luisa que era viudo!!

EUSEBIO BLASCO.

EL REINO ANIMAL ANTE LA CRÍTICA DEL LÁPIZ.



EL BULL-DOG.

Todos los defectos de la raza canina, sin ninguna de sus bellas cualidades.



EL BUHO.

La antigüedad dedicó esta ave á Minerva como simbolo de la sabiduría. Así salió ello.

AL SR. D. ANTONIO SANCHEZ MOGUEL.

LA NIÑA DE GOMEZ ARIAS.

LEYENDA.

I.

¿Adónde irá, caballero
en su yegua jerezana,
tan de noche y de camino,
el mancebo Gomez Arias?

No á buena parte de juro,
cuando el semblante recata,
recela de quien le mira
y todo le sobresalta.

Recelo engendra el delito,
busca sombras la asechanza ;
que la virtud no huye el rostro,
ni teme conciencia honrada.

Va el mozo tan preocupado,
que consigo á solas habla,
abre el labio á la sonrisa,
frunce el ceño, jura ó canta,

como si á un tiempo en su mente
rudo combate libraran
el placer y la amargura,
la cólera y la esperanza.

Hidalgo de poca hacienda,
aunque de ilustre prosapia,
estima en poco el linaje,
y la hacienda estima en nada ;

que á la par honra y fortuna
en el burdel despilfarras,
y ahoga escrúpulos en vino
y pesadumbres en zambras.

El ayer le importa un bledo,
jamás piensa en el mañana,
cifra en los dados su suerte,
y su derecho en la espada.

No hay, sin él, motin, querella,
francachela, ronda ó danza,
ni reja, garito ó barrio
que no cuente sus hazañas;

y con bravos y rufianes,
y mozas de rompe y rasga,
sin miedo á Dios ni al demonio,
bebe y riñe, triunfa y gasta.

Pero pródigo, de ingenio
y de apostura bizarra,
dulce en el mirar, y dulce,
más que la miel, en el habla,

moza en quien fija los ojos
en red de amor enmaraña,
y el afán que en seducirla,
pone luego en olvidarla.

De Córdoba á corto trecho,
en sus cristales retrata
Guadalquivir un castillo,
que tiene honores de alcázar.

Cual su tesoro el avaro,
don Juan de Leiva en él guarda
una niña, cual no hay otra,
ni andaluza, ni africana.

Viudo, viejo y maltratado
del hierro en muchas batallas,
la dulce paz del retiro
busca al fin de su jornada ;

y allí vive, la memoria
puesta siempre en sus campañas,
en doña Luz su amor todo,
y en el cielo su esperanza.

Doña Luz frisa en los quince,
y niña de cuerpo y de alma,
más bien que rosa es capullo,
y más bien que un sol, el alba.

Es como un junco flexible,
cual ramo de sauce lánguida,
tímida cual la violeta,
y cual la azucena pálida.

Tiene los ojos muy negros,
mucha luz en la mirada,
ondulante cabellera,
que puesta de pié le arrastra ;

su sonrisa es una aurora,
y hay música en sus palabras ;
alondra que lo que dice,
más que lo dice, lo canta.

¡Pobre niña! No hace mucho
que juegos, risas y danzas
eran su vida, que hoy forman
suspiros, miedos y lágrimas.

Conoció en mal hora á un hombre,
y perdió ventura y calma ;
que amor suele herir los pechos
con flechas envenenadas.

¡Qué soñar con el que adora,
y qué sufrir cuando tarda,
y qué temer cuando llega,
y qué llorar si se marcha!

Acude al rezo, y el nombre
de su amante el rezo acaba;
que ya no sabe la lengua
pronunciar otra palabra.

La hostiga el remordimiento,
que á su viejo padre engaña.
« No he de verlo más, lo juro »,
se dice cada mañana,

y ántes que llegue la noche
lo espera desesperada
en el alféizar calado
de la morisca ventana.

Un dia que el torpe amante
quiere atrevido besarla,
como flor que inclina el viento,
da en sus brazos desmayada;

y el vil, con carga tan dulce,
la vieja pared escala,
en la noble yegua monta,
espuelas pica y escapa;

y parece de tal guisa,
salvando montes y zanjas,
á la luz de las estrellas,
demonio que lleva un alma.

II.

No tiene rival Sevilla
en hermosura y grandeza,
y es tan gloriosa en las armas
como inmortal en las letras.

Un Dios echa sus cimientos,
la hace fuerte Julio César,
la gana el moro y la adorna,
un Santo la recupera,

y don Pedro de Castilla,
con sus justicias acerbadas
y sus dulces amorios,
de tradiciones la siembra.

De mármoles y azulejos
ricos palacios ostenta
y gallardos alminares,
donde la Cruz señorea.

Allí las columnas de Hércules,
allí la Giralda esbelta,
y el Alcázar primoroso,
y la Catedral inmensa.

Rica, noble y muy cristiana,
no hay calle sin lonja abierta,
ni casa sin un escudo,
ni barrio sin una iglesia.

Los naranjos la embalsaman
á la par que la hermean,
y Guadalquivir la arrulla,
y la retrata y la besa.

Brotan flores en sus fuentes,
y sus fuentes donde quiera,

y de las flores en torno
mariposillas y abejas.

Los campos que la circundan
de frutos sus trojes llenan,
y entonan á la sultana
dulcísimas cantinelas

la codorniz en las mieses,
el jilguero en la alameda,
la tórtola en los olivos,
y el ruiseñor en la selva.

Allí no hay nube en el cielo,
ni crece abrojo en la tierra,
ni el huracan troncha el árbol,
ni la nieve el fruto seca.

Blandos céfiros susurran
en constante primavera,
y el suelo es plantel de flores,
y el firmamento de estrellas.

Hay de San Pedro en el barrio
una casa solariega,
el patio como una plaza,
el jardín como una huerta,

el zaguan como una calle,
la alta torre con almenas,
la puerta cual la de un templo,
y el blason sobre la puerta.

En aquella casa vive,
si es vida morir de pena,
doña Luz, la niña hermosa
del noble don Juan de Leiva.

Como no entiende de infamias
la angelical inocencia,
doña Luz tan sólo mide
su pesar y no su afrenta;

pero que llora y que rece
le dice una voz secreta,
y cual una mártir llora,
y cual una santa reza.

El infame Gomez Arias
cien mil historias le cuenta,
y le jura ser su esposo
ante Dios y ante la tierra.

Y la niña, que le quiere,
ningun engaño recela,
pero está triste, muy triste,
y del color de la cera.

Planta que viciosa crece
á su peso se doblega;
que es el fuego que la anima,
el incendio que la seca.

Las amorosas pasiones
que el apetito alimenta,
el desvío las enciende
y la posesion las hiela.

No así las pasiones puras;
como el cariño es su esencia,
el logro y el tiempo añaden
más combustible á la hoguera.

Lo que ayer tanto anhelaba,
hoy Gomez Arias desdeña;
ya de la niña se aburre,
le enoja cuando se queja,

le cansa si le acaricia,
si llora le desespera,
y halla fealdad su hermosura,
y necedad su inocencia.

Y doña Luz corresponde
á la esquivez con finezas,
cada dia más amante,
más inocente y más tierna.

Pierde el mancebo jugando
lo que de bienes le resta,
y cuando todo lo pierde,
excepto querida y yegua,

con ambas parte una noche,
buscando bosques y sierras,
y camina hasta encontrarse
de Benamejí á las puertas.

Al alcaide de la plaza
manda recado que venga,
y el alcaide, noble moro,
sale al campo á darle audiencia.

De doña Luz se retiran,
que está viendo que le entrega
á su amante el sarraceno
de oro una bolsa repleta.

Oye al alcaide que dice:
«Ya es mia la nazarena»;
ve á Gomez Arias que parte,
al alcaide que se acerca,

y dando un grito, que haria
estremecerse á las piedras,
como herida por el rayo,
viene rodando por tierra.

III.

Quien camina sin reparo
por la pendiente del vicio,
al cabo se precipita
del crimen en el abismo.

Y no hay fiera como el hombre
que la conciencia ha perdido,
porque pone el pensamiento
en ayuda del instinto.

Cuanto más inteligente
el criminal, más inicuo;
Satanas es tan malvado
porque fué casi divino.

¿Quién imaginar pudiera
que un hidalgo bien nacido,
en esa edad generosa
del amor y el heroismo,

cometiese desalmado
un crimen tan inaudito
como vender á una niña
tras de haberla seducido?

La fiera mata, no vende;

pero el hombre es más impío.
¡Siempre por treinta dineros
habrá un Júdas para un Cristo!

Y en tanto que Gomez Arias,
en el burdel y el garito,
gasta el precio de la venta,
¿qué habrá de la niña sido?

La llevó aquel golpe horrible
de la muerte al borde mismo;
y al verla morir de pena
y desordenado el juicio,

en lástima se trocaron
del moro los apetitos,
y de piedad llena el alma,
volverla á su padre quiso.

Pero á este tiempo, la reina
más grande que el mundo ha visto,
el sol de la hispana historia,
la abuela de Carlos quinto,

á Benamejí se acerca,
y despues de corto sitio,
la rinde y toma, y rescata
á los míseros cautivos.

Años, desdichas y achaques,
áun abatir no han podido
del noble don Juan de Leiva
los caballerescos bríos.

Va Isabel contra Granada,
y fuera bien fermentado
hidalgo que tal empresa
mirase desde el retiro.

Ahogando dentro del pecho
sus penas, cuelga del cinto
el acero toledano,
á luchar apercebido.

De la nobleza de Córdoba,
como hidalgo más antiguo,
le hacen alcalde, y el cargo
lleva como fuerte y digno.

¿Qué alegría la del viejo
al hallar su ángel perdido,
y qué angustia al encontrarlo
en la infamia y el ludibrio!

El pesar y la vergüenza
lo hubiesen muerto de fijo,
á no llamarlo á la vida
de la venganza los gritos.

Obedeciendo al reclamo
de un poder desconocido,
allí acude el delincuente
donde cometió el delito.

¿Es ceguedad del culpado?
¿Es la fuerza del destino?
Parece que el crimen tiene
conciencia y busca el castigo.

A Córdoba en són de guerra
fué Gomez Arias solícito,
más que el campo de batalla,
buscando campo á sus vicios;

pero habiendo acuchillado
á otro mozo en desafio,
de la nobleza al alcalde
lo sometieron al juicio.

Al verlo don Juan de Leiva,
fué á matarlo decidido;
pero ¿ cómo darle muerte
dejando el agravio vivo?

De Isabel se echó á las plantas,
diciendo : « Justicia pido. »
Y le respondió la Reina :
« La he de hacer mañana mismo. »

IV.

La gran catedral cristiana,
que ayer fué mezquita mora,
por mandato de la Reina,
hoy luce sus galas todas.

Cubren los muros del templo
cortinas de felpa roja,
el pavimento alcatifas,
y pabellones las bóvedas.

Ricos flameros de plata
esparcen nubes de aroma,
que en el crucero sombrío
se pierden en leves ondas.

Los retablos entallados
con labores caprichosas,
los vivisimos esmaltes
que las arcadas decoran,

las preseas de los santos
cuajadas de fino aljófar,
á la luz de los blandones
color, bulto y brillo toman.

En el ancho presbiterio,
bajo un dosel con corona,
se alza un sitial blasonado
de prolija labor gótica,

y dos blandos almohadones
de terciopelo, con borlas
y flecos de oro, descansan
sobre granadina alfombra.

Entre ciriales y cruces
de plata y bruñido azófar,
prestes, abades y obispos
en el presbiterio asoman,

y á poco Isabel primera,
como el sol esplendorosa,
la energía en la mirada
y la sonrisa en la boca.

Lleva un rico brial de seda
azul celeste, con blondas
y recamos de oro y plata,
que el blason de España forman ;

pendiente del albo cuello,
que envidiára la paloma,
los collares de las órdenes,
que son sus preciadas joyas,

y sobre la frente altiva
el encaje de la toca,
sujeto con la diadema,
que es en su frente aureola.

Magnates y ricos homes,
pajes y damas hermosas,
letrados y capitanes
en derredor se colocan ;

y soldados, labradores,
mercaderes de las lonjas,
frailes, sopistas, mendigos
invaden las naves todas.

El arnes, el sayo burdo,
la cuera, la oscura loba,
el sombrero de alas luengas,
el almete con garzota,

arcabuces, alabardas,
estandartes, banderolas,
galas, insignias, libreas,
cascos, plumas, randas, cotas,

en revuelto torbellino
se confunden, se amontonan,
se agitan, lucen, ondulan
y reverberan y flotan.

Ante el dosel de la Reina,
severa la faz rugosa
y severo el continente,
el de Leiva puesto toma.

Doña Luz está á su lado,
muy pálida, temblorosa,
de blanca seda vestida
y echada al rostro la toca ;

y Gomez Arias, que viste
raso blanco que oro borda,
y birrete de velludo
tambien blanco y pluma roja ,

en el pomo del estoque
la siniestra mano apoya,
y por el templo pasea
la mirada desdeñosa.

Del órgano dulcemente
se escapa un raudal de notas,
las campanas en la altura
parecen tocar á gloria,

y estos clamores, unidos
á las preces y salmodias,
llenan las naves del templo
y hacen retemblar sus bóvedas.

A Gomez Arias la niña
la blanca mano abandona ;
y apénas del sacramento
termina la ceremonia,

cuando, alzándose la Reina,
dice con voz imperiosa :
« ¡ Ballesteros : Gomez Arias
vaya al punto á la picota ! »

JOSÉ VELARDE.

Madrid, Julio del 79.



S. A. R. D.ª MARÍA DEL PILAR DE BORBÓN Y BORBÓN, INFANTA DE ESPAÑA.

Nació en Madrid, el 4 de Junio de 1861.—† en Escoriaza, el 5 de Agosto de 1879.

DON JUAN DE AUSTRIA Y ANTONIO PEREZ. (1)

I.

El 14 de Abril del año de 1542, hallándose en Valladolid el emperador Carlos V, firmó una carta de legitimación á favor y á pedimento de Antonio Perez del Hierro, hijo natural de su secretario Gonzalo Perez, ya difunto, y habido en tiempos en que su padre y madre eran solteros.

Las personas del inmediato servicio del César, al cumplir las órdenes de éste en la expedición de la carta, creyeron que la amplitud que se daba á la legitimidad del Antonio Perez era dictada por el gran afecto que el Monarca tenía á la memoria de su antiguo y fiel Secretario.

Ninguno conocía que en ello se ocultaba algo que impulsaba la generosidad del Emperador para favorecer á un hijo natural en toda la latitud que le otorgaban las leyes.

Existía un niño fruto de unos secretos amores del señor de dos mundos, un niño de muy pocos años.

El afecto de padre despertó en él la mayor simpatía hacia el hijo de Gonzalo Perez; se consideró en aquel instante por felicísimo al hacer uso de su poderío en pro de otro hijo natural, ya que razones de Estado ú otras más graves no le consentían por el momento ni áun publicar que vivía aquella prenda de sus amores.

Para ello, hasta derogando leyes, no sólo concedió á Antonio Perez que pudiese heredar, sino que mandó escribir estas palabras:

«Os hacemos legítimo, hábil y capaz.... é alzamos é quitamos de vos toda infamia y mácula y defecto en que por razon de vuestro nacimiento os pueda ser opuesto en cualquier manera, así en juicio como fuera de él» (2).

¡Pobre inteligencia, tan ignorante de la sabiduría de lo futuro! Con toda la prevision de Carlos V, con toda su desconfianza, firmó con alegría ciertamente esa cédula de legitimación; esa cédula en que habilitaba para todos los cargos más importantes á Antonio Perez; esa cédula, en fin, que le abría las puertas de palacio.

Sin ella, jamás Antonio Perez hubiera podido ser secretario de Felipe II.

Sin esa cédula, nunca hubiera llegado á ser amigo de don Juan de Austria, despues de declarado éste hijo natural de Carlos V.

Sin esa cédula, no hubiera D. Juan sufrido tantos pesares en los últimos tiempos de su corta vida, ni Felipe II hubiera experimentado tantas contradicciones y sinsabores tantos, no sólo en un año, sino en muchos; quizás unas y otros los mayores de su reinado, y todo por Antonio Perez.

Aquí se ve cuál es la prevision humana y á qué cortos límites alcanza un grande hombre como Carlos V, facili-

tando los medios de desgracias y sufrimientos de sus dos descendientes á un hijo natural, legitimado por la compasion y el afecto hacia otro hijo natural, y sin sentimiento alguno de repulsion hacia lo que firmaba, porque nada en contra le decia su inteligencia, nada su corazon.

II.

Antonio Perez era de un talento delicadísimo, y de los hombres más astutos de que hay memoria. Con su padre habia aprendido mucha ciencia de los griegos, lo que se advierte al examinar sus escritos, no ménos por la agudeza de los pensamientos, que por la concision atrevida y deslumbradora del estilo, no para todos los lectores.

Como prueba invencible de la verdad de mi juicio, no apelaré á recordar sus conocidas cartas, sino una que ha permanecido hasta hoy inédita, y dirigida á una persona que no se nombra, y á quien felicita Antonio Perez por haber obtenido una promocion. Dice así:

«No doy á V. S. I. el parabien del grado en que le han puesto sus méritos y servicios, porque de que á uno le paguen lo que se le debe, como él no debe gracias á nadie por ello, así no hay que darle parabien. Al Rey, á su servicio, al Reino, á su beneficio, á la virtud por el ánimo que tomará viendo que halla su premio, doy yo el parabien, y á mí por lo que como tal servidor de V. S. I. me he alegrado del grado en que S. M. ha puesto esa ilustrísima persona», etc. (3).

La ingeniosísima cortesanía, lo conciso de las frases, y lo oportuno de los pensamientos, denotan un gusto griego enteramente. Si yo no conociera bien la *Antología griega*, y me dijeran que esta carta es traduccion de uno de los mejores epigramas de ella, no lo pusiera en duda.

Antonio Perez era literato y lo ignoraba. Sólo pretendia ser un político eminente.

Para demostrar todo el valor de su astucia, baste decir que llegó á conocer profundamente el carácter del Rey más difícil de ser conocido, áun de sus más íntimos familiares, y logró dominar al que parecia y era en efecto indomable para los demas, á Felipe II, cosa que el mismo Monarca jamás podia sospechar, él, sospechoso de todos y de todo. Pero Antonio Perez poseía una maravillosa facilidad de talento para improvisamente hallar atinada solución á lo más grave. Esto cautivaba sobremanera á Felipe II, por su prudencia veheméntísima y recelo en determinarse, para no aventurar el éxito de sus propósitos. Naturalmente la rapidez certera de los juicios de su Secretario, que luego reducía á largas meditaciones y aceptaba las más veces sin reforma, hacia que para el gran Felipe II fuese Antonio Perez el hombre imprescindiblemente necesario y el de toda su confianza en los consejos.

Antonio Perez era descreído en todo. Por no creer, ni áun creía en la prudencia del Rey. Para él no pasaba de una malicia habitual conocida desde luego, y como conocida por su talento vivo y práctico, nada imposible de vencer ó conllevar segun las ocasiones.

Utilizaba su valimiento; vendía cargos y providencias, honores y dignidades. Se enriquecía y gastaba en sus caprichos, y siempre malgastando. A los amigos de su fortuna

(1) Aunque tanto y tan bien se ha escrito acerca de Antonio Perez en el presente siglo, todavía no se ha aclarado bastante el extremo de sus relaciones con D. Juan de Austria y con su secretario Juan de Escobedo, por cuya muerte se originaron persecuciones á aquel famoso hombre de Estado, y disturbios y sangrientas ejecuciones en España y escándalos en Europa. En este estudio se dan noticias desconocidas hasta hoy, sacadas de nuestras principales bibliotecas.

(2) Tomo XIII de la *Coleccion de documentos*, publicada por los Sres. Salvá y Sainz de Baranda.

Para ello derogó la ley de D. Juan, «nuestro rebisagüello, en Cortes de Soria, que ninguna hija ó hijo espurio herede los bienes de su padre y de su madre, ni haya otra ninguna manda ni donacion que les sea fecha, así como la ley que el mismo dió en las Cortes de Bribiesca para que ninguna carta dada contra ley, fuero ó derecho, que la tal sea obedecida y no cumplida..... E nos por la presente la abrogamos é derogamos é casamos é damos por ningun valor ni efecto, quedando en su fuerza y vigor para adelante.»

(3) Biblioteca Colombina. Estante BB, tab. 128, núm. 10. *Opuscula varia*.



trataba como á amigos de fortuna, con interno desprecio, aparente sonrisa, y aprovechándose de muchos para el mal y para su provecho, sabiendo completísimamente quiénes eran. A los que lo adulaban, ó á los que tenían esperanzas en él, atendía como el mercader atiende al otro mercader que acude á negociar. A los que habían adquirido honras y puestos por el dinero, y que luégo se olvidaban del favor recibido, pues que aún con dinero favores eran los de Antonio Perez, y querían igualársele y aparecer altaneros é independientes, achaque de todos tiempos, miraba con el desden propio del hacedor para con sus hechuras desvanecidas y contra él. Pero procedía con simulacion, y más venia y castigaba y hasta dominaba por lo comun con la afabilidad que con el declarado desden.

Nada tenía de caballero; aunque la daba á veces de magnánimo, generoso en realidad, nunca; vengativo, siempre; artero, en toda hora; y cuando llegó el lamentable momento de su pérdida, si la misma astucia suya, ya exagerada por el temor y el despecho, se turbó, y como tal ayudó á aumentar el peligro desconcertadamente, todavía le dió supremos recursos para salvarse del mortal peligro.

Contra todo el poder del Rey y de sus ministros le quedó un poder más grande: el del inmensísimo amor de una mujer admirable, de su esposa doña Juana Coello (1), y la leal amistad de dos hombres.

III.

Don Juan de Austria poseía, si no las letras de Antonio Perez, tanta astucia como él, adquirida en las experiencias del mundo y en el conocimiento de los hombres, no por utilizarlos para siniestros ó interesados fines, sino para llevarlos al camino de la gloria, del servicio de la patria, procurando sus acrecentamientos, atrayéndolos á su persona por recompensas, teniendo adictos por la gratitud; empresa difícil en la volubilidad de la condicion de los mortales y en sus crecientes y más crecientes ambiciones, mal satisfechas siempre, y siempre dispuestas á desconocer los beneficios.

Tenía su ambicion tambien D. Juan de Austria, y era la de ser cerca de su hermano la primera persona en el consejo y en la confianza. Lo amaba verdadera y quizá excesivamente; amor que malévolos consejeros hacian aparecer como fingido para designios políticos.

Valiente, odiaba á los cobardes; generoso en un grado supremo, no podia imaginar que careciese de generosidad el que presumia de caballero y á quien la importancia de un cargo obligaba á serlo.

La afabilidad para con todos no era en él estudio ni naturaleza. Su alma no se satisfacía sino en tratar con agrado á cuantos le hablaban. Si nació hijo de Carlos V, sólo lo recordaba en las empresas militares; en lo demas procedía siempre como el hidalgo más sencillo. De su modestia en prometer nos da un acabado testimonio el mismo D. Juan de Austria: cuando tenía el propósito de ir en busca de la armada de los turcos para presentarle ó aceptar una batalla importante, escribia al Rey diciéndole que si el tiempo no lo estorbaba, que cierto le tenía con gran pena por verlo tan adelante, haria *algún efecto* (2). El efecto fué, veinte y un dias despues, la victoria de Lepanto.

No olvidaba los servicios que le hacian. Jamas dejó de pedir y de obtener los adelantamientos de D. Pedro y de don Gaspar de Velasco, y de tenerlos cerca de su persona. Ambos, que habiendo estado cautivos en Constantinopla, ha-

(1) «Mujer notable y de varonil ánimo», la llama Gonzalo de Céspedes, *Historia de los sucesos de Aragon*, 1622, Zaragoza. Blasco de Lanuza, en las *Eclesiasticas y seculares de Aragon*, en Zaragoza, el mismo año, la compara á Michol. Jorguera, en sus desconocidos *Anales de Granada*, MS. de la Biblioteca Colombina, dice que fueron tres los salvadores, entre ellos un estudiante que no nombra.

(2) Carta de D. Juan á Felipe II, de Galera, en la Fossa de San Juan, á 16 de Setiembre de 1571. MS. de la Bib. Colombina. AA., núm. 7, tab. 3.

llándose despues en la galera de D. Juan de Austria, oyeron á cuatro renegados hablar en la lengua turquesca, que ellos en algo conocian, y entendiendo de sus palabras que tenían orden del gran turco Selim para dar muerte al jóven capitan general, clamaron *traicion contra D. Juan, mi señor*. Uno se apoderó de dos, otro de uno, y no del cuarto porque huyendo se arrojó desesperadamente al mar. «Por ellos logró V. M. la gran victoria que tuvimos», dijo don Juan á Felipe II (3), aludiendo á la de Lepanto.

De su desprendimiento se conserva la memoria en la libertad que dió á uno de los hijos de Alí Bajá, cautivado en esa batalla. La madre le envió un gran presente al pedirle el rescate, y el heroico caudillo no quiso aceptarlo. Devolvió á la madre todo lo de valor, y para no desairarla en no tomar cosa, sólo se reservó alguna de lo de menor importancia (4).

De su gran ánimo para hacer el bien hay un rasgo notable. El año de 1575 hubo en Nápoles un suceso que álguien calificó de delito, y en que estaban complicados señores ilustres de aquel reino y *damas tituladas y de las más principales de él*.

Don Juan de Austria, para que el Virey no pasase al castigo como deseaba, y empeñado en el intento de salvar de disgustos ó de afrentas á gente noble, quiso presentarse como uno de los culpados, para detener ante el respeto de su autoridad y nombre á aquel magistrado, á fin de que como caballero procediese en el asunto, y no con el poder de la justicia. El Secretario de D. Juan escribia á Antonio Perez que su señor verdaderamente estaba sin culpa (5).

La fuerza de su juventud, la viveza de su espíritu, la exacerbacion en que siempre se hallaba contrariado, hacia que en ocasiones apareciese colérico; pero todo era repentinamente. Al punto sus generosos instintos le obligaban á volver sobre sí, quejoso de sí mismo. Se acordaba de que habia nacido y era caballero, y fácilmente conocia su descuido imprudente, y en el deseo de que su enojo se olvidase, pasaba de la justicia al furor, y hasta exagerado, propia condicion de la nobleza de ánimo. Lo que no podia evitar, compensaba con el cortés arrepentimiento y con la enmienda.

Mucho hizo por la gloria y por el bien de España; y si no hizo más, fué porque la maldad y la envidia se proponian cerrarle el camino ó llevarle á empresas donde sólo habia de alcanzar un fin: ó el descrédito ó la muerte.

IV.

Estando en la guerra de Granada recibió D. Juan de Austria al secretario Juan de Soto, nombrado por Felipe II. Prendóse de él extraordinariamente, y tanto, que escribió al Rey, su hermano, calificándolo de persona *hábil, de cualidad y suficiencia*, y que con él á su lado podia resolver todos los asuntos con acierto (6).

Confirmáronse las halagüeñas esperanzas. Juan de Soto, en la empresa de terminar la rebelion de los moriscos, fué un auxiliar infatigable y diestro para conseguir, por medio de conciertos con los principales de los alzados, que se sometiesen á la autoridad de Felipe II.

El aclamado rey de los moriscos era el jóven Aben Hu-

(3) Biblioteca Colombina. V 3, 422. Carta de D. Juan de Austria al Rey, en Aranjuez, á 7 de Abril de 1572.

(4) «Esta liberalidad fué muy estimada en Constantinopla, porque no quiso recibir ningun rescate, y el mancebo dió gran re'acion del buen tratamiento que se le habia hecho, y este año fué la toma de Tánez.» MS. de la Biblioteca Nacional, *Historia de los Arzobispos de Toledo*, que se citará más adelante.

(5) Pareció esto mal á Felipe II, pues puso al márgen de la carta: «Mejor fuera no meterse en ello, que esto no puede dejar de ser de gran inconveniente; y si no tiene culpa, es malo que se la eche, y si la tiene, peor.» Tomo XXVIII de la *Coleccion de documentos inéditos*.

(6) *C. leccion de documentos inéditos*, tomo XXVIII, carta de D. Juan á Felipe II. Granada, 4 de Octubre de 1569. «Muestra entenderlos (negocios) y estar muy instruido en ellos y con satisfaccion general de todos.»

meya, que se mostró sagaz y animoso en disponer la guerra y en proseguirla con tal ardor é importancia, que puso en mucho cuidado al Rey y á sus más expertos capitanes. Ciertamente se atrajo el odio de los suyos; pero no comprendo la falta de criterio con que lo han juzgado historiadores cristianos.

Cuando recibió la Real investidura, comenzó á gobernar con el despotismo mahometano, rey verdaderamente absoluto. Los moriscos, que se declararon sus vasallos, estaban acostumbrados á una manera de gobierno enérgica, sí, en cuanto á no permitirles los ritos del Koran; mas en cuanto al respeto, á las vidas y á las propiedades y á su libertad civil, nada existía que fuese tiránico.

La multitud de delaciones contra moriscos presentadas á la Inquisición, hacia que ésta oyese sólo las más graves, y para eso procuraba manifestarse clemente, absolviendo mediante muestras de arrepentimiento más ó menos sincero, y aún despues conmutando las penas en inmediatos y cortos destierros. Esta es la verdad, comprobada por las causas del Santo Oficio, que aún se conservan en los archivos. A más el Tribunal podía hacer castigar á algunos; pero ¿cómo á un numeroso pueblo?

Aben Humeya fué el rey que los moriscos querían para la libertad de su conciencia, y se hallaron con un rey tal como lo tuvieron sus antepasados, tales como eran los soberanos de Marruecos y de Turquía, consecuencia inevitable de su alzamiento y de la proclamación de la ley mahometana é imprevisto suceso. Nadie, al promover una rebelión, sea de la condición que fuere, se detiene en considerar á dónde lógicamente se va á ir. Todos juzgan que las consecuencias serán las de la lógica de su voluntad, y no la de los hechos.

De D. Fernando de Valor hay un retrato histórico tan hábilmente trazado como verdadero, como se debe creer; retrato desconocido hasta hoy.

«Era Aben Humeya de veinte y cuatro años; tenía poca barba, color moreno, cejijunto, ojos negros y grandes, de buen cuerpo. Mostraba ser de sangre noble, y tuvo siempre altos pensamientos» (1).

Cuando algunos moriscos, con auxilio de turcos, le dieron alevosa muerte en su propia casa, no fué el menor de los fundamentos para ella la voz que corria por las Alpujarras entre los descontentos ó agraviados de su dominio riguroso, *que traía pláticas con D. Juan de Austria* (2). Al ménos, concuerdan los historiadores en que al morir Aben Humeya protestó *de que lo hacía en la ley de los cristianos, en que había pensado vivir*.

Acosado por la actividad é inteligencia de las armas españolas, su sucesor Aben-Abó trató de someterse por medio de Hernando el Habaquí, el cual con algunos se presentó en el campamento de D. Juan de Austria, y por orden de éste entregó al secretario Juan de Soto la bandera del rey-zuelo. Soto la arrojó á los piés de D. Juan en los instantes en que el morisco le impetraba que se le otorgase misericordia en nombre de Felipe II (3).

Los mismos turcos que habían venido en socorro de los moriscos seguían tratos secretos con D. Juan para regresar á su patria seguramente, convencidos de la inutilidad de la guerra.

Y aunque Aben-Abó se arrepintió de lo que había con-

certado por mediación de El-Habaquí, y continuó en su rebelión y trato de rey, no pasó mucho tiempo sin que alevosamente acabase á manos de los que juzgaba que le eran adictos.

En 3 de Diciembre de 1570 entró en Madrid triunfalmente D. Juan de Austria (4).

Su reputación de valor y de prudencia, de capitán y político le alcanzó el grado de Capitán General de la Armada de la Liga, que se había formado contra el Gran Turco, por el Pontífice, el Senado de Venecia y el Rey de España.

Cuando el 6 de Octubre de 1571 se divisó en las aguas de Lepanto la armada de los infieles, D. Juan entró en una fragata con su caballerizo mayor y Juan de Soto, su secretario, y fué de galera en galera exhortando á la pelea á todos, y de todos recibiendo la seguridad de que denodadamente combatirían para gloria de la cruz de Cristo (5).

El mismo Juan de Soto, durante el combate, permaneció en la galera real junto al Estandarte y con su señor (6), como lo estuvieron el Conde de Priego y D. Luis de Cardona, D. Rodrigo de Benavides, D. Juan de Guzman, Ruidiaz de Mendoza, D. Felipe de Hericla y á ratos el Comendador mayor D. Luis de Requesens, los cuales, según antiguo historiador, «mandaban y atendían al pelear con tanto valor cual no se bastaría á decir» (7).

Pues bien: en los instantes en que todo eran placemes para D. Juan de Austria; en que fácil y diestramente vencida la prepotencia del Turco, respiraba la cristiandad en la esperanza de nuevas victorias y su aniquilamiento; en que por derecho de Capitán General obtenía la décima parte de los despojos del enemigo, entre ellos diez y seis galeras y galeotas, seiscientos y veinte esclavos y mucha artillería; cuando escribía aquella modestísima carta al Rey participándole la nueva del triunfo (8), atribuyéndolo sólo á la *gracia de Dios y á la buena fortuna y grande bondad* de su mismo hermano, y deseando que el cielo guardase su persona para que pudiese gozar de aquella y otras victorias *que con su grande valor y cristiandad debía con mucha razón esperar*; en los instantes, sí, en que el pontífice San Pío V bendecía por su victoria á aquel generoso príncipe; en que el Senado veneciano declaraba que se había obtenido por medio de la bondad, virtud y valor de este jóven, y en que por do quiera la Europa católica solemnizaba y aplaudía su mérito, salían de la Armada cartas para España, encaminadas á Antonio Perez, secretario de Estado. En ellas se ve clarísimamente que más confiaban en el valimiento de éste cerca del Rey para conseguir recompensas los que las habían merecido en la batalla de Lepanto, que en las recomendaciones del famosísimo Capitán General de la Liga, tan aclamado por todos; observación que denota el inmenso poder de aquel válido, más fuerte para todo que los vínculos y el afecto de hermano, y que la gratitud y la autoridad que parecía darle para proponer premios lo insigne de la victoria. «Vuestra merced (decía uno de los que pelearon en Lepanto), como señor y príncipe, se mande acordar de sus servidores, *pues no tenemos otra esperanza, despues de Dios*» (9).

(4) El código citado de la Biblioteca Nacional.

(5) M. Antonio Arroyo, en su descripción de la Naval, cap. VIII, dice: «Don Juan, como prudentísimo y valerosísimo capitán, salió en aquel tiempo en una ligera fragata, armado solamente de una gola á la tudésca y acompañado del secretario Juan de Soto y D. Luis de Córdoba, su caballerizo mayor, reconociendo toda la armada.» B. Colombina, MS. QQ 240-7.

(6) La galera real de D. Juan de Austria fué comenzada á adornar en Sevilla el año de 1568. El rey Felipe II la vió en 1570. Estaba adornada de notables pinturas y esculturas. El célebre poeta sevillano Juan de Mallara hizo una descripción de esta galera, apuntamientos que se enviaron á don Juan de Austria cuando estaba en la guerra de Granada, y que no pudo entonces ver. Juan Bautista Vazquez, escultor, y Benvenuto Tortelo, arquitecto, concurren al exorno de la galera. Véase el MS. de la Biblioteca Colombina. B 45, 445, 41.

(7) MS. ya citado de la Biblioteca Nacional.

(8) 10 de Octubre de 1571.

(9) Carta de Francisco de Murillo al secretario Antonio Perez, 9 de Octubre de 1571. *Colección de documentos*, etc., tomo III.

(1) Código de la Biblioteca Nacional, Dd 46. *Historia de los Arzobispos de Toledo*. En otro lugar, hablando de Aben Humeya, dice: «Rico de rentas y veinte y cuatro de la ciudad (de Granada), bien compuesto y callado.»

(2) Así lo cuenta el autor del MS. anteriormente citado.

(3) Así lo refiere D. Diego Hurtado de Mendoza en su libro de *La Guerra de Granada*. Y porque en las ediciones que de este libro se han hecho se dice que lo publicó por vez primera Luis Tribaldos de Toledo, entiéndase que es error. Algunos años ántes la obra se había dado á luz. Copiada fué por Fray Jaime Bleda en su *Corónica de los moros de España* (Valencia, 1618), y no como plagio, sino declarando el autor verdadero «Si en este libro se hallare el estilo y lenguaje mejor, atribúyase á su legítimo autor, que es en la mayor parte el dicho D. Diego de Mendoza.» Cualquiera se puede convencer de esta verdad cotejando ambos libros.

V.

Don Juan de Austria, con toda su sagacidad política, estaba deslumbrado con el esplendor de su gloria y vivía confiado en que todos respetaban y respetarian la sinceridad de su modestia. Pero contra los pensamientos más juiciosos, al parecer, de la discreción, está lo perspicaz de la vista del interés y de la conveniencia, que podrá engañarse en la voluntad de quien algo espere, pero que muy pocas ocasiones se engaña en quien verdaderamente reside el poderío de conceder.

Mucha fué la importancia que D. Juan de Austria alcanzó con esta victoria y con las empresas sucesivas, entre ellas la toma de Túnez y de la Goleta, motivo de sospecha para Antonio Perez. Quería á D. Juan como amigo de su parcialidad en el Consejo de Felipe II; un auxiliar de sus designios contra sus rivales; pero no un hombre de gran autoridad, de autoridad decisiva cerca del Rey, de una confianza ilimitada por el leal cariño de hermano y por el crédito de su prudencia y de su valor; príncipe, en fin, digno hijo del héroe Carlos V.

Desde entónces se advierte en las determinaciones del Rey un propósito contradictorio, muy propio del recato con que en todo procedía. Si por una parte se mantenía á don Juan de Austria con fuerzas de mar y tierra para combatir al comun enemigo, se confiaba en su ánimo generoso, en su virtud, en su constancia; si interés político aconsejaba en pro de aquel príncipe, como el hombre necesario para la reputación de España y para amenguar el orgullo de los infieles, un incierto recelo, unas mezquinas sospechas se habían levantado en palacio. Se temía que D. Juan de Austria aspiraba á una soberanía en el Mediterráneo, ejercida sobre los pueblos que conquistaba á los mahometanos.

Partían órdenes de la corte para que desmantelase don Juan alguna fortaleza de las enemigas de que se había apoderado, y éste, conocedor de la importancia de la presa adquirida y del trabajo y sangre que había costado, no comprendía en su claro juicio la conveniencia de aquellos mandatos, aconsejados por gente inexperta en el conocimiento de aquella guerra, ni de los puertos adquiridos. Esto, para los contrarios de D. Juan, servía de argumentos para avivar los temores de la ambición real que creían ó fingían descubrir en él.

Antonio Perez, como el más astuto de los Consejeros de Estado de Felipe II, conocía toda la franqueza y el desprendimiento del joven príncipe; y que en cuanto á ambición personal, por sí jamás la tendría, ó si la tuviese, se haría y desharia en un instante como nube de verano; condición de aquellos hombres de eminentes méritos, que por un inexplicable convencimiento de su valía dan poca importancia á cosas que otros, más y más inferiores, consideran como lo supremo y absolutamente necesario para su general estima.

A D. Juan de Austria, que podría ser invencible como hombre de Estado si pretendía el valimiento con su hermano, lo miraba con miedo; á solas D. Juan y sin un hombre como Juan de Soto, su secretario, no era temible para él. Nada más fácil á un político sagaz que dominar á un hombre generoso, por mucha sagacidad que posea. Hay instantes en que la generosidad, herida oportunamente, se sobrepone á toda la astucia, desaparece ésta, y el hombre de más talento se convierte en niño, á merced del burlador. Y dure mucho ó dure poco el engaño, engañado y vendido queda sin más arbitrio que una tardía, difícil ó nunca conseguida enmienda.

Tratóse, pues, de que Soto dejase de ser secretario de D. Juan de Austria. Pero ¿cómo? Él mismo, en el deseo de favorecer á Juan de Soto, allanó el camino. Hallándose en la corte el de Austria, solicitó que se confiriese á su secretario el cargo de Proveedor general de la Armada, que estaba en Nápoles, en razón de sus muchos y buenos servicios. Felipe II se apresuró á condescender á los deseos

de su hermano, y mandó expedir á Soto el nombramiento.

Seguidamente, como deferencia hácia D. Juan, propuso á éste que pensase en quién había de ser su secretario, porque no podía existir compatibilidad entre los dos cargos.

Pareció al Príncipe más importante el de proveedor; y para el caso de que por falta de salud no pudiese ejercer uno y otro, juzgaba oportuno ir meditando en la acertada elección de quién haría sus veces. Esto manifestó D. Juan haberlo comunicado con Antonio Perez y con Juan de Escobedo, secretario también de Felipe II (1).

Antonio Perez vió luego á D. Juan de Austria, y le expresó que el Rey había resuelto la separación de ambos cargos; y que así opinaba que el elegido «tuviese estrecha amistad con él, porque de esta manera tendría dos personas para su servicio, y una en la voluntad, de que resultaría que se encaminaría el servicio de S. M. con mi gusto y con descanso de ellos, y que para esto ninguno había tan á propósito como Escobedo, el cual era tan su amigo como yo sabía, y tan aficionado al servicio de S. M. y mio, que era todo uno.» Estas son palabras del mismo D. Juan de Austria (2).

De tal artificio se valió Antonio Perez para alejar á Soto y poner cerca de D. Juan á un hombre, como Escobedo, de su mayor confianza.

VI.

Nada fué más fácil á Perez que este engaño. Don Juan, precavido siempre y observador de todos cuantos con él hablaban, y experimentado en las contradicciones de la vida, era cual muchos ó los más que poseen iguales cualidades. No se creen de ligero por costumbre ni se fian comúnmente. Mas son débiles para con aquellos á quienes consideran sus leales amigos, y en llegando á este exámen, se confunden y aceptan más de una vez á los que sólo tienen de amigos la hábil simulación y las palabras y acciones de sencillez fingida. Para éstos no hay dudas, cavilaciones ni sospechas, porque piensan que á su experiencia, ¿cómo puede sorprenderse, cómo dejar de responder á la lealtad sino con lealtad, cómo faltar en lo más pequeño á una persona de su valía?

Entrevió; sin embargo, D. Juan algo contradictorio en este asunto, y por eso creyó que no se debía pasar adelante en el asunto sin previamente explorar la voluntad de Juan de Soto.

Prevaleció el consejo de Perez en el ánimo del Príncipe, y pasó á ver á su hermano y le pidió á Escobedo para su secretario. Felipe II no le dió respuesta afirmativa, porque lo necesitaba cerca de sí; pero al cabo, tras una súplica que otro día le dió D. Juan de Austria, condescendió en su deseo, ó más bien en el de Antonio Perez.

Quedó el hijo de Escobedo en el cargo de su padre, y D. Juan contentísimo por haber logrado todos sus propósitos. No así en lo secreto Juan de Escobedo, por más que en público manifestase grato semblante á lo resuelto. Parece como que tenía un presentimiento de que ese cargo encerraba graves peligros para su persona. Dos años después, desde Flándes, recordaba á Antonio Perez, en una desdichada carta, que no lo aceptó de buen grado. «Temí algo de esta triste vida cuando decía á Vuestra Merced que le recibiría de que S. M. no se acordase de mí para nada» (3).

Soto, por escrito y de palabra, cuando se encontró desposeído del cargo, y con uno que no estimaba ni había pe-

(1) En el archivo de la ciudad de Sevilla existe cédula de 4 de Agosto de 1570, refrendada de Juan de Escobedo, por la que el Rey vendió á Sevilla las villas de Constantina, Sanlúcar la Mayor, Escacena y Campo de Tejada; otra dada en el Pardo el 9 de Octubre de 1573, refrendada por el mismo Escobedo, por la cual Felipe II vendía á Sevilla las escribanías de las villas y lugares de su tierra, etc.

(2) Carta de D. Juan de Austria á Felipe II desde Nápoles, á 29 de Setiembre de 1575. Tomo XXVIII de la *Colección de documentos inéditos*.

(3) Miscelánea de asuntos concernientes á guerra y de otras cosas dignas de saberse. MS. Biblioteca de Cádiz.



SUPERSTIONES DE LA ANTIGUA ROMA.—LA HECHICERA.—CUADRO DE MR. GLAIZE.

dido, significó su sentimiento á D. Juan diciendo que *sus émulos interpretaban que esto habia sido por desconfianza* (1).

Don Juan de Austria quedó confuso al penetrarse de que, despues de tantos años de servicios, él mismo, en vez de procurar que se diese un premio á su servidor leal, sólo habia pedido para él lo que tenia por una afrenta.

Trató de remediar el mal que contra su propósito habia hecho, y convino con Soto en que pediria á Felipe II que lo tornase al cargo de su secretario, nombrando á Escobedo, que ya tenia en Nápoles consigo, veedor general de la Armada.

Pero escarmentado con el suceso, no pasó á solicitar cosa alguna de su hermano sin previamente oír el parecer de Juan de Escobedo. Éste se mostró dolorido del pesar de Juan de Soto, y manifestó sus deseos, no sólo de que en todo recibiese satisfaccion cumplida, sino de que él volviese á la córte á desempeñar el cargo de secretario de S. M.

De esta manera concertó las voluntades de uno y otro. Soto, en tanto que Felipe II decidia, se encargó de su plaza de proveedor de la Armada, y Escobedo de la secretaria de D. Juan. Éste escribió á su hermano narrándole lo ocurrido y expresando sus deseos, así como una vez más que Juan de Soto el tiempo que lo habia seguido en sus empresas, en todo lo que él habia *acertado en servicio de V. M. tiene la mayor parte: siempre me ha dado muy buenos consejos y ayudado de manera que con su trabajo habia descansado mucho* (2).

Encareció al Rey de un modo elocuente que de su disgusto él era la causa, la murmuracion de las gentes viendo á tales servicios tal recompensa, y llegó D. Juan al extremo de asegurar á Felipe II que «sin él no me atreveria á servir á V. M. como lo he hecho.»

De ningun efecto fueron las instancias de D. Juan: Escobedo quedó siendo su secretario.

Una venda de amistad cegaba al jóven de Austria hácia Antonio Perez, y de Antonio Perez le venian todas las contradicciones que experimentó en sus amargos postrimeros años.

Por el estudio novísimo que hemos hecho de las relaciones entre ambos personajes, se comprende fácilmente que la separacion de Soto más atendia á lo que en la córte de Felipe II se trataba acerca de confiar el gobierno de Flándes á D. Juan de Austria, que al cargo que éste ejercia de Capitan General de la Armada en el Mediterráneo. No se queria que en el de secretario, en los países que iba á regir D. Juan, estuviese un hombre como Soto y no de la íntima amistad de Antonio Perez. Porque, verdaderamente, Soto en Italia seguia al lado de D. Juan de Austria como proveedor general de la Armada; y á pesar de ser Escobedo el secretario, Soto lo era de hecho y el constante consejero de aquel jóven.

VII.

He hallado para asentar esta opinion una noticia en la *Vida* del obispo D. Diego de Simánkas, el que estuvo en Roma muchos años, en nombre de Felipe II, al cuidado de la causa que se siguió contra el Arzobispo de Toledo, D. Fray Bartolomé Carranza, acusado de luteranismo (3).

Luégo que éste abjuró en manos del Papa varias proposiciones vehementemente sospechosas, y murió pocos dias despues en la misma Roma, Simánkas deseó volver á España; y no siendo posible el paso por Francia, escribió á don Juan de Austria solicitando que enviase una de las galeras surtas en Nápoles á Civita-Vecchia.

Respondióle D. Juan, en 18 de Abril de 1576, manifes-

(1) Carta citada de D. Juan de Austria: «que aunque el cargo de proveedor fuera el de general, dado por este término, no le estaba bien tomarlo; que yo, que habia hecho el daño, que lo remediase.»

(2) Carta citada.

(3) *La vida y cosas notables del señor Obispo de Zamora, D. Diego de Simánkas, natural de Córdoba*, escrita por el susodicho. Biblioteca Colombiana. B 4.^a, 448, 12.

tándole que por el secretario Escobedo habia sabido el suceso que poco más ó ménos podria tener el suceso del Arzobispo, y se habia alegrado de la conclusion, *particularmente por la autoridad del Santo Oficio y quitar de tan gran pesadumbre á S. M.* (4); pero que por el momento no podia facilitarle galeras para su traslacion á España.

En 1.º de Julio siguiente, habiendo llegado D. Juan de Austria con sus galeras á Civita-Vecchia, el obispo Simánkas pasó á visitarlo, «el cual (segun refiere) lo recibió con mucha gracia y cortesía.»

Embarcado en una de ellas, partieron todas de allí. Al amanecer del siguiente dia descubrió D. Juan de Austria cuatro de corsarios, y él, con su famosa capitana, las persiguió, apoderándose de dos, que hizo amarrar á aquella.

Acercóse con su presa á la galera en que iba D. Diego de Simánkas, y no viéndolo sobre cubierta por hallarse en cama algo afligido de la gota, envió con un caballero á preguntarle qué le *parecia aquella caza* (5).

Ahora dejaré hablar al mismo D. Diego, porque sencillamente narra su despedida, y con una verdad encantadora nos describe en un solo rasgo toda la afabilidad del carácter generoso de D. Juan.

«De allí fuimos á Génova y estuvimos cinco dias, y se quedó para ir á Flándes; y allí le supliqué me diese galeras hasta Cartagena, y me respondió *Muy bien*; y dándole yo las gracias, me dijo apriesa tres veces *á mi voluntad*, sintiendo que á su voluntad se debian las gracias, que aquello era poco para dárselas por ello, y con mucha gracia al despedir pidió que le echase la bendicion.»

Don Diego de Simánkas, que volvia á España cuidadoso de la opinion que de él tendria Felipe II, quiso averiguar si por orden del Rey le habia facilitado D. Juan las galeras para su regreso. Entónces, hallándose en Génova, preguntó á Juan de Soto si el Monarca habia escrito algo sobre ello. Soto le respondió *que no, porque él habia visto todas las cartas, y que sólo al Sr. D. Juan lo agradeciese* (6).

Aquí se ve que Soto seguia siendo el verdadero secretario de D. Juan de Austria, no obstante Juan de Escobedo.

Dentro de pocos dias fué, pues, la separacion verdadera de aquellos amigos, que en las Alpujarras, en Lepanto, en Túnez, en Navarino y en tantos trances y victorias se habian hallado juntos en la voluntad, en el valor y en el pensamiento.

Parecia que aquella tan dolorosa despedida era el principio de la declinacion de la fortuna y de la vida del hijo de Carlos V.

Ya se podian haber entrevisto con más ó ménos certidumbre los efectos de una prevencion hácia su persona en los consejos de Felipe II.

Habia Escobedo escrito al Rey desde Nápoles, el 6 de Setiembre de 1575, sobre desavenencias entre el Marqués de Mondéjar y D. Juan de Austria. Pidió éste al Virey tropas para sus galeras, y receloso el Marqués y desabrido, oponia dificultades, y sólo concedió tras ellas una compañía, creyendo con esto más los disgustos entre ambos.

Escobedo decia al Rey que D. Juan habia procedido *con la blandura que pudiera usar un viejo de cien años, procurando reducirle con la razon* (7).

Cuando este pliego llegó á Madrid, Antonio Perez presentó al Rey la carta, poniendo ántes de su mano en la carpeta las palabras siguientes:

(4) Como resulta de esta carta, la terminacion del proceso y la sentencia se consideraron satisfactorias para el Rey y para la Inquisicion, por las penas espirituales que se impusieron á Carranza. Don Juan, segun se comprende, creia en la culpabilidad del Arzobispo, pues su confesor Fr. Francisco de Orantes fué uno de los que calificaron su doctrina.

(5) Don Diego de Simánkas dice: «Yo le respondi lo ménos mal que supe.»

(6) Vida citada.

(7) «Y no pudiendo, le pareció que acabaria de descubrirle el secreto del negocio, pareciéndole que en esto veria que las galeras en efecto no iban á Levante ni á Berberja, sino que se apercebían de gente para acudir á donde se les mandase.» Tomo xxviii de la *Coleccion de documentos inéditos*.

«Esta carta es de consideracion, y quisiera yo mucho que no se hubiera llegado á tanto, y conviene mirar en el remedio porque no pase adelante, y procurar adobar al Virey, que los hombres no nacen ni viven sin faltas, y ése es el mejor que tiene ménos (1).

VIII.

Verdad es ésta incontrovertible y muy propia de la experta sagacidad del valido de Felipe II.

Sobre las ambiciones de reinos que dieron en atribuir á D. Juan de Austria, rastro alguno no se encuentra en documentos de valía de aquel siglo, ni resueltamente asegurado con razones siquiera verosímiles en historiadores dignos de crédito.

Todas las aspiraciones de D. Juan se encuentran resumidas en carta de su secretario Juan de Escobedo, y manifestadas paladinamente á Felipe II (2) desde Nápoles, el año de 1575.

Lamentábase de la condicion del Marqués de Mondéjar, todo vanidad en el último grado *vidriosísimo*, y por esto *peligroso de conservar como amigo*. Y para evitar encuentros desagradables con el Virey, y las consecuencias de algunos amoríos de D. Juan más ó ménos vehementes, proponía al Rey que su hermano *residiese en la corte los inviernos*, porque en este tiempo *se cortarán con su presencia todas las malas hierbas que en el verano hubieren nacido*.

Aquí se ve el conato de residir D. Juan de Austria cerca de Felipe II para ganar su cariño, que se entibiaba con las ausencias, y conseguir de este modo servirlo en el consejo y en la gobernacion, lo que en manera alguna quería Antonio Pérez, porque era mucha la importancia del personaje, y mucho rival en el caso de oponérsele, y sumo el peligro que podría sobrevenirle en el válimiento para con el Rey.

Antonio Pérez informó á Felipe II sobre esta carta, diciendo que lo mismo sucedería á D. Juan de Austria los veranos, por más reformado que volviese allá de la corte; y que los adalides de Italia alentaban estas diferencias para que el Rey, cansado de ellas, diese á su hermano todos los cargos en aquel país, *que no sé si podrá él con ellos, y si convendría* (3).

Así procuraba alejar de la corte á D. Juan de Austria y amenguar sus méritos para muchos puestos de autoridad en uno, mezclando todo con la duda de si sería ó no conveniente, campo inmenso para la sospecha.

IX.

Confíose á D. Juan el gobierno de los Países-Bajos, pero ¡qué gobierno! En los instantes en que todo parecía perdido, y más prepotentes que nunca los insurrectos y los más ó ménos declarados parciales de la insurreccion, el noble ejército español, sin pagas, constante, en espera de un caudillo y anheloso de ejercitar las armas en recuperacion de su crédito y poderío. A D. Juan, el hombre de la guerra, el de la energía, el de los altos pensamientos, se enviaba sólo hacer á todo trance la paz. Incógnito pasó por Francia; incógnito llegó á los Países-Bajos. Solicitó conciertos con toda prudencia; engriéronse los adictos á la rebelion y exigieron con soberbia, y al ver al héroe de Lepanto, mensajero de los deseos del Monarca para reducir á los quejosos á una concordia inesperada, pidieron hasta lo que se hubiera creído incompatible con la dignidad y con la cordura.

Con la mayor amargura de ánimo se vió compelido don Juan, en obediencia de las órdenes emanadas de la corte, á fiarse de señores flamencos, de notoria adhesion á la causa enemiga, aunque aparentaban tenerla á Felipe II. En-

vió á Octavio Gonzaga y á Juan de Escobedo á reducir á los leales capitanes Julian Romero, Sancho Dávila, don Alonso de Vargas y otros de la infantería y caballería española á que saliesen del país, para que allí no quedasen más armas que las de los naturales. ¿Y cuáles fueron las consecuencias de estas y otras determinaciones? Que se acrecentó la soberbia en todos, y que D. Juan de Austria se vió casi cercado en la fortaleza de Namur, teniendo que someterse á paces, cuando debía él someter por la guerra, según lo que su talento político alcanzaba.

Quejóse de todo á su hermano una vez y otra. Llamó por medio de una carta, de que envió por diversas partes ejemplares, para que acudiesen en su auxilio, «*A los magníficos señores y amigos amados míos los capitanes y oficiales y soldados de la Infanta que han salido de los Países-Bajos*» (4), porque el tiempo y la manera de proceder de aquellas gentes habian hallado verdaderos sus pronósticos. Querian prender los flamencos al mismo D. Juan: toda la tierra se le habia declarado enemiga. Como soldado y compañero de ellos creia que no le podian faltar. Para ello los exhortaba con promesas y les decía que éste era aquel tiempo en que mostraban desear militar con él, y que quedaba muy alegre de que las cosas hubiesen llegado al extremo de que se cumpliese el anhelo de hallarse con ellos en alguna empresa en servicio de Dios y del Rey (5).

Don Juan de Austria fué inculcado de que deseaba casar con María Estuarda, y luégo con Isabel de Inglaterra; cosas que se dijeron para hacer entrar en sospechas á Felipe II contra su hermano.

De María Estuarda mal podia anhelar la mano y la corona D. Juan: ¡un hombre tan jóven querer casarse con ella, y de más edad, y mediando las discordias que tuvo con su marido y aquel trágico fin de éste; cosas que impidieron al Papa proceder á la canonizacion de ella, no obstante su catolicismo y su muerte en cadalso por sugerencias y resolucion última de la hija de Ana Bolena!

¡Pretender su casamiento con Isabel D. Juan de Austria, él, tan católico, tan enemigo de herejes y tan combatido de ella y ellos en Flándes!

Con razon, aunque sin apuntar éstas, el Padre Fabian Estrada, tan conocedor de los secretos de Estado de su siglo, desechó esa fama, levantada por los émulos de D. Juan de Austria.

Lo que éste deseaba, lo que existe consignado de un modo que aleja toda duda, es la carta que al Rey escribió Escobedo con fecha 10 de Febrero de 1577. Entre otras cosas se dice en ella:

«El Sr. D. Juan es hombre; y sin consejo ni aviso de nadie sabe dónde le mata, como dicen, el zapato, y no le parece que ha servido de manera que haya de pensar V. M. que tiene cumplido con él *con tenerle ocupado en gobiernos y generalatos de mar y tierra*, y dice francamente que no los quiere: que irá á servir á V. M. en una ocasion como ésta ó como la venida de la armada del Gran Turco por tiempo limitado, que lo haria con gran voluntad, pero que acabada aquélla, que se habia de tornar con su caña al puerto, y servir allí á V. M., que éste, y no gobiernos, es su lugar, entre tanto que V. M. no le da estado como á hijo de su padre y hermano de V. M.... y sepa V. M. que me huelgo de verle con tan honrados pensamientos, porque donde los hubiere nunca habrá que temer en materia de lealtad» (6).

Terminaba Escobedo la carta al Rey diciendo que don Juan, en caso de ruptura con Francia, iria de mejor gana, por ser más propio de su condicion pelear, como aventurero particular, por la fe, que no estar perdiendo sin pelear en Flándes crédito y reputacion (7).

(1) El Rey, de su letra, puso: «Mucho me pesa desto, que es muy mal negocio. Muy bien es me lo acordeis para ver lo que convendría en ello.»

(2) Carta en cifra de 3 de Noviembre. Tomo XXVIII de la *Coleccion de documentos inéditos*.

(3) Documento citado.

(4) 15 de Agosto de 1577.

(5) Papeles de Estado y guerra. MS. ya citado.

(6) Tomo L de la *Coleccion de documentos inéditos*.

(7) Y aún indicaba que habria de ejecutarlo si los flamencos seguan des-
esperándolo.

Estas palabras avivaban más el deseo de Antonio Perez, contrario á la vuelta de D. Juan de Austria. Ya ántes de su partida para Flándes éste habia solicitado del Rey que le concediese estar á la cortina en Palacio como los infantes de España, y para ello pasó á tratar secretamente de sus gestiones en una alquería de Antonio Perez (1). Felipe II, retirado, no quiso verlo, para eludir la resolución del asunto, y *por no señalarle ni un desvan en Palacio* (2).

Don Juan hallábase celoso del afecto y de la preferencia del Rey hácia el archiduque Alberto, con quien más tarde, despues de relajados sus votos por el Papa, casó á Isabel Clara Eugenia, su hija predilecta, para que gobernase casi soberanamente los Países-Bajos.

«No hallo en él (Felipe II) cosa que me anime al peligro; porque, si es amor, allí se le va el alma por el principe Alberto, y que éste es bueno para Cardenal y para Arzobispo y *para báculo de su vejez*, y yo para Virey de una provincia perdida, tras de haberle dado tan buena cuenta de todo cuanto me ha encargado» (3).

Tales quejas decia D. Juan ante Escobedo, que éste transmitió á Antonio Perez, en su anhelo de que llegasen á los oídos del Rey.

Juzgaba el Secretario del Príncipe atendibles estas razones. Don Juan, decia, hará lo que es obligado á hacer, pero vivirá con mucho desconsuelo miéntras que el Rey no lo iguale con el que más. Discurría en lo que podia servirle Alberto y lo comparaba con lo que él podia (4).

Don Juan queria ser *el primero en el favor y en el premio* (5).

«Cosa terrible, exclamaba Escobedo, que S. M. quiere que se componga y acabe este tan gran negocio (el de Flándes) sin crédito, sin dinero y sin autoridad» (6).

Estas cartas en manos de Antonio Perez fueron armas mortales contra Escobedo, y materia bastante para presentarlas como pruebas de que alentaba á D. Juan de Austria á cosas indebidas.

Don Juan, no pudiendo ya más sufrir que sus peticiones para pacificar á Flándes no fuesen atendidas, que en lo más se le respondía con el desden, con el silencio ó con promesas vagas, ó con consejos para ganar tiempo, y sintiendo los efectos de una verdadera malquerencia, determinó que Juan de Escobedo pasase á España á tratar con el propio Antonio Perez, y despues con Felipe II, sobre la verdad de lo que en Flándes ocurría y sobre sus quejas y sus deseos. Escobedo se hallaba en Santander por Julio de 1577, de regreso de aquellos Estados, á donde no volvió. Fué asesinado en las calles de Madrid en la noche del 31 de Marzo de 1578, despues de haberse intentado inútilmente que muriese de veneno en un banquete que le dió su antiguo amigo Antonio Perez. Estorbaban las gestiones de Escobedo en pro de D. Juan de Austria; llegó á ver claramente que aquel valido estaba engañando á su señor, y que era su mayor enemigo, más temible cuanto más encubierto y con poder. ¿Y qué otra cosa habria de ocurrir para ello? Se ha indicado que celos con la Princesa de Éboli, á quien amaba Antonio Perez y hasta el Rey, segun indicó aquél en sus *Memorias*, escritas y publicadas en Francia. Pero la vejez de Escobedo, y su cariño y enérgica manera de defender á D. Juan, y sus intentos de traerlo á España y cerca de Felipe II, alejan toda idea propia de Perez para encubrir sus maldades y su verdadero propósito de que D. Juan no gozase el valimiento del Rey.

La Princesa, eso sí, era extremadamente bella. Un escritor de aquel siglo decia: «Si la mayor honra, gala y her-

mosura de las damas y princesas antiguas estaba repartida entre Elena y Penélope, ahora, en nuestra era, todo junto se remata en la eximia Princesa de Éboli. Mas decid, poetas, oradores é historiadores, ¿por qué no honrais, musas, con los dignísimos loores de tan singular dama?» (7).

Separado de su Secretario, que en balde gestionaba, á quien se temía que descubriese los artificios de Perez á Felipe II, escribía D. Juan al Rey dias ántes (el 16 de Marzo de 1578), diciéndole que en Flándes no habia más medio *que la pura y viva fuerza*.

Acabó sus dias en Namur ese mismo año el inclito don Juan de Austria, con una cristianísima muerte y una expresion de afectos cariñosos á su hermano, como testificó en una carta al Rey el confesor del desdichado jóven, Fr. Francisco de Orántes (8). Por ese documento se demuestra que D. Juan siempre amó extraordinariamente á Felipe II y se mantuvo en su lealtad, si bien quejoso de no ser correspondido con igual vehemente amor; cosa no de extrañar en el ánimo frio y poco comunicativo de su hermano, que queria sin parecer que queria, que odiaba sin aparentar que odiaba, y que estimaba sin dar á entender la estima.

X.

Ocurrieron tras la muerte de Escobedo y la de D. Juan murmuraciones. Pedro de Escobedo, alentado por adversarios de Antonio Perez, procuraba demandar á éste sobre aquel delito. Mediaron ministros, y al fin Escobedo y otros parientes hubieron de desistir (9).

Preso, unas veces más apretada y otras más sueltamente, estuvo algunos años Antonio Perez, hoy con este pretexto, mañana con el otro, sin sonar para cosa alguna el asunto de la muerte de Escobedo. También lo estuvo, pero hasta espirar, la Princesa de Éboli, íntima amiga de Perez, y como tal, adversaria declarada hasta la imprudencia del secretario Mateo Vazquez.

Cuando el Presidente Pazos insistía con Felipe II en que se diese la embajada de Venecia á Antonio Perez con el fin de acabar con estas disidencias y con las murmuraciones de la córte en casos tan inciertos y de contradictorias explicaciones, Felipe II, ante este y otros términos, respondía con aplazamientos.

El mismo Pazos, en 1581, insistía con el Rey en que, visto los trabajos de tantos años que pasaba Perez, se le juzgase.

El Rey le respondió: «Si el negocio fuera de calidad que pudiera *procederse en él por juicio público*, desde el primer dia se hubiera hecho» (10).

Pero llegó el dia de la resolución de Felipe II, la cual fué terrible.

XI.

Es muy comun en los hombres pasar de la duda á la sospecha, de la sospecha á fantástica evidencia, de la evidencia á un juicio, del juicio á la condenacion de un hecho ó una persona, y de la condenacion al odio, al menosprecio ó

(7) PEDRO DE MADARIAGA, *Honra de Escribanos*, Valencia, 1565.

(8) Hállase entre los MSS. de la Biblioteca Nacional, y es muy digna de leerse. No hablo más extensamente de ella por no alargar más este escrito.

(9) Hasta llegaron á amenazar á Pedro de Escobedo con presentar las cartas de su padre á Perez, en que no hablaba muy bien del Rey. En una de Pedro Nuñez á Mateo Vazquez (1.º de Enero de 1579) dice que habia advertido á aquél «que mire en lo que se pone, que le han de destruir, é que tiene cartas de su padre en que dice mal del Rey y otras cosas semejantes.» Añadía el Nuñez, ignorante de que Felipe II las conocía: «Si decia mal del Rey y lo escribía, y ellos recibían las cartas, ¿por qué lo han callado tanto tiempo? Temo que los quiere Dios cegar para algun fin.» Tomo LVI de los *Documentos inéditos*.

Esas cartas, escritas con la franqueza suma de la mucha lealtad de don Juan y de Escobedo hácia el Rey, fueron siniestramente interpretadas por Antonio Perez con calumnias de ambiciones del primero para obtener la muerte de Escobedo, poseedor de secretos suyos, y ante cuyos ojos estaba descubierto como un falso amigo y aun como falso consejero de Felipe II.

(10) Tomo LVI de los *Documentos inéditos*.

(1) ESTRADA, *Décadas de las guerras de Flándes*.

(2) Cartas de Escobedo á Antonio Perez. Papeles de Estado y guerra ya citados.

(3) En el anterior documento, escrito en la Marche el 3 de Enero de 1577.

(4) «Hasta ahora (Alberto) no se halla haber dado señal de sí, sino de decir alguna niñería.» En el mismo documento.

(5) Idem.

(6) Idem.

al vituperio, pero todo con la mayor rapidez y con una naturalidad que no parece sino que en todo ello hay una certidumbre suprema, sin que medie prevencion, engaño ó malicia. Así suele formarse el adverso concepto público, y cuando haya más sinrazon, con más facilidad y hasta en sujetos de aventajado criterio, que parecian más seguros de prestarse á seguir los ecos de la pasion, de la vulgaridad ó de la ligereza. Era Felipe II recatado por naturaleza, y más recatado aún por los años y por la experiencia; existia siempre en él la duda de los hombres y la duda en la certeza de sus dictámenes, y hasta en su buena fe. Pero con esta innata duda de todo, no pasaba fácilmente á la sospecha, si en la sospecha no hallaba la semi-evidencia; de la semi-evidencia llegaba hasta dudar, y cuando se convencía de que era evidencia total lo que se presentaba á sus ojos, aplazaba su juicio, lo formaba lentamente, no satisfaciéndose todavía de si era no cumplidamente acertado ú oportuno, y para condenar en su criterio necesitaba de tantas pruebas morales, como para condenar con el carácter de rey necesitaba oír tantos consejos y hasta consultar con su conciencia.

Por muchos años estaba en sospechas de la lealtad de Antonio Perez en el proceder contra Escobedo y en consejos referentes á su hermano D. Juan de Austria. Felipe II habia cumplido el testamento militar y político de su hermano. Este, por sí, nombró su sucesor á Alejandro Farnesse, duque de Parma y Placencia, y el nombramiento fué confirmado. Don Juan aconsejó la guerra en Flándes, y la guerra se siguió ventajosamente para España.

El espíritu de D. Juan de Austria dominó en los consejos de Felipe II despues de muerto.

Este por espacio de mucho tiempo meditó acerca de una y otra infidelidad de Antonio Perez. Perseguido con mayor ó menor fuerza un año y otro y con enemigos, y perdiendo en autoridad y en esperanzas de tornar al poder, labios que el temor y la conveniencia tenían cerrados empezaron á entreabrirse para hablar vacilantemente y para concluir hablando con la seguridad y con el encono.

Antonio Perez sabía que el lema de Felipe era: *El tiempo y yo para otros dos*; y persuadido de esto, trató de ganar su voluntad aprovechando ese tiempo mismo. Yo he visto algunas de las cartas políticas sobre el estado de Europa, y consejos que desde sus prisiones daba al Rey para seguir haciéndose el hombre necesario en sus consejos. Confiaba en que ninguno de los secretarios alcanzaba lo que él, y queria vencer á sus enemigos demostrando una vez más al Rey lo mucho que valia (1); gran medio de defensa, que le iba sirviendo para entretener inciertamente la voluntad del monarca.

Cuando Felipe II se convenció de que D. Juan de Austria y Escobedo habian sido víctimas del engaño y de las ambiciones de Antonio Perez, hizo que jurídicamente se le pidiesen las causas de haberle aconsejado la muerte de aquel secretario. En el tormento, viéndose apretado por los dolores y sin valor para negar, y persuadido de que lo darian tan atroz como reo de Estado y con las exigencias del Monarca hasta conseguir su propósito, no abandonó su defensa. No trastornó su mente la vehemencia del dolor; no dijo, como tantos, en un momento de debilidad: «Cesen estos tormentos, que no puedo resistir, y venga despues el caldoso: hablaré lo que se desea»; y hablaban y se condenaban por sus propios labios. Entónces, para hacer sufrir la muerte al indiciado de un delito, se necesitaba imprescindiblemente la confesion del reo. Si en el tormento purgaba los indicios permaneciendo negativo, no por eso quedaba exento de alguna pena, pasando á servir en Africa ú otro

(1) Yo las he descubierto en el código en que habla (Biblioteca Colombiana) que la epístola moral á Fabio no era de Rioja, sino de Fernandez de Andrade; verdad que se ha acreditado con el descubrimiento de otro código contemporáneo que se halla en la Biblioteca de la Universidad de Granada y que se asigna al mismo autor; noticia debida al sabio catedrático de Literatura D. Leopoldo de Eguilaz y Yanguas.

ó punto con dos ó cuatro lanzas por determinado tiempo ó sometiéndose á otro semejante castigo.

Confesó, pues, Antonio Perez; pero ¿cómo? Astutamente calumnió la memoria de D. Juan de Austria, hablando de tratos secretos que por excitacion de Escobedo habia seguido á fin de casarse con Isabel de Inglaterra, y citando como testigos de quienes habia sabido todo ello con cabal certeza á dos embajadores, con quienes dice que el mismo Escobedo conferenció en un viaje (2); afirmacion que se tuvo por increíble, á causa de no haber podido salir de Flándes, ir á Roma y pasar á París en los breves dias que se supuso, y con caminos tan largos y difíciles.

Perez apeló al último recurso de los criminales más vulgares, que es el de atestiguar con muertos; y aunque parece que esto es descrédito de su astucia y fecundidad de talento, ocasiones hay tan graves en la vida, en que el hombre de más ingenio y experiencia de mundo no halla otro medio de defensa que el del ladino más sin letras, por ser contados los medios por donde el descuido ó inexperiencia del crimen y de la habilidad en el legislador ha dejado algun paso de huida ó de ganar tiempo emboscándose un delincuente.

Iba cediendo al dolor y al espanto de mayores en prolongado suplicio á decir: «Vi un rival que, sin él saberlo, estaba llamado á anonadarme; un jóven que á veces tenía la prudencia de un anciano y en otras toda la energía juvenil de quien era hijo de Carlos V; que era de gran valor personal é incapaz de sufrir al que procediese con él como mal caballero, y que seguramente se convenceria de que yo era fingido amigo, constando en sus cartas al Rey mis dictámenes puestos en su agravio y desautoridad; ¿cómo, pues, no oponerme al valimiento de D. Juan de Austria en palacio y al lado de Felipe II? Mis papeles conocidos por D. Juan, y el amor del Rey y la confianza íntima para con su hermano hasta el punto de mostrarle sus cartas y lo que yo contra él informaba en los momentos en que Escobedo y el mismo D. Juan me escribian seguros de la amistosa lealtad que juzgaban en mí á toda prueba. Conocido por D. Juan de Austria, sería igualmente conocido por Felipe II. Necesité, pues, poner sospechas en el ánimo de éste contra el llamado en todos los documentos *su muy querido y amado hermano* (3), para hacer imposible la confianza en él jamas; y conociendo el carácter vehemente y cariñoso y fácil á agravarse por celos y por desvíos, lo aconsejé tales, que acabaron con la vida de D. Juan. Y aunque su secretario Escobedo me decia (4): «quiero que sepa vuesa merced que para mi contento y provecho nunca bastó mal ajeno, sino todo lo contrario», yo procuré asegurar mi poderío siguiendo el opuesto camino con él, y por eso aconsejé y procedí á su asesinato.

Logró al cabo Antonio Perez huir á Aragon y salvar su vida. Se salvó por medio de motines y conflictos que promovió allí, por lo cual tanta gente principal y plebeya sufrió la muerte en público cadalso. Refugióse en Francia, de allí á Inglaterra, tornó á París, donde vivió favorecido, y luego despreciado, por Enrique IV é Isabel, si bien por no sé que resto de caridad mal mantenido por aquél, más en odio á Felipe II que por estima á Perez.

Peró por desgracia fué un malvado de mucho talento y con poder. Aun en el retiro de su prision, queriendo hacerse todavía acepto á Felipe II, siguió en el inicuo intento de levantar sospechas contra los más grandes hombres. Alejan-

(2) Luis Cabrera de Córdoba, en la *Historia de Felipe II*, observa que todo era mentira de Antonio Perez. «Y segun el tiempo en que partió de Flándes, pareció imposible haber hecho aquel viaje Escobedo. Antonio Perez no probó esto por las cartas que dijo habia tenido, ni por testigos, porque en aquel tiempo habian muerto los dos embajadores.»

(3) «*Les seaux des comtes de Flandre*, par Olivier de Wrlé et Brougen, 1641.» «En los edictos de Felipe II se llama por éste á D. Juan de Austria *nostre bon frere, nostre treschier es tresaimé bon frere messire Jehan d'Austriche.*»

(4) Papeles de Estado y guerra ya citados.

dro Farnesse, el héroe de las campañas de Flándes, el elegido para gobernador y capitán general de aquellos países por D. Juan de Austria en los últimos instantes de su vida, fué objeto también de sus calumnias secretas (1), sobre si debía ó no temerse que deseaba el reino de Portugal, y que teniendo á sus órdenes fuerzas tantas, y siendo príncipe, no vasallo, podría parecerle que en lo que intentase *no habria más felonía sino salir ó no salir con ello*. Indicaba al Rey que pusiese cerca de su persona una especie de espía, como ingeniero que discurriese, pensase y trazase á V. M. «mientras descansa ó se ocupa en otras cosas. Yo me acuerdo, exclamaba, cuando se hacia así y V. M. se holgaba de ello.»

En sus relaciones y cartas publicadas en Francia llamó *traidor* á Felipe II por haberle demandado las causas de la muerte de Escobedo, quitando al Rey la facultad de poder inquirir si él habia sido ó no el *traidor*, engañándolo para autorizar la muerte violenta de quien no tenía más culpa sino el amor y la compasión hácia la persona de D. Juan de Austria.

Adonde quiera que fué lo acompañaron las sombras vengadoras de D. Juan y de Escobedo, víctimas de su mal astuta y desordenada ambición, no consiguiendo en forma alguna el logro cumplido de sus designios de ser perpétuamente el dueño del ánimo de Felipe II. Él mismo cerró las puertas de palacio para sí, al cerrarlas con la mano de la muerte para aquéllos. ¡Tremendo castigo de la Providencia para sus maldades!

XII.

La desgracia y la pobreza, que en sus postrimerías no se separaron de D. Juan de Austria, parece como que quedaron

(1) El jesuita Estrada llegó á entenderlas, pues las indica al fin de la *Vida* de D. Juan: su hermano conocia estos escritos de Antonio Perez, que existen manuscritos, como dije, en la Colombina.

en herencia á un presbítero, noble flamenco, llamado Carlos Juan de Villa, hijo de bautismo suyo, en los instantes en que tantos sufrimientos morales experimentaba en los Países-Bajos.

En 18 de Diciembre de 1656 un anciano sacerdote entró en el Ayuntamiento de Cádiz y presentó una carta de recomendación del Presidente de Castilla (2).

Solicitaba, como tal ahijado de D. Juan de Austria, que se le diese una limosna para juntar doce mil reales de á ocho con que rescatar á dos sobrinos suyos, caballeros de sangre, cautivos en Constantinopla, el uno sacerdote también, teólogo y predicador, y el otro capitán.

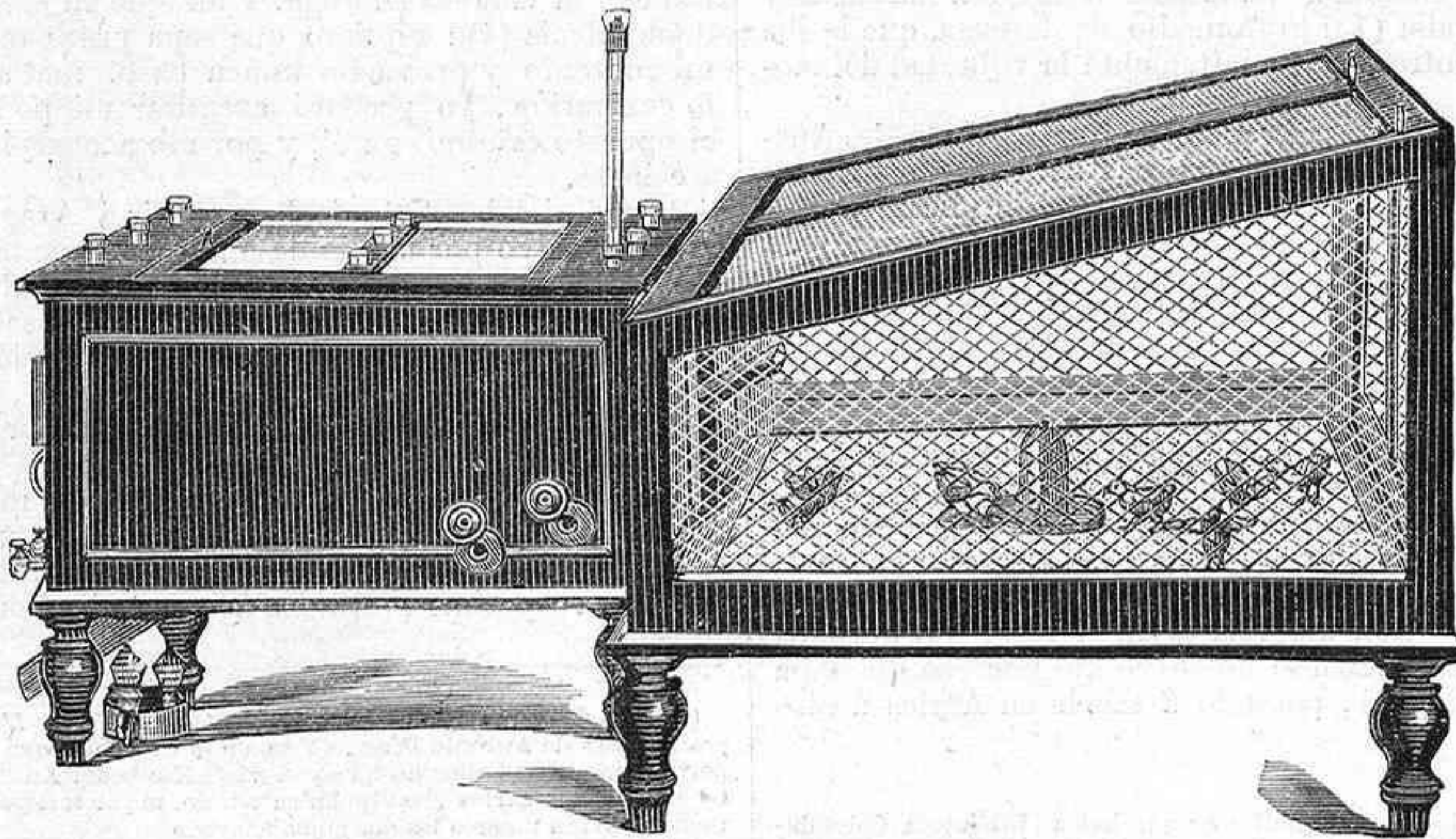
El Ayuntamiento, por hallarse con pocos medios, sólo le concedió veinte pesos de á ocho reales, y que un caballero de la ciudad, nombrado por el Alcalde mayor, acompañase al doctor Carlos Juan de Villa para que con él pidiese limosna para ese fin por las casas de los vecinos.

Sesenta y ocho años después de la muerte de D. Juan de Austria habia quien se hallaba afligido de tal manera, sin que le hubiese servido de completo amparo en la corte de España para no pedir limosna de puerta en puerta el nombre de su padrino el vencedor de Lepanto.

Es verdad que en ese tiempo habia empezado á declinar el poderío de España. ¿Qué extraño que en el dolor de ver un día y otro día perderse el fruto de tantas y tantas glorias de los antepasados, no se mirase sino con tibio afecto el ahijado de aquella gloria española llamada D. Juan de Austria? Y eso que todavía despertaba algo en los corazones su nombre y habia un rey que, como Felipe IV, lo daba á un hijo de clandestinos amores, en la esperanza de que la patria tuviera un nuevo D. Juan.

ADOLFO DE CASTRO.

(2) Archivos del Ayuntamiento de Cádiz.



Nueva incubadora artificial empleada en Alemania, con jaula para proteger el crecimiento de los pellos.

UNA «PIERRETTE.»

ESTUDIO DEL NATURAL

por Raimundo de Madrazo.



LA VISION DE FR. MARTIN.

(WITEMBERG, 15..)

I.

Era una noche destemplada y triste del aterido invierno. Lentamente la nieve silenciosa descendió del alto cielo en abundantes copos, como sudario fúnebre cubria la amortecida tierra. Cierzo helado azotaba los árboles desnudos de verde pompa, pero no de escarcha, y, conmovidos por el recio choque, parecían lanzar en las tinieblas los duros troncos, lastimeros ayes.

II.

La ciudad descansaba. De repente turbó su sueño el lúgubre tañido de la campana, que con voz sonora desde la torre á la oracion llamando, en sus vibrantes notas contenia todo el siniestro horror de aquella noche, negra y glacial, como el ingrato olvido de la mujer amada.

III.

Era la hora de los maitines en el viejo templo de Padres Agustinos. Taciturnos y soñolientos, la capucha vuelta sobre la faz rugosa, y con los brazos en las flotantes mangas escondidos, por el gótico claustro del convento los frailes avanzaban hácia el coro. Las moribundas lámparas que ardan de trecho en trecho, el claustro iluminaban con esa claridad tibia y confusa, más espantable que la misma sombra. Y allá léjos, muy léjos, en el punto donde sus tenues rayos se perdian — como en el lapso, perceptible apénas, en que la luz crepuscular se extingue y cede el paso á las nocturnas horas — próximo al muro, tosco crucifijo de colosal tamaño descollaba, despertando en el alma esos terrores vanos, pero invencibles, que el silencio forja en la oscura soledad.

IV.

El claustro quedó poco despues desierto y mudo, y entónces un humilde religioso

de su celda salió. Cual si cediese á irresistible impulso, ante la imágen del Santo Redentor, que en la penumbra sus enclavados brazos extendia, con sorda agitacion cayó de hinojos; ronco gemido levantó su pecho, como levanta las dormidas olas del mar la tempestad; copioso llanto rodó por sus mejillas descarnadas, y reclinando en las marmóreas losas su demacrado rostro, oró un momento.

V.

El preludeo del órgano, inseguro, débil y torpe cual la voz del niño que la palabra indómita balbuce; súbitamente interrumpió el reposo del sagrado retiro, y la profunda contemplacion del afligido hermano. Sacudió la cabeza cual sacude el caminante su nevada capa cuando al hogar hospitalario llega, y arrojando de sí los pertinaces recuerdos, suspiró, besó conrito la helada piedra, y penetró en el coro.

VI.

Él faltaba no más. Saludó el ara con fe devota, y ocupó su asiento en la esbelta y tallada sillería donde esculpió la primorosa mano de hábil artista el trágico poema de nuestra santa Redencion. La roja y amortiguada llama de los cirios, que junto al facistol se consumian con áspero y tenaz chisporroteo, alumbraba la augusta ceremonia. El órgano, hasta entónces vacilante, rompió, como ruidosa catarata, en raudales de mística armonía, y cual aves que salen de sus nidos al llamarlas el sol, ágiles notas en tropel la alta bóveda inundaron, ya graves, ya sumisas, ya imponentes; despues el rezo comenzó.

VII.

¿Quién oye sin alterarse el recogido acento, el unísono cántico que elevan á Dios las almas puras, olvidadas del mundo y de sus locas vanidades?

¿Quién no siente de lágrimas henchidos los ojos? ¿Quién no tiembla y se estremece cuando en la nave colosal retumba, con la terrible majestad del trueno, ese coro magnífico y sublime, mitad imprecacion, mitad sollozo, en que parece que palpita y llora abrazado el dolor á la esperanza, como un esposo al cuerpo inanimado de la mujer á quien amó rendido?

VIII.

Los salmos de David son como el viento, que apacible y sutil el campo orea, grana la mies, y en melodiosas arpas los corpulentos árboles convierte. Mas luego fiero y desatado troncha los más robustos troncos, las campiñas y los poblados tala, hincha los mares revolviendo las olas, y el espacio con sus bramidos espantosos llena. También el canto del salterio enjuga el lloro amargo, vierte en las heridas consoladores bálsamos, conforta al débil, da vigor al oprimido, y al enfermo, salud. Mas ¡ay, si estalla en sus tremendas notas el enojo! ¡Ay, si el céfiro blando se transforma en huracan desenfrenado! Entonces abate á los soberbios, aniquila la maldad orgullosa, y hasta aventaja el olvidado polvo de las tumbas. ¡Oh canto de piedad y de castigo! Por tus graves versículos parece como que escucha el ánimo suspenso rodar todo el estrépito del mundo: tronos que se desploman, muchedumbres que arrastra la pasión, sordo rugido de la plebe sin Dios, desesperadas blasfemias, estertores de la muerte, todo en el arpa del Profeta vibra. — Es como el mar la humanidad: ni calla ni se detiene. En su perpétuo curso cada generación lanza su queja, como cada ola su rumor. Furioso el vértigo del tiempo la arrebatada, y clama sin cesar de siglo en siglo: — ¡misericordia, oh Dios, misericordia! — ¿Concentran ¡ay! los inspirados salmos tan perdurable afán?

IX.

Con impaciente celo, como quien busca en la plegaria fuerza para domar las tempestades del oprimido corazón, el monje recién llegado al religioso coro unió su voz entrecortada y dura. Los que gemían en las mortales noches de prolongado insomnio, en que vacila la fe, se ofusca la razón, y pliega la esperanza sus alas, como el ave ya próxima á espirar; los que del fondo del pensamiento, en tan horribles horas, sentían nacer la alborotada idea, grande como Luzbel, como él rebelde, impía y tentadora; los que en lucha tenaz con la conciencia amedrentada veis lentamente oscurecerse el cielo y pasar en revuelto torbellino

las ilusiones y creencias, una tras otra, cual las chispas fugitivas de ardiente hierro sometido al yunque: vosotros ¡ay! en el medroso acento, y en el fervor acongojado y hondo con que el mísero fraile á Dios llamaba, sentido hubierais palpar la duda, la duda insana, la ansiedad suprema del náufrago infeliz que, arrebatado por las rugientes y encrespadas olas, mira á lo lejos la risueña playa, insensible á su mal. — Mas de improviso calló, fijando los turbados ojos en el gótico altar, que en lo profundo del templo opacamente aparecía. Y creyó ver que en la desierta nave como negro vapor se condensaban las palabras del salmo, los acordes armoniosos del órgano, su misma voz, de zozobras llena, y hasta el eco que retumbaba en los macizos muros. Los bíblicos lamentos, los dolientes ayes y los versículos sublimes que del coro monástico surgían, dijérase que en raudas espirales iban á hundirse en la profusa niebla, espesándola más. Luego del seno de aquella masa lóbrega, conjunto de quejas, y suspiros, y clamores en concertado són, cada gemido, cada plegaria, cada voz, cobrando sér, cuerpo y expresión de un pensamiento, de una muerta memoria ó de una pena, animados y vivos á la vista del atónito fraile se mostraron.

X.

Poblóse la ancha bóveda de informes y fantásticos seres, que en horrenda, vertiginosa danza, en incesante giro, en perpétuo movimiento, como nocturnas aves por el aire vago, agitaban sus alas no sentidas. Las recónditas ansias, las pasiones dormidas, los recuerdos importunos, que hasta del claustro en el retiro humilde rompen la paz de la existencia humana, en la insondable sombra revivieron; y cuantos vicios escondidos yacen en lo oscuro del alma, allí en confuso turbion, tomando caprichosas formas, cruzaban cual relámpagos. La gula, la codicia, el rencor, la hipocresía, larvas de humano rostro, serpeaban con cárdeno fulgor en las tinieblas: y la pálida envidia, el vil recelo, la iracunda ambición, el hondo hastio, monstruos disformes de aceradas garras, ávidas fauces y órbitas de lumbre, con inquieto furor se retorcian. Como indeciso rayo de la luna en tormentosa noche, contrastando con las visiones lívidas, que el miedo, la pasión despechada, acaso el crimen en la espantosa soledad engendran, la fe sencilla y crédula que busca su patria celestial, de luz vestida, los tenebrosos ámbitos surcaba. Allí la voz en que el amor profano se revuelve ignorado y contenido, como el fuego volcánico en las duras

entrañas de la tierra, revestia gallardas formas de mujer. ¡Cuán fácil mostrábase al amor, desnudo el seno y palpitante, la febril mirada incitando al placer, y la entreabierto boca ofreciendo al corazón impuro un ósculo sin fin como el deseo! Desgreñadas orgías, imposibles sueños de la abstinencia, abrumadores votos de castidad, que en las vigiliass del claustro brindan en dorada copa á la sed de las almas hiel hirviendo, con satánica burla le acosaban. Allí la pena, y el amor, y el odio lloraban en silencio; allí la culpa se destrozaba el oprimido pecho. El gesto y la expresión de aquella hueste de siniestras visiones daba espanto: lleno estaba el espacio de sollozos que se quebraban sin sonar; ni un grito, ni un suspiro, ni un ¡ay! la pavorosa y fantástica ronda interrumpían.

XI.

El fraile, jadeante y aturdido cual si tomara en la incesante rueda parte activa también, la deslumbrada vista alejó de la imponente nave, clavándola en el suelo. ¡Ay! Pero nunca hiciera tal. Horripilante escena, que heló su sangre, y de sudor de muerte cubrió sus miembros rígidos, de pronto hirió su trastornada fantasía. Frios y descarnados esqueletos recién salidos de sus tumbas, mudos, inmóviles y absortos, con los brazos tendidos, en la iglesia se agolpaban de espaldas al altar, mirando al coro, y animaba sus mustias calaveras mueca infernal, incomprensible, oscura. ¿Lloraban? ¿Se reían? ¿Aquel gesto era de escarnio ó de dolor? Vedado está el misterio á la razón humana. ¿Quién interroga á los sepulcros? Nadie sabrá jamás lo que en su abismo encierran. ¿Es la vida? ¿Es la muerte? ¿Es el principio? ¿Es el fin? ¿Es la nada?... ¡Eterno enigma!— ¡Este es el mundo! El vértigo en su altura; abajo, la bullente podredumbre, y en el altar, la sombra.

XII.

Ante el medroso hormiguero de espectros, que ofuscaba su juicio y su conciencia, con lamento desesperado y penetrante, el monje pidióle amparo á Dios, y alzóse al punto de las tinieblas virginal figura hermosa y fulgurante, pero triste. Larga, enlutada túnica cubría sus púdicos contornos, cual celaje que envuelve el blanco disco de la luna sin amenguar su resplandor; sus ojos no lanzaban las ráfagas de fuego que en la núbil pupila amor enciende, pero brillaban transparentes, puros, como los astros en tranquila noche de caluroso estío; su ondulante y negra cabellera, en destrenzadas hebras por la ancha espalda descendiendo,

con doble encanto resaltar hacia la grave y melancólica hermosura de la celeste aparición, envuelta en una claridad como de aurora. Pintábase en su faz meditabunda y pálida el dolor; ese infinito dolor que azora la razón del hombre cuando busca y no encuentra, cuando mira y no ve, cuando lucha y desfallece.

XIII.

Cruzando leve el círculo movable de seres impalpables, que llenaban la bóveda espaciosa, la serena visión, rompiendo el aire, entró en el coro, y en el respaldo del sitial labrado en que convulso el fraile padecía tan tremendas angustias, silenciosa apoyó blandamente el casto seno. Vióla el monje llegar, cerró los ojos, y al través de los párpados, más viva la imagen percibió; sintió unos brazos que le estrechaban afanosos; luego un ósculo glacial, que á un tiempo mismo le helaba el corazón y le encendía la mente; luego penetróle el alma una voz regalada y cadenciosa, como el rumor del céfiro en las flores; voz que, temblando, le decía:—Deja que te abrace otra vez. ¿Quién este nudo podrá ya desatar? ¡Vén! Te he besado y ya eres mio, ¡para siempre mio!—

XIV.

El coro, en tanto, sus pausadas preces alzaba á Dios; el órgano en *crescendo* solemne y grave, el templo estremecía, y la visión radiante á cada salmo contestaba con otro, cual contestan el eco al grito y el dolor al golpe.

CORO DE FRAILES.

¡Ay! Bienaventurado el varón que se humilla y no escucha el consejo del malvado, ni en la manchada silla de ciegos burladores se ha sentado.

LA VISION.

Si en seguirme consientes, pide, y mi amor te colmará fecundo de dones y presentes; tuyos serán los términos del mundo y te daré por heredad las gentes.

CORO DE FRAILES.

Párate, que resbalas; la tentación desprecia y huye de falsas y mentidas galas; que si el peligro arrecia, te esconderé en la sombra de mis alas.

LA VISION.

¿Vacilas? Ten aliento, y no el torpe recelo te confunda; eleva el pensamiento, y libre como el pájaro en el viento, quebranta tu cadena y tu coyunda.

Turbado, incierto, atormentado acaso
 por ocultos deseos, hasta entónces
 nunca sentidos, y que el leve acento
 de la vision en su interior movia,
 volvióse el fraile, y preguntó azorado:
 —¿Quién eres? ¿Qué pretendes? ¿Por qué alteras
 mi oracion y mi paz? — ¿No me conoces? —
 le respondió, atrayéndole amorosa:
 —Yo soy, mírame bien, algo que vive

y algo que ha muerto en tí. Soy una llama
 que surge de improviso en el abismo
 de tu inquieta razon. ¡Yo soy la Duda!
 Al oír esto, irguióse el sacerdote,
 y acometido de mortal desmayo,
 quiso escapar de allí, mas vino á tierra
 como la encina rota por el rayo.

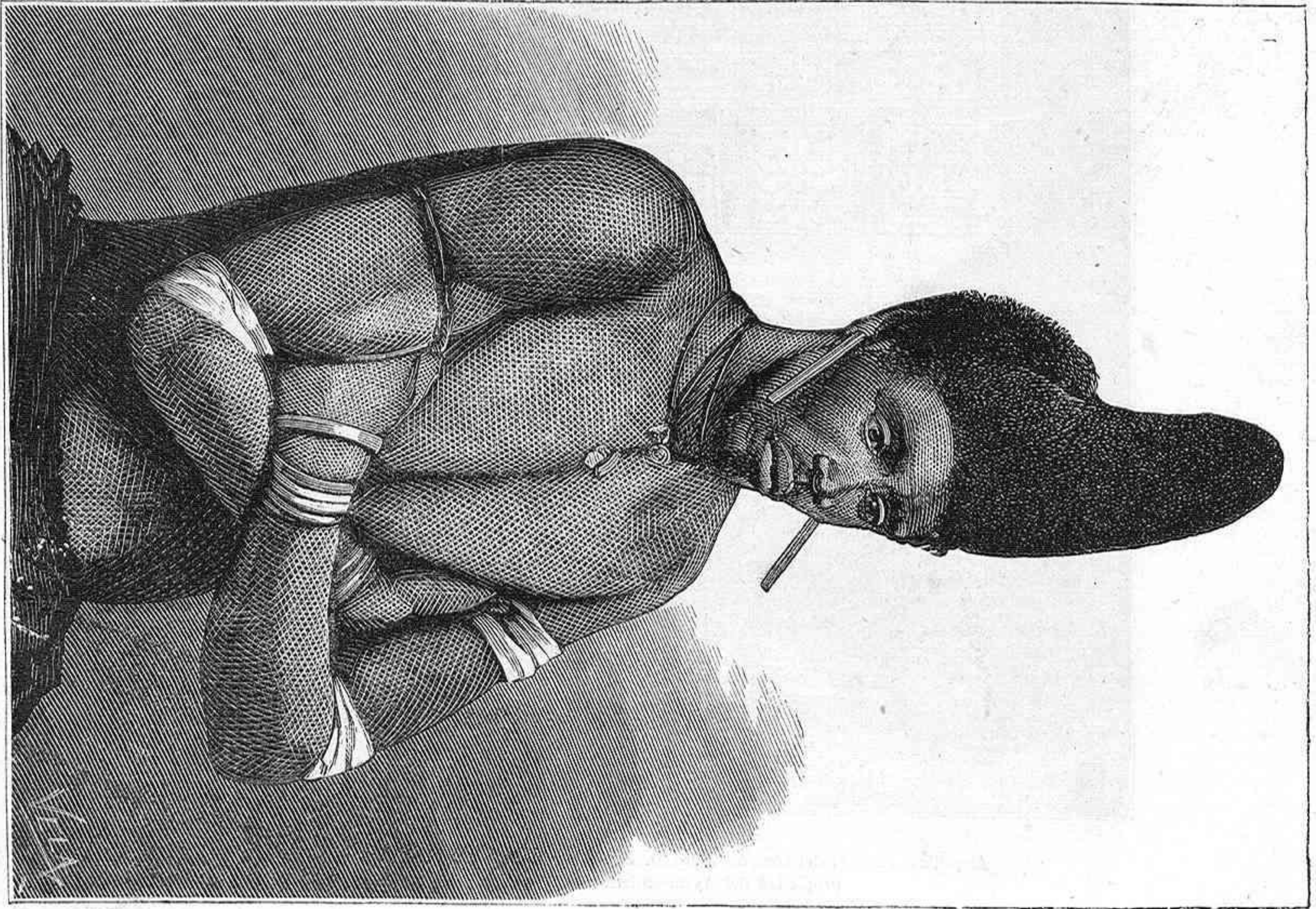
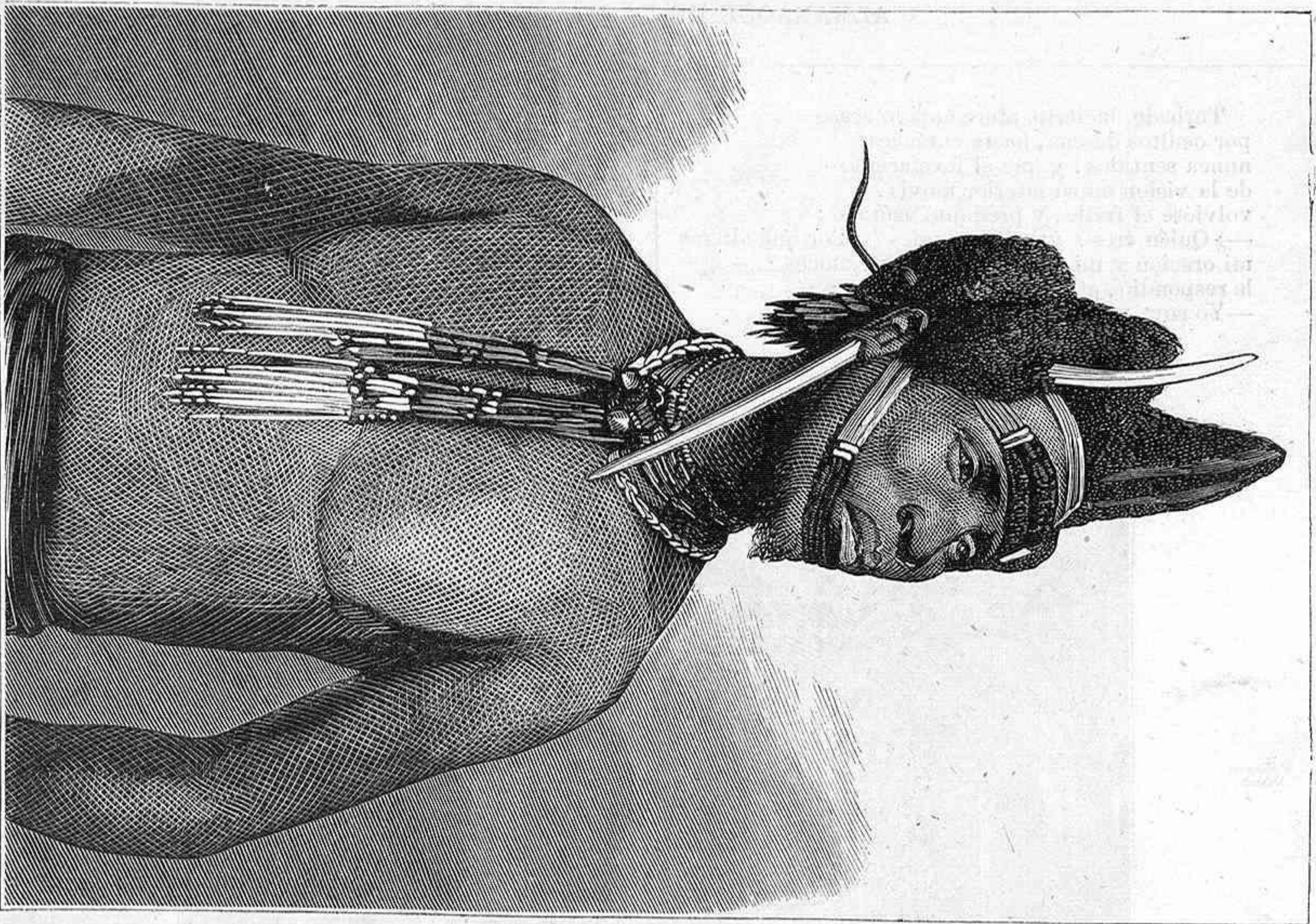
GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

ARTES SUNTUARIAS (SIGLO XVII)



Arquilla-escritorio del insigne poeta D. Francisco de Quevedo y Villegas,
 propiedad del Ayuntamiento de Tortosa.

AFRICA DEL SUR.



DOS «DANDYS» DEL PAÍS DE LOS ZULÚS.—(De fotografía hecha en Natal.)

LAS CENIZAS DE LOS COMUNEROS.

(CAPÍTULO DE UN LIBRO INÉDITO.)

Como medida justa y reparadora del olvido en que los españoles han tenido las glorias patrias, apareció en la *Gaceta* el Decreto del Poder Ejecutivo de 31 de Mayo de 1869, determinando la inauguración del Panteón Nacional, fundado por las Cortes Constituyentes de 1837 en la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid.

Era natural que entre los esclarecidos varones á cuyos restos se iba á dar solemne y honrosa sepultura en el Panteón, se contaran los héroes de las Comunidades de Castilla, que por la libertad dieron la vida; mas el preámbulo del mencionado decreto, suscrito por el ministro de Fomento D. Manuel Ruiz Zorrilla, decía «que la tradición absolutista en nuestros días entregó al fuego y aventó las cenizas de Padilla, Bravo y Maldonado»; y apareciendo por entonces un cuaderno que reunía los apuntes biográficos de los elegidos para la gran fiesta nacional de la inauguración, confirmaba su autor la especie de haber sido aventadas las cenizas de aquellos caudillos populares, si bien rectificaba al Ministro en cuanto á que los ejecutores fuesen los que conservan la tradición absolutista en nuestros días, toda vez que afirmaba que las cenizas fueron dadas al viento en Villalar en 1523 (1).

¿Cuál de estas dos versiones es la cierta? El asunto merece esclarecerse, y ya que no se hizo en la oportunidad, no han de vagar, según creo, las siguientes noticias, protestando que con ellas no pretendo entrometerme en el juicio de las personas y de las intenciones de los Comuneros; juicio que todavía aguarda la historia, toda vez que la pasión política ha influido poderosamente en los que ha emitido la generación presente.

Siendo gobernador de la plaza de Zamora el general don Juan Martínez, el Empecinado, discurrió que era ocasión de acreditar su amor á las libertades patrias investigando el lugar del territorio de aquella provincia en que desatendidos yacían los restos de los principales caudillos de Villalar, y al efecto dictó y fijó en lugares públicos la orden que sigue:

«La fama nunca muere, y la memoria de los héroes es un estímulo á los ciudadanos que desean conservar la libertad, don el más estimable que dió la naturaleza. Trescientos años se cumplen el día 23 de este mes que la nación española perdió la suya en los campos de Villalar, y en el 24 fueron víctimas del despotismo los valientes castellanos Padilla, Bravo y Maldonado, á cuya desgracia siguieron Pimentel y Acuña, dignísimo obispo de esta ciudad. Yaciendo las reliquias de los primeros en esta provincia (2), sería un descuido delincuente no tributarlas una viva ofrenda de nuestros sentimientos patrióticos. Mi pensamiento lo he acordado con las autoridades locales, que han convenido con el mayor entusiasmo á mi intento y ofrecido sus auxilios; para dar el primer paso á tan plausible empresa, con-

(1) PANTEÓN NACIONAL.—*Descripción de San Francisco*.—Decreto de las Cortes Constituyentes de 1869, con los apuntes biográficos de los grandes hombres cuyos restos quedan depositados al inaugurarse el Panteón, por M. P. y P. (Manuel Prieto y Prieto?), individuo de la Subcomisión. Madrid, imp. de Fortanet, 1869. Cuaderno en 8.º, de 48 páginas.

(2) Téngase presente que Villalar no corresponde á la de Valladolid más que desde la última división territorial, posterior á la fecha de esta orden.

templo necesaria la formación de un expediente militar instructivo y fehaciente, por el que conste el sitio de la batalla, y en donde fueron enterrados los huesos de los beneméritos defensores de la patria, con la expresión y distinción susceptibles; los que con la autorización y publicidad competente se exhumarán y depositarán en una urna provisional, con tres llaves, que recogerán y retendrán por ahora los señores Comisionado, Alcalde constitucional y Párroco de Villalar, y colocará en su iglesia con la mayor decencia, hasta que se determine su fijación con el aparato de que son dignos; para lo cual doy la más amplia comisión al señor coronel, comandante de ingenieros de esta plaza, D. Manuel de Tena, y á D. Máximo Reinoso, teniente del regimiento de infantería de Vitoria, que haga las funciones de secretario; confiando en la exactitud, instrucción y prendas recomendables de ambos, quienes anticipadamente tomarán todas las noticias convenientes de autores clásicos y documentos que se hallen archivados. Esta determinación servirá de cabeza de proceso, á la que se unirá el oficio del señor Jefe político de esta provincia y el del señor Vicario eclesiástico de esta diócesis, para la legitimidad del acto, y no haya obstáculo en la práctica de diligencias, y original me lo entregarán para los efectos correspondientes.—Zamora, 4 de Abril de 1821.—*El Empecinado*.»

Se hizo, efectivamente, la investigación, con cuyos pormenores no he de alargar este escrito; el aludido jefe político, D. Pedro Boado, pasó un patriótico oficio á los Ayuntamientos para que se auxiliase de todos modos al coronel D. Manuel de Tena, que parece haber sido el alma del asunto; éste repasó los historiadores de más nota, examinó testigos, pidió documentos á los archivos, y con actividad y felicísima suerte halló al punto los restos venerandos que buscaba, con más los garfios en que fueron colgadas las cabezas de los nobles caudillos castellanos, y armas y otros objetos relacionados con su desdichada empresa. Sacó planos y vistas del campo de batalla, de la villa, de la casa que sirvió á los héroes de capilla, de la picota, de las sepulturas, y levantó el acta que sigue:

«En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Autor y Supremo Legislador de la sociedad. Sea notorio á todos los presentes y venideros, y para perpetua memoria, cómo estando en la villa de Villalar hoy 13 de Abril de 1821, año segundo de la restauración de la libertad española, el Sr. D. Manuel de Tena, coronel comandante de ingenieros de la plaza de Zamora, comisionado por las autoridades para lo que se hará mención, presentes todos los individuos del Ayuntamiento Constitucional de la misma villa, á saber: (aquí los nombres); Juan Antonio Alonso, cirujano titular de ella, y otros muchos vecinos y ciudadanos del pueblo que para el efecto fueron convocados; el licenciado D. Nicolás Álvarez Benavides, abogado de los tribunales nacionales; D. Pedro Gavilan, vecino y médico éste de la villa de Tordesillas, y otros muchos que lo son de los pueblos limítrofes de ésta, con la asistencia y testimonio de D. Máximo Reinoso, teniente de infantería de Vitoria y secretario de la Comisión; de D. Tomás Sánchez de Arcilla Zorrilla, escribano real y del número y Hacienda pública de la ciudad de Toro; de D. Gregorio Antonio Bayón, escribano real y del número de la villa de Castañón, y de D. Juan Díez Alonso, escribano de esta villa



en consecuencia del expediente instructivo formado para el descubrimiento de los sepulcros en que fueron enterrados D. Juan de Padilla, D. Francisco Maldonado y D. Juan Bravo, procuradores de Cortes respectivamente de Toledo, Salamanca y Segovia, decapitados en esta villa de resultas de la desgraciada batalla de su nombre, y para lo que se ha dado comision al expresado D. Manuel de Tena, y como de aquél aparezca ya suficientemente justificado que los memorados tres procuradores fueron sepultados en las inmediaciones del Rollo, de esta mencionada villa, poniendo en ejecucion el acto proveido por dicho señor comisionado, se procedió á la excavacion de las partes de terreno inmediatas á dicho Rollo, habiendo delineado éstas (que han señalado los testigos, la tradicion, y áun las manchas exteriores) don Manuel Sipos, maestro mayor de la fortificacion de la plaza de Zamora; y se principi6 á cavar por el maestro de obras de esta villa, Santiago Gento, y otros operarios en la parte más inmediata al Rollo, mirando al Mediodía, así como en otro sitio sobre éste, á distancia de quince piés con la misma direccion, y de cuya excavacion resulta lo que sobre ella han entendido y reconocido los expresados D. Pedro Gavilan, médico de Tordesillas, y Juan Antonio Alonso, cirujano de esta villa, segun su declaracion, que dieron en esta forma, y en su virtud firmaron al pié de esta acta, y dice así :

»Que habiendo visto y presenciado la excavacion pública que se ha hecho de los sepulcros que aparecen próximos al Rollo de esta villa, y exhumacion de los huesos y bastante tierra, juzgan que en el primero, que está como al Mediodía, sin duda fueron enterrados dos cadáveres; y en el segundo, que está situado sobre éste, á distancia de quince piés, parece haber sido colocado uno solo, y hallaron que además de la mucha tierra, de que se recogió muy considerable porcion, la cual formaba un glúten extraordinario, como que estaba indudablemente impregnada de sangre y aceite animal, por su color morado y consistencia, y que al mismo tiempo se advertía que giraba en diversas direcciones, pero siempre dentro de la localidad ó situacion que ocupaba el cuerpo humano, se encontraron en el primer sepulcro varios huesos de naturaleza humana, que seguramente tienen mucha antigüedad, como son partes del fémur, algunas costillas, vértebras y parte de clavículas; notándose dos particularidades en este sepulcro: primera, que no se halló hueso alguno correspondiente al cráneo; segundo, que la direccion que tenian las dos partes de terreno más húmedas y más impregnadas de la tierra en los términos que van especificados, está colocada en una misma línea, lo que demuestra la uniformidad con que fueron puestos los cadáveres, y que aquellas partes de terreno sin duda correspondian á la situacion que ocupaba el vientre y demas grueso del cuerpo; tambien se encontraron y reconocieron los huesos del segundo sepulcro, en el cual, además de hallarse de la misma naturaleza, los hubo, aunque bastante fracturados, que pertenecian al cráneo.

»En cuya conformidad, y por no ser necesaria otra excavacion, mediante á que en las que se han hecho anteriormente no se han hallado otros vestigios, habiéndose colocado por ahora los huesos de que va hecho mérito con bastante porcion de tierra, de la que hablan los facultativos, impregnada en sangre y aceite animal, en una urna provisional con tres llaves, en la que tambien se incluyeron los trozos de escarpia y lanzas que se hallaron en la picota, y la punta de una espada y un puñalete, hallados en el campo de batalla: á presencia de todos los circunstantes y pueblo, se cerró dicha urna, entregando respectivamente sus llaves al mismo señor Comisionado, citado Alcalde constitucional y Párroco de la de San Juan Bautista, y en el momento se tocaron todas las campanas de las dos parroquias y la del reloj de la villa con sonido lúgubre; y sin la menor demora se dispuso un pequeño catafalco, próximo al Rollo, en el que, cubierto de paños negros, se colocó dicha urna, adornada con los trofeos militares y blandones de cera; y

habiendo precedido la correspondiente convocacion de todas las autoridades, pueblo y forasteros, con las cofradías, que se presentaron con sus pendones y cera á este acto tan religioso, se ordenó una procesion con el objeto de trasladar dicha urna á la memorada iglesia de San Juan Bautista, como así se verificó, dirigiéndose ántes á la casa en que estuvieron en capilla los tres caballeros, entonándose el *Miserere* y responsorios, habiéndose conducido la misma urna por los mencionados señores coronel D. Manuel de Tena, Dr. D. Diego Antonio Gonzalez, juez de primera instancia; D. Pedro Gavilan, comandante de la Milicia nacional de Tordesillas, y D. Máximo Reinoso, secretario de la Comision, presidiendo dicho acto los memorados Alcaldes individuos del Ayuntamiento constitucional, y depositada y encargada la referida urna al cuidado del Párroco de la citada iglesia de San Juan, bajo la responsabilidad de custodiarla con la decencia que corresponde, se concluyó esta acta, que firmaron dichos señores Comisionado y concurrentes, de que certificamos. (Siguen cuarenta y tres firmas.)—Fuimos presentes: Máximo Reinoso, secretario de la Comision.—Tomás Sanchez de Arcilla Zorrilla.—Gregorio Antonio Bayon.—Juan Díez Alonso.»

Con esto regresó la Comision á Zamora y se ultimó el expediente, agregándole otros documentos, entre los que se halla el dictámen del Asesor, digno tambien de noticia. Dice :

«El laudable objeto que V. S. se propuso en la formacion de este expediente militar se halla completamente calificado, y los señores Comisionados han llenado su encargo hasta el último punto, conforme á sus deseos. Con éstos se anima la diligencia, y se vence con ella lo que parece imposible. Se dudaba por algunos del feliz éxito de la empresa, y que pudieran hallarse, despues de trescientos años de vicisitudes, las reliquias despreciadas y abandonadas en el campo de los valientes adalides que sacrificaron su vida en honor de la patria. Aunque sellados con el oprobio, respetaron su sepulcro los vecinos de Villalar, y ahora se glorian de su piadoso celo. El prestigio de estos moradores, movidos como por encanto á conservar ileso aquel sitio, fijándole en la memoria de sus generaciones, y la exactitud de la Comision, han producido el afortunado efecto. Las pruebas del proceso son del mayor mérito y de la más clara evidencia. Los señores Comisionados han informado verbalmente de una que comprueba la identidad del descubrimiento, comun opinion y general tradicion. Los habitantes de Villalar y comarcas deseaban impacientes llegára el momento de dar principio á la operacion, equivalente á si se buscára un tesoro que hiciera sus fortunas. Al paso que los huesos recibian el aire libre y la luz del dia, comunicaban una sensacion agradable, y como por una virtud magnética y simpática, se difundieron en los corazones de los circunstantes los más tiernos sentimientos, explicados con lágrimas y sollozos: no hubo quien no se electrizará, y se han quejado muchas personas de los pueblos limítrofes que no se haya contado con ellas para presenciar y ser partícipes de una escena mezclada á la par de dolor y de gozo. ¡ Cenizas prodigiosas, que con su eficacia disiparán la fatuidad de los que quieren las cadenas y la esclavitud! He creído no debía pasar en silencio una ocurrencia interesante igualmente á manifestar el espíritu público, que se espera será uniforme en la celebridad de la magnífica funcion que se prepara para eternizar la memoria de nuestros héroes castellanos. Con este recomendable fin, no sólo contemplo digno de la aprobacion de V. S. el proceso, sino que por los encargados de su formacion se saquen dos copias, certificadas por el Secretario y V.º B.º del señor Comisionado, de las cuales se depositará una dentro de la urna con las reliquias en una caja de plomo, para que conste á la posteridad más remota su procedencia, si se descubriesen por accidentes extraordinarios; y otra para presentarla V. S. al Congreso de la nacion, á quien debemos tributar todas las obras heroicas, y se digne mandar honrar estas

víctimas inmoladas por salvar á la patria, en los términos que juzgue oportunos; reservando V. S. el expediente original hasta que por el mismo Congreso se determine el lugar á propósito para su custodia, y que no padezca extravío. Y habiendo dispuesto la Junta, reunida por invitación de V. S. para organizar y engrandecer la próxima función, imprimir un extracto del proceso, dándole la publicidad que merece, se servirá V. S. mandar se ejecute por el secretario D. Máximo Reinoso, con intervención y autorización del señor comisionado D. Manuel de Tena. Zamora, 19 de Abril de 1821.—Bernardo Peinador.—Me conformo con el dictámen de mi Asesor, y devuélvase á los señores Comisionados para la ejecución de cuanto en él se expresa.—*El Empecinado.*»

En efecto, se digeron á luz estos peregrinos documentos en un cuaderno, ya raro (1), y á mayor abundamiento, se hizo distribución separada de copias del acta por toda España, y aún se enviaron fuera, toda vez que la insertó el *Indicador Constitucional*, periódico de la Habana, el 27 de Junio de 1821, juntamente con la entusiasta carta de remisión del juez de primera instancia de Toro, D. Diego Antonio Gonzalez, que deseaba se diera á luz la Memoria en todos los idiomas y se imprimiera en el corazón de los españoles en aquellos momentos, «en que las libertades de los pueblos se veían encadenadas por las hordas septentrionales.»

El expediente original fué remitido á las Cortes, donde no produjo ménos entusiasmo. En la sesión extraordinaria de la noche del 24 de Junio de 1821 se leyó el dictámen de la Comisión elegida para informar acerca del proyecto de ley de erección de un monumento á los Comuneros, en el cual se reseñaba la historia del levantamiento de las Comunidades, examinando su objeto y concluyendo con la opinión de que España debe reconocer y premiar como héroes de la libertad á los que fueron ajusticiados en Villalar. Propone, en consecuencia, que se elevára un monumento en esta villa, con inscripción que presentaba, y que en la gratitud nacional se diera el debido lugar al benemérito obispo de Zamora, D. Antonio de Acuña, exhumando sus huesos del lugar donde fué enterrado en Simánca, caso que aún existieran y pudieran ser hallados, y dándoles honorífica sepultura entre los demás prelados de su iglesia (2).

Los diarios de Madrid publicaron y comentaron la discusión, que quedó en tal estado hasta el año siguiente, y día 19 de Marzo, en que las Cortes aprobaron el proyecto de ley disponiendo la erección del monumento en Villalar y de otro en Zaragoza. Los artículos que á mi objeto atañen son estos:

«Artículo 11.—Dispondrá también el Gobierno sean exhumados los restos del benemérito comunero, obispo de Zamora, D. Antonio Acuña, enterrado en Simánca, y sean trasladados á aquella santa iglesia, y sepultados donde lo están los demás obispos de la misma, exponiéndose en el epitafio haberse hecho esta traslación de orden de las Cortes, y por justicia debida á su patriotismo.

» Art. 13. El Gobierno, á nombre de las Cortes, manifestará al general-gobernador de la plaza de Zamora, D. Juan Martínez, el Empecinado; al coronel, comandante de ingenieros de la misma, D. Manuel de Tena; al teniente del regimiento de Vitoria, D. Máximo Reinoso; al asesor, D. Bernardo Peinador, y al juez de primera instancia de Toro, don Diego Antonio Gonzalez, haberle sido gratos su celo por la gloria de los tres héroes castellanos, Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado (3), en el descubrimiento y

(1) Extracto del expediente militar instructivo formado para la exhumación de los huesos de los héroes castellanos Padilla, Bravo y Maldonado, y copias de la orden, acta celebrada y decreto de aprobación. Madrid, imprenta de D. Mateo Repullés.—En 4.º, 15 fol.

(2) Diario de las actas y discusiones de las Cortes. Legislatura de los años de 1820 y 1821. Tomo xxii. Madrid, en la Imprenta Nacional.—Año de 1821.—Núm. 14, fol. 1.

(3) Las Cortes, que aprobaban todos los actos de la Comisión de Villalar, no dieron, sin embargo, el *exequatur*, segun se advierte, al *Don* con que el acta adornaba los nombres de los comuneros.

exhumación de sus restos, y dispondrá se imprima en la *Gaceta* la exposición de D. Manuel de Tena á las Cortes, relativa á dicha exhumación.

» Art. 14. Se depositará en el Archivo de Cortes el expediente original del referido descubrimiento y exhumación» (4).

Los huesos extraídos de Villalar fueron llevados á la catedral de Zamora, organizándose una pomposa comitiva, que los acompañó desde la puerta de Santa Clara hasta el templo, estando adornadas con colgaduras las casas de la carrera, tocando el reloj y la queda, y asistiendo las autoridades y corporaciones; pero á poco ocurrió la reacción política, y una de las primeras medidas de los realistas fué acudir en tumulto á la iglesia, que decían profanada, sacar la urna, tan solemnemente conducida ántes, y ordenar á su vez un cortejo ridículo, que la llevó en el carro de la basura al Matadero, donde fué públicamente quemada, sirviendo de primer combustible la muestra de un sastre de la plaza, que debajo de su nombre habia pintado en letras gruesas: CONSTITUCION Ó MUERTE.

Un testigo presencial me ha dicho que los ejecutores cantaban en coro:

«Las cenizas de los comuneros
A los liberales demos á beber;
Que se les ponga la barriga hinchada
Y que revienten con su infame ley»;

y que no faltaba por allí gente que supusiera instigador del motin, y aún autor del canto, al reverendo obispo don Pedro Inguanzo y Rivero; suposición, la última, altamente injuriosa al buen concepto literario del prelado, incapaz de tan bárbara inspiración.

A este quemadero aludió sin duda el ministro Sr. Ruiz Zorrilla al inculpar á los tradicionalistas del absolutismo en nuestros días, y, no obstante, salvo la intención, fueron completamente inocentes de semejante crimen, si hemos de creer á otro testigo de excepción, que en los momentos en que se trataba por segunda vez de levantar el monumento á los Comuneros y de poner á una de las calles de Zamora el nombre del obispo Acuña, á pocos días de la publicación del repetido decreto del Poder Ejecutivo, negó el auto de fe é hizo notorio que el padre del actual Sr. Duque de la Torre tuvo Comisión especial, ántes del año 1820, para ir á Villalar y recoger cuantas noticias se conserváran de la batalla, así como del paradero de los cuerpos de aquellos héroes, ajusticiados en dicho pueblo al día siguiente del combate. Resultó de las averiguaciones hallar en una excavación, al pié de la picota, dos esqueletos sin cabeza, los cuales se trajeron á Madrid, y se cree fueron llevados á Cádiz cuando allá se encaminaron las Cortes y el Gobierno. De igual manera tuvo encargo el padre del Sr. Duque de la Torre de allegar cuantos documentos hubiese en el archivo de Simánca relativos á la ejecución de Padilla y sus compañeros. El Sr. Serrano recogió, en efecto, muchas cartas del cardenal Adriano á Carlos V, el parte que daba el Conde de Haro de la batalla de Villalar, y el de la inmediata ejecución de los caudillos rebeldes, con varios otros papeles interceptados á los Comuneros (5).

No en balde ocurrió á D. Antonio Lopez Prieto, con vista de antecedentes, poner en parangón el hallazgo de los huesos de los comuneros con el de otro moderno de supuestos restos de un personaje muy reverenciado por los españoles, aseverando que el año de 1864 se habia descubierto que, para el buen éxito del expediente de Zamora, hicieron poner secretamente al pié de la picota de Villalar ciertos restos extraídos del osario de la parroquia de San Juan

(4) *Gaceta* de 20 de Marzo de 1822.

(5) Carta del Conde de Humánes al Duque de la Torre, publicada en *La Epoca*, diario de Madrid, el 5 de Junio de 1869. La impugnó en *La Cosa pública*, diario también de Madrid, D. Tomas Maria Garnacho.

Bautista de la misma villa, y destinados para la solemnidad y honras preconcebidas (1).

No expresa el autor la fuente de que procede tan grave noticia; pero la confirma D. Antonio Martín Gamero en sus ilustraciones á la relacion de Pedro de Alcocer, aunque en términos distintos (2).

«Nuestro Ayuntamiento, dice, en 11 de Marzo de 1864, á propuesta de un regidor, acordó gestionar para la traslacion de los restos de Padilla á Toledo, empezando por nombrar una Comision que averiguase si existian los encontrados en aquella otra época. Con este fin se escribieron cartas á los señores cura párroco de San Juan Bautista de Villalar y alcalde de Zamora. Contestó el primero, presbítero D. Melchor Zatarain Fernandez, manifestando que los restos hallados en 1821, cuando la reaccion política de 1823, fueron arrojados al Duero, segun se le informaba; y el segundo encomendó á su secretario, D. Ramon Martinez, que respondiese, y lo verificó revelando que habian sido entónces arrojados por el pueblo enfurecido á una grande hoguera con objetos que indicaban la dominacion del sistema vencido por la fuerza reaccionaria; si bien anunciaba que algunos no tenian seguridad de que los tales restos se hubiesen quemado, creyendo que hubo en ello algo de ficcion, envuelta hasta ahora en el más profundo misterio.

»Con tan singular desenlace, nuestro Ayuntamiento se desanimó en sus loables propósitos, de los cuales, por último, le obligó á desistir completamente este párrafo contenido en la carta del Cura de Villalar, con remision á informe de ancianos que por su edad é ilustracion pudieron estar al corriente de los hechos.

»Cuando en 1821, dice el Sr. Zatarain, el Empecinado y la guardia nacional de Medina, Rueda, la Seca, etc., se presentaron en ésta para buscar los restos mortales de los héroicos caudillos de las Comunidades, faltos de documentos que indicasen el sitio do yacian, emprendieron excavaciones aquí y allí, especialmente en la Plaza Mayor, junto al Rollo, en que estuvieron colgadas las cabezas de los tres campeones. Este pueblo, realista en su totalidad, temiendo atribuyesen los liberales la intencion de ocultar la sepultura que tanto se anhelaba, vió en sus más ingeniosos hijos la peregrina decision de ingresar en el osario de mi parroquia, extraer tres cráneos y algunos huesos, que humedecieron y soterraron en la tierra, abriendo una fosa, y clamaron: «HÉ AQUÍ EL TESORO.» Estos restos fueron saludados con entusiasmo; se erigió un soberbio catafalco en las afueras de la poblacion, al sitio llamado del Otero, por donde entraron prisioneros, y se celebraron solemnes honras.»

Para mayor complicacion he de explanar la enigmática declaracion del secretario del Ayuntamiento de Zamora, don Ramon Martinez, con noticia cierta que debo al testigo de vista que ántes cité.

Cuando ocurrió el motin de los realistas, una persona respetada en Zamora, que aún vive, y que por entónces creia de buena fe en la autenticidad de los huesos de los Comuneros, extrajo el contenido de la urna, entregándolo á un oficial del ejército (cuyo nombre y paradero no ha sabido decirme), y el populacho se satisfizo quemando la caja, sin intentar otro expediente para asegurarse de la procedencia de la tierra, *aceite animal* y otras cosas que rezaba el acta. Las armas y objetos de hierro cambiaron despues de manos várias veces, y hay indicios de que la hoja de daga ó puñal, el más curioso de todos ellos por su buen estado de conservacion, ha venido á parar á la Armería Real (3).

De aquí resulta la existencia en lenguas:

(1) Informe que sobre los restos de Colon presentó al Gobernador general de la isla de Cuba, despues de su viaje á Santo Domingo, D. Antonio Lopez Prieto, etc.—Habana, imprenta del Gobierno, 1878. En 4.º

(2) Sociedad de bibliófilos andaluces. Pedro de Alcocer, Relacion de algunas cosas que pasaron en estos reinos desde que murió la reina católica doña Isabel, hasta que se acabaron las comunidades en la ciudad de Toledo. Ilustrada con un prólogo, várias notas y apéndices. Año de 1872. Sevilla, imprenta de D. Rafael Tarascó. En 8.º mayor, xxxi-235 páginas.

(3) Creo sea la misma que fué presentada y ofrecida á S. M. el Rey cuan-

1.º De los restos aventados en Villalar el año de 1523, segun el autor del folleto descriptivo del Panteon Nacional.

2.º De los que fueron llevados á Cádiz, por mencion de la carta del Conde de Humánes.

3.º De los que llevó á la catedral de Zamora el coronel D. Manuel de Tena.

4.º De los que quemaron los realistas de Zamora.

5.º De los aludidos en el preámbulo del decreto del ministro Ruiz Zorrilla, si no son los mismos anteriores.

6.º De los que debieron trasladarse al monasterio de la Mejorada.

7.º De los que se condujeron á Salamanca.

8.º De los que se llevarán á Segovia.

De estos tres últimos no se ocuparon los ilustrados investigadores del año 1821, porque probablemente no creyeron del caso examinar la carta de perdon del Emperador, en la que, contestando la peticion de doña María Pacheco para que el cuerpo de su esposo fuese trasladado á Toledo, se dice:

«Y en cuanto al cuerpo del dicho Johan de Padilla, damos licencia que lo puedan sacar donde está sepultado, y ponerle en el monesterio de la Mejorada, cerca de la villa de Olmedo, y que allí esté depositado ocho meses, los cuales pasados, se puede traer á la ciudad de Toledo.»

Tampoco supieron que existian semejantes autorizaciones para trasladar respectivamente á Salamanca y Segovia los restos mortales de Maldonado y Bravo, la primera de las cuales puede verse en la Real Academia de la Historia, al tenor siguiente (4):

«El Rey.

»Venerables cura y clérigos de la villa de Villalar, é alcaldes é justicias della. Bien sabeis como en la iglesia desa villa fué enterrado el cuerpo de Francisco Maldonado, vecino de Salamanca, al tiempo que por nuestro mandado fué degollado en la dicha villa, é por parte del doctor de la Reyna, su suegro, nos fué suplicado mandásemos dar el cuerpo del dicho Francisco Maldonado para lo llevar á sepultar á la dicha cibdad de Salamanca, donde era vecino, e porque el dicho doctor nos ha servido, tovimoslo por bien, por ende nos vos mandamos que luego que con esta nuestra cédula fuédes requeridos, deis e hagais dar al dicho doctor de la Reyna, ó á las personas que para ello enviare, el cuerpo del dicho Francisco Maldonado, para que lo lleve donde quisiere, e no hagades ende al.—Fecha en Segovia á 12 de Mayo de 1521 años.—Firmado de los Visoreyes.—Refrendado de Argüello.

»Copiado por M. G. G. (Manuel García Gonzalez, archivero de Simáncas), autorizado por Real orden.—Archivo general de Simáncas, 1.º de Setiembre de 1848.

»Nota.—Cuando se exhumaron en Villalar los huesos de Padilla, Bravo y Maldonado, el año de (5), y se hizo su traslacion solemne á su iglesia, tenía noticia de esta cédula y de otro documento en que constaba que el cuerpo de Juan Bravo se habia llevado á Segovia: con objeto de convencerme de cuánto se deliraba sobre esto, asistí á dicha funcion y reíme en mi interior al ver una grande excavacion hecha junto al Rollo y una urna de madera fina, en donde se decia se habian metido los huesos de los referidos sujetos, objeto de tan patriótica fiesta fúnebre, hecha en memoria de los tres mártires de la libertad.»

En lo que hay conformidad entre las várias diligencias hechas para exhumar los huesos, es en suponer que los cráneos de los comuneros no habian de encontrarse en la sepultura, y esto por la general creencia de que fueron deca-

do visitó la ciudad de Zamora en 1877. En la de licatoria se expresa que fué hallada en el campo de Villalar.

(4) Papeles de Comunidades, copias de Simáncas.—Año 1521.—Legajo de Mayo.

(5) En blanco en el original, pero dicho está que fué en 1821.

pitados, como el afamado cuadro del pintor Gisbert representa, y de haberse expuesto en la picota las cabezas.

Varios historiadores contemporáneos lo dicen, y sin embargo, á mi juicio, tampoco esto es seguro.

Enviado al Archivo de Simáncas, con comision de la Academia de la Historia, el paleógrafo D. Facundo Porrás Huidobro, trajo copias auténticas de muchos documentos, comprendiendo la coleccion las sentencias de los Comuneros y los testimonios de haberse ejecutado (1). Los tres principales fueron sentenciados á pena de muerte natural, y dice el testimonio: «E luego incontinentemente se ejecutó la dicha sentencia é fueron degollados los susodichos.»

Las mismas palabras emplea Pedro de Alcocer, que presencié la ejecucion y consignó sus pormenores. «Y como Juan Bravo fué degollado, dice, hincóse de rodillas Juan de Padilla, y dijo: *Domine, non secundum peccata nostra facias nobis*, y tendiéndose en el repostero, dijo á el verdugo: *Hacedme este placer, que seais conmigo más ligero que con el señor Juan Bravo*, y luégo el verdugo lo degolló.—Y como el verdugo lo quiso desnudar, D. Luis de Rojas le dijo: «No toqueis en él»; mas el verdugo porfiaba, y don Luis le dijo: «No toques en él, si no meteréte esta lanza por las espaldas. Vé á mi posada, que yo te daré calzas y jubon, pues esas son tuyas.»—Desde á buen rato hallaron á Francisco Maldonado, capitan de Salamanca, y fué preso y á la tarde lo degollaron.»

Extraño fuera que el que así describe el horrible momento, omitiera por circunstancia baladí el acto de colgar la cabeza de la picota si allí se hubiera expuesto. Tampoco fuera natural que en la sentencia se dejara de expresar un acto agravante en la pena, máxime cuando claramente se determina en las otras.

La de Alonso de Sarabia reza «le sea cortada la cabeza con un cuchillo de hierro ó de acero.» La del licenciado Bernaldino, «sea ahorcado y fecho cuartos.» La de Pedro Pimentel, explicando cómo habia de ser llevado en una mula, etc., «que le sea cortada la cabeza con un cuchillo.» La de Francisco del Mercado, capitan que fué de la gente de caballo de la Comunidad de la villa de Medina, «que le lleven metido en un seron con un par de mulas que le lleven arrastrando, con voz de pregonero, hasta la horca ó rollo, é allí sea ahorcado é fecho cuartos, los cuales sean puestos en sendos palos por los caminos públicos», y así de los demas (2).

Como quiera que sea, y volviendo á mi asunto, no sé decir si ha sido mejor ó peor fortuna que la de los caudillos de las Comunidades de Toledo, de Segovia y de Salamanca, la que en la posteridad ha cabido al de Zamora. No habiéndose cumplido el deseo que expresó en su testamento de ser enterrado en la iglesia de San Ildefonso de esta última ciudad, ni el de los patriotas que quisieron poner su nombre á una de las calles que paseó arrogante, deponiendo á la Justicia y al Regimiento, apoderándose de la fortaleza y haciéndose señor absoluto; tampoco, que yo sepa, se han hecho diligencias en Simáncas para encontrar la sepultura y trasladarla á la catedral de su Sede, como las Cortes mandaron.

Los zamoranos no recibieron con entusiasmo la honra

(1) *Pruebas para ilustrar la historia de las Comunidades de Castilla*, sacadas de los originales que existen en el Archivo de Simáncas, y otros, por D. Facundo Porrás Huidobro, revisor de letras antiguas por S. M., individuo de la Academia nacional de la Historia, y Archivero de la M. H. villa y corte de Madrid. En virtud de Comision de la misma Academia. Año 1822. MS. en 4.º—E. 155.

(2) Porrás Huidobro, ya citado.—Puede verse tambien un MS., que no conoció el Sr. Gamero, existente en la Biblioteca particular de S. M. el Rey, que se titula: *Historia de lo sucedido en España desde la muerte del Rey don Fernando el Católico en el año de 1516 hasta el fin de las Comunidades, y perdón y sentencias*, y las copias sacadas por D. Manuel Garcia Gonzalez, á que antes me refiero, que tambien comprenden íntegras las sentencias y los testimonios de haberse ejecutado.

que la Representacion nacional les acordaba, y hablando en puridad, acaso no la estimaron tan alta como los que la dispensaban, pues aunque la influencia de los partidos se dejó sentir allí como en todas partes, no es tampoco excepción la ciudad de la verdad del proverbio «Nadie es profeta en su tierra», y el ensalzamiento por algunos escritores de nuestros dias (3), ni ha sido, por razonado, poderoso para desautorizar el juicio, no ya de los coetáneos del Obispo, sospechosos de parcialidad (4), ni ménos de los que en más apartados y tranquilos tiempos fueron severos con su personalidad (5), ó se escandalizaron de sus hechos en términos de afirmar «que era un monstruo lo de las Comunidades, como se prueba con sólo ver que tenían por cabezas á una mujer y un obispo» (6), y de que este «píisimo señor traía tan perdido el miedo á las armas del Rey como á las censuras del Papa» (7); pero tampoco de la tradicion, que recuerda las fechorías de aquel batallon de clérigos, «que ejecutaban á toda ofensa y santiguaban con las escopetas» (8).

Entró D. Antonio de Acuña en Zamora por sorpresa, como es sabido, con provision de S. S. el Papa, malamente obtenida sin presentacion Real, originándose de ello en un principio protestas y apelaciones, despues bandos é inquietudes. Mas que la Sede, y por la Sede misma, importó al Prelado la fortificacion y guarnicion de las fortalezas de Famoselle y Fuente el Saúco, y el armamento de los vasallos de la mitra, de los tonsurados y de la gente dispuesta á revueltas, con lo cual, á la intimacion Real del alcalde Ronquillo contestó metiéndole con sus alguaciles en el castillo.

Desconoció entónces toda otra autoridad que la suya, y repartiendo excomuniones y cuchilladas, convirtió la provincia y obispado en teatro de la guerra civil, con todas sus consecuencias.—Asegurado en su puesto, si otros obispos gastaron la vida en conciliar los ánimos, y la hacienda en embellecer los templos, él, que se habia apoderado de la plata y de las rentas de las iglesias, sembró rencillas, pleitos y competencias (9), compró fincas, tierras, montes, aceñas (10), miéntras llegó la ocasion de hacerse cabeza de nuevas alteraciones, y ningún beneficio procuró á los pueblos que habia exprimido, y que hubieron de sufrir por su causa vejaciones, desórdenes y venganzas inevitables en tales ocasiones; ántes los menospreciaba, diciendo sin reserva que aquella mitra le venía pequeña, y queria con la punta de la lanza cambiarla por la de Toledo.

«Entónces en las dichas calles de Toledo, dice una relacion (11), se juntó gran número de gente con el dicho Obispo de Zamora, y así se fué hasta la iglesia mayor, y por autoridad, y fué á la puerta de la dicha iglesia perturbando el oficio divino de las Tinieblas con mucha multitud de soldados y de otras gentes, y con grande escándalo de escopetas que se tiraban en la dicha iglesia, con muchas voces y gritos diciendo *viva el Arzobispo*, y dió muchas provisiones de oficios del arzobispado, y prometió otros, y creó Visitadores y Vicarios, y usó de poder de Arzobispo y firmaba como tal.... y dijo á los canónigos que le dieran la plata del sagrario y dinero, lo cual no quisieron, y los prendió

(3) *Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla*, por D. Antonio Ferrer del Rio. Madrid, 1850.—*El Último comunero*, novela histórica, por D. Antonio Ferrer del Rio. Madrid, 1860.

(4) Fernandez de Oviedo, *Quinquagenas*; D. Antonio de Guevara, *Colecc. epistolar*; Maldonado, *Movimiento de España*; Mexía, *Relacion de las Comunidades*; Sandoval, *Historia de Carlos V.*

(5) Dormer, *Anales de Aragon*, 1597; Ferreras, *Synopsis histórica de España*, 1791; Mañer, *Ronquillo defendido*, 1727.

(6) Sigüenza, *Historia de la Orden de San Jerónimo*. Madrid, imprenta Real, 1605.

(7) Argensola, *Anales de Aragon*. Zaragoza, 1630.

(8) Idem.

(9) Todo esto consta en cédulas y provisiones Reales, de que trataré con más extension en capítulo aparte.

(10) Véase su testamento.

(11) Porrás Huidobro, *Pruebas para ilustrar la historia de las Comunidades*.

con mucha gente armada y los puso en la casa de la claustra con gran vituperio é injuria, y no consintió que les trajesen de comer ni camas.....»

Pedro de Alcocer, nada sospechoso, como encomiador de Padilla y sus compañeros, hace gran distincion del Obispo, diciendo : « Don Antonio de Acuña, capitan de las Comunidades, se habia metido en Toledo con mucha gente forastera que en diversas partes se le habia juntado, que los más dellos eran homicidas y condenados á diversas penas por malhechores, los cuales juntados con los otros del mismo jaez que habia en Toledo, fueron tan poderosos en ella, que los buenos y de santa intencion no pudieron poner en ello el remedio que tanto deseaban, mayormente siendo éstos sustentados y ayudados y aún inducidos á esto por algunas personas principales de aquella ciudad, que por la parte que tenían en ella, y por el gran crédito que la gente popular les daba, pudieron fácilmente sustentar su compañía á pesar de ellos y de lo que los contrarios deseaban; lo cual hacian principalmente porque su propia conciencia los acusaba, poniéndoles temor por las cosas que habian hecho.»

Despues de la rota de Villalar añade :

« Antes que en Toledo entrase el Marqués de Villena, el dicho Obispo de Zamora, de miedo de la muerte ó de prision, procuró la noche de la Ascension de meter á saco la ciudad de Toledo, y viendo que su deseo no pudo tener efecto, se salió encubiertamente, etc.»

El presbítero Chaves de Arcayos (1) es mucho más explicito, explicando la toma de posesion de la silla del Arzobispo y la prision de los canónigos y beneficiados, que se dieron por muertos; mas no hace falta acudir á estos ni á otros autores para seguir los sucesos de la campaña, que en Zamora son muy sabidos; así se explica, á mi juicio, por qué no fueron, como á Villalar, comisionados de la ciudad á Simánicas á exhumar los huesos del último comunero; por qué no hay en ella *calle del Obispo Acuña*, y por qué en todos tiempos aquellos sensatos habitantes han limitado su cristiano deseo á QUE DIOS LE HAYA PERDONADO.

CESÁREO FERNANDEZ DURO.

(1) *Nueva relacion sobre las Comunidades de Toledo.*



ÁFRICA DEL SUR.—Una belleza del pais de los zulús.



LOS ÁNGELES DE LA CARIDAD.—COMPOSICION Y DIBUJO DE H. MERTÉ.

DOÑA MARÍA DE LAS NIEVES.

I.

María de las Nieves, Condesa de Rocanevada, era á principios del siglo una hermosa viuda de treinta años de edad: su perfil griego y su esbelta figura le daban la apariencia de una estatua: la mirada de sus ojos negros era fria; diríase que era una sombra venida de la region de las nieves perpétuas y que atravesaba nuestra zona bostezando. Moralmente, la Condesa era la personificación de la honestidad y del recogimiento. Los más atrevidos galanes se contenían respetuosamente en su presencia, como se detienen los marinos ante los hielos del círculo polar. Su reputación de mujer juiciosa era proverbial: cuando, al venir al mundo, el médico examinó las encías de la niña, vió con sorpresa que tenía una muela. ¿Qué seductor se atreve á una mujer de quien se sabe que ha nacido con la muela del juicio?

Era una tarde de verano: la Condesa habia abierto el *Kémpis*, que le servia de oráculo, para conformar su conducta á la primera máxima de aquel ascético libro que tropezase su vista, y sus ojos se habian fijado con asombro en una cartita perfumada y elegante, furtivamente introducida entre las hojas místicas del libro.

La mano aristocrática de la Condesa agitó una campanilla de plata, y poco despues se presentó en el gabinete, rígida y circunspecta, la camarera principal de la Condesa de Rocanevada.

—Adelaida, le dijo la Condesa sin alterarse, queda usted separada de mi servicio. Y María de las Nieves, con gesto glacial é inexorable, enseñaba á la camarera el libro abierto. Esta es la tercera carta perfumada que encuentro entre las páginas del *Kémpis*: la primera pudo introducirse aquí con facilidad: recibí la segunda cuando ya V. se habia encargado del cuidado y vigilancia de esta habitacion: ó usted no sirve para ello, ó es V. cómplice de la persona que me escribe. En este caso puede V. decirle que esta carta, como las anteriores, ha sido rota sin leerse.

La Condesa hubiera roto el papel á no impedirlo Adelaida diciendo:

—Un momento, señora Condesa: ni merezco dejar un cargo que desempeño con fidelidad y celo, ni debe V. E. romper la carta sin leerla.

María de las Nieves miró con desconfianza á la camarera, que dijo con extraño acento:

—¿Tiene la señora Condesa la seguridad de que se habla de amor en esas cartas, único caso en que no deben ser leídas sin peligro?

—¿Peligro? Me parece la palabra impertinente. ¿Amor? ¿Acaso he leído esos papeles?

—Mis dudas, señora, tienen fundamento: en esas cartas se pudiera tratar muy bien de asuntos de familia. Créame V. E. y lea sin temor.

Resistirse más hubiera parecido miedo á la tentación, indigno de una mujer fuerte. María de las Nieves leyó, al parecer de mala gana:

«Condesa, ¿no ha sentido V. nunca el beso de mis miradas en sus labios?...

La Condesa arrojó la carta al suelo y dijo con severidad á su camarera:

—¡Pronto! ¿Por qué sospechaba V. que en esta carta se tratasen asuntos familiares?

Adelaida, asustada y comprometida, no titubeó un momento en justificarse.

—Señora Condesa, porque quien colocó las cartas en su

libro no ha podido ser otro que su señor sobrino, á quien he visto salir recelosamente de este cuarto el día de la segunda carta, y hace como una media hora.

—¿Mi sobrino? ¡Imposible! Adolfo es una criatura...

—Sin embargo, ha cumplido los diez y siete años, y los guardias de corps, además, tienen fama de traviosos.

La preocupación de la Condesa pareció desvanecerse, y hasta procuró en vano sonreír.

—Será una travesura de guardia, dijo: es preciso disimular para sorprenderle y que reciba el castigo conveniente.

En aquel momento llamaron con suavidad á la puerta.

Adelaida hizo un signo con la mano, que decia claramente—¡es él!—La Condesa retiró el libro y arrojó á la calle con precipitación los pedazos de la carta: cuando entró Adolfo en la estancia, la señora y la camarera tenían el rostro tranquilo y el aspecto impasible de costumbre.

Adolfo Céspedes era un jóven alto y esbelto y de facciones añiadas: llevaba el uniforme con cierta gracia, aunque todavía sin soltura militar: la divisa roja de su bandolera indicaba que pertenecía á la compañía de guardias españolas; pero era un novato en ella, que aún no habia dado su primera guardia en las habitaciones de Palacio. Adolfo saludó á su tia con respeto y se aproximó para darla el beso de costumbre.

La Condesa habia desviado el rostro, fingiendo revolver un cesto de costura; pero la operación no podia prolongarse: cuando volvió la cara, se encontró cerca de sus labios los frescos y encarnados de Adolfo, que reclamaban su derecho.

—No es él, pensó rápidamente la Condesa, al observar la franqueza juvenil de aquellos ojos.

Pero el beso de Adolfo le pareció aquel día más prolongado y ardiente que otras veces, así como la mirada de Adelaida ménos respetuosa que de ordinario y algo irónica.

II.

Algunos días ántes de lo ocurrido en el capítulo anterior, el jóven guardia D. Adolfo Céspedes se disponia á salir del cuartel, cuando sintió que le tocaban en el hombro. Volvióse creyendo que le llamaba un compañero, y se encontró con sorpresa y temor delante de uno de sus jefes, el brigadier de guardias D. Pedro Tarazona, cuyos tres galones, casi unidos al galon del cuerpo que brillaba en la vuelta de sus bocamangas, indicaban que era coronel vivo del ejército, como entónces se decia.

—Sígame V., dijo con aire majestuoso el Brigadier al aturdido guardia, que descubiertó contemplaba al jefe con el respeto que la antigüedad y la graduación debían infundir á un alférez novel educado por una dama.

La palabra brigadier de guardias no debe entenderse en su exclusivo significado actual. Cada una de las tres compañías del Real Cuerpo de Guardias de Corps se componia de un capitán, cuyo empleo en el ejército era de teniente general; un primer teniente, mariscal de campo; un segundo teniente y un alférez, brigadieres de ejército; un ayudante y ocho exentos, coroneles de caballería; cuatro brigadieres con empleo de teniente coronel, y otros tantos subbrigadieres, capitanes. Don Pedro Tarazona, á pesar de sus tres galones y su coronelia, era un simple cabo en el Real Cuerpo, donde hasta los cadetes gozaban la graduación de capitanes. Pero como los brigadieres tenían á su cargo la

inmediata instruccion y vigilancia de los guardias, aquel empleo les daba gran prestigio y autoridad, especialmente entre los holgazanes y novatos. Adolfo siguió muy intranquilo al Brigadier, repasando su conciencia militar, que no le reprochaba ninguna falta de servicio.

Cuando entraron en la habitacion de D. Pedro, cuyo aspecto marcial y gran bigote, y cuyos cuarenta años cumplidos le daban un aire gallardo é imponente, el novel guardia estaba á punto de temblar.

—Jóven, le dijo aquél familiarmente, me intereso mucho por V.: su parentesco inmediato con persona á quien estimo me determinan á distinguirlo y cuidar de sus adelantos, para lo cual quiero empezar examinándole.

—Mi Brigadier, contestó aterrado el jóven, estoy muy atrasado.

—¿Conoce V. bien las Ordenanzas?

—Casi nada.

—Tome V. la carabina.

Adolfo descolgó el arma de fuego y se colocó militarmente delante de D. Pedro Tarazona, el cual gritó con voz sonora:

—¡Atencion! ¡Presenten las armas! ¡Preparen las armas! ¡Preparen el cartucho! Jóven... esa voz se obedece en tres tiempos. ¡Cartucho en el cañon! ¡Saquen la baqueta! Debe sacarse con más aire... ¡Ataquen! ¡Retiren la baqueta! ¡Baqueta en su lugar! ¡Ceben! ¡Apunten! ¡Fuego! Mal, muy mal: necesita V. ejercitarse mucho, y está V. en un error si entiende que es sencillo cargar y descargar reglamentariamente una carabina.

Las mejillas del guardia tenian el color de los cuadros de su bandolera. El implacable Brigadier dijo con acento más suave:

—Pasemos á otra cosa. ¿Cuál es la obligacion del guardia cuando cumple un arresto?

—Debe ir á dar las gracias al jefe que lo arrestó.

—Muy bien; pero eso se contesta sin vacilar. ¿Cuándo ha de dar un golpe con el pié el guardia que esté de centinela en las habitaciones Reales?

Adolfo enmudeció ruborizándose.

—Esta pregunta, dijo D. Pedro, es el *quis vel qui* del guardia...

—Son tantos, repuso el jóven con angustia, aquellos á quienes se debe saludar con el pié... que sólo recuerdo á los oficiales de Guardias, Cardenales, Embajadores, Grandes de España, Consejeros, Vireyes, Arzobispo de Toledo...

—¿Y á quién más?

—Á sus mujeres.

—Fíjese V. en que habla del Arzobispo de Toledo. Pero mejor será que estudie V. bien nuestra Ordenanza.

El aturdimiento de Adolfo aumentó de tal modo, que cuando el Brigadier le mandó tomar una escoba para que hiciese las veces de caballo, montó por el lado derecho de la escoba. El exámen de esgrima aún fué ménos feliz. Don Pedro era un buen tirador, y Adolfo estaba mareado.

—Cúbrase V., jóven, decia el Brigadier dándole de palos con entera impunidad: éste es un ejercicio muy útil, y me intereso mucho por V. Le voy á dar otra cuchillada, y nada más.

Adolfo recibió con resignacion la última cuchillada.

—Mal, muy mal, exclamaba D. Pedro: debia arrestarle á V... y ¿sabe V. por qué no le arresto? Siéntese y se lo diré. Me importa la carrera de V., porque quiero ser su tío.

La sorpresa y el cansancio hicieron caer á Adolfo en un sillón de cuero.

—Soy nieto de un duque, amigo Céspedes, decia D. Pedro, despues de haber hecho un justo y apasionado elogio de la honesta y rígida doña María de las Nieves, de quien se habia enamorado en la antecámara Real. Pronto seré exento. Mis intenciones son puras, y en cambio de mi proteccion como jefe, deseo el auxilio de V. como pariente.

Y D. Pedro, despues de haber hecho tan ostensible su superioridad al novel guardia, le tendió la mano cordialmen-

te. Adolfo la estrechó con respeto y con orgullo; aquel enlace le parecia excelente: un matrimonio de alta conveniencia.

—Tendré mucho gusto en anunciarle á V. en casa.

—No por ahora, amigo mio, respondió el Sr. Tarazona: la experiencia me advierte que para interesar á las mujeres distinguidas conviene emplear cierto misterio... Por ejemplo, cartas que se introduzcan en su gabinete de una manera inexplicable... ¿Quiere V. indicarme cómo podré hacerlo?

Adolfo estaba interesado en aquella union; pero vacilaba en aceptar el cargo que se le ofrecia de un modo indirecto.

—Hablemos con la franqueza de dos parientes presuntos, repuso D. Pedro con audacia: no le propondria á V. una mediacion descubierta; pero no puede V. negarme un auxilio sigiloso. Necesito deslizar algun billete en sitio donde haya de verle la Condesa... por ejemplo, en el libro de oraciones... ¿Quiere V. prestarme ese servicio?

Adolfo, como aseguraba su tia doña María de las Nieves, era una criatura, y su jefe le habia dominado: no pudo rehusarle aquel favor. Al despedirse, el gallardo Brigadier estrechó entre sus brazos al novicio, diciéndole con ternura:

—Adios, sobrino.

III.

La Condesa de Rocanevada habia meditado mucho: el caso era singular, inesperado y grave: el cándido niño, á quien tenia costumbre de mimar, se habia convertido de pronto en pretendiente apasionado y astuto: el atrevimiento que su accion demostraba, y la debilidad que un afecto ya arraigado producía en el corazon de la Condesa, indicaban á esta severa dama la proximidad de un gran peligro. Creia estar á cubierto de las seducciones ordinarias; pero un ataque tan íntimo la habia desconcertado. El disimulo de Adolfo le hacía aún más temible.

—Aparta: eres ya un hombre, le dijo al despedirle el mismo dia cuya escena quedó descrita en el capitulo primero: es ridículo que un alferez bese á su tia como un niño.

—Entonces, respondió Adolfo, la besaré la mano á lo galan.

La preocupacion de la Condesa era tan invencible, que se estremeció al contacto de aquellos labios tibios y respetuosos.

Dos dias despues, una frase del inocente guardia la hizo meditar toda una noche: aquella frase era, á su entender, un modelo perfecto de ironía y de malicia.

—¡Qué hermosa es V.!—le habia dicho, mirándola con cariñosa adulacion.—¡Qué feliz será el que logre ser mi tío!

Aquellas palabras resultaban, en efecto, en la imaginacion de la Condesa algo complicadas, tratándose de un jóven que aspiraba á ser tío de sí mismo.

—¡Qué tiempos hemos alcanzado!—decia meditando:—nacen los jóvenes con una sagacidad y una astucia, que envidiarían los antiguos y más temibles libertinos.

Durante tres dias seguidos Adolfo, que en su calidad de guardia habitaba en el cuartel, no pudo ver á doña María de las Nieves. ¿Era porque ésta rehuía su presencia, ó porque fingia estar ausente para facilitarle los medios de dejar el billete y sorprenderle?

Al cuarto dia, la hermosa dama estaba sola en su gabinete y contemplaba una miniatura de Adolfo, hecha cuando vistió por primera vez el uniforme.

—Ese retrato,—decia mirándole con atencion,—no debe estar siempre delante de mis ojos: era ése su sitio natural cuando Adolfo tenia el carácter de sobrino...

Y se levantó, y acercándose al retrato, le descolgó con intencion de llevarle á otro aposento. En aquel instante sintió la Condesa que la tiraban suavemente del vestido.— El terror de ser sorprendida mirando la miniatura la impi-

dió lanzar un grito. Quien la llamaba de aquel modo era Adelaida, que dijo en voz muy baja :

—Señora, señora, venga V. E.: acaba de entrar en el oratorio.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? El original de ese retrato.

La camarera se sonrió, y la señora no pudo ménos de ruborizarse. Ama y criada se encaminaron hácia el oratorio de puntillas, sorprendiendo á Adolfo en el momento de colocar un nuevo billete en el sitio de costumbre.

—¡Infame! ¡atrevido! ¡ingrato!—dijo la Condesa oprimiendo el brazo de su sobrino, que acababa de cerrar el libro de oraciones.

—¡Perdon, tia, perdon! exclamó aterrado el pobre guardia.

—¡Fuera, fuera de mi casa!—prorumpió la honesta dama con voz terrible, pero contenida, para evitar un gran escándalo.

Adolfo, asustado, cayó de rodillas, y apoderándose de la mano de doña María, la besó con efusion.

—¡Suéltame, déjame!—exclamó la Condesa alejándose.—Pero el infeliz guardia la detuvo, y recobrando sus derechos de niño, se abrazó á su tia, besándola la frente y las mejillas.

Aquella accion, en otro tiempo natural, aumentó la ansiedad y el terror de la Condesa.

—¡Socorro! Adelaida... ¡Aparta! ¡aparta por favor!

El acento de la dama era tan angustioso, que Adolfo la soltó y retrocedió, cada vez más espantado de su obra.

—¡Ni un momento más en esta casa!—le dijo su tia señalándole la puerta.

—Concédame V., por Dios, una explicacion á solas...

Aquello era demasiado ya para la honesta dama. El seductor pedia una cita.

—¡Calla, y sal!

Doña María de las Nieves dió aquella orden con tal imperio y aspereza, que Adolfo bajó los ojos y salió.

La Condesa apoyó la frente en las manos y quedó inmóvil y pensativa. Adelaida se mantenía á alguna distancia, respetando su emocion y su silencio.

—¡Adelaida!—dijo por fin, alzando la frente y bajando la vista ante su camarera.—Vé al momento á llamar al padre Félix: es preciso que venga. ¿Lo has oido?

La criada salió del oratorio diciendo para sí:

—Quiere leer la carta sin testigos.

IV.

Cuando sonaron á lo léjos los últimos pasos de Adelaida, doña María de las Nieves miró á todos lados con recelo, y despues... abrió la carta.

—No,—exclamó apartando la vista del papel,—no debo leerlo: Satanás ha dictado esos renglones á una criatura, y esas frases infernales no se olvidan: áun recuerdo el principio de la última carta que rompí. «¿No ha sentido V. el beso de mis miradas en sus labios?...» Sí; lo he sentido hasta en la mirada tenaz de su retrato.

Y la aristocrática señora añadió, siguiendo las fluctuaciones de sus alborotados pensamientos:

—Hice mal en romper aquellas cartas: he debido leerlas para estudiar y medir la profundidad de su malicia. Parece increíble, y, sin embargo, es evidente. Le abrí los brazos como una madre, y creyendo estrechar á un hijo, abrazaba á un hombre apasionado... Estas traiciones no tienen defensa.

El semblante de la Condesa demostraba amargo sufrimiento.

—Acabemos,—dijo con resolucion;—y sus ojos devoraron el billete.

Hay movimientos en el rostro y emociones en el alma que no se explican con palabras: son torbellinos de sensaciones

y de ideas; que amotinados paralizan la voluntad y la subyugan. La Condesa leia lenta y maquinalmente:

«Señora.

»Si el que escribió las cartas misteriosas, y que por conducto tan desusado llegaron á su poder, no ha incurrido en falta imperdonable al valerse del único medio que tenia de fijar la atencion de V. en su humilde persona, suplica á usted que, borrando todas las palabras y conceptos atrevidos, le permita solicitar únicamente su amistad, admitiendo su trato respetuoso, previo el informe que de mi posicion y familia le haga su sobrino Adolfo, mi cómplice y protector en este ardid.

PEDRO TARAZONA.»

La noble dama dejó caer la carta al suelo. Parecia contrariada y abatida. El seductor peligroso se desvanecia, cediendo el puesto á un pretendiente vulgar y adocenado: la agitada fantasia habia concluido, y la imaginacion de la Condesa entraba de nuevo en la serena realidad.

Media hora despues entraba Adelaida, y decia á su señora, que habia recobrado su habitual indiferencia:

—Dispéñeme V. E., pero D. Adolfo me ha rogado que solicite su perdon.

El rostro de doña María se animó por un momento.

—Nunca,—contestó con energia;—dígame V. que no se lo perdono.

Y volvieron á serenarse sus facciones, que parecian muy tranquilas cuando se presentó en el oratorio un venerable religioso.

—¿Qué dirá V. de mí, le dijo la Condesa besándole la mano, cuando sepa que le he molestado inútilmente?

El fraile miró con fijeza á su hija de confesion, y se sentó pausadamente.

—Hija,—contestó el anciano con voz suave,—he acudido á tu llamamiento, que no ha de ser inútil: aunque haya pasado la tormenta, quedan todavía las señales, que, en rostros siempre serenos como el tuyo, nunca engañan.

—¡Oh! ¿qué ha adivinado V.?—preguntó la Condesa ruborizándose.

—No adivino,—repuso dulcemente el confesor;—estoy viendo la huella de tus lágrimas.

V.

—¿Qué señora tan recta é inflexible! decia á D. Pedro Tarazona muchos años despues Adolfo, el antiguo guardia, ya coronel y conde de Rocanevada, sentados ambos en el gabinete que servia en otro tiempo de oratorio á la devota, convertido en pieza de fumar, sin miramiento á sus recuerdos familiares. Usted, querido tio, la determinó á refugiarse en el convento de que era protectora. Hay personas que no han nacido para amar.

—¿Quién sabe? repuso D. Pedro, retorciéndose con vanidad su bigote blanco: acaso todo hubiera cambiado si hubiera podido hablar á la Condesa.

—No lo crea V.; mi tia no tenia corazon: la prueba es que murió sin consentir que yo la viesse.

—Pero te cedió el título y la mayor parte de sus bienes cuando la pediste permiso para casarte con mi sobrina... Y probablemente hubiera sido ménos rígida en lo sucesivo, á no haber muerto ántes de tu boda.

—La recuerdo con gratitud y con un remordimiento que no me explico.

—No olvidaré, añadió D. Pedro, la visita que la hicimos en su alcoba mortuoria. Su rostro, siempre blanco, justificaba entónces su nombre de María de las Nieves: tenia los ojos abiertos todavía, y, aquí para inter nos, mientras besabas su helada frente me pareció que nos miraba con cariño. Créelo, querido Adolfo, aquella mujer singular habia nacido indudablemente para mí.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.



EL GENERAL ESPARTERO, PRÍNCIPE DE VERGARA, EN SU LECHO MORTUORIO.

Nació en Granátula, el 27 de Octubre de 1793; † en Logroño, el 8 de Enero de 1879.

LA COPA DE ORO.

(TRADICION.)

I.

Era un rey de corazon
Indomable, un rey de acero,
Como la cumbre altaneró,
Temible como el leon.

Rey que pasaba su vida,
Y templó su alma violenta,
De la batalla sangrienta
En la atmósfera encendida.

Que no hallaba más consuelo
En el mundo, ni más gloria,
Que el laurel de la victoria
Y una hija como un cielo.

Mujer de rara hermosura,
Que el padre casar queria
Con un príncipe de Hungría,
Y ella amaba con locura

A un trovador, á un Petrarca
Errante, cuyas canciones
Se oyeron en los salones
Del belicoso monarca.

La hermosa y el trovador
Se vieron y se adoraron;
Y ambos, con fe, se juraron
Eterno y ardiente amor.

Y las deliciosas flores
Que el balcon de ella poblaban,
Por la noche perfumaban
Aquellos tiernos amores.

II.

Rico y vistoso paisaje :
Arboles, rosas, ambiente,
Lago azul y trasparente
Y un espléndido celaje.

Rompiendo el limpio cristal
Del lago con su divina
Cabeza, surge una ondina
De figura celestial.

En sus bellos labios rojos
Palpita un idilio ardiente;
Parece un cielo su frente,
Y hay un abismo en sus ojos.

El agua, en gotas brillantes,
Al pasar por sus doradas
Trenzas, las deja bordadas
De perlas y de diamantes.

Y sus formas deliciosas
Bajo el agua resplandecen,
Y que están hechas parecen
De nieve, nácar y rosas.

La ondina deslumbradora
Es la princesa adorada,
La cual lanza á la enramada
Su mirada abrasadora.

Por la enramada atraviesa

El trovador con sigilo,
Y oculto detras de un tilo
Manda un beso á la princesa.

Despues arranca del broche
De su sombrero la pluma,
Y con ligereza suma
Graba en la arena : *Esta noche.*

Y huye henchido de ventura.
Mas ; ay ! que ha sido observado
Por un ojo ensangrentado
Que brilla entre la espesura.

III.

En una noche, tesoro
De aromas y poesia;
Noche hermosa, que vestia
El manto de azul y oro ;

Llena de dulce pasion
La princesa suspiraba,
Y al trovador esperaba
En su gótico balcon.

Bañada en luz y adornada
Con túnica vaporosa,
Se asemejaba la hermosa
A una estatua nacarada.

Con paso firme y resuelto,
Y la apostura elegante,
Llegó, por fin, el amante
En airosa capa envuelto.

Y al pretender escalar
El balcon, varios soldados
Que se hallaban recatados
En la sombra, al escuchar

Que el rey « prendedle » gritaba,
Se echaron sobre el cantor ;
Mientras que aquél, de dolor
Y de vergüenza lloraba.

Y con gritos destemplados,
La pupila centellante
Y la rabia en el semblante,
El rey dijo á sus soldados :

« Pues que manchó mi decoro,
Lavad con sangre el borron,
Y encerrad su corazon
En una copa de oro. »

IV.

En su camarín dorado
Se encontraba la princesa,
La infeliz amante, presa
Del dolor más acendrado,

Cuando una dama enlutada
Le trajo, febril, inquieta,
El corazon del poeta
En áurea copa tallada.

Hondo gemido de muerte

La enamorada lanzó ;
 Pero luego se expresó,
 Más tranquila, de esta suerte :
 « Justo estás, padre y señor,
 Pues á un corazon, tesoro
 De virtudes y de amor,
 Das un sepulcro de oro. »
 Y, bañada en llanto ardiente,
 Sacó de su hermoso seno
 Un frasco precioso, lleno
 De un líquido trasparente.
 Y en la áurea copa vertió
 El licor, con ansia loca
 Llevóla al punto á su boca,
 Y en ella la muerte halló.

Y la hermosa, en su agonía,
 Desgarrado el rico traje
 Y echada en lecho de encaje
 Y brocado, así decia :
 « Espiro sin amargura,
 Por tener cerca del pecho
 Este corazon, que ha hecho
 Largo tiempo mi ventura.
 » Corazon que tanto adoro,
 Conmigo irá al panteon. »
 Y sobre su corazon
 Puso la copa de oro.

MANUEL REINA.

20 de Junio.—1879.



RELOJ DE SOBREMESA DAMASQUINADO É INCRUSTADO DE ORO Y PLATA.

Obra ejecutada por el artista español D. Plácido Zuloaga.



Escuela positivista : « Más vale que sobre pan que no que falte vino.» (Dibujo de Rivera.)

LOS DIARIOS DE MADRID

LEIDOS FUERA DE ESPAÑA.

Dichosa propension es la del hombre á hallarse bien en el sitio en que nace y acostumbrarse sin gran dificultad á aquel en que se aclimata; residiendo dentro de la patria, á todo nos habituamos, hasta á lo más defectuoso de ella; viviendo fuera, la imaginación nos presenta embellecidos los recuerdos de lo que dejamos dentro: sucede con esto lo que con las afecciones personales; teniendo á nuestro lado á los que queremos, aún reconocemos alguna vez sus genialidades; teniéndolos léjos, la ausencia los perfecciona y no deja pasar á través de la distancia más que el recuerdo de los mejores rasgos de su carácter. Suele á veces extremar esos sentimientos nuestra imaginación meridional, viva y apasionada, tan fácil en pasar de unos extremos á otros: del optimismo, que considera antipatriótico no sostener á punta de lanza que lo español es lo mejor del mundo, que se engaña á sí mismo y cierra los ojos para no ver la distancia que nos separa de las demás naciones europeas, al pesimismo desconocedor de las fuerzas, recursos y medios de un país riquísimo y necesitado de que á explotarlos se dedicasen los que pasan la vida hablando mal de él, pero sin hacer cosa alguna para que adelante.

Por resabios de tiempos ya lejanos, en que España ocupaba un puesto de preferencia á la cabeza de los pueblos de Europa, gustamos de tomar en libros, en discursos y artículos una *tevitura*, que hubiera podido tacharse de poco modesta en las épocas mismas de la vanagloria que nos condujo al estado actual; pero al mismo tiempo que perseveramos en hastiar á las gentes repitiendo, sin ocasion las más de las veces, el recuerdo de hazañas deslumbradoras, que labraron nuestra decadencia, parecemos tener tan pobre idea de lo que somos, que obramos, hablamos y escribimos como si viviéramos en un rincón de Europa, tan apartado y escondido, que nadie pueda ocuparse de nuestras cosas.

Sucede en realidad precisamente lo contrario: los frutos de nuestras aventuras y nuestras batallas han borrado la mayor parte del efecto producido un tiempo por empresas que no se nos caen de la boca, aunque su interés ha venido á ser ya puramente arqueológico; mientras que todos miran con el respeto que merece aquello precisamente de que parecemos no acordarnos y que para nada utilizamos: la influencia de nuestra raza, que tan inmensa podía y debía ser cuando hay esparcidos por el globo 55 millones de habitantes que hablan la lengua castellana; tantos como la alemana y cinco millones más que los que se sirven del francés como idioma nacional. Añádase á esto que la extensión del estudio de las lenguas vivas, las relaciones comerciales con América, las explotaciones industriales por extranjeros en la Península, y los alicientes de nuestra rica literatura del siglo XVI, van ensanchando, sobre todo en Alemania, Inglaterra y Francia, el número de las cátedras de español y de las personas que á aprenderle se dedican. Ahora bien; el estudio del idioma de un pueblo conduce naturalmente á otros estudios relativos á él, y de ahí las abrumadoras preguntas y observaciones, sinceras y simpáticas unas, no de tan buena ley otras, con que se suele agobiar al español que anda suelto por esos mundos de Dios.

Da esto lugar á que quien, por lo mismo que ama apasio-

nadamente la patria, se muestra poco indulgente para sus flaquezas cuando con los compatriotas trata de ellas, discutiendo con extranjeros la defensa con la cariñosa pasión del hijo á su madre, sin prestarse á convenir en faltas para las cuales no encuentre perentorias y plausibles explicaciones.

No há mucho que un alemán, que sabe al dedillo lo poco que hemos dado á luz en punto á estadística, nos recordaba con asombro el dato desconsolador de que de los 72.798 concejales que formaban los ayuntamientos de España en 1.º de Marzo de 1866, 12.484 no sabían leer ni escribir, y 921 tan sólo leían. Admirábase de que la quinta parte de los individuos á quienes está encomendada la administración municipal se hallaran envueltos en semejante ignorancia; habiendo provincias donde todavía era más desfavorable la proporción, como la de Alicante, en que los que se hallaban en ese caso representaban el 42 por 100 del total; la de Valencia, donde llegaban á 44, y la de Castellón, donde ascendían á 51: pensando lo que podían hacer personas tan poco idóneas para fomentar la instrucción, cumplir las disposiciones sanitarias, desarrollar los medios de comunicación, establecer los impuestos locales y llenar otras funciones á que están llamados por la ley los municipios, y tratando de descubrir de qué auxiliares se valdrían para cumplir su encargo, se asombraba doblemente, descubriendo, por ejemplo, que en las juntas locales de Instrucción primaria, encargadas de auxiliar á los Ayuntamientos, y en las cuales parece debían contarse personas de cierta ilustración, en 1.º de Marzo de 1866 había 3.999 que no sabían leer ni escribir, y 670 que sólo sabían leer. Contestábamos nosotros al alemán que estaba atrasado de noticias, que sus datos contaban trece años de fecha, durante los cuales España ha adelantado mucho; preguntábanos él á su vez dónde podría encontrar los últimos datos para formar juicio en la materia, la cifra de los contrayentes que saben firmar el acta de matrimonio, la de los reclutas que saben poner su nombre al pié de la filiación; respondíamos nosotros eludiendo la pregunta, y echando mano de lo que por ahí se cuenta sobre el número de escuelas que dicen tenemos y de los alumnos que por ellas pasan, como si tal cosa no pocos, á juzgar por los resultados; insistía nuestro alemán, sin distraerse y con la tenacidad propia de su raza, en que le dijéramos dónde podría encontrar datos más recientes, y no hay para qué decir la dificultad con que sortearíamos la pregunta, repitiendo que sus noticias eran viejas, sin poder demostrar que las tuviéramos más frescas, y disculpando que no las hubiera de reciente data con el sólo hecho desconsolador de que no se habían dado á luz.

En el mes pasado nos presentaron un norteamericano, encariñado con el proyecto de una explotación industrial relativa á España; andaba buscando hacia ya tiempo la cosa más sencilla del mundo al parecer, una lista de todos, absolutamente de todos los periódicos que en el presente año se publicaran en España: el hombre se mostraba algo amostazado con los centros que oficialmente nos representan en Londres y París, atribuyendo á escasa deferencia de ellos no haber podido lograr esa noticia, destinada á

servir de base á un servicio de que España debía recoger notables beneficios; sacámosle de su error, haciendo justicia á aquellos centros; pero para eso tuvimos que confesar que si no le habian dado la lista, era porque no sabíamos que existiera, cosa que el *yankee* se resistia á creer.

Esto de los datos estadísticos, á que se da hoy en Europa la misma importancia que en España á la vanidad grandilocuente de los discursos, las memorias y los informes, es causa de que por necesidad se haga caso omiso del nombre de nuestra patria en los estados comparativos de naciones, que con diferentes motivos se publican muy á menudo; y tambien de que se halle en graves apuros el español residente en el extranjero, que con harta frecuencia se ve interpelado por los compiladores de datos y noticias, que, cansados de investigaciones inútiles, piden á las relaciones privadas lo que no han podido encontrar impreso. Lo único que realmente circula por Europa es lo que dice el *Almanaque de Gotha*, que en este año de 1879 tiene que dar como el más reciente el movimiento de estado civil en España desde 1861 á 1870: quien necesite para sus trabajos datos más ó menos efectivos, pero al fin nuevos, sobre los ingresos y gastos del Estado, la deuda pública, el ejército y la marina, los halla en aquel Almanaque con relacion á 1877 y 78; pero ¿dónde podrá encontrarlos quien los busque para estudios comparativos en punto al movimiento literario, á la publicacion de libros y periódicos, á la circulacion por los ferro-carriles y tranvías, á la de las cartas y telégramas con relacion á la baja ó alza de tarifas postales y telegráficas, á la mortalidad en las principales poblaciones y en el conjunto de la Península, á entradas y salidas en los hospitales, casas de dementes y cárceles; á imposiciones y devoluciones en las en las Cajas de Ahorros, al estado de las sociedades de socorros mutuos, á la recaudacion de los teatros, al número de incendios, y á otros mil asuntos, objeto constante de observacion en toda Europa, que se traduce en cifras del más alto interes para reformar lo defectuoso, mejorar lo bueno y servir de estímulo á lo que más perfecto parezca?

Con ese y otros extranjeros de diferentes nacionalidades, que desean conocer el estado de España, hemos tenido más de una vez conversaciones siempre poco fáciles para nosotros, señaladamente con un inglés, lector asiduo de los periódicos de Madrid, á caza de elementos de informacion, que censuraba á los diarios españoles porque, segun él, eran más para entretenimiento que para estudio, y que nos aplicaba de lleno estas palabras de un periodista de los Estados-Unidos: «Lo primero de que trata un periódico americano es de dar noticias; lo primero de que se ocupa uno frances es de política; nosotros somos menos ideólogos.»

Dábanos ventaja el terreno en que el inglés planteaba la cuestion, y nos apresuramos á decirle que tenía razon si por política se entiende la ciencia que establece las relaciones sociales, porque se trata de una materia difícil, y no todos necesitan estudiarla; pero los hombres de Estado no son los únicos que tienen interes en saber cómo se gobierna: ¿á quién, desde el que trabaja con el pensamiento hasta el que trabaja con los brazos; á quien, por humilde que sea, no le alcanza su parte en los negocios públicos, cuando no hay un solo acto de gobierno que no se traduzca en ventajas ó inconvenientes para cada ciudadano, cuando la política le sale al encuentro á cada paso, como que es la vida social toda entera? Ella fija el derecho de moverse y circular, pesa sobre el aire que respiramos, acerca ó aleja los alimentos que nos sostienen y los vestidos que nos cubren, comprime ó desarrolla el pensamiento y el porvenir de la fortuna privada, influye hasta en los sentimientos más íntimos, hasta en las afecciones más queridas, hasta en las especulaciones más secretas; se sienta en el hogar doméstico en medio de la familia, respeta ó profana el fondo de nuestra conciencia, organiza y señala los límites del campo, crea y sanciona la propiedad, alza ó baja los productos de la tierra, aumenta ó disminuye los ganados, abre ó abandona las comunicaciones, fomenta ó tala los montes, acre-

cienta ó rebaja el vecindario, desarrolla ó limita las obras y el trabajo manual, da ó quita elementos á la industria, levanta ó hunde el comercio; ¿cómo ha de prescindirse de la política, cuando los intereses más legítimos y más sagrados exigen todo lo contrario!

Ibamos en lo mejor de nuestra charla, cuando el inglés nos atajó para rectificar, explicando que estaba muy léjos de censurar á los periódicos *políticos* de ningun país porque se ocupaban de *política*, sino por la forma en que algunos se ocupan. Los diarios de Inglaterra, nos decia, se diferencian de los franceses, de los italianos, y sobre todo de los españoles, en que no sostienen interminables discusiones y enojosas polémicas, que pocas veces interesan al público; cada periódico sostiene una opinion y ataca ó defiende al Gobierno, sin cuidarse de lo que piensen ó digan sus colegas. Los diarios españoles se diferencian á su vez de los franceses é italianos en que la mayoría son conocidos como órganos, no de un partido, ni siquiera de un grupo, sino de una individualidad, á tal punto, que tanto vale el título que toman como si llevarán francamente á la cabeza este otro: *Don Fulano de Tal*. Las reseñas del Parlamento son tambien originales; juzgan muchas veces los discursos más por la forma que por el fondo, se detienen poco en éste, alaban la elevacion de estilo; la pureza del lenguaje, la entonacion poética, el gusto clásico, el gran estilo oratorio, siquiera se trate del asunto que ménos se presta á la retórica; todo esto cuando se trata de los amigos; que para combatir á los adversarios les basta calificar el estilo de vulgar, el lenguaje de comun, la forma (¡la dichosa forma!) de inculta é indigna de las grandes tradiciones del arte oratorio español.

Despues de la seccion que suele llamarse doctrinal, más notable por su elocuencia idealista que por la doctrina que encierra, se tropieza con sueltos políticos, y aquí la confusion del extranjero es completa; por lo enigmáticos y lo sutiles le dejan completamente á oscuras; por el tono general le hacen dudar si todos los periódicos de España serán satíricos, y tan grande la dicha de los españoles, que no puedan tratar de nada sino en broma; los sueltos más políticos designan á los partidos, no por títulos que representen ideas, sino por motes de polacos, cimbrios, calamares, moros del Riff, húsares y otros ciento de ese género, cuya etimología es más difícil de hallar, fuera de las fronteras, que la significacion de los geroglíficos de un monolito egipcio: esos sueltos obedecen, en su mayor parte, á una corriente de personalismo gangrenoso, á un formulario que parece estereotipado: «Ayer celebró una conferencia D. Fulano con D. Mengano, que duró tantos minutos y tantos segundos; no dirémos palabra de lo que hablaron, pero sí que al terminarla, uno salió con buena cara y otro con mal gesto»: «Se comenta mucho una carta de D. Citano, escrita en sus posesiones de... las Batuecas»: «Ha salido ganando horas para... los Cerros de Ubeda D. Perengano, que lleva una respuesta á la importante carta de que ya hemos hablado, pero cuyo contenido es aún un misterio»: y así un dia y otro dia, un año y otro año, mortales columnas de noticias que no varían más que en los nombres propios, y de que pocos lectores entienden ni siquiera una letra. A vueltas de esos sueltos, cuya importancia salta á la vista, un periódico se refugia en las observaciones metereológicas, á fin de explicar la política por medio de las alteraciones atmosféricas; otro escribe una fantasía, suponiendo lo que sucederá el año 80; otro finge conferencias, pone en escena los personajes que se le antojan y escribe diálogos imaginarios; todo ello salpicado de agudezas, de chistes, de refranes, de seguidillas, de versos amputados del teatro antiguo y moderno, de cuentos y de imágenes inspiradas por las suertes de las plazas de toros.

No es maravilla que así se expresen los extranjeros, que leen nuestros periódicos con el deseo de formar juicio del país en que se escriben: esperan un dia y otro dia lo que con tanta frecuencia se publica en los diarios de su país, por ejemplo, cifras de la produccion nacional, y la única produccion que descubren es de frases ingeniosas, chispeantes.

pero que, aún entendiéndolas, no les sirven para nada; escudriñan todas las secciones, ansiosos de averiguar el movimiento comercial de actualidad, y en su lugar hallan no pocos chismes, procedentes de todos los pueblos sobre candidaturas á todos los puestos; desean conocer el número de quiebras recientemente pronunciadas por los tribunales de comercio, y en lugar de este importante dato hallan sólo noticias de las negociaciones con el Tesoro; quieren saber la importancia de las transacciones á que da lugar la ganadería en mercados y ferias, y lo único que aprenden de éstas es el pormenor de las fiestas á que sirven de pretexto; si les importa formar opinion sobre la situacion de la industria minera y la fabricacion de hierros, la ebanistería, los curtidos, la joyería, la tipografía, los hilados y tejidos, se quedan con la curiosidad, porque el silencio sobre la animacion ó la calma en que esas industrias se hallen es tan insistente como el alarde que cada periódico hace de las simpatías que descubre ó pretende descubrir en todas partes para él ó los que le sirven de patronos. Busca el extranjero la reseña de los trabajos de nuestras corporaciones sábias de oficio, y no halla más señales de vida que cuando celebran sesiones en que lo que se trata de saber son soluciones de asuntos é individuos mezclados con la política; se empeña en enterarse de lo que hacen para la ilustracion del país las asociaciones independientes del Estado, y por consiguiente en libertad relativa de accion, y se encuentran con palenques oratorios para la discusion de cuestiones abstractas, que den ocasion á remedos de Parlamento, en que tal orador fácil *combatió* á otro orador fácil tambien, con aplauso del auditorio, loa de la prensa, provecho de los combatientes y escasos resultados para el desarrollo práctico de la civilizacion; se dispone á tomar acta de las conferencias, dedicadas en apariencia á ilustrar la masa general del país, y, ¡cosa extraña en una tierra fecundísima en oradores, si los hay que no vacilan en pronunciar largas oraciones ante oyentes poco preparados muchas veces para recibir las concepciones más elevadas de los conocimientos humanos, escasean los que, con ménos lucimiento individual, pero con más provecho general, se dedican á explicar, bajo el punto de vista de la utilidad práctica é inmediata, aquello que interesa propagar; y no hay quien se digne presentar datos estadísticos dignos de fe, cifras aritméticas no sujetas á contradiccion, por las cuales se juzgue lo que hay de positivo en el esfuerzo colectivo é individual que realmente se esté haciendo para promover la instruccion popular y estimular esa propaganda, denunciando nuestro atraso relativo; quiere recoger datos sobre la aplicacion en España del espíritu de asociacion, sobre la tendencia á seguir el ejemplo que otras naciones están dando por medio de donaciones y legados para estimular la prevision y el estudio, y apenas le señalan sociedades que no sean para organizar fiestas de todas las especies, ni mencion de donativos como no sean de moñas para las corridas de toros; quiere juzgar el estado de nuestro teatro actual, y encuentra no pocas criticas dramáticas, en que se elogia lo que se estrena, no por el pensamiento, que se mira como accesorio, sino por la versificacion, que se considera lo principal; quiere saber qué puntos calza hoy la poesía, y halla citadas estrofas armoniosas, períodos redondos, frases sonoras, prosa llena de calor, de vida, de luz, y comparaciones felices á todo lo que brilla y resuena en el cielo, en la tierra y en el mar; rara vez un pensamiento profundo, casi siempre un agradable murmullo, que entra por un oido y sale por el otro, pasando como el rayo por la imaginacion: en una palabra, quiere juzgar el estado general de la ciencia por las crónicas científicas, y las encuentra á muchas de ellas convertidas en válvulas expansivas de la pasion política; quiere saber de una vez y con toda claridad en qué consiste nuestra política, y la encuentra forzosamente rebozada en imágenes científicas, de todo punto impenetrables para quien no pase la vida vegetando en los corrillos madrileños. En resumen: datos, escasísimos; guarismos, casi nunca; noticias personales de idas y veni-

das, de nombramientos y cesantías, de cruces y títulos, nombres propios en fin, á cada línea; personalismo hasta el punto de cambiar el periodista aquel *nosotros*, que lleva consigo la considerable ventaja de la fuerza colectiva, con el *yo* satánico, expresion de la flaqueza individual; hasta el extremo de enderezar sus cartas los corresponsales, no al director de la publicacion como tal, sino por su nombre y apellido, insoportablemente repetido en cada número tantas veces como cartas inserta.

Convengamos en que los extranjeros, á quienes esas y otras observaciones sugiere la lectura de nuestros periódicos, tienen razon bajo su punto de vista frio é imparcial; la prueba de que tambien nosotros la tenemos para declarar que tal cual es hoy el periodismo en España constituye un verdadero prodigio, está en que nadie ha dejado de dársela, y lo que es más, de tributarle su admiracion, despues de explicar cómo nace y cómo vive.

Penosa faena es la del escritor contemporáneo de cualquier país, que se ve obligado á producir á fecha fija las cuartillas que le encargan, cualquiera que sea la disposicion de su ánimo, á veces con recomendacion de que sirvan para hacer reir, al que mientras las escribe se siente mucho más inclinado á llorar. Al lector de nuestros tiempos le importan un bledo, y en eso tiene razon, los pensamientos íntimos que cruzaban por la mente del escritor mientras extendia los que dedicaba á la publicidad; nada le interesa saber si los presentes renglones y los datos en ellos reunidos están trazados y coordinados con mano trémula y calenturienta en medio de un padecimiento físico. Hasta nosotros han llegado las reputaciones de algunos autores que, cómodamente arrellanados en el sillón de una celda, gozando de tranquila vida, asegurados hábito, refectorio y enfermería, y sin preocupaciones sobre el mañana de sus familias, sacaron á fuerza de años de un gran tintero de mármol cincuenta ó sesenta tomos ilegibles, que han hecho proverbial su fecundidad; los obreros de la pluma en este agitado siglo XIX llevan la más revuelta y la más ingrata de las existencias; gastan los mejores años de la vida en un combate constante, lleno de disgustos, pródigo en aventuras y peligros; escriben cien volúmenes, y precisamente por lo mismo que tanto escriben, la inmensa mayoría no deja una línea que asegure la memoria de su nombre; pensamientos, frases, improvisacion rápida, trabajo algo meditado, todo desaparece en el torrente á cuyo fondo caen desplomadas las aguas del olvido; sobre la reputacion del más infatigable periodista, fundada en haber llenado columnas y más columnas de la efímera hoja de papel llamada periódico diario, flotará eternamente la fama del Tostado, que llevó á cabo la hazaña de emborronar dos docenas de tomos indigestos, forrados en pergamino.

Siempre que con extranjeros se ha suscitado la cuestion del escaso interes que para ellos ofrecen los periódicos españoles, hemos rogado á los que los censuraban que nos explicasen previamente las condiciones de la prensa en sus respectivos países.

Cuando hablábamos con un inglés nos decia los principios generales de la legislacion de su país, que fácilmente se resume: allí la prensa es libre, es decir, que no está sometida á censura previa, ni franca, ni disfrazada, y tiene derecho de discutir y criticar los actos del Gobierno, sin más límite que la critica calculada para ocasionar perturbaciones. El escritor que excita á la muerte del Jefe del Estado, el que aconseja la rebelion, pueden ser castigados con penas severas; el que difama á los grandes personajes extranjeros con propósito de producir una ruptura entre dos naciones, está tambien sujeto á castigo; el escrito injurioso, con intencion de perjudicar á un particular, puede ser penado con multa y prision; pero el escritor puede producir la prueba de los hechos sentados, con tal que haga presente uno de los terminados, ó una razon de que resulte que la sociedad estaba interesada en la publicacion. Aun cuando las revelaciones procedan sólo de un interes privado, el escritor



puede ser absuelto, si las circunstancias excusan la publicación. La persona que se cree difamada no pide generalmente en Inglaterra más que daños y perjuicios ante la jurisdicción civil, donde su adversario puede probar para su defensa la verdad de las imputaciones. Más todavía que los principios generales, consignados en las leyes ó consagrados en la jurisprudencia, valen la jurisdicción encargada en Inglaterra de reprimir los delitos de la prensa, las admirables costumbres políticas de aquel pueblo, representadas en el Jurado. Verdad es que existe en el arsenal de la jurisprudencia inglesa un principio que permite acudir al procedimiento de información para distraer al acusado de la competencia del Jurado; pero la opinión pública ha abolido este recurso, y los escritores son juzgados por sus conciudadanos á presencia del país entero, porque de todo proceso se puede dar cuenta exacta y detallada. La prensa periódica, cuya publicación se cree más vasta, más penetrante y persistente que la no periódica, ha sido objeto de ciertas medidas especiales. Se considera *news paper* (periódico) toda publicación que contiene noticias y avisos y aparece periódicamente en cuadernos ó en números á intervalos que no exceden de veintiseis días. Esta definición indica cuáles son los periódicos sometidos á las disposiciones fiscales; pero periódico, en el sentido de las demás leyes, es la publicación que aparece en períodos de ménos de veintiseis días, que no consta de más de dos hojas, y se vende á ménos de seis peniques el número. Para publicar un periódico se necesita una fianza de 400 libras en Lóndres y Dublin, y de 300 en el resto de Inglaterra; declarar el título de la publicación y el nombre del periódico, el impresor y el editor, y hacer el depósito de cada número con la firma del editor. Este es responsable de los excesos cometidos en la publicación; pero cabe defenderlos probando: 1.º, que la inserción del artículo no puede atribuirse á intención de causar perjuicio; 2.º, que se han insertado en uno de los números siguientes excusas que neutralicen los perjuicios que pudieran haberse causado; en este caso, el defensor puede presentar la suma que crea suficiente para indemnizar al demandante; si éste no la acepta, se expone á que el Jurado la declare bastante y pierda el proceso.

El criterio de los hombres de gobierno de Inglaterra, no de una escuela, sino de todas, se halla admirablemente considerado en las siguientes frases de un discurso de Gladstone: «Confieso francamente que sin los redactores de los periódicos no sé cómo nos compondríamos los hombres de Estado, porque sus estímulos y sus elogios son para nosotros de mucho valor y nos sostienen en la hora de las dificultades. Por mi parte, y creo que los demás que tienen experiencia de las cosas dirán lo mismo, doy más valor á su juicio crítico que á sus censuras: por lo demás, crítica ó censura, ¿qué hombre podrá resentirse de ellas? Si son injustas, no pueden ocasionar perjuicio, á ménos que aquel á quien se dirijan esté desprovisto de toda entereza de carácter; si son justas, su precio es inestimable, vienen á ser un espejo donde se descubre y se ve lo que nunca se habría sabido de otro modo. Así aprendemos los medios de enmendar esas faltas, de evitar los errores cometidos, de que nuestros talentos, sean los que quieran, puedan aprovechar más á nuestros conciudadanos; de llenar, no digo con más perfección, sino lo ménos imperfectamente posible, los altos deberes que la Providencia nos ha impuesto. Las funciones del periodista no tienen precio para nosotros; la sociedad debe mucho á los que la proporcionan instrucción y progreso por medio del periodismo; pero nadie les debe más que los que son objeto de su exámen libre, sincero y áun hostil. Personalmente mi conciencia no me remuerde de exagerar la importancia inmensa é incalculable de las funciones de la prensa en lo que respecta á la masa social. No regateemos, pues, á ese gran poder el puesto que le es debido en el círculo de nuestras instituciones y nuestras ideas; saludémosle como un nuevo beneficio que la Providencia ha querido conceder al género humano, para pres-

tar apoyo al progreso de los negocios y de las instituciones.»

Cuando el extranjero con quien hablábamos era norteamericano, se limitaba á contestar á nuestra pregunta sobre las condiciones que rodean á la prensa en su país con la narración siguiente: «El 19 de Mayo de 1864 dos periódicos de Nueva York, *El Comercio* y *El Globo*, insertaron una falsa proclama de Lincoln, llamando á las armas 400.000 reclutas: aconteció esto en plena efervescencia, cuando corría la sangre por las calles y se pegaba fuego á las casas de las autoridades encargadas de alistar reclutas. El Ministro de la Guerra dió orden al general Dicks, jefe militar de la ciudad, para ocupar con fuerza armada los edificios en que se hallaban instalados aquellos periódicos, é impedir que se publicaran; la ocupación se hizo, cumpliendo la orden del Ministro, bien que sin que fuese acompañada de los actos de pillaje que muchas veces se han cometido en casos análogos en el continente europeo. A pesar de eso, Horacio Saymour, gobernador de los estados de Nueva York, dió orden de perseguir al general Dicks y á sus oficiales, que fueron llevados como acusados de delitos comunes á la barra del juez Russel; y si lograron obtener una libertad provisional, fué después de firmar el compromiso de permanecer á las órdenes del juzgado. Al mismo tiempo se hicieron interpelaciones en las dos Cámaras, que dejaron al Gobierno por bajo del poder inviolable de la prensa. A los dos días de suspensión reaparecieron los dos periódicos, á condición de declarar que la proclama era falsa: renunciando éstos, por su parte, á reclamar daños y perjuicios por la suspensión, se renunció por la otra á perseguir la falsedad; el general Dicks recobró su libertad y se libró de responsabilidad el Ministro que, para salvar á la patria, se había atrevido á atentar á la prensa.»

Cuando era alemán el extranjero nuestro interlocutor, teníamos medios fáciles de que comprendiera pronto las condiciones en que se halla la prensa de España, sin más que llamar su atención hácia la de su país, recordándole que el año pasado de 1878 se reunió en Dresde un congreso de periodistas alemanes, y expuso en una Memoria las razones en que estriba el atraso de la prensa en aquel Imperio, resultando de la Memoria que en los últimos cincuenta años se han publicado en Berlin 1.200 hojas periódicas, y el número disminuye todos los días, principalmente porque en los cinco años últimos se incoaron 250 procesos contra la prensa, siendo condenados 216 periódicos: así se explica que, por término medio, el 27 por ciento de los diarios de Berlin no pasen de un año de vida. A eso podríamos añadir casos de rigor fiscal tan oportunos como el muy reciente de un director de periódico, sentenciado á tres meses de prisión por usar de reticencias hablando de la respetabilidad de un Tesorero, que se fugó con los caudales del Estado el día mismo en que el director salía de la cárcel, después de cumplida su condena por faltar á la consideración debida á un funcionario que estaba haciendo la maleta para tomar las de Villadiego, llevándose el dinero confiado á su custodia.

Cuando discutíamos con un francés, nuestra tarea era también sencilla. Verdad es que en aquel país es donde se ha dicho que pensar á medias no es más que vivir á medias; que la libertad de la defensa es la que debe encargarse de neutralizar la libertad del ataque; pero el país donde esas y otras cosas análogas se han dicho se cuenta entre los sometidos al régimen de la intolerancia; allí se imaginó la clasificación que llama mala prensa á la que apoya á los que están abocados al poder y combate á los que lo ejercen, y buena prensa á la que apoya al que es ministro y combate á sus sucesores. Seríamos injustos si no reconociéramos la provechosa y aprovechada lección que á la Comisión de la Cámara encargada de elaborar una centésima ley de imprenta acaba de dar el Jurado del Sena, absolviendo, casi en los mismos días, á Taxil, libre pensador republicano, procesado por ataques al clero, y á Cassagnac, bonapartista clerical, por ataques á la República, las Cámaras y

el Gobierno ; pero esta tendencia á la libertad de escribir no es todavía en Francia más que tendencia.

Las diferentes suertes de la prensa, libérrima en los Estados Unidos, Inglaterra, Suiza, Bélgica, Holanda, Suecia, Portugal é Italia ; limitada en España, Alemania, Austria y Francia, se refleja grandemente en los periódicos y en los elementos de que se hallan rodeados.

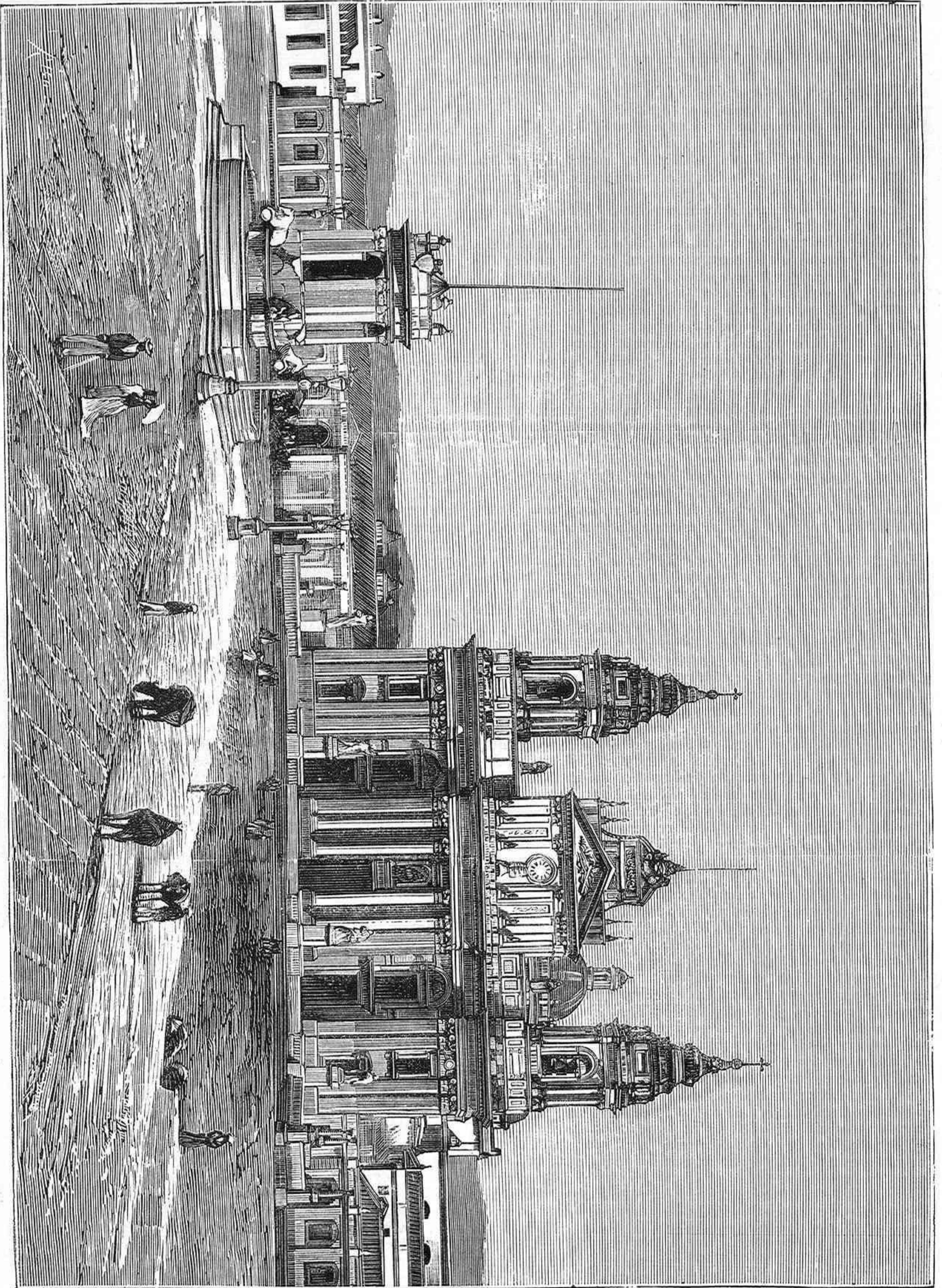
Los americanos están mejor instalados que los europeos, en inmensas construcciones, verdaderos palacios, expresamente edificadas para aquellas colmenas laboriosas. Generalmente se hallan colocados en el centro de los negocios, y se distinguen de noche, porque son los edificios más iluminados, los que derraman más luz en la calle ; á su servicio tienen todas las comodidades imaginables ; los talleres de composicion, de estereotipia y de impresion, con abundantísimo material ; los salones y gabinetes para la redaccion y administracion, confortables hasta el último extremo ; en el centro del edificio funciona un aparato telegráfico especial, que lo anima todo con su perpétuo estremecimiento. *El New-York Herald* nació, por excepcion, de una manera singular : empezó hace unos treinta años en una cueva, en que el fundador tenía por silla una caja vacía, por pupitre una tabla colocada sobre dos barriles, y por capital 200 dollars, es decir, lo necesario para vivir una semana. El fundador era á la vez propietario, editor y redactor ; el primer número constaba de cuatro páginas de á cuatro columnas, y hoy es una cuádruple é inmensa hoja, con cuarenta columnas sólo de anuncios, cuyo beneficio anual es de 40 millones de reales. Está compuesto en veinte tipos diferentes, y se imprime en ocho máquinas en ménos de una hora ; da ocupacion á setenta cajistas, veinte conductores de máquinas, una multitud de aprendices y mozos, y un regimiento de repartidores y vendedores. Es el primer periódico de los Estados Unidos, porque se ha esforzado siempre en adelantarse á la corriente de la opinion y en ser el mejor informado del mundo entero, para lo cual no repara en gastos, empleando sus inmensos ingresos en obtener informaciones de toda especie en todos los puntos del universo ; sus corresponsales, en cualquiera parte que se encuentren, tienen la mayor latitud en punto á gastos, partiendo del principio de que nunca se paga cara la primicia de una novedad ; así se explica que el corresponsal de Lóndres abonará 4.000 duros al cable trasatlántico por la expedicion de un discurso del Emperador de Alemania : á más de una numerosa redaccion y colaboracion, tiene esparcidos corresponsales por todos los puntos del globo ; su propietario, James Gordon Bennet, dió 40.000 dollars por ser el primero que recibiese la noticia de la muerte del rey Teodoros ; él ha sido quien ha mandado á Stanley á buscar á Linvingston, armando unos buques de vapor de su propiedad para explorar las regiones árticas del polo, á costa de 300.000 dollars, seis millones de reales. Despues de *El New-York Herald* sigue, por orden de importancia, *El New-York Times*, que se imprime en las prensas Walker, cada una de las cuales tira de 15 á 17.000 ejemplares por hora, sin exigir para su servicio más que dos hombres cada una, y el *New-York Tribune*, fundado por Horacio Greeley, filántropo y periodista eminente, uno de los enemigos más encarnizados de la esclavitud, candidato á la Presidencia en 1872, que murió de pena por no haber sido elegido ; es, en efecto, una gran tribuna abierta á los apóstoles de las nuevas ideas, y ocupa un edificio de nueve pisos. *El Sund*, que se vende á dos sueldos, aunque su valor material es el doble, imprime 120.000 ejemplares. *El Advertiser Evening Thelegrame* se diferencia de todos los demas periódicos en que su tirada es continua, es decir, en que está siempre componiéndose é imprimiéndose, porque á la llegada de cada noticia hace una nueva edicion. Los redactores de los periódicos norte-americanos cobran grandes sueldos : los de Nueva-York, de 8 á 12.000 dollars ; los directores de los diarios de las ciudades importantes, de 6 á 10.000. El mayor estipendio que ha recibido jamas ningun periodista es el de 11.800 duros, que *El New-York*

Herald ha señalado al literato Nosdoff por prestarle sus servicios, escribiendo sólo cuando le plazca. Cada periódico tiene próximamente cuarenta *reporters*, encargados de enviar á las redacciones la narracion de los acontecimientos de todas especies ; su centro es el cuartel general de la policia, ligado por el telégrafo á todas las estaciones subalternas : tan pronto como se recibe el aviso de una ocurrencia, se trasladan al teatro de ella, y como todos saben Taquigrafia y son peritos en Telegrafia, los periódicos pueden dar á las veinticuatro horas cinco ó seis columnas, tipo del 6, con la descripcion detallada de un suceso, ó la reproduccion de un discurso pronunciado á 1.000 leguas de distancia. Los norte-americanos acaban de llevar el periódico hasta la exageracion, publicando uno que mide 4 metros en cuadro ; pesa 231 gramos y consta de 8 páginas, con unas 35.000 líneas : en un solo número ha insertado un sermon, una novela histórica, un poema, diversos cuentos, multitud de artículos, y como variedades *El último dia de un condenado á muerte*, por Víctor Hugo. Al lado de este monstruo, *El Times* queda reducido á poca cosa, por más que su impresion absorba 6.000 kilogramos de tinta cada semana.

La estadística de la prensa inglesa es diametralmente opuesta en sus resultados á la alemana. El 1.º de Enero de 1866 habia en Inglaterra 1.257 periódicos ; en igual fecha de 1867, 1.404 ; actualmente hay 1.855 y 800 publicaciones periódicas ; á éstas hay que añadir 56 órganos de varias sociedades, que forman un conjunto de 2.759 hojas periódicas. Lóndres da un contingente de 486 *news paper* (periódicos), que se ocupan, en su mayor parte, de materias políticas, y 598 revistas, que tratan de cuestiones diversas ; los obreros tienen por órganos 14 periódicos ; las Sociedades de Artes y Oficios, 104. Se cree generalmente que los diarios ingleses no tienen suscritores, sino que se venden por números sueltos ; así sucedia, en efecto, hace algun tiempo ; hoy todos los periódicos cuentan abonados, y hay algunos, como *El Morning Post* y *El Morning Advertiser*, cuya venta es casi nula ; los que ménos suscritores tienen son *El Daily Telegraph* y el *Evening Standard*. El reducido precio de los periódicos ingleses, que dan ocho y diez páginas de impresion por un penique, se explica no sólo por el grandísimo beneficio que obtienen de los anuncios, sino tambien por la extremada baratura de su excelente papel y de la mano de obra ; en cuanto al sueldo de los redactores, dirémos que los de *El Times* cobran al año 2.000 guineas (12.000 duros), y sus corresponsales en algunas capitales tienen asignacion y gastos de representacion, que elevan esos cargos casi á la altura de los puestos diplomáticos.

El número de los diarios políticos que se publican en París es de 49 : hay 1.190 publicaciones ; de éstas, 71 religiosas, 104 de Jurisprudencia y Administracion, 153 de Comercio y Hacienda, 23 de Geografía é Historia, 139 de lectura recreativa, 31 de Administracion, 90 de Literatura, Filología y Bibliografía ; 18 de Bellas Artes, 4 de Fotografía, 8 de Arquitectura, 15 de Música, 17 de teatros, 70 de modas, 134 de Tecnología é industrias varias, 80 de Medicina y Farmacia, 48 de Ciencias, 29 de arte militar y marina, 38 de ciencias agrícolas, 23 de *Sport* y 27 de diversas materias.

Comparado con el periodismo de esos países, el frances se funda en un suelo de arena, y como su suerte es más precaria, sus elementos han de ser naturalmente más débiles, aunque, comparados con los de la prensa española, sean colosales ; ahora mismo acaba de ponerse en venta la propiedad de las *Hojas Havas* en 8.500.000 francos, y se cotizan á 2.025 las acciones de 500 de la Sociedad anónima para la explotacion del *Petit Journal*, cuya tirada, de 280.745 ejemplares en 1873, se eleva hoy á 522.800, y cuyo beneficio, de 548.503 francos 25 céntimos en aquella fecha, ha sido en 1878 de 1.691.544 y 52 céntimos. Hoy por cada periódico de gran tamaño se venden veinte del pequeño, resultando de aquí que éstos pueden pagar mayores sueldos á sus redactores, y que los de más valer



AMÉRICA CENTRAL. — Vista de la Catedral de Guatemala.

prefieren la prensa pequeña; entre la de gran tamaño figura *La France*, que tira de 50 á 60.000 ejemplares; *Le Figaro* y *La République Française*, que imprimen de 35 á 40.000. Alguno de estos periódicos llega á pagar 200 á 300 francos por artículo, ó sean de 24 á 36.000 al año; otros artículos se pagan á tanto por línea, y de ese modo han llegado á cobrar De Wolff y Rochefort 5.000 y 6.000 francos al mes con su colaboracion; los sueldos fijos son de 1.200 á 1.500 francos para los redactores políticos, de 500 para los gacetilleros y revisteros; los *reporters* ganan de 20 á 30 céntimos por línea; el folletín se paga de 20 céntimos á un franco; el Boletín de la Bolsa, en vez de costar, produce á los periódicos, que le arriendan por un tanto al mes ó por un tanto por ciento, habiendo alguno que obtiene de esta seccion 150.000 francos al año; los principales ingresos proceden de los anuncios y reclamos, que, aún siendo infinitamente menores en número que en los Estados Unidos y en Inglaterra, dan un rendimiento de muchos centenares de miles de francos. No admiten comparacion con los edificios que los periódicos ocupan en esos países, los que cobijan á los de París, aún aquellos expresamente contruidos para ese fin, como lo han sido el del *Moniteur*, *Le Petit Journal* y *Figaro*; pero rivalizan en atractivos las salas públicas de despachos establecidas por estos dos últimos diarios, *L'Evenement*, *Le Nouveau Journal* y otros; sin contar las salas de algunas revistas, que, como las de *L'Art* y *La Vie Moderne*, constituyen verdaderas exposiciones de pintura y escultura.

En esos países, donde el periodismo constituye un ramo de industria importante, hay centros marcados para el comercio de periódicos; tales son: en Nueva-York, el Board Way; en Lóndres, el Strand; en Viena, el Graben, y en París, la rue de Croissant; los vendedores pueden dividirse en tres clases: las librerías, los puestos fijos y los vendedores ambulantes, que representan la aristocracia, la clase media y la plebe en el comercio de los periódicos. La ganancia de las librerías depende del sitio que ocupan y de las condiciones del dueño, que aumenta los beneficios con la venta de periódicos; en París las hay que obtienen de 25 á 30 francos diarios; en general venden más revistas y periódicos semanales, ilustrados ó no, que diarios políticos; lo contrario sucede á los vendedores en puestos; su ganancia se halla en relacion con la situacion que ocupan; la de los vendedores ambulantes, con la agilidad de sus piernas.

Sentados estos datos sobre las condiciones de la prensa en los países donde más próspera se encuentra, fijemos la atencion en la de España. Pensando en ella se viene á la memoria aquel sastre de la antigüedad, que, habiendo dado en la manía de vestir á la luna, despues de emplear quince dias en ir ensanchando el traje (que cada veinticuatro horas resultaba más estrecho), y otros quince en estrecharle (porque cada noche resultaba más ancho), acabó por dejar la luna tal como fué creada, sin ropa que ocultara sus faltas y sus bellezas. Nuestros gobiernos han plagiado al sastre de la antigüedad; casi todos han querido cubrir á su capricho la desnudez de la prensa, es decir, su libertad. Reconocido está el derecho de todo español á emitir libremente sus ideas.... con arreglo á las leyes; nadie, pues, le niega el derecho en tésis general, como no se le niega á ninguno el de circular por la vía pública, á pié, á caballo ó en carruaje; pero luego vienen las leyes, traducidas del frances en su mayor parte, que imponen al periodista una garantía de indemnizacion de lo que pueda perjudicar á los demas. Importamos de Francia el depósito, que priva del derecho de escribir al que no es rico; arma ofensiva contra el periodista, por el solo hecho de serlo: todos los individuos están en condiciones de cometer delitos, y aún crímenes, y de incurrir en la pena de multas é indemnizacion de perjuicios; á nadie se le ha ocurrido, sin embargo, exigir á los dueños de carruajes ó de perros que hagan un depósito para responder de los atropellos, mordeduras y desgracias que puedan ocasionar; ni á los vendedores de comestibles ó de drogas por

el daño que puedan causar adulterando los víveres ó falsificando los medicamentos; el periodista es un sér esencialmente peligroso, con el cual se cree necesario tomar precauciones injuriosas y vejatorias, enteramente desusadas, que le colocan fuera de la ley general y le imponen un castigo preventivamente. Despues de esto se hace una distincion enorme entre el periódico y el libro, negando que el periódico sea un libro que sale diariamente á luz, y que cada uno de sus números forme una publicacion; lo cual supone que el periódico que apareciera seis ó diez veces por día sería otras tantas veces más peligroso que los que hicieran ménos ediciones.

Tenemos ya la base legal de los periódicos en España; veamos ahora las de sus empresas: en los Estados-Unidos y en Inglaterra no se concibe la fundacion de un periódico sin contar con grandes capitales; en Francia misma se calcula necesario un millon de francos para hacer frente á los gastos del primer año; en España generalmente se fundan los periódicos sin capital, y por tanto sin los elementos necesarios para una organizacion que asegure su éxito; verdad es que si hubieran de esperar el capital no se publicaria ninguno; porque no hay, ni puede haber, individuos ni sociedades que le dediquen como especulacion á un negocio lleno de aventuras y peligros; porque las leyes no reconocen en el periódico una propiedad semejante á las demas, ni le admiten, por consiguiente, á participar de los privilegios legítimos de ella: se ha abolido la confiscacion, y subsiste aún para el periodismo: hay ya algunas empresas que constituyen importantes casas de comercio con capitales considerables, que producen intereses á comanditarios ó á asociados, que sostienen un personal numeroso, que alimentan muchas familias, y miéntras que la propiedad comun está á cubierto de la confiscacion, la propiedad de los periódicos puede desaparecer con un papel comunicado por un alguacil.

Despues de no tener verdaderas garantías como empresa, los periódicos españoles carecen de los ingresos con que cuentan los de otros países. No hace falta demostrar la escasez de lectores; verdad es que todavía conserva ocultos nuestra estadística los datos indispensables para formar el censo de los lectores de periódicos siquiera, y lo que se explicaban ménos aún los extranjeros á que venimos aludiendo, hasta elementos vagos que pudieran servir para calcular ese censo, aunque fuese aproximadamente; pero, así y todo, segun tanteo que hemos hecho, sirviéndonos de base la cifra oficial de 16.794.963 habitantes, en que se estima la poblacion de la Península, incluso las Baleares y Canarias, y el estado de lo que pagaron por franqueo los diarios políticos en Madrid en el mes de Mayo de este año, no creemos aventurado afirmar, despues de hecho el cálculo con el espíritu optimista más exagerado, que los ejemplares que colocan todas las publicaciones diarias de España reunidas no excede de 200.000; es decir, que hay 16.594.963 habitantes que ni están suscritos á periódicos diarios, ni tienen costumbre de comprarlos; y aquí recordamos que un extranjero rebuscador, que deseaba hacer ese mismo cálculo, nos presentó tres números, todos de este año, que se habia agenciado despues de que circularan por España, pretendiendo le explicáramos las diferencias que en ellos notaba. En uno habia un sello ovalado, que decia: «Satisfechos los derechos de timbre para la Península»; en otro se hallaba estampado el mismo sello y letrero, aunque todo ello en menores proporciones; el otro tenia un sello circular con escudo de armas en el centro y estas palabras: «Timbre, 3 pesetas, 10 kilos, Madrid»; el cuarto era el único claro, porque estaba limpio de sello y tenia el mérito de no contribuir á extraviar el juicio de los que, entendiendo en toda Europa por la palabra timbre la marca de un impuesto, pueden así quitarnos la ventaja de figurar entre Bélgica, Holanda, Suiza, Italia, Suecia y los Estados-Unidos, que están libres de él. En vez de buscar la fórmula más difusa de decir una vaguedad y una inexactitud: «Satisfechos los derechos de timbre», cuando ni hay

tales derechos ni tal timbre, podrian haberse economizado las treinta primeras letras, bastando la cifra P. P., para acreditar el único objeto del sello, el *porte pagado*; no es ménos absurdo el otro sello, cuando lo que interesa entregar á conocimiento del público no es la repetición inútil de que cada 10 kilos de porte pagan 3 pesetas; los mismos estados mensuales de franqueo son de todo punto inútiles miéntras, sobre limitarse á los periódicos de Madrid, se contenten con decir lo que cada uno paga, cosa que sólo importa á quien lo satisface, y que conduce á oscurecer la verdadera circulación de cada uno, el número de ejemplares expedidos, que es lo que interesa al público y no poco al Tesoro; puesto que eso bastaria para poner á las empresas en el caso de preferir el transporte por el correo á cualquier otro.

Si el número de lectores que pueden prometerse los periódicos de España escasea tanto como hemos visto, el de los anuncios, nervio de la prensa extranjera, es entre nosotros ridículamente exiguo. A la vista tenemos el ejemplar de un periódico de Nueva-York, que contiene 68 columnas de anuncios en tipos pequeños, formando 3.330 noticias separadas, clasificadas en 90 secciones, con un índice para servir de guía al lector; en estas secciones hay 647 anuncios de alquiler de casas, 550 de ventas de propiedades raíces, 350 ofreciendo colocaciones personales, 433 solicitándolas, 1.350 sobre todos los ramos conocidos de los negocios. Sin ir tan léjos, dentro de la Península misma, en el número de un diario de Lisboa que tambien tenemos sobre la mesa, contamos 30 columnas con 542 anuncios, más de los que publica toda la prensa española de Madrid y provincias reunida. Es que entre nosotros no sólo sigue imperando, sino que cada dia tiene más fuerza el refrán de que « El buen paño en el arca se vende », y por consiguiente, la preocupacion de que lo que puede pasar por bueno se desacredita anunciándolo. Así se explica que la seccion de anuncios de nuestros periódicos presente una fisonomía enteramente original, porque, á falta de ofertas y demandas, elementos necesarios para la vida moderna, se encuentran papeletas de defuncion y reclamos que nada tienen que ver con los anuncios; estas mismas producciones de la charlatanería se diferencian tambien esencialmente de las extranjeras, en que no acuden á recursos ingeniosos para ser leídas, sino que apelan á aquello que más está en la corriente del gusto público, á la imaginación, y hablan en casi versos de las cosas más prosaicas, y estampan á veces los retratos de los charlatanes, que llegan á fabricarse reputaciones bufas y hacer negocio plagiando los procedimientos de algunas individualidades políticas, que á su vez parecen tomar por modelo de propaganda *pro domo sua* las artes de los charlatanes.

Con tal falta de elementos es imposible que la prensa española presente la abundancia de despachos telegráficos de todas las partes del globo, las correspondencias llenas de detalles interesantes y datos curiosísimos que ofrecen los periódicos americanos ó ingleses, y los artículos escritos por personas de especial competencia, que tan comunes son en los diarios franceses; y no hablamos aquí de los periódicos que cuentan con una suscripción notoriamente insuficiente para costear ni una parte siquiera de esos gastos, y que, sin embargo, llenan sus columnas con no pocos artículos originales y salen á luz bastante bien confeccionados.

Si prodigio es la obra del periodismo en general, en milagro raya la del periodista español. Tres ó cuatro redactores hacen en muchos periódicos todo el trabajo, desde el fondo á la gacetilla, teniendo por única retribucion 30 ó 40 duros al mes, y necesitando, por consiguiente, dedicarse á otras ocupaciones para subvenir á su existencia: en esas condiciones, obligados á leer tan de prisa como escriben, ofrecen verdaderas maravillas de improvisacion, debidas á la riqueza del ingenio meridional, con que suplen en lo posible la falta de datos y noticias, que es lo que más interesa á un artículo.

El periodista español que en mejores condiciones se halla

se ve obligado á contemporizar con la fiscalía, poco aficionada, segun las circunstancias, á que se hable de esto ó de lo otro; con el director del diario, que quiere que se hable de todo lo que pasa, y aún de lo que no pasa, á condicion de no exponer el periódico á un percance; y con el lector, que califica al escritor de fastidioso si no escandaliza, y si dice verdades desnudas le apellida escandaloso. Como los colaboradores especiales son rarísimos, porque no suele haber fondos con que pagarlos, y esta falta ocasiona la de la costumbre de escribir para el periodismo en los especialistas, resulta que el periodista español tiene que ser enciclopédico y llenar una cuartilla tras de otra, hablando de derecho público, de política militante, sobre todo de la personal; de hacienda, de economía política, de ciencia, de todo lo de este globo y de algunas cosas más; y como son muy pocos los periodistas que hacen con el periodismo mediana fortuna, y son ya bastantes los que se han muerto de hambre en las camas de los hospitales; como esa profesion, acaso la más trabajosa de cuantas pueden señalarse en materia de pluma, ni siquiera promete desahogo para conllevar la vida, resulta que sólo se dedican á ella los hombres que se hallan en el primer tercio de la vida, y son muchos los que la abandonan por otra, infinitamente más descansada, aunque no ménos azarosa, con que les brinda el inmenso falansterio español de los empleados públicos.

Por todas esas razones se explica que, contando la historia del periodismo español, principalmente en los últimos cuarenta años, un buen número de diarios que, ni como redaccion, ni como confeccion, ni como variedad, ni casi como ejecucion material, tenían que envidiar nada á los mejores del extranjero, todos hayan sido publicaciones efímeras, todos hayan pasado rápidamente del nacimiento al apogeo y la decadencia; los unos, como *El Español*, fundado por el Sr. Borrego (maestro de una escuela periodística que importó de Inglaterra), por falta de elementos para sostener la publicacion á la altura en que supo colocarla; los otros, fundados por discípulos aventajados suyos, que en diversas épocas han ofrecido al público periódicos justamente estimados, no sólo en España, sino en el extranjero, por haberlos sacrificado al interes estrecho de las pasiones políticas, ó abandonado á manos inexpertas, que miéntras el fundador echaba por el camino que entre nosotros conduce á todo, llevaban la publicacion á su decadencia y dejábanla en poco tiempo reducida á una ruina venerable.

No hay que acusar por eso á nadie: es en el extranjero privilegiada la posición del que dispone de un periódico acreditado, y por consiguiente consolidado; en España, lo repetimos, se necesita una perseverancia inverosímil para consagrar la vida á tan afanosa y mal recompensada faena. Son el teatro y el periodismo los dos filones que la literatura podia explotar en nuestro país con algun provecho; ha llegado á darle el teatro, pero el folletín sigue alimentándose de traducciones, pagadas, por decirlo así, al peso: contadísimos son los diarios que han hecho esfuerzos para hospedar la novela española, y ninguno ha perseverado en ese camino, porque la falta de recursos les impide remunerar medianamente siquiera á los autores: la casi totalidad de los periódicos alimentan sus folletines con la novela francesa, que tanta influencia ha llegado á tener en nuestras costumbres: algunos han empezado á sacudir ese yugo voluntario, traduciendo romances ingleses, no bien escogidos por cierto la mayor parte de ellos; á ninguno se le ha ocurrido buscar siquiera en otros países, de vida más semejante á la nuestra, novelas que suplieran la falta de las originales, cuando Italia y Portugal ofrecen buen número de ellas, que no interesarían ménos ni perjudicarían tanto como las francesas.

De notar es una innovacion, insignificante en su origen, que ha ido cambiando la índole del periodismo español. El año 53 imaginó el fundador y director de un gran diario, que á nosotros no nos toca nombrar, una edicion económica, dedicada al pueblo, que apenas leia por entónces; el proble-

ma que trató de resolver era poner al alcance de todos los bolsillos un periódico eminentemente popular. La política es una ciencia muchas veces abstracta, que aún vulgarizada, no es comprensible para lectores ajenos á cierta cultura; para apreciar un artículo de fondo se necesita á veces saber un poco de historia, á veces un poco de geografía, á veces un poco de legislación; la edición popular descartaba los artículos de fondo que no pudieran ser comprensibles para todos, aspirando á ejercer las funciones de un maestro sin pedantería, ó más bien el papel de un amigo ilustrado, y ponía todo su empeño en excitar la curiosidad, despertar el interés, entretener y al mismo tiempo instruir, dejando á la edición grande las grandes cuestiones: el ensayo contó en el primer año cerca de 20.000 lectores, casi todos reclutados entre aquellos que hasta entonces tenían por exclusivo pasto intelectual las coplas de ciego, más bárbaras aún que por su forma y estilo literario, por los hechos y los hombres de que trataban; las hazañas de valentones, las proezas de guapos, las violencias, los robos, los asesinatos, con detalles horribles; la resistencia á la justicia, que, según el gusto de los copleros, llevaba siempre en estas aventuras la peor parte, y las máximas, en fin, con que se pervertía la razón de las gentes honradas, destruyendo toda noción de moral y de justicia, en jácara que decían, por ejemplo:

« Robaba con fantasía,
Que á los ricos les quitaba
Y á los pobres socorría. »

El éxito de aquella edición económica movió á imitarla á la mayor parte de los periódicos, y el resultado de tantas imitaciones despertó la idea de fundar una publicación, que tenía por base exclusiva el pensamiento de ellas, exagerado hasta el punto de reducirle á un amasijo de noticias, una compilación de sueltos incoherentes, un cajón de sastre lleno de retazos, cuya tela y color nada importaba, con tal que picáran la curiosidad y dieran lugar á ingerir entre ellos párrafos políticos de encargo, intereses estrechos de partidos y personas, tanto mejor servidos cuanto más alarde hacía la publicación de circunspección y neutralidad políticas. La idea prosperó rápidamente, á tal punto, que los grandes periódicos, viéndose gravemente amenazados, tuvieron que hacerse pequeños, siguiendo sus huellas, convirtiendo poco á poco, insensiblemente, lo accesorio en principal, y cediendo á las columnas cerradas de sueltos chismográficos el puesto de las discusiones elevadas y de los artículos importantes, que tanto realizaron otro tiempo al periodismo español por su espontaneidad, su carácter, su vigor, su elocuencia, su estilo, su elegancia y su confección.

Tomando acta de uno de los conflictos del español que vive fuera de España, cuando da con extranjeros que creen ver fotografiado nuestro país por sus periódicos, hemos querido llamar la atención hácia la importancia que debe darse á los medios de que la prensa sea reflejo genuino de nuestro estado.

Entendemos que es imposible hacer más en punto á periodismo con tan escasos elementos; sin propiedad seriamente garantizada; sin libertad permanentemente definida; sin capital para fundar y sostener con desahogo las publicaciones; sin masa de lectores proporcionada al número de diarios; sin anuncios que les produzcan un ingreso respetable; sin la ventaja de una posición central en Europa, ó de cuestiones que la interesen poderosamente; sin auxilio de la Administración pública, salvo el caso de que se haya intentado demostrar que no es perfecta, pues entonces acude con su prosa, no á ofrecer datos, sino á discutir con el tono de superioridad de un poder que pretende tener siempre razón; sin las facilidades que para las comunicaciones telegráficas, para el transporte por el correo y hasta para hacer efectivas las suscripciones, se dan á la prensa en muchos países; sin el concurso que de las corporaciones, las socieda-

des y los individuos reciben los diarios de otros pueblos para darles novedad y variedad; con escasas especialidades habitadas á la colaboración en los diarios; con dificultad de tener corresponsales que no conviertan sus cartas en chismografía de lugar; careciendo de personal con vocación, actividad y estímulo para adquirir noticias, la obra del periodista español, que improvisa diariamente sin tiempo material para preparar ningún trabajo, es un verdadero prodigio. Si fuera posible colocar en el lugar del director de un periódico español á los de los extranjeros, que ántes de tratar una cuestión se hacen traer del archivo de la redacción todos los antecedentes y elementos necesarios para estudiarla desde su origen, teniendo á la vista los más pequeños incidentes y pormenores; si fuera posible poner en el puesto de los redactores españoles, es decir, en una mesa ovalada, donde escriben, fuman, hablan, rien, alborotan y derrochan tesoros inagotables de agudeza seis ú ocho compañeros á la vez, á un redactor inglés de los que escriben uno ó dos artículos tan sólo por semana, todos de su competencia especial, y esos cómodamente pensados y trazados en el gabinete confortable de su casa ó en el silencio de una biblioteca, teniendo en torno suyo libros, mapas y documentos, la obra del periodista español sería universalmente admirada.

El geógrafo Balby estimaba, en 1826, los periódicos del mundo en 3.368; recientes cálculos autorizan para creer que en el día pasan de 12.500, así distribuidos: en Europa, 7.000; en América, 5.000; en Asia, Africa y Oceanía, 500; total, 12.500, que de un extremo á otro del mundo se proponen reseñar, instruir ó entretener á los hombres, ó que especulan simplemente con la curiosidad: admitiendo como término medio de periodicidad cuatro días, resulta que se publican diariamente más de 3.000 escritos periódicos; los cuales, suponiendo una tirada media de 2.000 ejemplares solamente, en lo cual no hay exageración, y no contando por cada periódico más que dos hojas, supone que diariamente se esparcen por el globo unos 12.000.000 de hojas; ¡inmenso fárrago!, pero también inmensa agitación de ideas y de dinero, enorme expansión de talento y de semillas que van dando su fruto. Por si no bastáran, en varios pueblos de Europa se va introduciendo la costumbre, que sociedades especiales fomentan, de difundir la lectura de periódicos hasta en los sitios más retirados, utilizando el ejemplar del día, que se tira después de pasar por él la vista, para remitirle á personas que no reciben ninguno, ó por falta de recursos, ó por no sentir la necesidad de recibirle, que la repetición de las remesas gratuitas despierta y arraiga.

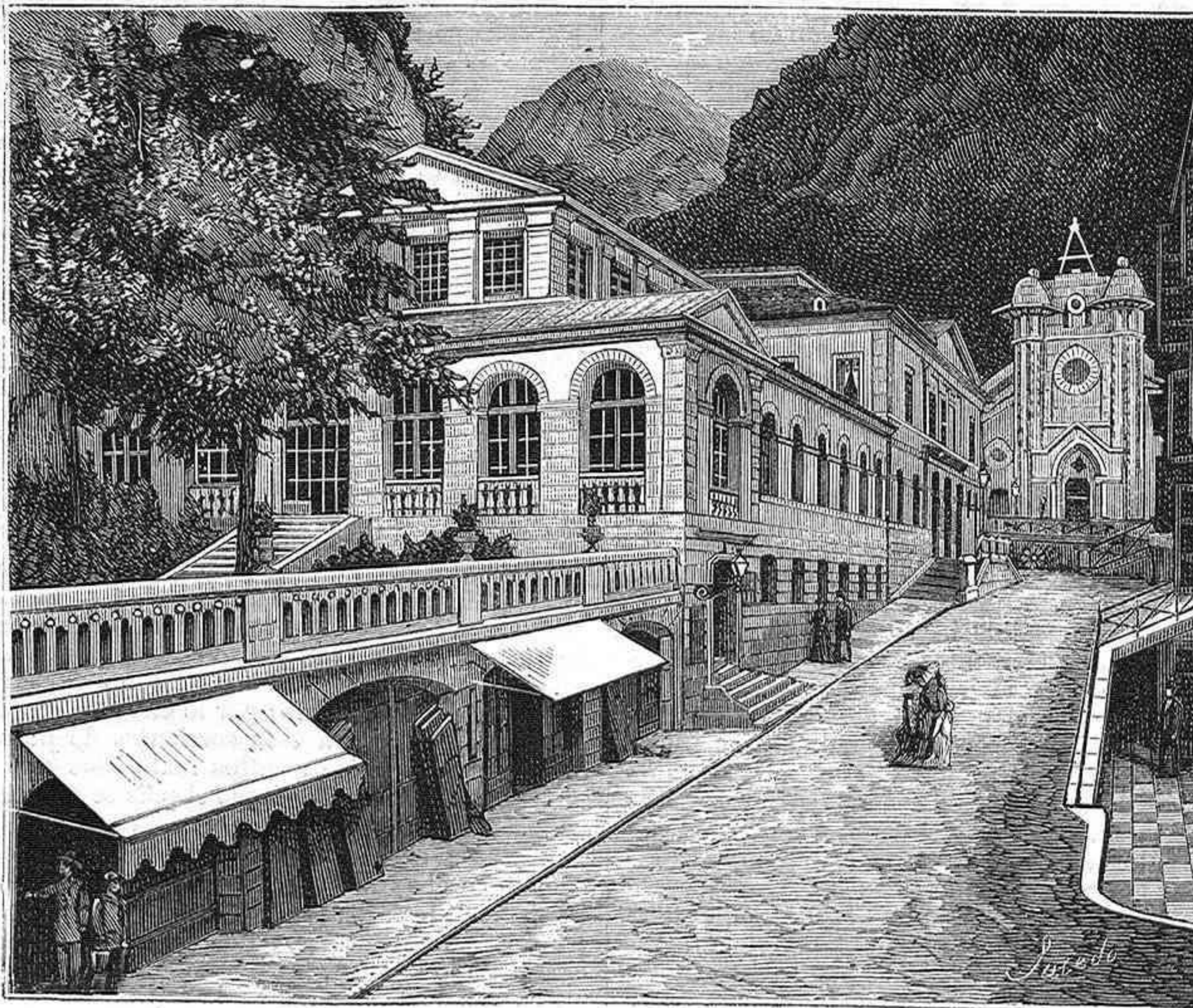
Por esa estadística de la prensa se estima la civilización de las diferentes partes del mundo; por los periódicos de cada país el estado en que se halla. Ahora bien; ¡debe extrañarse que el concepto que se forma más allá de nuestras fronteras, por el estado á que se halla reducida la prensa española, sea poco lisonjero para nosotros! El lector de periódicos españoles en el extranjero no se explica, ni podría fácilmente, por qué son como son; los juzga por lo diminuto de las cuestiones, cuya entidad es una imposición de la opinión pública; por la ligereza con que suelen tratarlas, acomodándose al gusto viciado del público; por lo personal de la política, que ha llegado á ser en España esencialmente personalísima; por lo envenenado de las polémicas, que obedecen á esas corrientes de personalismo; por la preterición de los asuntos materiales que interesan á la prosperidad del país, y á que el país se muestra poco aficionado.

Es más; algunos directores de periódicos de Madrid, cuando en el extranjero, rodeados de otra atmósfera y otros horizontes, leen los propios diarios á que imprimen carácter, suelen encontrarlos mezquinamente europeos, estrechamente indígenas, lastimosamente chismográficos, como si, en vez de publicarse en la capital de una gran nación, fueran periódicos locales de villorrio; pero no por eso alcanzan á evitar, cuando vuelven á verse en Madrid, que

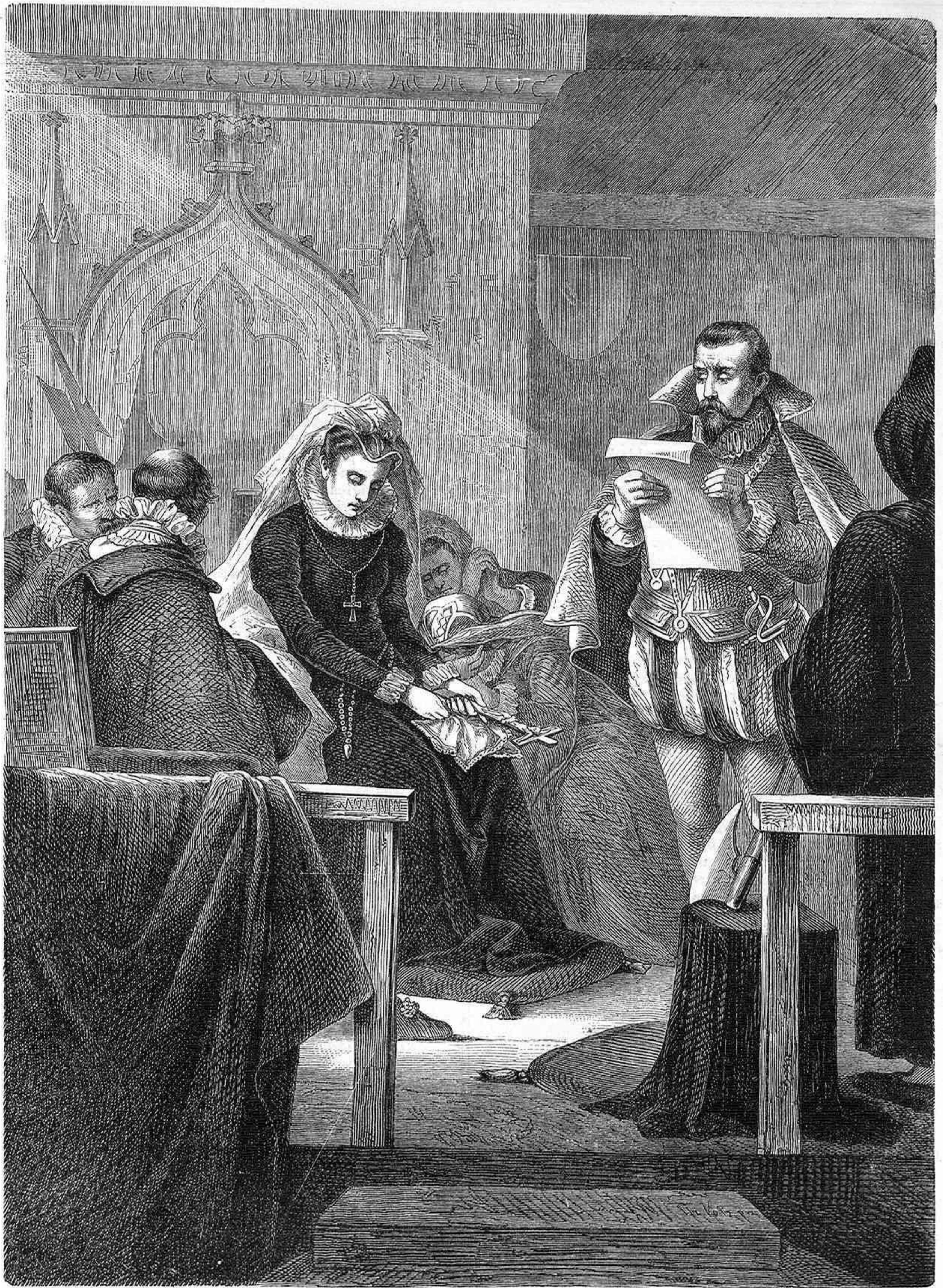
sigan siendo esencialmente chismosos; casi in diferentes, cuando no extravagantes, ante las grandes cuestiones que se agitan en el mundo; acomodados, en fin, al paladar de algunos centenares de personas, estérilmente bullidoras, para quienes el universo empieza en la Punta del Diamante y acaba en la calle del Florin, pudiendo recorrerse en tranvía por cosa de cuatro perros chicos. Reconoce perfectamente la prensa lo que la sobra y la falta; pero los diarios antiguos revelan los achaques de la vejez, complaciéndose en invocar tiempos gloriosos de la imprenta periódica, que se hacen la ilusión de reflejar, si no de continuar, y se revuelven airados contra la juventud, más inteligente y estudiosa que creyente y perseverante, venida á notificarles su caducidad; mientras los periódicos modernos, olvidándose de que periodistas han sido Quintana, Mora, Espronceda, Larra, Borrego, Caballero, Rivero, Coello, Calvo Asensio y otros habilísimos articulistas y confeccionadores de hojas periódicas, miden por el mismo rasero todas las antiguas, haciendo, sin embargo, algunas modernas, de cierto tiempo acá, laudables esfuerzos para imitarlas, conciliando, con el reducido tamaño impuesto por los hábitos de lectura que se han hecho contraer al público, la variedad de materias verdaderamente interesantes que echan de menos los extranjeros, sacrificada á la necesidad de ostentar planas de pretendidas noticias, no tanto de lo que ocurre en el mundo y en España, como de lo que se cuenta y no se cuenta entre mamparas, antesalas y pasillos. Ni la antigua ni la nueva prensa son en primer término responsables de que el periodismo español se vea obligado á va-

larse de recursos ingeniosos de toda especie para indicar á medias lo que seriamente no podría apuntar; de que las empresas vivan sin cimiento ni garantía, en constante alarma, en perpétua amenaza y grave riesgo: la responsabilidad es de las individualidades agitadoras, que, no pudiendo vivir sin banderín que las represente y las sirva de anuncio, por menguado que sea, dan lugar á que en Madrid, población de 400.000 habitantes, se publiquen hoy 48 periódicos, uno ménos que en París, población de 2.000.000; la responsabilidad es de un ente colectivo, en nuestro país esencialmente corto de miras, que no comprendiendo cuántos juzgan á los pueblos que no han visto, por los periódicos que en ellos se publican, y manteniendo el estado precario del periodismo político, hacen que se gradue la seriedad del carácter nacional por la ligereza obligada y por la jovialidad forzada de la prensa madrileña, cuya causa no está al alcance de extranjeros. Si se necesitara una prueba del gran efecto que producen las publicaciones periódicas fuera de España, citaríamos la que da título á este ALMANAQUE, creada por una voluntad intrépida, que nadie diría meridional; esa revista, que traspasa semanalmente las fronteras y los mares, y va á circular por Europa y América, presta un inmenso servicio esparciendo la idea de una España algo embellecida, pero de todos modos bien representada en la competencia con los mejores periódicos ilustrados de Europa. ¡Habrà quien niegue que *El Times* entra por mucho en la idea que el mundo se forma de la Gran Bretaña, su opulencia y su poder!

A. FERNANDEZ DE LOS RIOS.



AGUAS BUENAS (Francia).—Vista exterior del Establecimiento balneario y de la calle principal de la población.



MARÍA ESTUARDO EN EL CADALSO.— Composicion y dibujo de P. Sporrer.

CUENTO DE UN GIGANTE.

¡A Mallorca! ¡Tan bon dia!

«Escuchad un instante
al pobre trovador aventurero,
aunque os moleste el ruido discordante
de su viejo laud desafinado,
pues quizás al acento entusiasmado
con que prorumpa en cántico guerrero
despertará vibrante,
si duerme perezoso en la memoria,
el eco dulce de la patria gloria.
Voy á contar hazañas de un soldado.....
Dije mal.....; es el cuento de un gigante,
un coloso, de hierro coronado,
cuya sombra cubria el mundo entero.
Ese gigante fué..... ¡Jaime Primero!

I.

»Allá, sobre la cumbre de las olas,
de cuya blanca espuma
se tapizan las playas españolas,
oculta entre la bruma
flotaba, como flota una sirena,
Mallorca, la sin par, virgen bendita,
preciosa margarita
que engastó en su joyel mano agarena,
pobre mártir cristiana
que, á donde nace el sol de la mañana,
coronada de flores
brotó del mar, entre algas y fulgores,
y en pedestal de rocas seculares,
derramando las perlas á millares
cual la madre ideal de los amores.
¡Pobre Mallorca! El áspero sendero
no recorría ya por tus montañas
el terrible balear, el diestro hondero,
enemigo mortal del extranjero;
aquel sér tan amante de su tierra,
que vivía sepulto en sus entrañas
hasta escuchar los cánticos de guerra,
y, por la libertad, casi desnudo,
reñía, hasta la muerte, sin escudo.
Nadie quedaba de esa raza altiva;
sólo vestigios de la gente hispana
que, surcando el abismo de los mares
en inseguro leño,
con el ramo de oliva,
la cruz del Redentor mostró al isleño,
y la adoró con él en los altares
que coronaba la elegante ojiva.
Bajo el *dólmen* sagrado
descansaba el balear, nunca domado.
Sobre el gótico templo derruido,
que un día elevó al cielo
sus torres de preciosa filigrana
entre nubes de incienso perfumado,
no resonaba ya de la campana
el alegre sonido
al trémulo fulgor de la mañana,
ni detenía el fatigado vuelo
en la cruz de madera

la pobre golondrina pasajera.
Ya del *muezin* la voz cascada y ruda
convocaba á la turba musulmana,
y en el silencio de la noche umbría,
la hurí, medio desnuda,
esclava del harem, ¡pobre Sultana!
alondra prisionera en jaula de oro,
maravilla del arte bizantino,
exhalaba el perfume del decoro
á los piés de un vicioso aletargado,
entonando, con ritmo acompasado
y mágica armonía,
los lúbricos cantares de la orgía.
Del oficio divino
no se oían los cánticos austeros;
entre aromas de ricos pebeteros,
risas, besos y notas estallaban;
llenábanse de afeites los guerreros;
mujeres sin sonrisa bostezaban,
cubiertas de magnífico atavío,
y flores sin perfume derramaban
sobre su patria el llanto del rocío.
Y en tanto, dolorida,
por las inquietas ondas combatida,
Mallorca parecía una gaviota
que, con el ala rota
por fiera cimitarra musulmana,
sobre la mar flotaba sin sentido,
pugnando en vano por tornar al nido
que abandonó en la costa valenciana.
.....
Mas ¿qué hacía en la patria de Pelayo
la pléyade marcial que, decidida
á ruda lucha y desigual campaña,
bajó, como avalancha enfurecida,
con el fragor del trueno y como el rayo,
y al pié de la montaña
abatió sobre el cieno
el sangriento pendon del agareno?
Iberia augusta, la feliz matrona,
embriagada de gloria, dormitaba
sobre laurel marchito,
y en tanto, la discordia, que velaba,
lanzando airada el estridente grito
que muerte, llanto y deshonor pregona,
con sangre de españoles salpicaba
su régio manto y su triunfal corona.
Pero el sueño de Iberia era agitado,
era el dormir del cráter apagado,
que en el antro profundo
donde palpita un mar de lava hirviente
lleva escondido fuego suficiente
para abrasar un mundo.
Al acento guerrero
lanzado por el rey Jaime Primero
despertó la matrona estremecida,
irguió la altiva frente,
vió á sus hijos que en lucha fratricida
sucumbían sin gloria ni decoro,
y con el cetro de oro

señalando á Mallorca, que vertia
amargo llanto sobre la onda fria,
con voz que resonó de cerro en cerro
«¡á Mallorca!» gritó: ¡Desperta, ferro!

II.

»Sombra doquier. El luminar del dia
se hundió en el mar airado,
que al vendaval altivo desafia,
y como un monstruo herido
parece que, al abismo encadenado,
se retuerce furioso en la agonía.
Zumba del trueno el hórrido estampido;
cruje la lona que el turbion azota;
el rayo por los ámbitos serpea
veloz como la idea,
y á intervalos se ve de inmensa flota
temblar la arboladura
entre las sombras de la noche oscura.
¿A dónde se dirigen
del mar sobre el hirviente remolino,
en que la vela y el timon no rigen;
á dónde van, juguetes del destino,
las naves en tropel, como agitado
de leves sombras escuadron alado,
que fugaz el relámpago ilumina
y entre las alas del turbion camina?
A popa, en la galera
que boga hácia Mallorca la primera,
claramente pregona
que es la empresa arriscada,
la enseña de Aragon enarbolada
al lado del pendon de Barcelona,
y en pié sobre la nave,
que de las nubes al abismo envia
el rudo embate de la mar bravía,
indiferente y grave,
como el númen tranquilo de las olas,
á las *naos* y *brises* españolas
señala el inflexible derrotero
el rey conquistador Jaime Primero.
Émulo de aquel genio soberano,
que en su anhelo profundo
halló pequeño el mundo,
y otro mundo arrancó del Océano,
aquel adolescente,
nacido entre el tumulto de la guerra,
gastaba ya, al estilo de su tierra,
sobre el pecho la cruz; genio en la mente,
fuego en el corazon, hierro en la mano.
En vano la experiencia del marino
le quiere detener en su camino.
Recuerda que es monarca y es soldado,
que nunca hizo milagros la prudencia,
que es la audacia gran ciencia,
que «¡á Mallorca!» su patria le ha gritado,
y él á Mallorca fuera
aunque el infierno mismo se opusiera.

Cesó la tempestad. Al otro dia,
en tierra de Mallorca se veia
muchedumbre guerrera
adorando una cruz y una bandera.

III.

»¡Sierra de Portopí! Mole sombría,
á cuya cima llega fatigada,
con tardo vuelo, el águila bravía;
gigante de granito; ya en tu frente,
de piedras coronada,

que engarza en hebras de oro
el tímido fulgor del sol naciente,
su huella imprime muchedumbre inquieta,
y en ronco són el atabal del moro
saluda al estandarte del Profeta.
¡Playa de Calirá! Nunca has sufrido
de tal grandeza pesadumbre tanta,
pues en la muelle arena
que á tu orilla arrojó la onda serena,
don Jaime de Aragon fija la planta
en medio de un ejército aguerrido,
y en vano el mar se agita embravecido
para borrar aquella
marca insegura de la ilustre huella,
pues las rugientes y soberbias olas,
por impulso secreto
de misterioso encanto,
se humillan murmurando con respeto,
ó se deshacen en cobarde llanto
á los piés de las gentes españolas.
El *Coll del Rey* asaltan dos centurias
de ballesteros, que Moncada guia,
y en cerrado escuadron sigue el de Ampúrias
tras el recio tropel de infantería
que reunió el Pavorde en Tarragona,
y luégo, en torno de la Real persona,
el almogávar fiero,
que va detras y llegará el primero.
Nadie queda en *taridas* ni bajeles;
todos saltan en tierra;
allá van caballeros y villanos,
y *cómitres*, *alieres* y *popeles*,
y áun *sacristas*, *obispos* y *arcedianos*,
pues no siempre la gente de cogulla,
predicando la paz, armó la guerra;
en momentos solemnes de la historia,
con mayor entusiasmo y ménos bulla,
iba á la guerra predicando gloria.
Por tortuoso camino, al pié del cerro
silenciosa la hueste se desliza
como sierpe de hierro.
Ya en la vanguardia comenzó la liza,
y no es milagro si el mejor se espanta,
pues nadie espera resistencia tanta;
donde se fija un pié, se abre una tumba;
de cada peña brota un enemigo;
el férreo dardo por el aire zumba;
de encinas y jarales al abrigo,
la chusma aleve en el desfiladero
tantas piedras arroja de la loma,
que se llega á dudar si el risco entero
encima de la hueste se desploma.
Don Jaime llega; anima al que se abate;
«¡Vergüenza!» grita, si un cobarde ceja,
y aunque alguno prudencia le aconseja,
se mete en lo más recio del combate,
pues cree en la otra vida, ama la gloria,
y este adagio conserva en la memoria:
«Aun vive ménos (y parece incierto)
cobarde sano que valiente muerto.»
Al ver que un almogávar oficioso,
pecando, por leal, de irrespetuoso,
el corcel le refrena,
«¡Deja al punto esas riendas que has cogido!
¡No soy leon ni leopardo!» exclama,
y, aunque de hombre veraz tiene gran fama,
del tal moro sacude la melena
de la ceñuda frente,
y hay en su acento tanto de un rugido,
que por primera vez duda la gente
si el rey Don Jaime miente.
Por fin el grito de victoria atruena,

y la hueste corona las alturas.
 Humildes sepulturas,
 que para tal grandeza son menguadas,
 sirven de último lecho á los Moncadas.
 Alguno va á llorarles tiernamente.....
 y, al oír el clarín, marcha de frente,
 pues la jornada es larga, y en la guerra
 no hay tiempo de llorar al que se entierra.

IV.

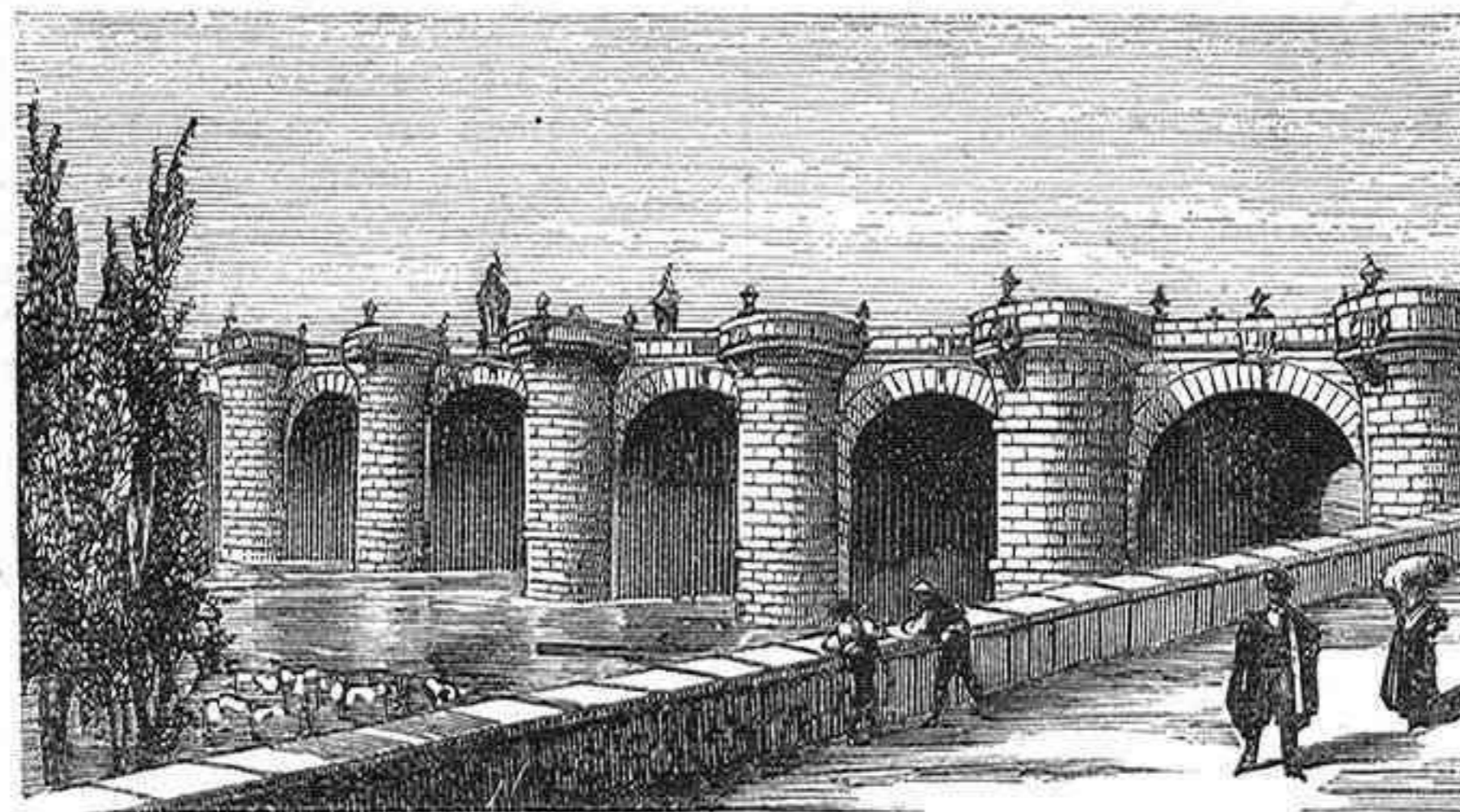
» Al espléndido rayo de la aurora
 Palma se despereza entre las flores,
 bajo un dosel de nubes de colores,
 y parece mirarse sonriente
 del mar azul en el cristal luciente
 que, avariento, la imagen atesora.
 Pero ¡ ay ! es una rosa con espinas
 la reina de las flores mallorquinas.
 El foso es ancho; la muralla, fuerte;
 el bélico clamor de alarma suena,
 y es un bosque de picas cada almena.
 Mas ya en la cumbre del vecino monte
 se divisan tropes de cruzados,
 que parecen brotar del horizonte
 en haces apretados.
 ¡ Hermosa Palma ! ¡ Perla de los mares !.....
 (como dicen arábigos cantares).
 Quizás de tu recinto
 ha de quedar el muro en sangre tinto;
 mas no importa, sultana desdeñosa,
 pues las gentes de Iberia son cristianas
 y bautizan con sangre generosa
 las rebeldes huries musulmanas.
 Ya la hueste desciende enardecida
 é inunda la llanura
 con el fragor solemne y pavoroso
 del desbordado río, que murmura,
 arrastrando su cárcel por trofeo,
 y la gente del muro, prevenida,
 al imponente alarde belicoso
 responde con salvaje clamoreo.
 Resuena la señal de acometida;
 en silencio profundo
 el ejército avanza.....
 Trascurre casi un siglo en un segundo.
 Nube de hierro la morisma lanza
 sobre el bando cristiano,
 que, cejando un instante, siembra el llano
 de miseros despojos,
 y de nuevo acomete, y surcos rojos

señalan su derrota y su camino;
 al foso se desploman las escalas;
 por todas partes quedan hacinados
 armas, banderas, cuerpos mutilados,
 y sobre aquel furioso torbellino
 la muerte bate las sangrientas alas.
 ¡ Terrible colision ! ¡ Supremo instante !
 La muchedumbre se detiene y duda.....
 Mas no; ya se recobra, y más sañuda
 comienza la batalla.
 « ¡ El Rey !..... gritan. Sí; el Rey, que va delante..... »
 Y al foso torna la sufrida gente.
 El que es herido leve, no lo siente;
 por escudo, el guerrero mal herido
 ofrece á los demas su cuerpo yerto;
 de escala sirve el muerto,
 y aquel enjambre bulle enfurecido,
 y entre nube de polvo que le ciega
 á las escalas llega,
 y al fin, hecho pedazos el escudo,
 de la piedra ó el dardo al golpe rudo,
 el monarca guerrero, ebrio de gloria,
 sobre el rebelde muro aportillado
 tremola su estandarte acribillado
 al mágico clamor de la victoria.

.....
 Seis siglos han pasado,
 largo espacio, en que todo se derrumba,
 y aún del Rey de Aragon sobre la tumba
 reverdece el laurel ensangrentado.
 Si un día el extranjero
 blasona de sus glorias arrogante,
 referidle este cuento de un gigante;
 decid no más su nombre venerado.
 Para cantar su gloria, al pueblo ibero
 le basta con decir : ¡ Jaime Primero ! »

Así dijo el juglar muy conmovido;
 calló un instante, y escuchó un ronquido.
 ¡ Amarga decepcion ! ¡ Lance irrisorio !
 Roncaba á pierna suelta el auditorio
 (quiero decir, el que lo había sido),
 y aunque no es cosa extraña
 que al escuchar sus glorias duerma España,
 ello es que el viejo se quedó mirando,
 rompió el laud y se alejó llorando.

LEOPOLDO CANO Y MASAS.



MADRID.— Puente de Toledo.



EN EL BAILE DE MÁSCARAS.— Estudio por Raimundo de Madrazo,

LAS FIESTAS DE MI PUEBLO.

Á ***.

¿Será verdad? ¿Volveré á mi tranquilo valle y las campanas no resonarán como ántes en mi corazón, y la luz encendida al pié del retablo antiguo no brillará como ántes á mis ojos, y el campo no tendrá los mismos aromas, ni el horizonte los mismos destellos que en mi infancia, cuando las ilusiones se teñían en las florestas como las alas de las mariposas, ó la fe libaba esperanzas en la lejana estrella, como la abeja miel en la flor del cantueso y del romero? Si ha de suceder así, no me lo digas, y déjame que avive en la memoria, con toda la fuerza de mis recuerdos, aquellos días en que no contábamos los años y en que no caían sobre nuestras cabezas las escarchas. Volver á mi pueblo y no sentir sus regocijos ó sus dolores cual los sentía en otro tiempo, será encontrar á la mujer amada y no abismarse en sus ojos, y no estremecerse al soplo de su aliento, y no caer de rodillas al crujido de sus vestiduras, y no experimentar el éxtasis y el arrobamiento de los primeros amores. Las montañas deben conservar los mismos cambiantes que las tornaban en piedras preciosas, con las laderas por facetas, ó en masas aeriformes de azul celeste, como pedazos desprendidos del cielo á la tierra, sobre todo cuando los rayos verticales del sol poniente las herían y les daban sus varios arreboles. La salvia y el tomillo y el espliego deben, cuando las plantas los huellen, mandar al cerebro aquellas esencias embriagadoras que lo hacían soñar con mil imaginaciones de la mente, como diz que hacen soñar con las hurries del eden los bebedizos árabes. En la acequia, llena de guijas y de limo, deben todavía esconderse por las cintas de las hierbecillas las luciérnagas, cogidas á mano por nosotros y presentadas á las muchachas para que las prendiesen á sus trenzas á guisa de animados diamantes. El anís ha de blanquear en sus flores circulares; el granado se ha de enrojecer con sus adornos carmesíes; la palma ha de susurrar en la alta palmera, mecida por las brisas; el racimo ha de lucir sus uvas transparentes bajo los pámpanos; el espino ha de brotar sus guirnaldas, que envidiaría una novia; la retama ha de poner sus flores amarillas juntamente con las pálidas florecitas de la zarza-rosa; el jilguero ha de correr por la enramada, mientras el riachuelo se desliza entre los cañaverales y los tarayes; la nube, allí bendecida y esperada como en la Arabia, se ha de prender á las cimas de las altas cordilleras, prometiendo su lluvia y su rocío; de suerte que todo estará lo mismo, todo permanecerá en su inmutable esencia, y sólo habrá cambiado lo permanente, lo imperecedero, lo eterno: nuestra alma.

Felices, muy felices los que nunca salisteis de ese nido, ni atravesasteis las tempestades del mundo. Felices, muy felices los que consagrasteis todos los días á Dios vuestras plegarias en la misma iglesia, á la familia vuestro amor en el mismo hogar, al cielo vuestra mirada en el mismo horizonte, y casi supisteis desde la infancia el santo lugar donde habían de reposar en paz vuestros huesos. Nosotros cambiamos de hogares como de camisas, dejándolos sin escrúpulo abandonados como los avestruces dejan sus crías en el desierto, y á lo mejor nos quedamos, en un abrir y cerrar de ojos, hasta sin patria, desdichados naufragos. ¡Y nos creeréis felices porque oís resonar por ahí nombres ántes oscuros, cuando los felices sois vosotros! Cierto que no habeis visto las obras maestras de arte, pero tampoco las profanaciones de la inspiración y la servidumbre del genio; cier-

to que no habeis probado el licor embriagante de la gloria, pero tampoco la amargura de la calumnia; cierto que no habeis subido á las cimas vertiginosas del poder, pero tampoco rodado á los eriales donde se clavan las espinas de la envidia. En el mar inmenso, en sus olas coronadas de fervidas espumas, no podeis apagar vuestra sed, mientras que la apagais á vuestro sabor en el hilo de agua clara que despide la modesta y recatada fuente. Será que mi alma dolorida necesite bálsamo; que mis fuerzas fatigadas necesiten reposo; que mis combates diarios necesiten paz: á la continua convierto el pensamiento con amor hácia el hondo valle de mi infancia, y pido al aire que baja de sus montañas oxígeno para mi pecho, y á las oraciones que suben por sus torres y por sus campanarios, fe y esperanza para mi alma.

¿Te acuerdas? No quería separarme de ahí cuando me obligaban á ir al colegio. Un maestro en vez de una madre; los camaradas en vez de los hermanos; el pasante ceñudo, que venía á despertarnos cuando estábamos acostados á que nos despertara nuestra abuela; el régimen disciplinario sustituyendo á la libertad campestre; la ciudad indiferente en lugar del pueblo, tan conocido y tan amado como la propia familia; la oración murmurada como una consignación de cuartel, y no aquella salve dicha á la luz del amanecer, al toque de la campana que saludaba al alba, entre el coro de las alondras y el grito agudo de los gallos, mezclados con el rumor de los instrumentos de labranza que iban á fecundar los campos, y el despertar de toda la muchachería, que cantaba en competencia con las aves, exuberantes de vida y embriagadas de luz. Recuerdo mi partir, en que el corazón verdaderamente se partía en pedazos. Resistí como el cordero al cuchillo. Bajé á las bodegas, subí á los desvanes, me encerré en los escondites del lagar y de la almazara, me enterré en los pajares, pues preferiera convertirme en la piedra del suelo, deshacerme en la ceniza del hogar, evaporarme en el humo de la chimenea, á dejar aquellos sitios, unguados con tantas lágrimas y consagrados con tantos recuerdos. Cada árbol de mi huertecito mereció un abrazo. Yo le recomendé al azofaifillo que siguiera creciendo para dar al viento con gallardía no usada sus hojas de áureo verde y sus frutas relucientes como granillos de pórfido. Yo les pedí perdón á los albaricoques por haberles mil veces arrancado sus albaricoques, ántes de madurar, con desapoderada impaciencia. Yo le encargué al membrillero, entre cuyas hojas del color de las lilas brillaban los membrillos del color de los limones, que se apresurara á endulzar la aspereza de sus frutos con la jugosa savia. Yo me subí á la copa de la higuera, sólo para abrazar aquellas ramas, las cuales tantas veces me habían ofrecido sabroso almuerzo, sazonado con el rocío de la mañana. Yo le dije una palabra á cada cepa, á cada arbusto, á cada retoño, como si fueran una legión de amigos. No lo olvidaré. En rosal de rosas amarillas unos verdones tenían su nido de hierbas secas y motas de lana blanca. Contra las naturales inclinaciones de los niños, habíamoslos respetado y vístolos crecer sin hurgarlos. Si piaban, créame que hablaban algo, y seguía con ellos una conversación muy tirada, diciéndoles cosas tiernas de su madre y de la mía, y rogándoles que pidieran por ella al cielo todas las mañanas en sus primeros píos, pues á mi madre debían, á

su caridad inagotable por los seres racionales é irracionales, por los seres animados é inanimados, el haber podido criarse entre la opulencia propia de un rosal amarillo y fuera del alcance de nuestras manos y del torbellino de nuestros juegos. Se habian ido como yo me iba. No puedo decir cuánto me apenó su inesperada ausencia. ¡Pobrecillos! Plegue al cielo que haya sido su suerte superior á la suerte de su compañero. Plegue al cielo que no hayan visto lo infinito sin poder recorrerlo; que no hayan sentido el amor intenso sin poder apagarlo; que no hayan abrigado esperanzas é ilusiones sin poder realizarlas; que no hayan caído en la celada del cazador ó en la traicion del enemigo, ya que se entregan, como nosotros, á los giros del viento y á los caprichos de la suerte. Partíme por fin, partíme, no sin haber llorado como si el mundo entero se acabase y la familia entera se muriese para mí: tanta era mi desolacion, tan grande mi resistencia, casi invencible, á ser trasplantado de aquel suelo, en cuya savia creia yo que se alimentaban, como las raíces de los árboles y de las plantas, las raíces de mi propia vida. No volveré á ver otro paisaje como aquel que vi aquella tarde á traves de mis lágrimas. Los olivares se blanqueaban y se oscurecian al soplo del aire, que rizaba sus hojas de doble color; los palmerales vibraban, como si cada una de sus palmas fuese verdadera lira pulsada por el viento; serpenteaba el rio entre los viñedos, dando toques argentados al oscuro follaje; los álamos se levantaban sobre los arbustos y las rotondas sobre los álamos, confundiendo los signos de la religion y los seres de la naturaleza, cual en nuestro sér se confunden é identifican el cuerpo y el alma como si compusieran una sola sustancia. Muchos te habrán visto, tierra predilecta de mi corazon; muchos habrán recogido tu cal para sus huesos, tu fósforo para su cerebro, tu hierro para su sangre, tus moléculas para sus átomos; muchos habrán llorado en tu regazo y habrán nacido ó muerto en tu seno; pero nadie te habrá amado como te he amado en mi vida, ni te habrá recordado como te he recordado en mis dolores.

Desde aquel punto, hora siniestra para mí, acabáronse las mayores alegrías para el corazon y perdieron su magia las festividades mayores del año. Si las campanas de la ciudad tañian á muerto ó repicaban á regocijo, no acertaban á sacudirme con emociones tristes ó alegres como las campanas de mi iglesia. Si el tamboril ó la dulzaina salian por las calles, no resonaban como aquel tamboril y dulzaina de mi aldea, que en la fiesta de San Anton congregaban todo el pueblo en torno de las hogueras y hacian bailar las parejas á su compas moruno con gravedad que no excluia ni la ligereza ni la gracia. Si las máscaras bromeaban en el carnaval, no podian de ninguna suerte interesarme como aquellas máscaras de mi pueblo; porque, al fin y al cabo, resultaban sus propios rostros de carne y hueso como desconocidas caretas. No acertaria á decir lo que era un carnaval en aquellos tiempos de gozo, en que buscábamos para las comparsas y sus disfraces los arreos de nuestros antepasados, los tricornos mugrientos que habian corrido la tuna, las casacas moradas que habian asistido al recibimiento de la Reina María Luisa, las chupas de raso bordadas con guirnaldivas de rositas, los enormes relojes competidores de los que sonaban en las torres, los guardapiés de tisú, las pelucas empolvadas, los mil objetos con que hoy comerciaría un anticuario y que nosotros aderezábamos de pintoresca manera, sin otro consejo que el capricho de nuestra desenfadada fantasía, ni más fin que divertirnos todos, viéndonos los unos á los otros por las calles en una broma continua. Y no digo nada de los moros y cristianos. La ilusion era completa. El tabernero de la esquina, el mojigato de la vecindad, el cristiano viejo sin un abuelo que olierá á hereje, el sacristan de amén, parecíanos Muza ó Tarik, grandes sultanes de serrallo, incapaces de probar el torrezno y de respirar el vino así que vestian los pantalones bombachos de seda amarilla, las fajas multicolores, las chaquetas bordadas de lentejuelas, los turbantes de gasa

l lenos de alharacas, las babuchas de tunecino taflete. Una vez disfrazados de esta suerte, ni advertiamos bajo el disfraz su propia condicion, ni advertidos la creiamos, pues en la fuerza creadora de nuestra fantasia estaba el fingir moros hechos y derechos, recién venidos de Mauritania, conquistadores de España, á los cristianos viejos que, por devocion al santo de la festividad, participaban con ardor infantil de aquella mojiganga. Los nuestros solian vestir, no como los caballeros de la Vega, cuyas estatuas vemos bajo las bóvedas de la catedral de Toledo, sino como petimetres del último siglo: que mis paisanos, como los pintores del Renacimiento, reparan poco en cualquier anacronismo. Nada de brocado, de malla, de cota, de capacete; al revés, calzon corto, zapato con argénteas hebillas, medias de seda, casacon antiguo, sombrero apuntado, distinguian á los católicos de los mahometanos. Pero en lo que ambos ejércitos se confundian era en el estruendo que armaban por cuarenta y ocho horas seguidas, cerrando el uno contra el otro con mortal coraje. Diríase que estábamos en plena batallá, y no en sencilla fiesta: tal sonaban los arcabuces, las descargas, los cañonazos, las bombas, las tracas, los morteretes, los petardos, las mil explosiones de la pólvora. El castillo, de carton pintado, parecíanos real y efectiva fortaleza, en cuyos muros los enemigos de nuestra religion oprimian y vejaban á la patria. El embajador cristiano, que iba caballero en su alazan, precedido de heraldos y pajes, acompañado de poñosa comitiva, en requerimiento y demanda de la fortaleza, llevaba consigo nuestros votos, como si de real y no fingida embajada se tratase. El dia primero de la fiesta, en que los moros ganaban la batalla, nos íbamos tristes á nuestra casa, como si volviéramos del mismo Guadalete y nos encontráramos la iglesia profanada por los ulemas, y ocupado el hogar por los guerreros, reducidos nosotros á las mazmorras y señaladas las mujeres al serrallo. Mas, en el dia siguiente, cuando entre el humo rojizo de la pólvora, el relampagueo de los fogonazos y de los tiros, el estruendo de las descargas y la gritería universal de los combatientes, trepaban los nuestros por las escalas y combatian cuerpo á cuerpo en las almenas, arrojando moros muertos por los adarbes, y persistiendo hasta poner la bandera española en la más alta cima, el *Te Deum* que estallaba en nuestro pecho podia confundirse, por lo religioso y lo sincero, con el *Te Deum* inmortal de las Navas de Tolosa.

Yo de mí sé decir que estudiando en aquella sazón la historia patria, representábanse á mis ojos como en relieve los mapas de nuestras grandes batallas, y parecíanme como de carne y hueso los opuestos ejércitos. Sobre todo, dibujábanse á mi vista los incidentes de las Navas. Veia, pues, los altos de Almuradiel pintados de flores por los primaverales meses; el inmenso ejército africano, cuyos alquiceles y alfanjes, moviéndose sobre los lomos de los alazanes del desierto, aseméjanlos á nubes atravesadas por rayos; el Emir de los creyentes, sentado bajo su tienda de riquísimos colores, circuido de sus negros encadenados, que ofrecian viviente muro á su seguridad y resguardo, puesta la mano en la empuñadura de su sable, los ojos en los versículos de su Koran, y el pensamiento en su Alah; miéntras de otro lado, reverberando el sol de Andalucía en sus petos y en sus cascos, la cruz al frente, los ejércitos cristianos; el buen D. Lope de Haro en la vanguardia con sus fuertes montañeses, que parecian haber robado su vuelo á las águilas, segun se movian por los agrios riscos y bajo el peso de las graves armaduras; el rey D. Alfonso VIII en el centro, asistido del arzobispo D. Rodrigo, que peleaba y escribia, soldado é historiador, en aquella hazaña; el rey D. Pedro II de Aragon á un lado, y á otro lado el rey D. Sancho el Fuerte de Navarra, ambos heroicos, capitaneando ambos aquellas huestes, que habian vencido al infiel en cien batallas y reconquistado, con la reconquista del Pirineo, los seguros eternos de la patria; las órdenes militares con sus hábitos y banderas y divisas de matices diversos; el horror

de la batalla, á cuyos incidentes se libró la suerte de Europa; y la alegría de la victoria, cuando á la luz de los astros, despues de tantos prodigiosos esfuerzos, teniendo por templo el espacio inmenso, por altar las cordilleras, entonaron los nuestros un *Te Deum*, que debió resonar desde Covadonga hasta Granada, y conmovier desde la vieja Asia hasta la desconocida América, llamadas á llevar más tarde marcado el sello de la nacion inmortal que naciera en aquellos épicos é inolvidables combates.

¡ Cuánta fuerza tiene la tradicion! ¡ Cómo avasalla las voluntades y los entendimientos! Seis siglos hace que acabaron las guerras de árabes y españoles en aquellas regiones intermedias entre Castilla, Valencia y Murcia, regiones fronterizas. Seis siglos hace que no ha vuelto á empeñarse ninguna accion ni á verse ningun encuentro. El infiel quedó sometido primero, y despues, andando el tiempo, expulsado. Ni sus descendientes pudieron tener un hogar donde él habia tenido un trono. Don Alfonso el Sabio, que volvia de tomar á Sevilla, al lado de su padre San Fernando, y don Jaime el Conquistador, que acababa de tomar á Mallorca y á Valencia, repartiéronse aquellas tierras y las poblaron, el dia que se vieron frente á frente sus mutuas reconquistas, el uno de catalanes, y de castellanos el otro. Desde entónces han corrido en quieta y pacífica posesion de aquellos territorios, sin más dificultades que las corrientes, así en todo estado feudal como en los comienzos y fundacion de las monarquías modernas. No queda, pues, ni un átomo del polvo de aquellos combates en el aire, ni un dejo del amargor de aquellos recuerdos en los labios; y no obstante esto, las guerras se empeñan todavía en simulacros y pasan de generacion en generacion como un sacratísimo legado, sobreviviendo á la muerte de las ideas y de las costumbres y de las instituciones en cuya virtud nacieron y duraron. ¿ Cómo puede ya extrañarnos ninguno de esos grandes y perdurables pensamientos, que corren de tiempo en tiempo y de gente en gente con fuerza capaz de dar calor á muchas sociedades y vida á muchos siglos? La idea platónica del Verbo, casi prevista por los indios y formulada en la Academia, á la sombra de los plátanos del Pireo, al chirrido de las cigarras áticas, halla todavía altares en nuestro corazon y en nuestra Iglesia. El demonio persa, que ha brotado de la religion mazdea, lucha aún, principio ó, por lo ménos, agente del mal, con nuestro Dios, no sólo segun los sentimientos vulgares, sino tambien segun las más sábias leyendas. Los sitios consagrados á Lucina por los antiguos griegos son los santuarios donde las mujeres encinta piden hoy á los santos de su devocion un buen parto. Las fiestas de la Candelaria, dedicadas á bendecir los cirios, corresponden á las antiguas fiestas lupercales. Los solsticios de verano y de invierno tienen la velada de San Juan, la Noche-Buena, la Misa del gallo, como en la antigüedad tenían otros festejos, destinados en su mayor parte al dios Adónis. La fiesta de las flores se funda doscientos cuarenta años ántes de Cristo, y se reproduce á nuestros ojos en el mes de Mayo, cuando las rosas llenan los altares divinos de María. Como Leandro pasa en las leyendas paganas á nado el Bósforo por recoger la mirada de Hero, un jóven cristiano, allá en las leyendas de la Edad Media, pasa á nado el Ródano por recoger la palabra de Marta. El nombre de María de Magdala, que quiere decir *torre* en el antiguo hebreo, guarda tradiciones tales, que se extienden por los templos de Babilonia y por las tierras interiores del Asia. Las virtudes dadas por la Edad Media al número siete, como se ve por los Siete Dolores, por las Siete Partidas, por las Siete Palabras, provienen de la religion sabeista. Heródes degüella á los inocentes en Judea, como los degolló Cartago para desarmar á sus divinidades en el terrible asedio que le pusiera Agatócles. No acabariamos nunca si hubiéramos de decir cuánto han perdurado las creencias y cómo se han unido á ellas los pueblos. Así, no extrañarémos que, viviendo todavía divinidades como las divinidades nacidas á las orillas del Ganges en los crepúsculos matutinos de la historia, vivan

tambien las guerras de moros y cristianos en nuestras provincias meridionales.

Nosotros, que reproducimos y abreviamos en el compendio de nuestra vida el alma y la vida superior de los pueblos, nosotros tenemos que convertir por fuerza la vista hácia las fiestas de la infancia, dilatándonos cada vez más en los recuerdos, á medida que ménos podemos dilatarnos ya en las esperanzas. Felices mil veces los que al fin de tantos combates como traen consigo las mundanas mudanzas, todavía guardan vivas en su corazon aquellas emociones perfumadas por la inocencia. ¡ Malhadado el hombre á quien no le cautiva el hogar de su familia, el sepulcro de sus antepasados, el templo de sus primeras oraciones, el sitio bendecido por los primeros amores! Yo recuerdo siempre un Miércoles Santo en la basilica de Roma. Bajo sus grandiosos arcos buscaba una emocion religiosa, oyendo las cadencias de Palestrina ó de Allegri, y sólo pude encontrarla en el punto en que salmodiaban los sacerdotes el canto llano, oído tantas veces en la iglesia de mi valle de Elda. ¡ Dios mio! ¡ Cómo guardo grabada en mi memoria cada una de aquellas festividades, que constituian todo el esparcimiento y el recreo de una existencia compartida entre la religion y la naturaleza! Paréceme que oigo los trenos de Jeremías, cuyos acentos me daban el escalofrío de lo sublime, y que veo el santuario solitario, el ara desnuda, el velo del templo rasgado, las lámparas extinguidas en el luctuoso Viérnes Santo. Paréceme que asisto aún á la mañana de Pascua, en que el alegre repique de los campanarios y el encuentro de la Virgen con su Divino Hijo, así como devolvian la paz al corazon lacerado, anunciaban que la yema iba á dar el brote, la larva el insecto, la semilla el tallo, y el capullo la flor. Paréceme que las letanías se difunden aún por los aires en las mañanas de Mayo, y que, al levantarse la cruz de plata sobre los campos, inclínanse las espigas y alzan sus encendidos cálices las amapolas en señal de mística adoracion. Paréceme que oigo las marchas de nuestra música popular, que veo las danzas de nuestros gigantones monstruosos, que asisto al espectáculo de vestir á los niños de ángeles con sus coronas de rosas y sus alitas de talco. Mas, entre todas las fiestas, ninguna ciertamente como la fiesta consagrada á la Virgen el dia de su Natividad, el 8 de Setiembre. Son aquellos dias de verdadero reposo para el labrador. Los granos están ya recogidos y almacenados. Las cosechas de otoño, si maduras, no llegan aún al tiempo de la recoleccion. La mazorca ostenta su sedosa cabellera; la uva se endulza, como apercibiéndose á la vendimia; el higo ya gotea miel; la aceituna se ennegrece y se ablanda; la almendra cae de su encierro, perfumada por las olorosas gomas; el melocoton ofrece, tras la aterciopelada pelusilla, sus ricas carnes; el melon y la sandía convidan con su frescor en tales términos, que bien puede llamarse el campo, en semejante estacion, el festin de los festines. Nada más natural que aquellos sencillos campesinos consagren un dia de regocijo á la Virgen Madre, por cuya intercesion creen haberse preservado de los pedriscos y haber podido llegar en paz al dia de la cosecha. Cuentan la aproximacion de esta festividad con los dedos. Guardan para ella todo lo mejor que tienen: el vestido más rico y el más sabroso alimento. Abren de par en par las puertas á sus huéspedes, que llegan como la hora conocida por ellos con el nombre pintoresco de *albada*, la media noche, en que suena el primer minuto de la víspera. Las campanas todas repican al vuelo; los cohetes serpentean por los aires; la poblacion entera se regocija; las músicas suenan mezcladas con los vivas de entusiasmo y los alardes de alegría. Yo no he visto procesion como aquella al anochecer, con las calles enramadas de salvia y de espliego; las casas ceñidas de follaje; las ventanas adornadas de colgaduras, los niños vestidos de ángeles ó de santos; las jóvenes, envueltas en sus mantillas blancas, despidiendo de las manos flores y anises; las velas y los hachones dilatándose en dos largas hileras como sartas de astros

y moviéndose como enjambres de aerolitos; la bella efigie vestida de brocado, reluciente de pedrería, con los rayos de su corona mística en las sienas, con sus coros de querubines á los piés, reflejando las luminarias en las facetas de sus piedras preciosas, sonriendo con el amor divino, conducida entre nubes de incienso, acordes de dulces melodías y susurros de místicas y suavísimas oraciones.

Así es la vida; como la planta pasa de semilla á raíz, de raíz á tallo, de tallo á flor, de flor á fruto, pasa el alma del predominio del sentimiento al predominio de la fantasía, y del predominio de la fantasía al predominio de la inteligencia, y del predominio de la inteligencia al predominio de la razón y del juicio. Los símbolos de las primeras creencias quedan ahí en su immaculada hermosura, como queda la doncella de los primeros amores en la mujer propia, en la hacendosa ama de casa, en la buena madre, en la pródiga nodriza, en la prosaica, pero fecunda compañera de la vida, cuyos oídos no escuchan ya la serenata al pié de la reja ni el suspiro de amor confiado al aire de la noche, porque ha pasado de las ilusiones á las realidades y ha cumplido su destino anunciado en el crepúsculo de la juventud con albores teñidos de encantadora poesía. Toda obra grande aparece bañada en los sudores del trabajo; toda criatura humana cubierta con la sangre del parto; todo progreso envuelto en las ruinas de instituciones seculares; toda ciencia nueva cargada con las heridas abiertas á la fe antigua. ¿Cuánto se parecen y cuánto se diferencian la sociedad y la naturaleza! En la naturaleza los seres nacen bendecidos y amados por sus padres; en la sociedad, al revés: engendra Egipto á la Sinagoga, y la rechaza; engendra la Sinagoga á la Iglesia, y la maldice: engendra la Iglesia á la revolución, y la excomulga. Pero, sin apurar el revelador de Dios las iras de los Faraones egipcios, y el revelador de la conciencia el ódio de los idólatras griegos, y el revelador del Verbo la enemiga de los fariseos judíos, y el revelador del cielo la persecución de los inquisidores romanos, y el revelador de la tierra la hiel de los sabios salmantinos, ¿cuándo se hubiera escrito en la historia el poema inmortal de los humanos progresos? Como el ave no se puede quedar en su primitivo nido, el espíritu no se puede quedar en su primitiva creencia. Si tal hiciera, sabría de la historia los cuentos de su abuela, y del universo las fábulas de su pueblo, y de la sociedad las supersticiones de su infancia, explicando lo porvenir por lo pasado y haciendo de la cuna su mortaja. Encaraos con Dios, si esto os desplace, y preguntadle por qué ha querido que no pueda llegarse á la ciencia sino por el áspero camino de la investigación, ni á la investigación sino entre el oleaje de la duda. Encaraos con Dios, y preguntadle por qué sentimiento y dolor son casi idénticos en nuestra alma, como son casi sinónimos en nuestra lengua. Encaraos con Dios, y preguntadle por qué la experiencia no puede allegarse sino mediante el desengaño. Encaraos con Dios, y preguntadle por qué, en vez de habernos hecho los soberanos del universo, con todas las verdades á los alcances de nuestra inteligencia y con todos los goces á los alcances de nuestro deseo, nos ha hecho los guerreros de la vida, para quienes ninguna victoria llega sino después de porfiados y cruentísimos combates. ¿Qué quereis? No tenemos nosotros la clave del Universo, no hemos escrito nosotros en los espacios el enigma de los humanos destinos. No vale ménos el sol, ni brilla ménos, porque, en vez de creerlo un Dios, como lo creía el pastor caldeo en la inmensidad del desierto, le creamos vasallo de otro sol, en cuya comparación debe aparecer más pálido, más blanquecino y más humilde que nuestra melancólica y

apagada luna. Ese polvillo que pasa, ese átomo de pólen apenas perceptible al microscopio, resulta en el equilibrio universal tan necesario como los astros mayores perdidos en los abismos cerúleos, cuyo volumen no pueden adivinar nuestros mezquinos cálculos. Cuando la tierra se extendía en lo infinito, llevando el oxígeno puro en sus columnas de llamas y el platino fundido en sus mares de fuego, aparecería en los espacios más bella, más luminosa, más esplendente que hoy, como aparece más bello el encendido volcan que la muda nieve en la montaña; pero no podría ser habitación del espíritu, pues para celebrar sus nupcias con esta entidad misteriosa y encerrarlo en la cadena de las formas por medio del humano organismo, ha necesitado enfriarse mucho, desprenderse de mucha luz y de mucho fuego, perder en gran parte su antiguo esplendor celeste. Digan lo que quieran nuestros pesimistas, la felicidad no se encuentra en el aniquilamiento, sino en la plenitud del sér. Digan lo que quieran, la vida no es tan mala, cuando se la toma como es, limitada; cuando se admiten como una necesidad inevitable sus transformaciones; cuando se ofrecen al bien de la humanidad sus tristezas; cuando se les da su parte de poder al sentimiento, á la imaginación y á la idea. Sí, hermanos míos; hemos salido de ahí, hemos dejado atrás esos símbolos, nos hemos desceñido de muchas de esas creencias; más para convertir en verdad social y política la estética religiosa de nuestros primeros años. Si fuera verdad que hemos contribuido á emancipar el pensamiento; si fuera verdad que hemos trabajado por redimir la conciencia y comunicarla libremente con su fe interior; si fuera verdad que hemos roto las cadenas de algun esclavo, el cual, sin nuestras palabras y nuestros votos aún yacería atado á su ignominia y desprovisto de todo humano derecho; si fuera verdad que algun resto de la injusticia feudal y algunas sombras de la Inquisición antigua se han acabado al eco de nuestra voz, aún podríamos dar por bien empleado el trabajo, el combate, el dolor, el martirio, y hasta la calumnia. Si la muerte no nos visita ántes y nos lleva en sus alas á otro mundo, dentro de algunos años, cuando la vejez haya apagado la voz en mi garganta, la luz en mi inteligencia, el calor en mi corazón, volveré á pedir mi último hogar á la tierra sacratísima donde he tenido el primero. Y me persuadiré de que, así como las generaciones presentes viven por fuerza en sus antepasados y en sus sucesores al mismo tiempo, las ideas viven por necesidad en las creencias que las han precedido y en las creencias que habrán de seguir las. La revelación no ha bajado al mundo en una hora. Patriarcas, profetas, sacerdotes de todos los cultos, filósofos de todas las escuelas, mil esperanzas várias, mil presentimientos misteriosos, el libro que parece á ella más ajeno, el cántico que parece á sus ideas más contrario, la Sibila en su caverna y el Pontífice en su ara, el rezo sagrado y el oráculo pagano, el poeta que ha escrito los orígenes de Roma como el sabio que ha presentido los destinos de la humanidad, todos han dado algo al divino conjunto de dogmas, que las generaciones presentes y las generaciones venideras convertirán en leyes é instituciones, como se convierte desde el fósforo de los fuegos fatuos hasta el ázoe de los estiércoles inmundos, desde el destello de la aurora boreal en el cielo hasta el polvillo del hierro en la mina, por las alquimias de la nutrición y de la respiración universal, en los elementos componentes de nuestro hermoso organismo. Creedlo: hay una cadena eléctrica, nunca interrumpida, entre los abismos del cielo azul y los abismos de la humana conciencia.

EMILIO CASTELAR.



LA LIRA MEJICANA.

ROMANCE MEJICANO.

EL RÚSTICO Y EL MONARCA.

(Año de 1516.)

Divertido en su palacio
 el Motezuma soberbio,
 traza á su capricho gustos,
 y á su querer pasatiempos.
 Reclinado en rico estrado,
 cercado de sus guerreros,
 sus cortesanos le adulan
 y le obedecen los pueblos,
 cuando á su presencia llega
 hombre de rústico aspecto,
 que con libertad le dice,
 sin arrogancia y sin miedo:
 «Ayer de tarde, señor,
 estando solo en mi huerto,
 ocupado en sus labores
 y entretenido en sus riegos,
 vi un águila que bajaba
 á mí con rápido vuelo,
 y tomándome en sus garras,
 me alzó por el vago viento,
 y sin tardanza llevóme
 á un bello jardín ameno,
 donde en retirada gruta
 hallé de flores un lecho,
 y en él, descuidado y solo,
 un hombre entregado al sueño,
 de paños régios vestido,
 á un lado corona y cetro,
 y en su derecha empuñando
 un ardiente pebetero.
 Acerqueme, y conocí
 que estabas allí tú mismo,
 en la mansion del descanso
 y en el reino del silencio.
 Quise retirarme al punto,
 penetrado de respeto;
 pero una voz imperiosa
 me hizo aproximar de nuevo,
 dejándome sin accion
 para esquivar sus preceptos.
 Mandóme que de tu mano
 quitase yo aquel brasero,
 y sin piedad lo aplicase,
 ardiendo, sobre tu pecho.
 Resistíme cuanto pude;
 pero ¿qué vale el esfuerzo
 del mortal desalentado
 para resistir al cielo?
 Yo mismo entónces, señor,
 cumplí el mandato severo;
 te apliqué la ardiente brasa,

y tú sufriste el cauterio
 sin dar señal de dolor
 y sin hacer movimiento.
 Juzgárate allí cadáver,
 á no advertir que tu seno
 se dilataba y movía,
 respirando con sosiego.
 Díjome otra vez la voz
 (voz engendrada en el viento):
 «Así tu rey insensato
 pasa en deleites el tiempo
 cuando sobre sí el enojo
 tiene de los dioses fieros;
 cuando tantos enemigos
 le detestan en secreto,
 y cuando audaces soldados,
 navegando el mar inmenso,
 vienen de tierras ignotas
 para conquistar su imperio.
 Dirásle que se levante,
 y justo, cuanto guerrero,
 ponga á los peligros dique,
 y á los desastres remedio.»
 Apénas este discurso
 dijo, que conservo impreso,
 cuando el ave me arrebató
 y otra vez me hallo en mi huerto.
 Aquí he venido, señor,
 á cumplir con lo que debo,
 con lo que el cielo me manda,
 con lo que pide tu reino.
 A las deidades irritas
 con tu soberbia y desprecio,
 y á los hombres das enojo
 con tu crueldad y recelos.
 Despierta, otra vez te digo;
 ¡infeliz, si, torpe y ciego,
 tienes el pecho insensible
 á los ardores del fuego!
 Y sabe que los sollozos
 de tus desdichados pueblos,
 primero que á tus oídos
 llegaron al justo cielo.»
 Dijo, y volviendo la espalda,
 salióse de allí resuelto,
 poniendo al concurso espanto
 su libertad y denuedo.
 Quiso el monarca sañudo
 mandar que le traigan preso,
 cuando sintió penetrante
 nuevo dolor en su pecho.
 Descúbrelo, y le hallan todos
 abrasado de un cauterio,
 en que con asombro miran
 ser el vaticinio cierto.

J. J. PESADO.

ESPAÑA.

En un aciago y cangojoso día,
de Francia los soberbios veteranos
inundaron los campos castellanos
como las olas de una mar bravía.

Los iberos, gloriosos todavía
con sus triunfos de moros y romanos,
la espada empuñan con robustas manos,
matan y mueren como allá en Pavía.

Del Estrecho á los rudos Pirineos
todo es sangre, todo humo y alarido,
y retiemblan los troncos europeos.

Huye el gallo por fin, y enfurecido
el bravo Soult, sin palmas ni trofeos,
desde el alto Pirene da un gemido.

LAS AVES VIAJERAS.

Grato es ver las amables golondrinas,
transportadas por Dios sobre los mares,
venir á nuestros rústicos hogares
y anidar en los techos y en las ruinas.

Dios lleva las acuáticas gallinas
á las claras lagunas á millares,
y las pardas palomas de collares,
que gimen tristemente en las encinas.

Y lleva sobre lagos y montañas
los tordos en su céfiro sereno,
á vivir y cantar entre las cañas.

Cede á las aves bosque y campo ameno,
las torna de las tierras más extrañas
y las mantiene, ¡como que es tan bueno!

TEMÍSTOCLES.

Ayúdame á vengarme de tu Grecia,
á Temístocles dijo un rey de Oriente;
hollemos la soberbia de esa gente,
que tu valor y tu virtud desprecia.

Aténas de sus crímenes se precia;
te ultrajó y desterró siendo inocente:
en ciudad tan ingrata y delincuente,
¿qué tu sublime corazón aprecia?

—Todo, señor, respóndele el guerrero:
las tumbas de mis ínclitos mayores,
las plazas, muros y cercanos valles;

los trajes y habla, el patriotismo austero;
del Estadio los fuertes luchadores,
y hasta el polvo y las piedras de las calles.

EL CÓLERA-MORBO.

El ángel de la muerte, en negro día,
del Ganges turbio en la ribera impura,
el vuelo alzó, llevando en la cintura
terrible espada, que al volar crujía.

Desenvainó el acero y lo blandía,
y desolaba la cabaña oscura,
llenaba á los monarcas de amargura,
y el triste Oriente atónito gemía.

El ángel, agitado su semblante,
el Asia cruza, y vuela al Occidente;
corre la Europa, y pásase adelante;

asuela el africano continente;
la América recorre centelleante,
y como rayo vuelvese al Oriente.

MANUEL CARPIO.

LA PIEDAD DIVINA.

(Traducción de Parini.)

Soy el árbol, Señor, plantado un día
por tí en tu viña: con amante celo
tu bondad le amparó de piedra y hielo,
y en verdes hojas y en vigor crecía.

Mas el rebelde tronco todavía
no ha pagado con fruto tu desvelo,
y se contenta con mostrar al cielo
de su copa la inútil lozanía.

Tan estéril al verle y tan ufano,
tu justicia gritó: *Córtese y arda,*
que harto tiempo ocupó la tierra en vano.

Mas rogó tu piedad, clamando: *Aguarda,*
Señor, un año, y sujetó tu mano.
¡Ay, árbol, si tu fruto un año tarda!

ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.

HERNAN CORTÉS.

A nuevas lides, el acero al cinto,
y el cetro de ambos mundos en la mano,
entre vistoso grupo cortesano
sale de su palacio Carlos Quinto.

Le aguarda al pie del imperial recinto,
pálido y mal vestido, un hombre cano,
en quien dolor é ingratitud temprano
el varonil vigor tienen extinto.

Su diestra, memorial humilde alarga
al César, y éste, avaro de sus dones,
le pregunta: «¿Quién sois?», no sin recelos.

Respóndele Cortés con risa amarga:
«Quien os ha conquistado más naciones
que ciudades os dan vuestros abuelos.»

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA.

LA GUERRA CIVIL.

Sus rayos lanza al viento
el sanguinoso Marte, y el oído
hiere su ronco acento
como el sordo rugido
del piélagos espumoso embravecido.

Y la guerra aparece,
y á su estruendo, el que mora en suntuoso
palacio se estremece,
y tiembla temeroso
el que vive en retiro silencioso.

La rebelion arroja
su bandera cien veces condenada,
y tiñe en sangre roja
la tierra, que acuitada
clama contra sus hijos indignada.

La horrenda lucha empieza,
y la paz, de los buenos tan querida,
solloza con tristeza,
y de dolor transida,
huye al brillar el hierro fratricida.

Huye, mirando al cielo,
en donde tiene puesta su esperanza,
con hondo desconsuelo;
mas por doquier la alcanza
el exterminio infando y la matanza.

Y hasta las soledades
llega del bosque, y hasta allí la grita
oye de las ciudades,

y en su frente bendita
la ensangrentada oliva se marchita.
Como el invierno frío
los campos seca y mustios los convierte
en triste erial sombrío,
la guerra de tal suerte
lo torna todo estrago, y ruina, y muerte.

.....
Tiembla el mísero anciano,
que inútilmente la cerviz humilla
al verdugo inhumano,
y la virgen sencilla
se arredra ante la bárbara cuchilla.

La virgen, que inocente
defiende en vano la orla de azucenas
que circunda su frente,
y respirando apénas,
las ve rodar al polvo, en sangre llenas.

.....
Destroza la metralla
el espacioso huerto cultivado,
y en campo de batalla
se torna el regalado
jardín y el verde y florecido prado.

Y el mísero labriego,
que regó con sudor sus sementeras,
las baña en llanto luégo,
y pasa horas enteras
gimiendo en las cenizas de las eras.

Todo es duelo y pavora;
con sangre mancha el arroyuelo frío
la selva y la espesura,
y al hondo mar bravío
cadáveres sangrientos lleva el río.

.....
Así, bajo del yugo
de execrable discordia, en largo día
temblaba ante el verdugo
la hermosa patria mía.....
¡Oh, cuán distinta de hoy se la veía!

Parece que aún se escucha
su desmayado acento en la cansada
y pavorosa lucha:

«¡Piedad! clamó angustiada;
» ¡piedad para una madre desolada!
» Cunde por todas partes
» la llama asoladora, y en su cuna
» las ciencias y las artes
» perecen una á una,
» dignas ¡oh cielo! de mejor fortuna.
» Calmad vuestros furóres,
» y un punto recordad que sois hermanos;
» empero los clamores
» de mi ansiedad son vanos.....
» y son mis propios hijos mis tiranos!»

JOSÉ PEON CONTRERAS.

LA INMORTALIDAD.

En este triste, solitario llano,
do violentas me asaltan las congojas,
no há mucho que extendió sus verdes hojas
y salpicó de flores el verano.
Este tronco esqueleto con que ufano
estuvo el patrio suelo,
abrigaba los tiernos pajarillos
entre frondosas ramas;
el líquido arroyuelo,
por márgenes sembradas de tomillos,
de cantuesos, de pálidas retamas,
de rojas amapolas,
de albos jazmines y púrpureas violas,
mansamente corria
bañando el fértil prado de alegría.
Benigno el aire, en la espaciosa estancia
de los lejanos frutos y las flores
desparramaba el bálsamo y fragancia.
¡Oh tiempo, y lo que vencen tus rigores!
Llega del año la estación más cruda,
y mostrando el invierno sus enojos,
todo el campo desnuda
á vista de mis ojos,
que ya lloran ausentes
los pájaros, las flores y las fuentes,
en los que miro ¡ay triste! retratados
los gustos de mi vida,
por la mano del tiempo arrebatados
cuando helada quedó mi edad florida.
¡Dulces momentos, aunque ya pasados,
á mi vida volved como á esta selva
han de volver las cantadoras aves,
las vivas fuentes y las flores suaves,
cuando el verano delicioso vuelva!
Mas ¡ay! votos perdidos,
que el corazón arroja
al impulso mortal de mi congoja!
Huyéronse los años más floridos,
y la edad que no para,
allá se lleva mis mejores días.....
¡Adios, pasadas breves alegrías!
¡Qué! ¿no volveis siquiera la dulce cara?.....
Aridas tierras, más que yo dichosas,
no así vosotras, á quien manda el cielo
anuales primaveras deliciosas,
y corona con mirtos y con rosas
la nueva juventud de vuestro suelo.
Pero ¿qué rayo ¡ay Dios! á mi alma enciende?
¡Ah! luz consoladora
que del sòlio estrellado se desprende.....
Más allá de la vida fatigada.....
Sí, de la vida cruel que tengo ahora,
cuando sea reanimada
esta porción de tierra organizada,
entónces, por influjos celestiales,
en los campos eternos
florecerán mis gustos inmortales,
seguros de los rígidos inviernos.

FRAY MANUEL NAVARRETE.



UNA BODA EN PARÍS EN LA ÉPOCA DEL DIRECTORIO (1796-1799).— Cuadro de F. H. Kaemmerer. (Escuela Francesa.)

DE PESCADORA Á DUQUESA.

I.

Hamburgo, ciudad famosísima, situada en el extremo meridional del reino de Dinamarca, entre los canales por donde se desangra el Elba al desembocar en el mar del Norte, fué de las que formaron la primitiva liga anseática, la más floreciente por su comercio é industria, la que más se aventajaba por su ilustracion, y la que á su increíble riqueza añadía todos los privilegios y goces que traen consigo una bien regulada disciplina y un régimen equitativo de libertad. Era cabeza del ducado de Holstein, pero independiente de Dinamarca, y áun del poder supremo de Alemania, apellidándose ciudad libre, y siéndolo de hecho en su vida y organizacion privadas.

No nos referimos á tiempos remotos, sino á los postreros años del siglo último, á la época en que más inextinguible ardía la hoguera de la Revolucion francesa, cuyo estrago pugnaban por atajar los imperios circunvecinos. A la ruina de las antiguas instituciones acompañaba la muerte ó proscripción de los que con ellas estaban identificados, los cuales, para salvarse de una, voluntariamente se imponían la otra, cambiando la quietud en zozobra, la vecindad en albergue y la resistencia propia en demanda de extraño auxilio.

Limitrofe de Hamburgo, tanto que parecía su complemento, aunque no enteramente libre, sino sometida en cierta manera á la soberanía de Dinamarca, se alzaba la ciudad de Altona, en terreno más elevado que su vecina. La falta de canales en su interior aminoraba un tanto su tráfico, porque hacía más difícil el transporte de las mercancías; pero no su importancia como plaza comercial, llena de fábricas, talleres y establecimientos públicos, entre otros un observatorio dedicado á la enseñanza de la astronomía, y un puerto franco muy concurrido, al que daban extraordinaria animacion su arsenal de buques mercantés y los que se reunían periódicamente allí para la pesca de la ballena.

Por su situacion extrema en el continente, y por el carácter benévolo y hospitalario de sus habitantes, fueron quizá ambas poblaciones, más que Coblentza y otras de las orillas del Rhin, preferidas como refugio de los emigrados franceses en la época mencionada, especialmente de aquella parte menos belicosa de la nobleza, que fiaba la restauracion de su fortuna al incontrastable ímpetu de las armas de sus amigos, ó á la actitud amenazadora de los gobiernos interesados en la conservacion de sus monarquías.

Pero pasaban dias, meses, años, y la Revolucion, léjos de postrada, aparecía cada vez más formidable; los ejércitos con que pensaban aniquilarla las potencias servían para excitar más su entusiasmo, y para proporcionar mayores triunfos á los bisoños republicanos. Los fugitivos se habian puesto en salvo con cuantos recursos pecuniarios pudieron allegar; las propiedades de los nobles, de los eclesiásticos y realistas fueron secuestradas; la riqueza mueble desapareció de sus casas y palacios; todo se incorporó á la nacion: los privilegiados eran tenidos por criminales, y el cadalso, como la expiacion más justa de la fortuna.

Lástima, en efecto, daba ver cruzar por las calles y puentes de Hamburgo, no en brillantes carrozas ni ataviadas de pomposas galas, sino á pié, modestamente vestidas y con diligente paso, á muchas ilustres damas que habian sido en

la aristocrática París admiracion de las gentes por su opulencia. Sus dorados salones estaban ahora reducidos á miserables viviendas; su servidumbre, á la que ellas podian prestar á ricachas y mercaderas, á quienes se hubieran desdenado de saludar en sus buenos tiempos; y las que se envanecian con los títulos de marquesa ú otros de igual alcurnia, desempeñaban á la sazón oficios de costureras ó de los más mecánicos de la vida, haciendo necesidad de lo que tomaban algun dia por mero capricho ó entretenimiento. ¡Feliz la que lograba colocarse de aya en casa de algun acaudalado industrial ó comerciante, y feliz el ex-duque ó caballero que ganaba su vida cuidando caballos, sirviendo de ayuda de cámara ó ejercitando la pluma y la paciencia en el bufete de un escritorio! Los que juzguen exagerada esta pintura, recuerden que precisamente en aquel país, todo un príncipe de la sangre, que despues ocupó el trono, el célebre Luis Felipe, hubo de hacerse profesor de historia y de matemáticas en un colegio particular.

No hay regla sin excepcion, y alguna pudiéramos citar de personas y familias con quien, por especiales circunstancias, no se mostró la suerte tan rigurosa. Pongamos por ejemplo los Duques de Saint-Servan, título concedido en tiempo de Luis XIV á un contratista de víveres que prestó grandes servicios durante las guerras sostenidas por Francia en aquel reinado. El Saint-Servan de entónces era un astuto holandés, no ménos codicioso que vividor. Comprando barato, vendiendo caro, y sobre todo, vendiendo mucho, logró juntar un caudal de esos que una vez realizados crecen por sí mismos con una especie de reproduccion espontánea como la hierba. No quiso, sin embargo, que de guardado se enmoheciese. Tiénense por ruinosas las guerras, y él ideó cómo hacerlas productivas; y suministrando vituallas por una parte á los ejércitos alemanes, y por otra á los franceses, se expuso á dobles ganancias; no dobles, incalculables; porque si en sana paz franceses y alemanes son dados á la intemperancia, ¿qué insaciable comenon no sentirán aguijados por las fatigas y privaciones de la guerra?

II.

Saint-Servan se estableció en París como punto más céntrico de operaciones, y en una casa con visos de palacio antiguo. Faltábale para serlo realmente un gallardo blason en su frontispicio, y el Rey le concedió la corona ducal, con lo que quedó tan ennoblecido como los héroes olímpicos de tiempo de Carlo-Magno.

No hay para qué seguir la sucesion y genealogía de este ilustre tronco de los duques de Saint-Servan; baste decir que el árbol echó raíces, y que sus ramas se mantuvieron lozanas y frondosas de uno en otro vástago hasta que sobrevino el vendaval de la Revolucion. Hallábase el sucesor del antiguo provisionista con sus arcas bien repletas de numerario, y no se descuidó en trasladarlas á sitio más seguro, donde ademas no se esterilizasen.

Hasta aquí la nave iba viento en popa, pero una ligera brisa comenó á hacerla variar de rumbo.

Dos hijos, varon y hembra, eran los sucesores de nuestro Duque. Prescindamos de la segunda, que fué un alma de Dios, lo que se llama un ángel en la tierra, y que aunque en edad núbil, murió ántes de casarse. Quedó, pues, íntegra

la herencia para su hermano, Adolfo de Saint-Servan, joven de gallarda presencia; recio de cuerpo, y más vigoroso todavía de espíritu; amable, pero emprendedor; un tanto excéntrico en sus ideas, y sin embargo, de una fisonomía apacible y franca; sensible á la vez y enérgico en sus afectos, de alma apasionada, que le salía al semblante, así como á los ojos la viveza de su imaginación. Había estudiado literatura y derecho, pero eran más de su gusto las ciencias exactas y naturales, á las cuales le inclinaba sin duda el instinto calculador y práctico de sus predecesores. No por eso miraba con desvío las teorías sociales que tan en boga estaban á la sazón; por el contrario, pertenecía á la escuela de los economistas, y era fervoroso secuaz de los apóstoles de la Enciclopedia. Su padre se lamentaba de esto; su madre, criada á los pechos de las matronas del antiguo régimen, creía tener en aquel aborto revolucionario un réprobo. Hablarles á ellos de emancipación y de libertad, era como atormentarles los oídos con el estridor de un martinete.

De suerte que aquel hijo, que hubiera debido ser su encanto y esperanza, les proporcionaba los mayores disgustos y pesadumbres de que hay idea. Su manera de pensar correspondía á la de sentir, y hasta parecía simpatizar más con las clases y personas que á ellos les inspiraban mayor repugnancia y ódio. Pues; no se había enamorado desatinadamente de una jovencueta, sólo porque tenía fama de ser la más bonita que había en Altona, y quizá en Hamburgo y en todo el reino de Dinamarca! La muchacha, ciertamente, era preciosa. En su rostro competían cuantas gracias y perfecciones ha atribuido el sentimiento estético de pintores y poetas á la belleza: dibujo correctísimo en sus facciones; color trasparente y terso; expresión en sus miradas, tan afectuosa como modesta; soltura y naturalidad en sus movimientos; buena y sencilla por naturaleza, prudente y reflexiva, pero perseverante en sus resoluciones. Su falta más imperdonable, según los de Saint-Servan, consistía en ser hija de un zafio, de un pescador del puerto; pero Adolfo estaba tan prendado de aquel prodigio de belleza, que había resuelto sacarla de su menguada condición y ceñir á sus sienes la corona ducal, eligiéndola desde luego por esposa suya.

Genoveva, que así se llamaba, había sido objeto de mil y mil apasionadas solicitudes; en nadie había hallado el amor respetuoso y puro que presentía su corazón más que en Adolfo; y sin averiguar su calidad ni estado, sin extremas demostraciones de entusiasmo, sin jurarle una fidelidad que todas prometen y que pocas cumplen, había hecho de aquel amor la primera y única necesidad de su existencia. Adolfo era más feliz de lo que imaginaba; miraba á Genoveva como una parte de su vida; Genoveva había enajenado en él la mitad de su alma.

III.

Desde Hamburgo á Altona no dejaba Adolfo, como suele decirse, la ida por la venida. Cuando no podían hablarse los dos enamorados, que era lo más frecuente, porque el padre de Genoveva la tenía en estrechísima clausura, se contentaban con verse y admirarse, embebecidos cada cual en contemplar al otro, pues en el verdadero amor hay mucho de admiración, y con los ojos se decían cuanto callaban sus lenguas, si es que la lengua acierta en estos casos á expresar lo que siente el alma. Veíanse, pues, y eran vistos de todo el mundo. Su pasión no era tan secreta que el ménos perspicaz no lo adivinase; el mismo recato con que obraban la descubría, y en toda la ciudad eran públicos los amores de Genoveva y el duquesito. Al fin los padres de uno y otra llegaron á enterarse de la maraña: el viejo Saint-Servan cogía el cielo con las manos, horrorizado de la ignominia que iba á afrontar su grandeza; y en cuanto al pescador, que era un *jacobino* de lo más tremendo, votaba y maldecía de su suerte, jurando que primero ahogaría á su hija que consentir en que se ligase á la raza encanallada de los aristócratas.

El tiempo que Adolfo no invertía en dar pábulo á su amor lo consagraba al estudio, asistiendo al Observatorio de Altona, donde se promovían discusiones científicas y se daba razón de los descubrimientos últimamente realizados, no sólo con aplicación á la óptica, sino á la física en general, y especialmente á la aerostática, que se consideraba, y con razón, como auxiliar de la astronomía, y medio, aunque un tanto empírico, de resolver el problema más árduo, el de la fuerza que pudiéramos llamar flotante de la dinámica.

Daba calor con su voz y con su ejemplo á todas estas investigaciones el aeronauta Mr. Lebas, con quien había especialmente intimado Adolfo, ya por ser joven como él, ya por haber demostrado el más temerario arrojo, verificando algunas ascensiones con tanta audacia como buen éxito. Ya no se hablaba de la que llevó á cabo Robert, acompañado del Duque de Chartres, padre de Luis Felipe, sino de las que proyectaban Testu-Brissy, Lennox, Transon, Petin, Julien y otros émulos de Lebas.

Desde que en 1755 publicó el Padre Galien su *Arte de navegar por los aires*; desde que el célebre Montgolfier discursió los medios de enrarecer el aire para hacer volátiles sus globos, y se remontaron á los espacios, tenidos ántes por imaginarios, Pilatre de Rozier, Giroud de Villette, el Marqués de Arlandes y Charles y Robert, la navegación aerostática se convirtió en manía; y sin que sirviera de escarmiento la catástrofe de Elisa de Garnerin, de madama Blanchard, el Marqués de Zambecari y otros, no faltaron nuevos, aunque más afortunados Ícaros, como Green, los hermanos Godard y Poitevin, que hicieron alarde de menospreciar las eventualidades que oponía la naturaleza á tan arriesgado empeño. Coutelle empleó los globos cautivos como exploradores y auxiliares de las operaciones militares, recurso que hemos visto usado también en nuestros días; y al observarse cuán superior era el gas hidrógeno al humo de paja ó de papel para henchir la cavidad de los modernos aparatos aerostáticos, se creyeron vencidas todas las dificultades, y el problema científico se redujo á una operación mecánica, que iba degenerando en arte profesional.

No entraremos en más pormenores sobre la construcción de los globos, su volumen, la relación en que está la densidad de su atmósfera interior con la externa que los rodea. Si el mar es navegable, ¿por qué no ha de serlo también el aire? A esta pregunta responde la atrevida hipótesis de Arquímedes: «Dadme un punto de apoyo, y con mi palanca moveré el mundo.» El punto de apoyo existe, pero carece de resistencia. Día llegará en que deje de llamarse *aéreo* á lo imposible, á lo que vaga sin determinado asiento. Entre tanto, sigamos nuestra narración, que si algún interés ofrece, comienza ahora.

IV.

El aeronauta Lebas era, no sólo un joven intrépido y afortunado, sino muy pagado de sí mismo, metido en aventuras amorosas, y que se aficionaba con una facilidad y vehemencia estudiantiles á cuantas beldades adquirían alguna celebridad. Siendo tanta la de Genoveva, logró verla, y quedó asombrado, asombrado y ciego de la luz que centelleaba en aquellos divinos ojos. No había descubierto hasta entonces astro alguno tan resplandeciente, y se hubiera transformado en satélite suyo desde aquel momento, á no haberse interpuesto la sombra de su amigo Saint-Servan, á quien no era posible oscurecer, ni lícito suplantarlo á la altura á que había llegado. Ni ¿cómo intentarlo siquiera, cuando el mismo Saint-Servan le había elegido por único confidente de sus amores? ¡Oh imprevisora amistad, que así le cortaba el vuelo ántes de extender las alas! Casi se arrepintió de haber dado tanta expansión á un afecto que había de resultar incompatible con la pasión que ahora le avasallaba. Algo le animó, sin embargo, el desesperado camino que llevaban



LA SIEGA.—ESTUDIO DE COSTUMBRES ARAGONESAS.—(Dibujo del natural, por Valeriano Becquer).

las pretensiones del futuro Duque; pretensiones irrealizables mientras viviera el padre, que prometía vigorosa longevidad.

De esto acabó el aeronauta de persuadirse un día que, paseando con Adolfo, le oyó quejarse así de su mala suerte:

— ¿Pensais, amigo Lebas, que ni Genoveva ni yo podemos sufrir más tiempo la tiranía con que se nos trata? Hubiéramos ya huido á lejanas tierras, aunque allí tuviéramos que ganar con las manos nuestro sustento; pero el brutal padre de Genoveva, y el mio, á quien no me atrevo á calificar tan duramente, conformes tan sólo en esto, es decir, en labrar nuestra desventura, nos celan de continuo por medio de espías y vigilantes; y el uno por el lado del puerto, y el otro por las salidas de Hamburgo, nos tienen cerrados todos los caminos que podrían ponernos á salvo de sus rigores.

— Pero Genoveva, le preguntó Lebas con maliciosa curiosidad, ¿se atrevería á seguirnos en tan impremeditado intento?

— Hasta el fin del mundo, respondió Adolfo. No sabeis lo que es un amor contrariado, ni hasta dónde llevan la violencia y la injusticia de los que son para nosotros verdugos, no padres ni protectores.

— ¿Es posible, volvió á preguntar Lebas, que ameís tanto á una mujer oscura, desigual á vos en clase y educación?

— Y ¿es posible, le replicó Adolfo, que formalmente me digáis eso? Ya ni en la tierra existen tales preocupaciones; y el cielo, que nos ha unido en este sentimiento, nos hace iguales..... ¿Qué queréis? Es destino nuestro, y los que esto desconocen, suponiendo nuestra pasión un antojo pueril que viene á destruir sus cálculos, hijos en los unos de ridícula vanidad, y en el otro de estúpido fanatismo, son unos insensatos. Ha profundizado tanto este amor en nuestros corazones, que no es posible desarraigarlo, y vive en ellos tan extraño á todo interés, tan limpio de toda mancha, que pensar de él otra cosa y castigarlo como un crimen es una verdadera profanación, que sólo cabe en almas envidiosas y miserables. Pues bien; estamos determinados á atropellar por todo: los que nada respetan, ¿qué respeto han de exigirnos? En fin, amigo Lebas, para decirlo de una vez, en vos hemos puesto nuestra esperanza.....

— ¿En mí? Yo ¿qué puedo hacer?

— Vais á verlo. ¿No pensais verificar en breve una ascension?

— Sí; todo lo tengo aparejado, y si mañana no cambia el viento.....

— Y ¿no me habeis encargado el secreto, porque queréis hacerla de noche?.....

— De noche, para que no se sepa mi partida, y todo el mundo se sorprenda con mi regreso. Sería un gran triunfo; quedaria resuelto por mí el gran problema de la dirección aerostática.

— ¡Indudablemente! Pues Genoveva y yo os acompañaremos.

— ¿Estais locos?

— ¿Por qué? Nadie podrá impedir así nuestra fuga. Nos dejais en el punto en que desembarqueis, cualquiera que sea, y os volveis á Altona.

— Pero, ¿y si caigo en el mar?

— Serémos naufragos; no faltará quien nos auxilie.

Reflexionó Lebas un momento; pensó en la extraña ocasión que su suerte le deparaba. Llevar á Genoveva consigo; ser de pronto su salvador..... ¿quién sabe las ideas que se agolparon en su imaginación? Pero disimulando su pensamiento, añadió:

— No es posible. ¡Exponer á una jóven que no ha viajado nunca á expedición tan arriesgada y molesta! Ni ella se atrevería.

— Se atreverá á todo, no lo dudeis. Su padre se halla ahora ausente. Tenemos concertado el medio de que se vale para salir por las noches y poder hablarnos; sólo que esta vez la ausencia será más larga.

Siiguieron discutiendo en esto los dos amigos; Adolfo desvaneciendo cuantas dificultades le ponía el otro, y éste sosteniendo cada vez con empeño más falso su resistencia. Pero al cabo convinieron — ¿no habian de convenirse dos intenciones que, partiendo de opuestos fines, coincidían en un deseo? — convinieron en que la noche del siguiente día, á las nueve de ella, acudirían los dos amantes al arrabal de San Pablo, extremo occidental de Hamburgo, y al punto conocido con el nombre de *Hamburger-Berg* (montaña de Hamburgo), donde, por lo solitario y apartado, habia preferido Lebas llevar á cabo su ascension.

Todo lo que desde este momento va á acontecer parecerá á muchos inverosímil, como si no fuera á veces más cierto que lo natural lo maravilloso. En materia de principios, afirmamos ó negamos en absoluto; pero tratándose de hechos, la certidumbre ó falsedad son relativas; en el segundo caso, para fallar con acierto hay que atenerse á la índole de los tiempos, á la calidad y carácter de las personas. Las nuestras eran de tal naturaleza, y las circunstancias de tal especie, que nada de lo que vamos á referir debe estimarse como increíble.

V.

Llegó la hora presupuesta; llegaron Genoveva y Saint-Servan, él disfrazado de pescador y ella con un antifaz que la desfiguraba el rostro, al sitio en que los aguardaba el aeronauta, con su aparato ya listo para remontarse al espacio aéreo. Como burlaron los dos amantes á los argos que tan celosamente los vigilaban, ni la relación de esta aventura lo dice, ni merece la pena de averiguarse; sábese únicamente que Genoveva iba medrosa y hasta turbada, pero que las ansias de su amor y los prósperos ensayos que se habian hecho en el nuevo invento, apagaban en su ánimo toda perplejidad que pudiera parecer flaqueza. ¿Qué jóven de nuestros días no se entrega confiada al ímpetu aterrador de una locomotora, aunque por primera vez se sienta arrebataada en sus alas, y más si se cree en el camino del Eden inefable por que suspira? La adusta sombra de su padre huía ante la seductora mirada de su amado. Los brazos de éste la amparaban; sus dos corazones palpitaban juntos; comun era ya su suerte; comun su vida: ¿podía descarse mayor ventura?

Lebas estaba impaciente; la duda le alejaba de su mal concebido anhelo, por lo que abrevió cuanto pudo sus preparativos. En la barca que pendía del globo cabían holgadamente los tres viajeros, los víveres que podían necesitar en algunos días, los útiles, agua y sustancias químicas que habian de servir para la producción del hidrógeno y otros gases de que hubiera que echar mano si las circunstancias lo requirieran. La atmósfera se sentía templada; la noche, serena; la estación no ofrecía temores de cambios repentinos ni perturbaciones aéreas. Dió Lebas el grito de partida, cortó la maroma que sujetaba el globo, y éste se lanzó al espacio como un águila gigantesca, blandamente mecido por el hálito de apacibles brisas.

VI.

Inflado su anchuroso seno por el vapor del hidrógeno, quince veces más leve que el aire atmosférico, apenas bastaban á resistir la enorme presión sus paredes de tela cuidadosamente embreada, ni la red que en torno las defendía; á cada momento era de temer que reventase la atrevida máquina.

Pero ni ésta zozobraba, ni el espíritu de nuestros viajeros, bien que no daba lugar á terrestres inquietudes el sublime espectáculo que á sus ojos aparecía. Habian ganado ya grandísima elevación, y puéstose en un punto desde donde no se divisaba horizonte alguno; allí se les presentaba más viva y comprensible la infinitud del espacio, y en los inmensos ámbitos de éste, faltos de luz, de rumores, y hasta de las

más ténues auras, la posibilidad del vacío. Bogaban entre dos firmamentos, porque la Tierra semejaba en un todo á la bóveda celeste, reverberando en las aguas de sus mares, rios y manantiales un resplandor de origen desconocido, que les daba apariencias de estrellas de diferentes magnitudes, y formando las más pequeñas una como faja luminosa, rastro sin duda de corrientes ignoradas en nuestro Océano, que se deslizan entre sus líquidos cauces y repiten las sinuosidades de la vía láctea. En suma, desde aquellas regiones la Tierra se les figuraba otro cielo.

Fuese efecto del vértigo que naturalmente iba apoderándose de sus sentidos, emanaciones imperceptibles de los gases depositados en la barquilla, ó combinacion preparada de antemano por el aeronauta para mejor conseguir sus fines, ello es que los dos amantes fueron cayendo lentamente en un estado de soñolencia igual al estupor producido por un narcótico. A favor de la luz de una pequeña lámpara que encendió Lebas, pudo contemplar, como se contempla una yerta estatua, el hermosísimo rostro de Genoveva, más hermoso ahora en el abandono de su inartificial desfallecimiento. Complaciase en comunicarla mentalmente animacion y vida, fingiendo en sus miradas los destellos del fuego interior que en su pecho ardía, en sus temblorosos labios, la sonrisa de una promesa que involuntariamente se delataba, y en su latiente seno, la agitacion de un alma que, para más revelar su amor, se muestra insensible y muda.

VII.

*Y el globo en tanto sin cesar bogaba
Por el piélago inmenso del vacío.*

Y pasó todo el dia siguiente, y se acercaba ya el crepúsculo de la tarde, cuando, dejando de regir la válvula de seguridad, conoció Lebas que empezaba á descender rápidamente hácia la tierra, ó mejor dicho, al mar, y que, segun la velocidad y direccion que habia llevado, no podia ser más que en aquella parte del Atlántico próxima al círculo polar del Norte. Arreció de allí á poco el viento, azotando la lacia amazon del globo, reducido considerablemente de volumen, así como la barquilla, que por momentos se precipitaba en bamboleo vertiginoso.

VIII.

No fué poca fortuna que, cambiando otra vez el viento, sopló hácia la parte opuesta, de modo que nuestros viajeros vinieron á dar en una lengua de tierra que al extremo de una vasta isla en medio de aquellos mares se prolongaba. El sacudimiento que experimentó la barquilla al caer en tierra arrojó á Genoveva y Adolfo del asiento en que yacian; y volviendo en sí de su letargo, quedaron espantados de verse juntos y en aquel lugar. Mirándose más detenidamente, recordaron su situacion.

— ¿Dónde estamos? preguntó Saint-Servan al aeronauta.

— No puedo deciroslo fijamente, contestó Lebas; el viaje ha sido largo; paréceme que respiramos en una atmósfera nueva y desconocida.

— ¿Qué frio tan horrible! exclamó Genoveva; ¿estoy muerta ó viva? Esto no ha sido sueño, no: ¿cuándo me dormí? ¿he vuelto á la vida, ó qué es lo que me sucede?

— Es que despertais, dijo Lebas, del sueño profundísimo en que habiais caído; el enrarecimiento del aire ocasiona este marasmo.

IX.

La jóven y su amante miraron al rededor, y ambos mostraron en sus semblantes la misma expresion de terror y asombro.

No era tierra la que pisaban; era un monton de apiñadas y enormes rocas, negras unas, brillantes otras, algunas

pendientes sobre el mar, cavernosas ó puntiagudas, y las que ofrecian más llano asiento, cubiertas de capas de hielo, que formaban tambien peñascos y valladares inaccesibles. Ni un árbol, ni una planta, ni el menor rastro de vegetacion. No existia allí naturaleza, ni sér alguno viviente; era un mundo inhábitado é inhabitable, donde por las inmensas bocas que á trechos se descubrian, y por las capas de lava aglomeradas entre sus vertientes, se inferia serlo de combustion y estrago; depósito meramente de minas y de volcanes. Imposible que se hubiera fijado allí planta humana: cuadrúpedos, reptiles é insectos habian huido de aquel aire y de aquel suelo, si alguna vez los habian poblado.

— ¡Extraño país! ¡Cadáver de la naturaleza! exclamó Adolfo. Lebas, ¿dónde nos hallamos?

— Es tan difícil conjeturar..... Yo presumo..... Serán no más que apariencias, pero si fuese verdad.....

— ¿Qué conjeturais? Decidlo.

— No me lo preguntéis. Sí; mirad: ciertas son mis sospechas.

Y allí en los últimos confines del horizonte, en el fondo de un cielo encapotado y sombrío, apareció de repente visísima claridad, cual si se extendieran por todo él los albores de la mañana. Brotaban aquí y allá luces, ráfagas y exhalaciones, unas como luengos y luminosos plumajes, otras parecidas á ondeantes cabelleras y á llamas desprendidas de la hoguera de vasto incendio. A éstas reemplazaron dos columnas de inmensa altura y variedad de colores, ya surcadas por estrias de esmeralda y oro, ya por retorcidas espirales, á modo de las salomónicas que caracterizan la arquitectura plateresca de nuestras artes. Luégo inclinaron una hácia otra sus capiteles, describiendo un arco como el del iris, dentro del cual se divisaba un pórtico resplandeciente; y por remate de tan espléndida decoracion, una corona de vibrantes rayos, que desde lo más alto del cenit reflejaba nuevas luces y colores sobre aquella suntuosa escena.

Absortos miéntras duró estuvieron contemplándola los tres viajeros; al apagarse la última llamarada de la mágica perspectiva que deslumbró sus ojos, esparcióse un tenebroso velo, que de nuevo tambien entristeció sus almas. No menos tédio les infundia el silencio que allí reinaba: el mar estaba muerto, el aire mudo, la oscuridad era tan intensa, que parecia palpase.

Ya habrán adivinado nuestros lectores cuál era el fenómeno que no hemos acertado á representar en toda su magnificencia; era una aurora boreal, tan frecuente en las regiones polares, y así lo sospechó Lebas desde el principio, como habia indicado. Esto mismo debió de convencerle, y con efecto, no le dejó duda respecto á la altura en que se encontraban; en aquellas latitudes se conocian diferentes islas, mas en lo riguroso del clima, que vedaba estable morada al hombre, y en la desolacion y desamparo de toda aquella naturaleza, ninguna podia confundirse con la de Islandia. Entónces recordó Lebas el sueño de Kepler, y se forjó la invencion que despues verémos.

X.

Islandia no fué conocida de los antiguos, y no es, por consiguiente, la última Thule de que ellos hablaban, ni á la que aludió Séneca en su famoso vaticinio sobre el descubrimiento del Nuevo-Mundo. Situada al oeste de la Noruega, más meridional que la Groelandia, y próxima á la region polar, tiene por atmósfera el hielo, y es, mayormente en ciertas localidades, incompatible con la vida orgánica. Triunfando, sin embargo, en su audaz cosmopolitismo, hasta de las leyes negativas de la existencia, el animal humano ha hecho sentir donde quiera la férrea constitucion de sus miembros y la voluntad indomable de su energía, logrando fundar, sobre todo en la parte sudoeste de aquella isla, pueblos que se distinguieron en la Edad Media por su cultura y aventajada civilizacion. Dícese que los escandinavos, hijos de aquellos climas, fueron los primeros colonizado-

res de la virgen América, investigación impropia de nuestro asunto; pero no es posible generalizar el estudio de las antiguas literaturas sin que nos salgan al paso sus *sagas*, crónicas en parte rimadas, y sus escaldos ó *escaldas*, poetas parecidos á nuestros romanceros ó trovadores.

No es, pues, inhabitable en toda su extensión la Islandia, en el hecho de haber poseído y poseer hoy historia, industria, riqueza, artes, literatura é instituciones propias; éralo, no obstante, y acaso lo será siempre por sus condiciones físicas y topográficas, el punto en que descendieron nuestros aeronautas, que formaba una estrecha y prolongada lengua de tierra en el golfo Faxe, al extremo occidental de la isla, y se llamaba el cabo Reikianaes, apartado de todo comercio con el interior y sujeto á todas las inclemencias de cielo y tierra, á perpétua esterilidad y despoblación.

XI.

A pesar de sus estudios y conocimientos físicos, era Adolfo poco experto en geografía; así que ignoraba si aquello sería una isla ó la costa inhospitalaria de algún yermo del Continente. Lebas no respondía sino con reticencias y evasivas á sus preguntas; quería desconcertar todos sus proyectos ofuscando su juicio, y sembrando en su ánimo y el de Genoveva temores y alarmas que esperaba facilitasen el fin de sus pérfidas intenciones. Con este propósito comenzó diciendo:

—No sé cómo calificar, amigos míos, esta situación, á que nuestra buena ó mala suerte nos ha traído. Ya nada debo ocultaros. No somos seguramente lo que ántes éramos; nuestra organización, nuestras condiciones de vida han debido cambiar durante el sueño á que vosotros, como yo, hemos estado sometidos. Cuánto tiempo ha durado este estado de transición de la vida anterior á la presente, lo ignoro; pero es indudable que respiramos en otra atmósfera, que ésta no es la del mundo terráqueo, y para decirlo de un vez, que en este momento nos hallamos en la región de la Luna.

—¿Hablais de véras, dijo Adolfo, ú os estais burlando?

—No es ésta ocasión de burlas, ni yo me atrevería á tomarme esta libertad en presencia de Genoveva. ¿De qué os admirais? El globo, abandonado á sí propio, ha salvado el límite de la atmósfera de la tierra y penetrado en otra que no es tan imponderable como se supone. ¿No veis esa naturaleza? Nos la pintan mortífera, y en ella, sin embargo, respiramos con libertad. ¡Ahí es nada el descubrimiento! Para mí, en la Luna vivimos; selenitas somos; no abrigo en esto la menor duda.

—Pero si eso no es posible, contestó Adolfo. La aurora boreal que acabamos de presenciar, la noche, aunque breve, que la ha sucedido, el crepúsculo, esas nubes que nos roban la luz del Sol, todo es contrario á lo que sabemos que acontece en el modo de ser de nuestro satélite.

—¡Sabemos! Presumimos saber, debierais decir, porque despues de todo, estamos atentos á hipótesis y conjeturas. La ciencia astronómica tiene aún mucho camino que recorrer. La colocamos entre las ciencias exactas; pero no me negaréis que es de índole esencialmente experimental, y que la imperfección de los instrumentos de que nos servimos no puede revelarnos muchos de los secretos que serian patentes si se hallasen al alcance de nuestra vista. Es más: suponed un telescopio que, en fuerza de agrandar los objetos, los aproxime á una distancia de pocas leguas; siempre será mayor que la que se requiera para hacerlos palpables; siempre se interpondrán obstáculos que disminuyan considerablemente su eficacia.

—No os empeñeis en discurrir sobre esto. Quizá esta noche contemplaremos la Luna, la misma Luna que vemos desde la tierra.

—Como que ésta ocupará el lugar de aquélla, y nos parecerá enteramente igual. No soy tan insensato que tome al pié de la letra el *Viaje hecho al mundo de la Luna*, por el español Domingo Gonzalez, traducido por Beaudoin, del

original inglés de Godwin; ni el que tan vulgar se ha hecho de Cyrano de Bergerac; ni siquiera las deliciosas conferencias sobre la pluralidad de los mundos de Fontenelle, ni tantas otras ficciones por el estilo, en que, bajo la forma y accidentes novelescos, se encubren profundas teorías científicas y preciosos datos de observación. Pero cuando este asunto ha dado tanto que pensar á filósofos, moralistas é imaginadores desde Anaxágoras y Platon, desde Luciano y Lucrecio hasta Rabelais y los aventureros Gongam y milord Ceton, algo hay en él, que si no se resuelve por la demostración, se avalora y acredita por el instinto, y bueno es conceder á la razón natural la autoridad que no siempre llega á arrogarse la ciencia. Pero olvido que la pobre Genoveva no está para discusiones de esta especie. Tranquilizaos, amiga mía: ¿quién sabe si habrémos venido á dar en un mundo mejor que el nuestro?

—¡Ay! exclamó Genoveva, ¡cuán cara pagamos nuestra imprudencia!

—¿Por qué? repuso Lebas. Este clima, aunque duro, no parece insalubre. Tenemos víveres para algunos días. A falta de otro mundo, no ha de ser éste tan malo. Si no nos fuera dable habitar en él, medio hallaríamos de volver al nuestro. Heráclides cuenta de un hombre que desde la Luna cayó á la Tierra.

—Me maravilla, añadió Saint-Servan, que presteis asenso á esas paradojas.

—No las juzgo tales, replicó Lebas interrumpiéndole. La Luna efectúa á la vez, y siempre del mismo modo, sus movimientos de revolución y de rotación; por esto presenta siempre también el mismo hemisferio ó faz á la Tierra, y guarda constantemente oculto á nuestras miradas el posterior. Sin una fe absoluta en la existencia de los *selenitas* ó habitantes de nuestro satélite, ¿cómo se hubieran inventado las denominaciones de *subvolvos* y *privolvos*, la primera para designar los moradores del hemisferio visible, y la segunda para los que pueblan la región opuesta? ¿Quién nos dice que este convencimiento no sea tradicional? y siéndolo, ¿por qué no hemos de incluirlo en el número de los hechos?

—¿Es historia la tradición? preguntó Adolfo.

—No es historia; pero es fundamento y comprobación casi siempre de ella. La falta de atmósfera, por ejemplo, y la de agua, que son quizá las razones más fuertes que se alegan contra la habitabilidad del globo lunar, no pasan de ser meras hipótesis. No será aquélla igual ni aún semejante á la de la Tierra; pero ¿por qué no ha de ser distinta y adecuada á los seres que alimenta, y á su propia naturaleza? ¡Oh bellísima Genoveva! No temais perder en estas regiones vuestra hermosura.—Y vos, Adolfo, dad crédito á lo que tantos sabios, en todos los siglos y por tan diferente estilo han afirmado. No seguiré al padre Kircher en su *Viaje extático*; no soy fanático, pero tampoco incrédulo. Hevelio, en su magna *Selenographia*, aplicó los nombres de los lugares terrestres á los de la Luna; otros despues los han determinado con más acierto. Por mi cuenta nos hallamos en la región meridional, y un poco hácia el Oriente del astro amado de los poetas y testigo de las dichas de los amantes. Ese mar es el del Frio, y bien lo dice el que experimentamos, vecino al Océano de las tempestades. A la parte opuesta se extiende el de las Crisis; al Norte, los del Néctar, la Tranquilidad y los Vapores; á Levante, los de los Humores y de las Nubes. Notad bien cuán significativa es esta nomenclatura. A pesar de que los arcadios se creían anteriores á la Luna—vanidad genealógica por cierto incomprendible—los inmensos cráteres en que abunda su superficie sólida manifiestan la época remotísima de su génesis. Ocasión tendremos de enumerarlos y reconocerlos; de contemplar la serie infinita de sus cordilleras, y la elevación de sus montes, como el de Leibnitz y Doerfel, no comparables, sin embargo, á la de la montaña anular de Newton, que rivaliza con las más gigantescas de los Alpes ó de los Andes. Por fortuna nos será fácil emigrar al hemisferio de los privolvos, donde, según la opinión más auto-

rizada, reinan aires purísimos y afluyen rios de cristalinas aguas, y se perpetúan generaciones de hombres que, como los del planeta Marte, se asimilan en conformacion, ya que no en otras perfecciones, á nuestra especie.—

XII.

A este punto llegaba Lebas de su intempestiva peroracion, con la cual presumia cautivar la atencion de Genoveva, é infundir en su ánimo la benévola confianza á que aspiraba, cuando un rumor, sordo al principio, y que acabó con una espantosa detonacion producida por el viento, resonó en la cavidad de la roca abovedada en que se guarecian. Exhaló Genoveva un grito, dió un paso para huir y cayó acongojada á los piés de Adolfo. Este la levantó en sus brazos. Lebas se dirigió precipitadamente á la barquilla, que no léjos de aquel sitio quedó encallada entre las peñas, en busca de un licor que la confortase; mas cuando volvió, ya habia recobrado ella el sentido, y aunque temblorosa aún, repuéstose de la turbacion pasada.

—No debemos continuar aquí más tiempo, dijo Saint-Servan, sino á toda costa procurar nuestra salvacion.

—Primero, añadió Lebas, es menester orientarnos. ¿Sabemos con precisa exactitud dónde nos hallamos?

—Sí, en la region occidental de la Luna, replicó irónicamente Adolfo; y trepando por aquellas breñas, fué á reconocer desde la más alta el horizonte, si alguno se descubria.

Aprovechando tan propicia ocasion Lebas, y acercándose á Genoveva, le dijo:—No temais; confiad en mí; soy.... pretendo ser vuestro. Yo os pondré en salvo; pero ¡silencio!—Iba á asir de una mano á la jóven pescadora, que en aquel trance estaba hermosísima como nunca; pero ella le impuso respeto con una mirada de desprecio é indignacion.

XIII.

Nada percibió Adolfo más que colinas, cerros, montes de peña viva, cuyas gargantas servian de eternos ventisqueros á los torrentes que de ellas se precipitaban y quedaban allí presos entre sus hielos. ¡Qué horror! ¡Trocar su ansiada libertad en aquel lóbrego cautiverio, y en víctima de su amor á la que llevaba afianzado en su beldad el privilegio de la fortuna!

Por el sombrío semblante de Adolfo adivinó Lebas, al verle tornar á la gruta, que estaba dispuesto á adoptar una resolucion extrema. Conveníale á él anticiparse, no se le malograra su proyecto; y fingiendo una impaciencia que realmente sentia en cuanto se conformaba con su deseo, le dijo:

—¿Nada habeis descubierto, verdad? No quisiera insistir en lo que juzgais una insensatez mia, ni me prometo vencer fácilmente vuestra incredulidad; pero ó mucho me engaño, ó hemos de salir en breve de incertidumbres. Dejádme practicar una exploracion: por esta parte el terreno es inaccesible; la brújula no funciona, prueba de que no influye en ella la accion magnética; tenemos el Sol á la derecha; voy á seguir su direccion, señalando al propio tiempo la de mi camino; y en último resultado, habilitarémos el globo y emprenderémos nuestro descenso, que no es tan difícil como creéis.—

Dichó esto, se proveyó de una vasija de agua, de algun fiambre, de un par de pistolas, que se puso al cinto, y emprendió la marcha en la direccion que habia indicado.

XIV.

—¡Oh, Genoveva mia! exclamó Adolfo, así que Lebas se perdió de vista. Mi mayor infelicidad es ver que estoy haciéndote desgraciada. ¿Por qué me has seguido? ¿Por qué no pusiste un freno al extravío de mi razon?

—Porque sólo haciéndome cómplice de ella podia curarte de tu locura. No creo que sea tardío ese arrepentimiento que manifiestas. Te he salvado de la impiedad: Dios nos salvará de éste, que, sin duda, es menor peligro.

—Habla: ¿qué debemos hacer? ¿Esperarémos que vuelva ese hombre?

—No; ese hombre es un malvado: me inspira aversion y horror. ¿Cómo has podido fiarte de él?

—Disuadiéndome de mi temeridad, me empeñó doblemente en ella. ¡Qué ciego estuve! No pienses que él da crédito á la patraña que con tanto calor sostiene. Sabe bien dónde nos hallamos; una siniestra preocupacion le domina ahora....

—Eso no debe inspirarte cuidado alguno. A fuerza de exagerar su razon, muestra su falta de convencimiento y obliga á desconfiar de ella. Adolfo, salgamos de aquí; salvémonos cuanto ántes.

—Pero ¿cómo? ¿por dónde?

—Por este lado. Nuestras intenciones son puras. Pon tu esperanza en Dios, y él nos abrirá senda á traves de estas cumbres y precipicios. Una tenemos delante; caminemos por ella; para los grandes peligros se han hecho las grandes resoluciones.

Genoveva estaba dotada de un corazon tan hermoso como su semblante, y no sólo amaba á Adolfo con la pasion llevada hasta el sacrificio, sino que, destinándole para sí, empleaba el dominio absoluto que ejercia sobre él en desarraigar de su alma, dócil y propensa de suyo á la virtud, las semillas de falsa ciencia que insensiblemente habian en ella fructificado. Esto era en Genoveva ademas un triunfo de su talento, muy superior á la humildad de su cuna y á la habitual educacion de su clase, como su ánimo resuelto y enérgico parecia impropio de su edad y su inexperiencia.

Sin más preparativos ni dilaciones, ofreciéndola él su brazo, y asiéndose ella de él, emprendieron la marcha los dos amantes por la angosta senda que entre las carcomidas é informes rocas serpenteaba, enfrente de la gruta en que se habian refugiado, y que ofrecia indicios de haber sido una corriente de lava de algun volcan apagado, ya petrificada y convertida en camino, el cual, aunque escabroso, se extendia por lo ménos en direccion fija.

De cuando en cuando volvian la cabeza para mirar atras, como recelosos de que Lebas fuera en su seguimiento; pero éste habia tomado opuesto rumbo, y no obstante los impedimentos que le estorbaban el paso, alejándose mucho del punto de su partida. Y como las rocas comenzasen á declinar y hacerse más practicables, no mucho despues, al traspasar una, alcanzó á divisar cierta especie de canal ó lago que por la depresion de su nivel conjeturó ser una vertiente del mar, más bien que un tributario de sus aguas. Alegrósele el corazon; dirigióse á reconocerle, y vió que nacia en efecto de una pequeña ensenada que el mar formaba en aquellas costas.

Su primera idea fué Genoveva; mas ¿cómo deshacerse de su rival? Tantas asechanzas conducen á la muerte, que no es difícil tropezar con una. Desde aquel momento el diablo se apoderó de su imaginacion. Desamparada Genoveva de todo auxilio, en aquella soledad, en aquella region mortífera, ¿no habia de rendirse al amor suyo, á trueque de su vida y su salvacion? Costeando el lago hácia el interior de la isla, calculó que no era difícil llegar á él y poner su barquilla á flote; y engolfados en alta mar, tampoco habia de faltar en sus aguas embarcacion que los trasladase á un puerto del Continente. Tanto le cegaba su pasion inicuá, que se apresuró á volver en busca de los amantes. Las manos se le iban ya tras el crimen; el corazon le palpitaba con violencia tal, que no le cabia en el pecho.

XV.

¿Y ellos? Ellos.... (¿cómo la Providencia ayuda á los

inocentes!) tropezando acá, aprovechando allá un pequeño rellano, pero sin desmayar un momento, y ayudándose mutuamente, bien gastarian cuatro horas en andar una legua de distancia, desde que salieron de la gruta al punto en donde se hallaban.

De pronto dió Genoveva un grito de alegría.— ¡El mar, el mar!—y extendia la mano hácia un extremo del horizonte en que resplandecía una neblina azulada y amarillenta. El mar era, en efecto, término de sus ansias, y para ellos tierra de promision. Redoblaron el paso; apénas tocaban sus piés al suelo; las rocas se les figuraban llanas, y al cabo de otra media hora llegaron á una de las más encumbradas, cuyo cimientto estaba hondamente socavado por las tenaces embestidas del oleaje.

No siente el naufrago mayor gozo al tocar la tierra que el que, extendiendo sus miradas por el borrascoso Océano, experimentaron ellos. La tarde iba declinando, y á lo léjos se descubrian gran número de embarcaciones que semejabán poderosa escuadra. Iba destinada á la pesca de la ballena, y se colegia de la multitud de chalupas que en larga hilera, y por los costados del cuerpo principal, como ágiles exploradores se dilataban. Por consejo de Genoveva tremoló Adolfo, en el pico más alto de la roca, un manto blanco que á ella le servia de abrigo, lo cual significaba pedir socorro, y esperaron el resultado de aquella seña.

XVI.

Una y otra vez repitieron la demostracion sin efecto alguno. Al fin percibieron una lancha que á boga larga y con rumbo á ellos se dirigia. Ocupábala un solo remero. El cielo estaba encapotado, la mar bravía.

Con dificultad pudo la lancha aproximarse á la orilla, y de repente el que la ocupaba soltó los remos. Clavó en lo alto de la roca sus ojos; vaciló un instante; fijólos otra vez, y retrocedió espantado, como quien entreve un espectro horrible. Abriólos más; se acercó de nuevo, y envuelta en una imprecacion, soltó la voz, cavernosa como un rugido, gritando:— ¡Ellos! ¡Si fueran... Primero me trague el mar!... Malvada, ¿eres tú?..... ¿Quién eres?

No respondió Genoveva. Cubrióse el rostro con las manos, casi desvanecida. Adolfo miraba á ambos estupefacto.

— ¡Traidora! ¡Vil! Y tú, ¡miserable!

Y empuñando un arpon, instrumento de su oficio, que llevaba á mano, se encaramó por el peñasco arriba.

Viéndose objeto de tan brusca agresion, preparó Adolfo una pistola que guardaba oculta, y poniéndose delante de Genoveva,

— ¿Qué intentais? le preguntó.

— ¡Seductor infame, es mi hija!

— ¡Y yo su esposo: matadnos!

— ¡Perdon, padre! añadió Genoveva, hincándose de rodillas. Culpable soy, mas sólo en haberos desobedecido. Vuestros rigores me han traido á este extremo. Miradle; es bueno. No ha atentado al sagrado de mi respeto. ¿Ha elegido él su cuna? Al elegirme á mí, claro es que hubiera aceptado tambien la vuestra. Matadme, si; porque no arrancaréis de mi pecho este amor sin arrancarme la vida!—

Quedó pensativo el pescador, convencido de las razones ó asustado con la amenaza de su hija; y Adolfo aprovechó aquella pausa para acercarse á él, coger su mano y besársela humildemente. El pobre hombre, que aunque de espíritu valiente, y fiero de palabras, era en el fondo blando de corazón, no necesitó más para enternecerse: su amor propio estaba satisfecho; aquel acto de sumision del jóven aristócrata significaba dos cosas: el respeto á la dignidad de su clase y el justo concepto que hacia de su valor.

— ¡Qué diablos!—dijo;—si es hombre de bien y le quieres tanto, perdonada estás. Concluida la pesca os llevaré á Hamburgo y viviréis en casa. ¡Ea! que nos aguarda la lancha. Vamos.

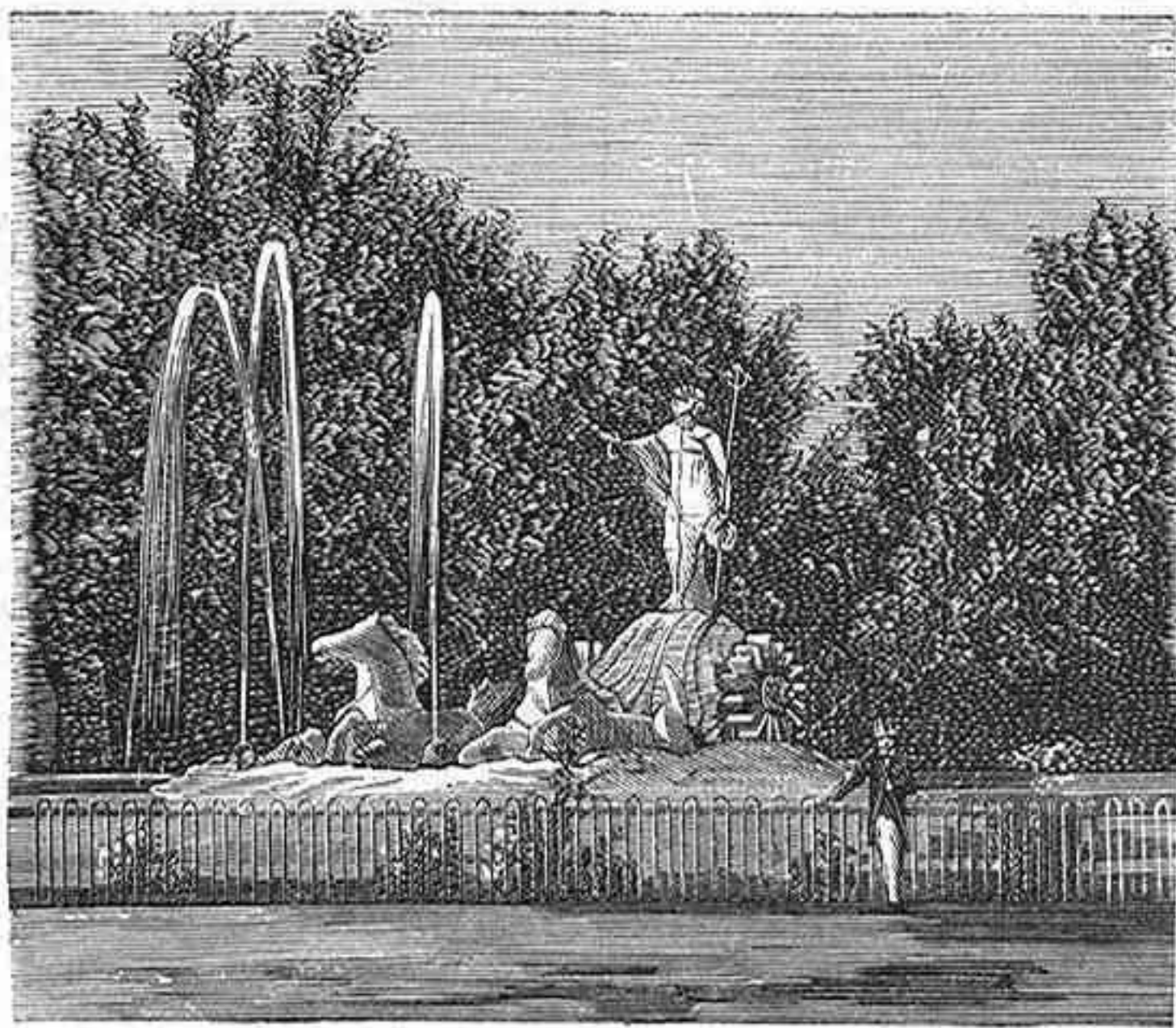
En la travesía refirió Genoveva sucintamente al padre sus aventuras. Este los presentó con orgullo democrático á sus amigos, y á los tres dias regresó la expedicion á las costas de Dinamarca.

XVII.

En resumen: que se casó Adolfo con Genoveva; que los señores Duques llevaron muy á mal aquella boda, y murieron á poco, dicen que de pena al contemplar la mancha que habia caido en sus blasones, adicionados desde entónces con un nuevo cuartel, en que se pintó una foca; que los dos amantes vivieron siéndolo muchos años, y tuvieron dilatada y hermosa prole; y para que no quede cabo suelto, que viéndose burlado en sus esperanzas, Lebas halló medio de volver á Altona, y en una nueva ascension que verificó, sin penetrar en la atmósfera de la Luna, le estalló el globo, y fué á dar con su cuerpo en el estómago de un cachalote.

Así la pescadora Genoveva se elevó á Duquesa. Váyase por otras duquesas de aquellos tiempos que se convertirian en pescadoras.

CAYETANO ROSELL.



La fuente de Neptuno, en el Salon del Prado de Madrid.

UN RECUERDO DE VIAJE.

Hace algunos años, al volver de Francia, me detuve en una ciudad de Castilla, dejando en ella el ferro-carril por una mala diligencia que habia de conducirme hasta un pueblecillo, á donde me llevaba la afición que tengo á cuadros viejos, cuando son buenos, y á antiguallas, si tienen de notable algo más que la edad.

Era ya en los últimos dias del verano y al caer la tarde; el sol, que parecia despedirse haciendo alarde de sus fuerzas, brillaba inusitadamente, iluminando con su dorada luz las quebraduras de las peñas que, como festones de granito, limitaban por ambos lados el camino que recorriamos envueltos en una nube de polvo y moscas; llegaban al oído, confusos y mezclados, los gritos del zagal, el cascabeleo de los collares de las mulas y las maldiciones de los pasajeros, presos entre tablas que parecían pugnar por separarse, poniéndonos á cada bache, que producía un tumbo, en peligro de cortarnos la lengua con nuestros propios dientes á poco que nos descuidáramos.

Hubo una cuesta donde la carrera fué vertiginosa; los árboles inmediatos á la carretera pasaban junto á las ventanillas del coche como huyendo de él; los chicos de las aldeas que atravesábamos intentaban en vano subirse á la traserá; las aves de corral escapaban atemorizadas al sentirnos; las mulas corrian y corrian; la diligencia iba, en fin, más deprisa que pensamiento de ambicioso. Al llegar á un pueblecillo hicimos alto, y cuando ya el mayoral empezaba á impacientarse porque no salía el relevo de las cuadras, nos dijeron que aún tardaría el coche más de un cuarto de hora en poder arrancar de nuevo, pues no esperándole tan pronto como habia llegado, estaban todavía las mulas en una era que distaba de allí dos largos tiros de fusil.

Pregunté entónces si habia en el lugar algo notable que ver; dijéronme que no, y eché á andar por gusto de estirar las piernas, como para convencerme de que todavía estaban en buen uso y sabian su oficio.

El pueblo valia poco; no habia en él ni un solo edificio digno de citarse; era triste y miserable, pero en las afueras se veían, como tendidas en la falda del cercano monte, algunas quintas de recreo, que, ocultas entre copudos árboles, dejaban adivinar la comodidad y la riqueza. Dirigíme hácia la más cercana, y ya próximo á ella, al torcer un brusco recodo del camino, me hallé junto á las tapias del cementerio; de suerte que, dejando á mi espalda la pobreza por ir en busca del bienestar y la fortuna, vine á dar con la muerte, cosa, si muy frecuente, ménos triste de lo que parece.

Cuatro muros de tierra parda y deleznable limitaban el sagrado recinto; empujé la puerta, sobre la que habia una cruz de madera tronchada por los vientos, y entré. Todo era humilde y pobre, pero solemne y elocuente; que cuanto más desnuda de grandezas aparece la muerte á nuestros ojos, más impone. Ni habia largos epitafios, ni sepulcros de bronce, ni columnas de jaspe, sino cruces de palo clavadas en la tierra, calma, silencio, soledad augusta, y luégo, ocultas entre la verde alfombra de hierbajos que cubrían las tumbas, millares de esas florecitas tristemente amarillas, que, como hijas del llanto, sólo en tales lugares crecen, y rojas amapolas, que en aquel sitio semejabán manchas de sangre derramada en las luchas de la vida.

Como si se hubiera querido hacer allí palpable la hermosa idea de la igualdad humana, casi todas las tumbas eran

en su pobreza parecidas; quizá por esto mismo, ó tal vez por su mayor altura, me llamó la atención una que consistía en una cruz de mármol basada sobre losa de granito; las lluvias habian arrastrado sobre la piedra sepulcral la bastante tierra para cubrir una inscripcion brevísima, de la cual podia solamente leerse esta fecha: 1860.

Colgadas de los brazos de la cruz veíanse seis coronas de siemprevivas, de las que muchas desmentían su nombre por lo secas; la primera, contadas de izquierda á derecha, estaba completamente destruida, era el esqueleto de una corona; sólo quedaba de ella ese rollo de pajas que unos revisten de florecitas con la mayor indiferencia para que otros lo depositen llorando ante un sepulcro; en sus cintas apénas podían ya adivinarse los guarismos que componían esta cifra: 1861; la segunda, también ajada y seca, decía: 1862; la tercera, descolorida y pálida, deshecha y maltratada por los vientos, correspondía á 1863; en la cuarta, conservada más entera y con más color, los números se leían aún perfectamente: 1864. La última, casi lozana y fresca todavía, era del año siguiente. El aire las hacía temblar, moviéndolas pausada y dulcemente, como si forcejeáran queriendo detener ante aquella piedra caldeada por el estío las frescas brisas de la tarde; el sol poniente parecia volverlas el color perdido; nada se oía en torno, ni el chirrido de los animalillos estivales, ni el bullicio de las cercanas eras, ni aún el blando aleteo de los pájaros, que faltando la luz, venían medrosos á esconderse en los resquicios del tejadillo de la puerta, miéntras yo pensaba, mirando aquel sepulcro: «Aquí yace uno que todavía vive en la memoria de otro.»

Pero noté en seguida que si la última corona correspondía á 1865, eran ya pasados algunos años, y aquella mano cariñosa no habia venido, como ántes, á dejar sobre los brazos de la cruz ninguna nueva prueba de que fuese la fiel ejecutora de lo que un alma triste la ordenaba.

«En tanto tiempo, me decía yo, ¡pueden olvidarse tantas cosas!»

El dolor y el recuerdo son perfumes de los que cada hora nos arrebatan un átomo; llega un dia en que la mente olvida, se debilita la memoria, y como una tinta pálida se funde en otra más caliente, se truecan en tristeza los dolores; al padecer intenso sucede la melancolía plácida y tranquila; y como lo blanco se hace sonrosado, lo rosado carmin y lo carmin rojo, la alegría renace, dejando apénas una reminiscencia vaga de que se ha sufrido, un confuso rumor de haber anado que percibimos, como si al corazón llegáran los ecos de voces conocidas y há mucho tiempo no escuchadas. Esto es lo que aquí ha sucedido: quien se quedó ha olvidado á quien se fué, y el año en que la nube del dolor se ha disipado al recibir el beso consolador de la alegría, los brazos de la cruz han esperado en vano una nueva corona; la tierra se ha extendido sobre la piedra libremente, y ahora el muerto lo está en verdad y sin remedio; pero ántes no, que miéntras alguien los recuerda, los muertos viven. Dentro de poco el afelpado musgo echará raicillas en los huecos de las letras grabadas, borrándolas enteramente, y entónces todo habrá concluido.

Y yo murmuraba: «pero ¿de quién será esta tumba?»

La luz iba faltando, y la curiosidad me atenaceaba por saber una cosa vulgar hasta no más: la eterna historia de uno que se muere y otro que lo olvida.

Espiraba la tarde; las temblorosas sombras de los altos cipreses envolvían la cruz como una gasa fúnebre, cuando, al mirar fijamente aquel sepulcro, creí ver su piedra transparentarse y conmoverse, ofreciendo el oscuro fondo de la tierra á mis ojos atónitos, como un extraño kaleidóscopo, cuyas visiones fueron el espejo en que se reflejaba lo que mi fantasía iba forjándose. La losa de granito fué tomando los brillos de un cristal que conservaba la forma de la lápida, y por bajo de ella cruzaron ante mí escenas no ocurridas, con que yo pretendía fingirme lo que quería adivinar. Y creí ver explicadas las seis coronas de mil modos distintos.

¿Quién no se crea una historia de amor ante una tumba ya olvidada?

Vi brillar las primeras miradas que llegan hasta el fondo del alma y no quieren salir jamás de allí; los primeros suspiros que se beben como algo nuevo que nos da la vida; las citas á esas horas que tardan tanto en llegar y que se van tan presto; las veladas de amor con sus estrellas en el cielo y con sus besos en la tierra, y esas miriadas de esperanzas y dulces inquietudes con que el cariño se alimenta, y las promesas que se hacen sin saber cuándo se podrán cumplir.

Luégo, tomando rumbo distinto mis antojos, vi un poema de paz y de dulzura donde lo había visto de pasión ardiente y loca.

La madre jugando con el niño, que enredaba sus temblorosas manecitas entre las anchas y robustas trenzas de una cabeza bañada en los arboles de luz que esparce en torno

ó suyo la alegría; los pasos inciertos; las primeras caricias hechas por el hijo como obedeciendo á un instinto, y recibidas por la madre como aspirando un perfume; las primeras balbucientes palabras, ántes que dichas por el labio, adivinadas por la impaciencia del deseo..... y luégo la sepultura, las seis coronas, y el problema en pié. Aquello era la novela de un alma que había amado y se veía olvidada, algo que hacía sentir el frío de la muerte en las entrañas; era mirar la tumba de uno mismo, leer en su propio porvenir, hundir la vista en lo futuro y ver el nombre borrado, la lápida invadida por las plantas, las coronas marchitas, y por cima de todo la mano del olvido dejando caer cada segundo un átomo del polvo de la nada sobre el recuerdo de nuestra existencia.

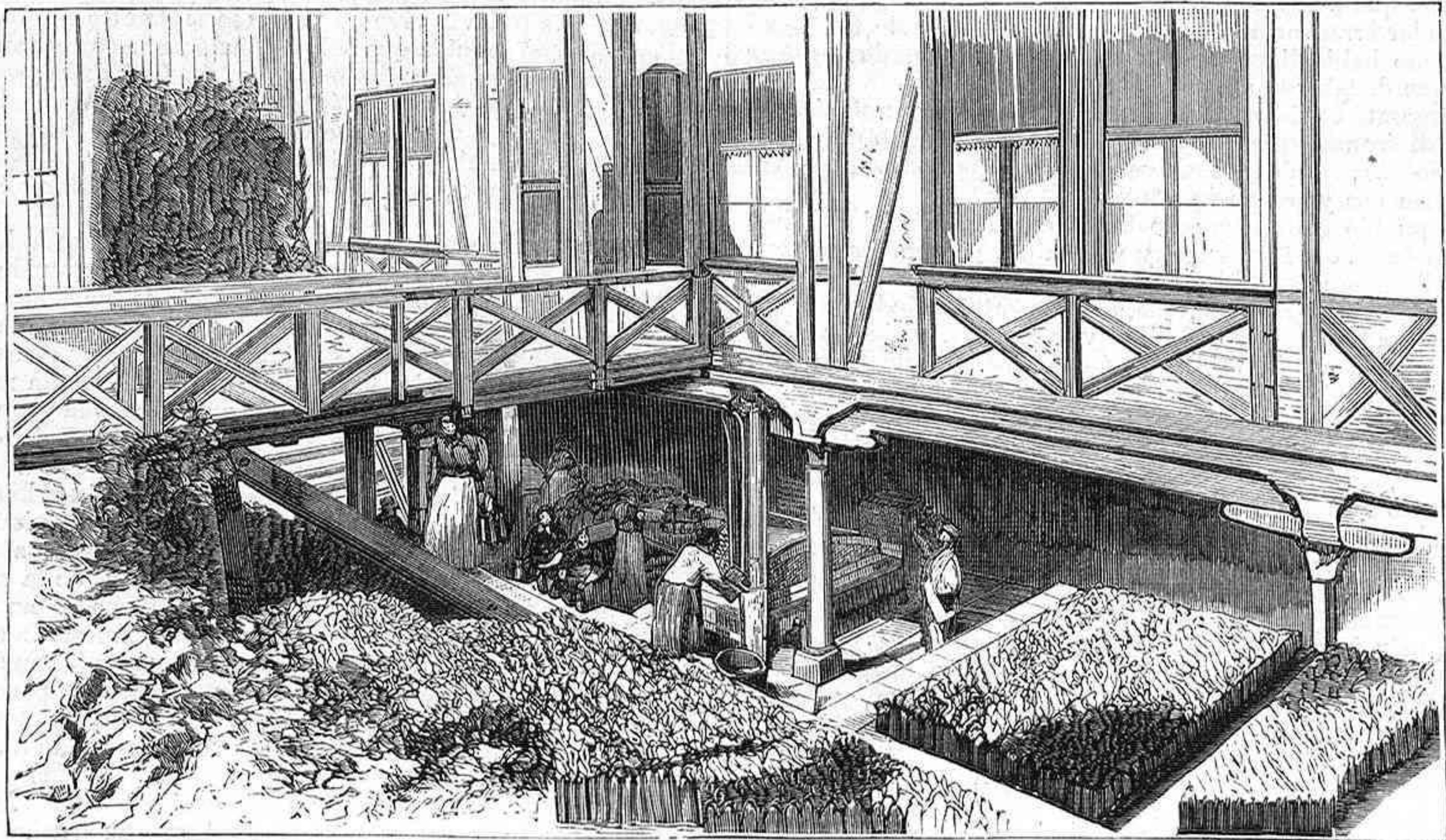
Amante ó madre, hombre ó mujer, el vivo había muerto ó el muerto estaba ya olvidado.

Cerrada la noche, volvíme triste y pensativo hácia el lugar; monté en el coche, que partió arrastrado al galope de las mulas, y mientras tuve fija en la memoria la imágen de lo que creí ver y lo que vi, hubiese dado cuanto tenía por saber la historia de las seis coronas. Pero de allí á poco, y pensándolo bien, hubiera dado lo mismo por seguir ignorándola, y ahora prefiero á la realidad horrible con que pudiera tropezar el antojo de mi imaginación.

Quiero creer que los muertos eran dos.

JACINTO OCTAVIO PICON.

1879.



Pozo de donde se extrae el agua natural de Seltz (ácido-carbónica), en Wiesbaden (Alemania).

TIPOS VASCONGADOS.



ALDEANOS DEL VALLE DE LOYOLA. — (Dibujo del natural, por Valeriano Becquer.)



LA MÁS NEGRA.

Con razon han considerado los filósofos y moralistas á *bon marché* que el matrimonio es asunto delicado, ántes de aventurarse á cuya difícil resolucion ha de mirar mucho en ello el predestinado ó pretendiente al ingreso en la respetable clase de maridos. Si otras consecuencias peores no tuviera, suficiente es la del paso terrible de marido á secas á *pater familias*, título tan honroso como caro en la vida práctica; porque menester es tener en cuenta que al crecer las dificultades materiales, el precio de cada chico va en aumento, y hoy cuesta á un padre cada criatura tanto como en otros dias costaban dos, por lo ménos.

Añádase á esta poderosa consideracion la del trabajo escrupuloso que es necesario para encontrar mujer á medida del deseo y de las particulares circunstancias y conveniencias del *voluntario de marido*; las desventajas de una familia dilatada «por parte de novia», ó de la carencia de una familia que se haya tomado la molestia de educar á la muchacha; y despues de todas estas juiciosas y prudentes reflexiones, se convencerá el más predispuesto de lo gigantesco de la empresa que se propone acometer.

No puede negarse que en esto, como en todo, cada hombre tiene su sino, y, como dicen los creyentes de Mahoma, «Lo que ha de ser, escrito está.» Tonto hay que tropieza con mujer hermosa, discreta, llena de virtudes y gracia, rica, jóven y saludable; que se muere de amor por el majadero, y vence la voluntad de su madre, que es una santa, y de su papá, que es un angelon, y consigue llamarse esposa del imbécil.

Mamarracho hay en la humanidad que logra cautivar á la más preciosa dama; descamisado que tropieza con una ganga con enaguas, dotada con algunos millones de reales; hombre soez é inepto, que se lleva del mercado femenino esposa distinguida y culta; sietemesino que consigue en matrimonio á una buena moza, *et sic de ceteris*.

En cambio, no faltan hombres hermosos, que dicen los inteligentes que los hay, aún cuando yo no he tropezado con ninguno que me lo parezca, y si se deciden á casarse, han de cargar con una anciana fenomenal ó con una moza que justifique la teoría de Darwin en sentido inverso; esto es, que más que descendencia del mono, demuestre un *salto atras*, como se llama en la raza negra una tendencia marcada en sus formas hácia el primitivo origen.

Hombre discreto unido á mujer tonta en último grado, infeliz casado con coqueta, rico y distinguido *emparentado* con pobre y ordinaria fregona, no faltan en sociedad.

Esto lo explica un filósofo-físico, amigo mio, por la tendencia de todos los cuerpos al equilibrio, que refiriéndose á matrimonio y cónyuges, podrá llamarse *equilibrio matrimonial*.

Todas estas cosas y otras muchas más pensaba Roque, muchacho de veinticinco años, cumplidos en el estudio de las ciencias físico-matemáticas y en el de la inmensa academia de la sociedad, donde tantos llegan al doctorado sin haberse tomado la molestia de cursar siquiera las asignaturas del bachillerato.

A cierta edad son compatibles, segun ejemplos prácticos que vemos en la vida, la inteligencia y el sentimiento; esto es, la cabeza y el corazón; admitiendo que en la primera

resida el entendimiento, y en el segundo se halle á pupilo el sentimiento. Cuando han trascurrido algunos años, y el jóven se va convirtiendo, gradualmente, en viejo, se observa que va perdiendo en sensibilidad lo que gana en criterio y en experiencia.

De todo lo cual pudiera deducirse matemáticamente que la experiencia convierte al hombre en egoísta, y que es más perjudicial que beneficiosa; que la razon es enemiga del hombre, puesto que le priva de las más dulces emociones; y como corolarios, que si la experiencia convierte al franco y generoso en egoísta y reservado, no ha de ser muy santa la humanidad ni muy edificante su conducta.

Roque no poseia esa experiencia que dan los años, aunque no habia desperdiciado los veinticinco de vida que contaba; pero, por lo visto, para la verdadera experiencia no se cuentan abonos, como para las recompensas del servicio militar; veia á las personas y juzgaba de los actos desde el punto de vista de los veinticinco años, muy bajo para dominar el panorama social.

Por esto indudablemente daba la preferencia su corazón á Rosalía, que comparada con cualquiera de sus dos hermanas Lucía y Redencion, era la que ménos atractivos poseia, segun su propio padre, el señor de Mínguez, que opinaba con imparcialidad y «sin que le cegára el amor paternal.»

Esta es otra rareza de la humanidad; por regla general, el «hijo más despejado» á los ojos de su padre suele ser el más tonto; pero el padre sucumbe creyendo que la sociedad no hace justicia á su descendiente. Semejante obstinacion revelaria maldad si no descubriera una cantidad de soberbia inocente. «El hombre es más débil que malo», — dice uno de nuestros más ilustres escritores; — y puede añadirse: «El padre es más débil que otro cualquier hombre, tratándose de sus hijos.»

El señor Mínguez era un hombre honrado, discreto, cortés, cualidad rarísima, que va quedando reservada para las excepciones; poseia una fortuna tan modesta, que sólo por rutina pudiera llamarse fortuna. Era viudo y vivia feliz y tranquilo con sus hijas y con el haber que por clasificacion le correspondia, y que cobraba, á las veces, con «prematura puntualidad», mediante la benevolencia de un «habilitado por ciento» de pérdida; porque aunque el señor de Mínguez poseia y habitaba á temporadas una casita en Getafe, no poseia igualmente almacenes de comestibles y otros artículos de beber, comer, arder, vestir y calzar, y las niñas necesitaban exhibirse de cuando en cuando en el gran mundo, esto es, en Madrid, en el café del mismo título, siquiera fuese en algun dia festivo, y *tomando*, por riguroso sorteo, un café ó un chocolate ó un helado dos de ellas, mientras el papá y la otra se hacian los desganados á los ojos del mozo que servia en la mesa que tomaban por asalto.

Para confirmar la opinion del señor de Mínguez, Lucía y Remedios *sacaban* algun novio, y el papá soñaba con la idea de que cualquiera de ellos «sacase ánima», casándose con una de las chicas; pero Rosalía no encontraba nunca quien le mirase á la cara con buena intencion; fuese por falta de belleza, ó porque ella no hacia caso, como sus hermanas, de un gesto ó una palabra lisonjera; por lo cual

solía exclamar disgustado el señor de Mínguez: «Además de fea, esta chica es tonta.»

Llegó un día en que el tirano padre, llamémosle así, vió, no sin regocijo y extrañeza, que sus predicciones y opinion se desmentian con los hechos. Era un día de Carnaval. El señor de Mínguez habia venido en el tren de la mañana, acompañado de sus tres niñas, y todos disfrazados de personas elegantes y de buen gusto. Ellas querian pasar la noche en Madrid, y este capricho representaba para el señor de Mínguez un despilfarro en pupilaje en la casa de huéspedes donde solian parar cuando estaban en la capital, amén de otros excesos de café, cena y demas accesorios. Accedió, sin embargo, al capricho de Lucía y Remedios, puesto que para Rosalía era indiferente pasar la noche en Madrid ó en Getafe.

«Siempre la misma» — pensaba Mínguez, á pesar de ser más convenientes para su bolsillo, el buen juicio y docilidad de Rosalía; — «esta chica es indiferente á todo; parece una vieja»; porque se observa con frecuencia que multitud de personas confunde la prudencia con la necedad ó con la cobardía, y el buen criterio con la falta de sentido.

Realizáronse, como siempre, los deseos de Lucía y Remedios; la opinion de Rosalía apénas era consultada; concedian á la pobre chica, cuando más, su padre y sus hermanas, voz, pero no voto, reservándose el derecho de hacer contra la voluntad de *la más negra*. Así llamaban los vecinos de la villa de Getafe á la desheredada de la familia Mínguez.

Si á oídos de las otras dos, al parecer favorecidas por la opinion popular, hubiese llegado semejante calificativo, habrían provocado un conflicto en el pueblo; no por defender á la agraviada, sí que por la propia defensa; pues claro estaba que el comparativo hacia referencia á ellas, y era tanto como tacharlas de negras á las tres, aunque con diferentes gradaciones.

En verdad que no eran claras de color, pero otras vecinas de la localidad eran tan oscuras como las niñas de Mínguez.

Noche lúgubre fué para Lucía y Remedios aquella de Carnaval. Seducido el bondadoso padre, consintió en llevar á sus hijas, no á un baile, como ellas, las dos consabidas, se atrevieron á solicitar, pero sí al teatro de la Comedia. Noche en la cual, puestos en contacto Rosalía con Roque, es decir, el flúido electro-negativo de la muchacha con el electro-positivo del jóven, por medio del excelente conductor de los ojos, se produjo la chispa, y esa combinacion poderosa que en frase ménos culta se denomina amor.

¿Qué habia visto Roque en Rosalía, y reciprocamente? Ellos se lo sabrian tal vez, aún cuando puede creerse que tampoco. La chica distaba mucho de ser una hermosura; pero ello era verdad que en sus ojos habia cierto..... *no se sabía qué*, y en sus facciones, que con igual razon podian llamarse *partidas* de gracias, se notaba alguna sencillez é ingenuidad, recomendables en una mujer; y su sonrisa era candorosa y dulce, y su boca no de las más descomunales, y hasta el color de su tez, comparado con otros más oscuros, resultaba, si no pálido, ménos fúnebre. Todo esto habria demostrado Roque con la elocuencia de un verdadero tribuno al que intentase convencerle de que estaba ciego al juzgar á *la más negra* de las hijas de Mínguez con tanta benevolencia.

Pasaron las horas de reglamento ó de costumbre; la funcion terminó, y con ella, «la escandalosa actitud de aquel jóven», segun palabras de Lucía y Remedios, cuando adquirieron el convencimiento, despues de disputarse las miradas del «escandaloso jóven», que era Rosalía el objeto de ellas. ¡Con cuán satánica fruicion las hubieran cortado en el camino, si las miradas pudieran cortarse!

¡Mirar á Rosalía! recrearse en su rostro, dándoles á ellas enojos; á ellas, que, al fin, aunque «les estuviera muy mal el decirlo», hablando con propiedad, tenian algo que pudiera muy bien cautivar á un hombre, y en el paralelo con ?

Rosalía, cualquiera de ambas habia de resultar muy ventajosa.

Y á pesar de tantos considerandos, el hecho, «con la inflexible lógica de los hechos», como dicen algunos oradores al terminar cada período, por lo ménos, ó ántes si esperan peligro de cortarse en su peroracion, era indudable y se sobreponia á todo argumento y á la voluntad de las vendidas muchachas.

«No llegará la sangre al río», — murmuró el señor de Mínguez; como quien dijera: «No llegará la pasion hasta la Vicaría»; pero tambien se equivocaba el padre de la novia al pensar de esta suerte; porque la muchacha llegó hasta la Vicaría con el apasionado Roque, y el señor de Mínguez empezó á reformar su opinion respecto á la chica y á los novios que se presentar en la plaza. Roque llegó hasta el heroismo de pensar en matrimonio cuando aún no contaba con el beneplácito de la amada Rosalía; pero bastábale saber que su amor era correspondido, y los informes que algunos vecinos del señor de Mínguez le habian facilitado en várias excursiones que hizo á Getafe, acababan de resolverle á dar el último paso.



Al señor de Mínguez no se le ocultaron los amores de Rosalía, y el buen hombre, en la imparcialidad paternal que le distinguia, no dejaba de hacerse cruces.

«El hombre es un animal muy raro — pensaba; — enamorarse de ésa, que, aunque es muy buena y muy hacendosa y muy mujer de su casa, la pobre no tiene nada de bonita, lo reconozco yo que soy su padre, y ese hombre es tan ciego..... Porque no supongo que crea que somos ricos; esas cosas las averigua un novio inmediatamente, como yo hice, y cuando se llega á saber que la novia no tiene sobre qué caerse muerta..... en ese caso..... en ese caso se hace lo que hice yo: casarse y á Roma por todo. Pero hoy, que van naciendo los chicos más despabilados, es una verdadera rareza el hallazgo de un pretendiente para casarse. Y Lucía y Remedios, que tienen regulares palmitos y más trato social, nada, no llevan traza de salir de su *chalet* de Getafe, Dios me perdone. El tiempo vuela; yo me voy haciendo viejo, y si muriera sin dejar colocadas á estas pobres chicas.....»

Roque, resuelto á todo, se decidió á escribir á Rosalía para salir de duda; en su carta-declaracion la manifestaba la confianza que sus miradas y sonrisas le habian infundido, expresando clara y terminantemente su idea de hacerla su esposa.

La muchacha recibió aquella epístola por conducto de un chiquillo del pueblo, que se prestó á servir de paje, mediante el estipendio de una peseta adelantada, para más honor. Casi estuvo tentada Rosalía de no abrirla; pero él estaba enfrente, contemplándola con expresiva mirada y esperando con ansiedad la contestacion.

Lucía y Remedios observaban la escena, ocultas de suerte que el amante no pudiese verlas, ni su hermana tampoco, y el señor de Mínguez, esforzándose para que no le delatáran los latidos de su corazon, observaba tambien, en union de Lucía y Remedios, la embarazosa situacion de Rosalía, sentada junto á una de las rejas de la sala, y tomando maquinalmente la carta que el mensajero le entregaba.

¡Qué lucha tan horrible para la pretendida! ¡qué ansiedad la del señor de Mínguez! ¡qué envidia la de las dos observadoras!

Rosalía dirigió una mirada á través de la reja, bajó la vista, se sonrió y se puso muy encarnada; síntomas reveladores de lo que pasaba en su espíritu en aquel momento. Amaba y sabía que era amada; pensaba en un porvenir de felicidad; pero recordaba á su padre, y vacilaba.

«No le dejo solo en el mundo — se diria; — pero si hacen lo mismo mis dos hermanas..... Ellas, en cuanto lo sepan, se burlarán de mí. Este es el primer caso, miéntras

ellas cuentan los años, los meses por las conquistas: es verdad que son más guapas que yo..... y, sin embargo, no las tengo envidia, como ellas á mí en cuanto ven que álguien me distingue.»

Después de lo cual y de otras muchas imaginaciones, resolvió contestar favorablemente á Roque: un ligero signo afirmativo moviendo la cabeza sirvió de respuesta al jóven.

Rosalía se retiró en seguida como avergonzada, y fué á sentarse en un sofá del teatro antiguo, que habia al otro lado de la sala, para reponerse de la emocion; mientras el señor de Mínguez y sus otras dos hijas penetraban en la habitación, y el chiquillo, mensajero de amor, gritaba corriendo con la peseta en la mano derecha: «¡La señorita dice que sí!»

El travieso papá se aproximó á la reja como distraído, y vió al jóven del teatro de la Comedia, al que los perseguía á todas partes. Las dos hermanas de Rosalía imitaron á su padre, y la novia, al verse sorprendida, se levantó asustada.

—No me gustan estos espectáculos—dijo, fingiéndose disgustado, el señor de Mínguez, y cubriendo cuidadosamente la reja con la cortina, como para cortar con aquel obstáculo tan fuerte la comunicacion con la calle; pero pensando en seguida: «he hecho mal; esto ha sido una grosería, y si ese jóven se incomoda y no vuelve.....»

Pero el jóven volvió, y pocos días después hallóse el celoso padre con la visita de Roque, quien de buenas á primeras, y sin más exordio, le dijo:

—Caballero, usted tiene una hija.

—Tengo tres—observó el señor de Mínguez.

—Una de ellas es la que á mí me importa.

—A mí me importan todas.

—Lo comprendo.

—Adelante.

—Rosalía es la hija á que yo me refiero—aclaró Roque; creo que me conviene, me gusta y estoy dispuesto á casarme con ella, si V. no se opone.

La respuesta habia de ser en el estilo de la proposicion, y fué también muy lacónica: se redujo, al poco más ó menos, á decir al pretendiente:

—Si ustedes se quieren y usted no es un bandido y puede atender á las necesidades de su casa, y lo ha meditado bien, no tengo el menor inconveniente; ¿á qué estamos los padres, por más que nos duela, sino á colocar á nuestros hijos, esto es, á separarnos de ellos, apénas hemos conseguido criarlos y verlos ya mozos? Perdóne usted este desahogo; es el egoísmo que lucha con el cariño paternal; se pierde tan pronto á los hijos.....

Hecha la concesion, faltaba solamente legalizarla, y Roque no queria perder tiempo. En el pueblo se extendió muy pronto la noticia de los amores del muchacho con la más negra de las hijas de D. Leoncio, nombre del señor de Mínguez, y las opiniones andaban divididas en el asunto; porque mientras unos censuraban el mal gusto del jóven, otros creian que la eleccion habia sido muy acertada, porque Rosalía era una muchacha oscura, pero virtuosa y activa, y muy superior en inteligencia y buen juicio á sus dos hermanas.



Roque no se descuidó en practicar las diligencias oportunas, y ya practicadas, se resolvió en familia que la boda se efectuase inmediatamente. Rosalía, que hasta entonces no habia podido apreciar toda la trascendencia del cambio de estado, á pesar de su amor á Roque, dudó si debería ó no cumplir su palabra; pero después de estas vacilaciones, optó por lo primero.

La familia Mínguez, acompañada de Roque y de dos amigos de éste, que fueron con él á Getafe, desembarcaba en la estacion del Mediodía en una de las primeras horas de la mañana de un día de Abril, sereno y apacible. ¡Día mag-

no! ¡Espléndido día para los amantes y para el Sr. D. Leoncio, que á un tiempo disfrutaba de la felicidad de ver casar á la primera de sus hijas y de la satisfaccion de divertir á las otras dos en Madrid durante un día con su correspondiente noche!

Roque habia alquilado una casa, ó parte de ella, hablando con propiedad, amueblándola con sencillez y buen gusto, y sin omitir nada de lo necesario para la comodidad de los inquilinos.

Los novios, la familia Mínguez y los amigos de Roque, puesto que no tenía parientes, y los convidados de una y otra parte se pusieron en marcha desde la estacion, donde les aguardaba una parte de la comitiva, á la Vicaría eclesiástica, Pasa....., etc. Los dos amigos que desde Getafe acompañaban á Roque y á su futura familia habian tomado por su cuenta á Lucía y á Remedios, que no los miraban, por cierto, con malos ojos; uno de los amigos era médico y el otro capitán de caballería.

Terminada la ceremonia, no muy solemne, teniendo en cuenta las formas y circunstancias que la rodeaban, los novios y acompañamiento de ambos sexos se encaminaron á la casa que, dentro de pocas horas, habia de servir de jaula matrimonial, y allí se trató de la fiesta del día, programa de festejos y eleccion del sitio en que deberian comer familia y convidados, y con arreglo á las simpatías generales, se optó por el campo; un día de campo es un poema de felicidad para algunas personas; simboliza un sinnúmero de libertades individuales, que encantan á hombres y mujeres.

¡Considerarse en estado silvestre, siquiera sea por cuatro ó seis horas! ¡Disfrutar de un lecho de verdura, muelle y limpio y blando! ¡Comer ó dormir bajo la sombra de un árbol, oyendo el dulce canto de la chicharra y viendo cómo acuden á adornar los manjares ó á obsequiar con sus caricias al «huésped no eterno del Abril florido y de la verde selva» la hormiga industriosa, la oruga y el escarabajo, etc., etc.

Las ocurentes bromas de los convidados, sobre todo cuando se trata de una boda, y sobre esto cuando acaban de comer y de beber, ¡qué delicadeza de formas y qué cultura! En armonía con el sitio, todo es campestre.

Ello fué que la familia Mínguez y sus amigos y los de Roque optaron por la fiesta campestre, y quedó acordado el programa con arreglo á la general opinion.

¡Cuánto se divirtieron los concurrentes! Con decir que hubo tres de ellos con cólico, y que Remedios resultó contusa á consecuencia de un vals corrido que terminó contra un árbol, y que uno de los amigos ó vecinos del señor de Mínguez, natural de Getafe, tuvo que ser restituido á la casa conyugal dentro de un coche de alquiler por lo que se habia excedido á sí mismo en la bebida, queda dicho todo.

—¡Qué día tan dichoso hubiera sido éste para mi pobre Margarita, tu madre—decia D. Leoncio á sus hijas;—prólogo de otro más feliz aún, y que ha de asegurar el porvenir de la pobre Rosalía, que bien lo necesita, porque, de no haber sido así, ¿qué hubiera sido de ella? ¡Tan cándida, tan falta de iniciativa!..... Porque éstas son de otro carácter, y..... y sin embargo, la verdad es que Rosalía era la única mujer de su casa y la que servia para todos los asuntos domésticos; porque estas otras, con leer novelas y cantar muy mal y tocar peor el piano, para nada sirven.

En estas y otras imaginaciones parecidas llegaron todos los individuos que habian estado en el campo á la casa de Roque, y de Rosalía, pudiera decirse, puesto que con su esposo habria de habitarla.

Todo era júbilo y planes para la noche, que se entraba á más correr, y bulla y algazara. Los dos amigos íntimos del novio habian adelantado en sus respectivas conquistas, y Lucía y Remedios empezaban á pensar en lo conveniente de imitar á su hermana; pero no eran ellas las que habian de proponerlo, y sus improvisados amantes no se ocupaban de tan grave asunto ni por incidencia.

—Casando á gusto—observaba intencionalmente Remedios—el matrimonio debe ser una delicia sin fin.

—Sí—afirmaba el capitán con aire socarrón—ése es el fin de la mujer y el del hombre de bien.

Pero como estas palabras pudieran entenderse de dos maneras diametralmente opuestas, mediante una reserva mental, el amante de campo á nada se comprometía.

¡Cuán léjos estaban todos de pensar en la escena que iba á mudar en duelo y disgusto tan excesiva alegría, y de que un suceso desdichado habia de cortar las recíprocas expansiones de los circunstantes!



Entre la alegría y la pena hay un lazo extraño y misterioso, que da que pensar al hombre ménos misántropo y supersticioso; el exceso de una ó de otra producen cierta excitación nerviosa, que con frecuencia se confunden en los efectos físicos, y llora el alegre como el afligido; en algunas ocasiones se ofrecen aunadas la risa y el llanto, como el júbilo y el pensamiento sombrío, que recuerda desdichas ó las prepara en el ánimo; pero cuando no ha existido el presentimiento, es el golpe más rudo, pero tal vez produce ménos lágrimas; y es que los más inmensos dolores arrancan ese consuelo material que produce el llanto.

Sin saber por qué, hay sucesos que se presienten; como, sin otro fundamento, no se creen realizables algunos sencillos proyectos, no se conciben, no se imaginan juntos ciertos seres, ni probables algunos acontecimientos; y la razón de estas dudas no existe lógicamente; del mismo modo que no se cree compatible con la luz del mediodía la hora de un reloj que marque en ese momento las tres ó las cuatro: la cantidad de luz, prescindiendo de otras consideraciones, indica que el reloj miente. Esto, que puede parecer un exceso de espíritu analítico, ó un extravío á lo Edgard Poe, se demuestra prácticamente á cada momento en nuestra vida.

Roque no desconfiaba del logro de su felicidad y amaba á Rosalía; pero ésta, que también amaba á Roque, sin explicarse la causa, sentía cierto vacío en su corazón, ese mal-estar que suele preceder á las grandes catástrofes de la vida.

Cuando se discutía acaloradamente, por razón de temperamentos ó de temperatura, si la familia Mínguez debería pasar la noche en su casa de pupilos acostumbrada ó permanecer en la de su próximo pariente Roque, puesto que habia suficiente desahogo y medios para ello, oyóse un grito agudo.

Todas las miradas se dirigieron á Rosalía, que al exhalar aquel quejido cayó sobre el pavimento. Hubo un instante en que nadie pronunció una palabra ni se movió del sitio en que se hallaba: tal fué la sorpresa y el susto que el accidente produjo en todos los ánimos; pero pasado ese primer momento, se lanzaron todos con rapidez á socorrer á Rosalía; el señor de Mínguez y Roque llegaron los primeros.

Levantaron á la jóven, azorados ambos, y la trasladaron á un sofá. Rosalía no respiraba, y eran inútiles todos los esfuerzos que para conseguirlo se practicaban.

La reunión quedó como petrificada; en un segundo se habian despejado todas las cabezas.

Rosalía fué conducida al lecho que pocos días despues debería compartir con su esposo, y el capitán, y otro amigo y un criado de la casa partieron presurosos en busca de médicos. La ansiedad general era infinita. Lucía y Remedios se hallaban á un lado de la cama, y al otro el señor de Mínguez; Roque se dejó caer en una butaca en la misma alcoba, y los circunstantes se agolparon á la puerta de la habitación mencionada, recetando cada cual, según el sistema de su vecindad ó los conocimientos de familia, lo que juzgaban que fuera bueno para combatir aquel repentino accidente.

—Así murió Margarita—balbuceó el pobre padre luchando por contener el llanto que enturbiaba su vista;—así, co-

mo ella..... ¡Rosalía! ¡Rosalía! ¡Hija del alma, mira, vuelve en tí!—repetía despues acariciando el rostro de su hija. Pero todo era infructuoso.

—¡Y esos médicos!—gruñía desesperado el pobre Roque.—¡Tunantes! ¡ca! no darán con ellos.... estarán en el café ó en el teatro, y si se muere algun enfermo, que le entierren..... ¡Canallas!

(Porque habrán observado ustedes el respeto con que, en su desesperado dolor, tratan en ausencia al médico los parientes y sus allegados. Y luego, si el enfermo sucumbe, achacan la muerte, como el Juvenal español, en esto no muy justo, al médico que asiste al que sufre, á medias con el padecimiento; cuando logra combatir el mal, ya es sabido, al doliente le han salvado la naturaleza ó una libra de cera que regaló algun pariente á cualquier santo de su devoción, sin que por esto se niegue la influencia de tan eficaces remedios.)

Los médicos llegaron; tres, con pocos minutos de diferencia, entraron en la sala; el primero examinó cuidadosamente á la enferma, y á pesar de su discreta reserva, no pudo ocultar un gesto de desagrado. Cuando oportunamente llegaron los otros, puesto que el que allí estaba manifestó deseo de que se avisase á otros, reuniéronse los tres y pasaron nuevamente á examinar á la enferma; dispusieron luego algunos medicamentos y se encerraron en el cuarto destinado al despacho de Roque.

La ansiedad aumentaba en la reunión; los medios ordenados por los hombres de la ciencia no producian resultado alguno.

Cuando se presentaron los facultativos en la sala, el desdichado Roque les salió al encuentro.

—La verdad, la verdad, se lo suplico á ustedes; no me oculten nada.

—¿Es usted su esposo?—le preguntó uno de los interpelados.

—No—respondió con indescriptible tono.

—¿Su hermano?

Roque, en muy breves palabras, satisfizo la pregunta del médico.

—Pues bien, amigo mio, resignación y valor; usted es hombre y ha de dar ejemplo; procure usted retirar á ese señor, que creo es padre de esa jóven, y á todos sus parientes, porque.....

—Concluya usted.

—Esa señorita ha..... se halla en muy grave situación—se interrumpió el doctor al ver el efecto que en el novio de Rosalía causaban sus palabras.

El desolado padre, siguiendo ciegamente, así como Lucía y Remedios, los preceptos de la ciencia, aplicaban reactivos á la enferma, y fricciones, y la besaban y la regaban el rostro con sus lágrimas.

—Don Leoncio—dijo el militar llamando al pobre hombre—y ustedes, señoritas, hagan el obsequio de dejar sola á la enferma; que estos señores así lo disponen.

—Está bien, está muy bien—replicaba el infeliz;—pero díganme ustedes: ¿mi hija ofrece peligro? ¿está grave? ¿se morirá mi Rosalía? ¡Ah, tengan ustedes compasión de mí!

—No, no tema usted—le respondian.

—Pasen ustedes, pasen ustedes, ya me voy; pero yo soy su padre, y.....

—No importa; necesitamos consultar, y.....

—Está muy bien; vamos, vamos, Lucía; hijas, venid; se salvará..... sí, tengo confianza..... Hasta ahora no sabía yo el cariño que tengo á mi pobrecita Rosalía..... ¡Hija del alma!..... Ya, ya me voy..... perdonen ustedes.

Y diciendo esto, estampó un beso en la frente helada de su hija, y salió de la alcoba empujando cariñosamente á sus hijas.

Los médicos volvieron á examinar á Rosalía, y dispusieron inútilmente nuevos medicamentos; ya no cabia duda; el pulso se habia paralizado, el corazón no latia; no habia circulación de sangre, todos los síntomas acusaban una cata-

lepsia ó la muerte. Despues de dos horas aparecieron nuevos síntomas de la falta de vida.

—Caballero—dijo uno de ellos á nombre de todos y llevando aparte al atribulado Roque—nuestra mision ha sido inútil; la ciencia no va más allá de las funciones de la materia; no debemos ocultar la verdad por más tiempo; mientras hubo algun indicio, el más leve motivo de duda, si no de esperanza, hemos procurado evitar á usted este disgusto; pero usted es fuerte, inteligente, y puede oír lo que voy á decirle. Consuele usted á ese caballero y á esas jóvenes de la pérdida sensible que acaban de sufrir.

Roque vaciló, y el médico le sostuvo.

—Amigo mio, valor.

—¡Rosalia! ¡Mi vida!—murmuró el joven.

—¡Golpe terrible! pero cierto—añadió el doctor.



La situacion de Roque era desesperada; se veia obligado á ocultar su propio dolor, á fingirse tranquilo para tranquilizar, si esto fuera posible, á D. Leoncio y á sus hijas. ¿Cómo puede decirse á un padre: «Esa hija que hace dos horas tenía usted á su lado, alegre y feliz, esa que ve usted tendida en el que habia de ser su lecho conyugal, descansa eternamente, acostada en la que es cama mortuoria»?

Sin embargo, era necesario salir de tan violenta situa-

cion, despreciar el dolor ajeno para entregarse libremente al propio; que no hay sentimiento más egoista que el del dolor, ni martirio más grande que el de no poder sufrirlo sin que nadie le estorbe.

Entre Roque, los médicos y los amigos comunicaron la infausta noticia á D. Leoncio, que en poco estuvo que no perdiera el juicio.

Lucía y Remedios nada supieron hasta el siguiente dia, obligándolas su padre á acostarse mientras él rezaba por su hija, «que ya habia recobrado el conocimiento»—segun las aseguró el pobre padre, y tal vez tenía razon—le llamaba y le pedia alguna cosa.

La ciencia no se habia engañado. ¡Pobre Rosalia!



Cuando D. Leoncio y sus dos hijas regresaron al pueblo, despues de dar sepultura á Rosalia, un vecino estúpido que los halló al paso les preguntó al verlos de luto:

—¡Toma! ¿pues qué es eso?

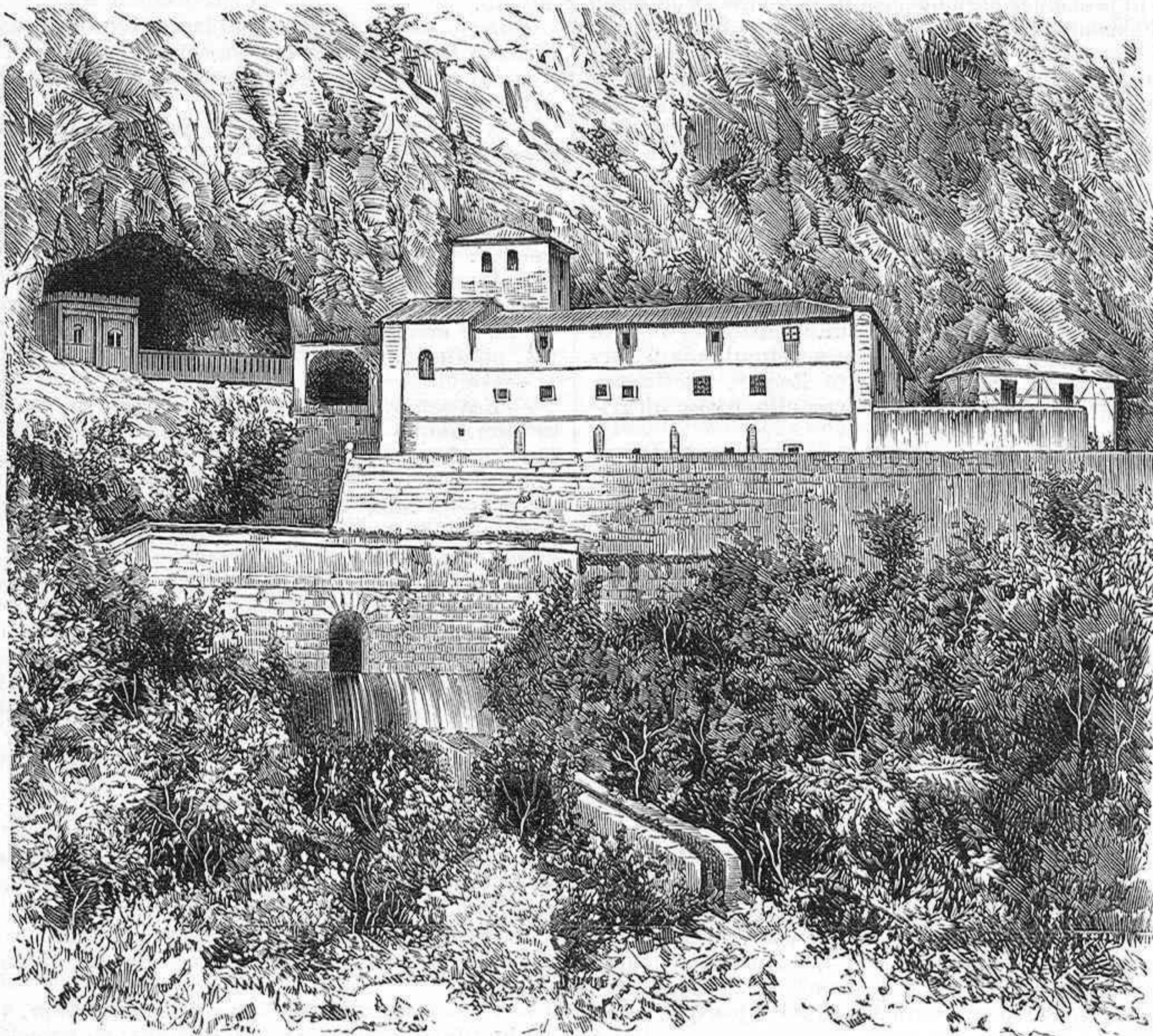
Don Leoncio apenas pudo contestar:

—Ha muerto mi hija.

A lo cual tornó á preguntar el imbécil con la mayor ingenuidad:

—¿Cuál, la más negra?

EDUARDO DE LUSTONÓ.



Santuario de Covadonga (Asturias).

MATRIMONIOS PREMATUROS.

Sr. L. P. S.

Camagüey, Abril de 187...

Querido sobrino : Algunas reflexiones dulces, aunque á tí te parecerán amargas, quiero y debo hacerte; y te las hago por escrito para que, leídas de prisa, vuelvas á leerlas despacio, y llegues á aceptarlas (ó á rechazarlas) sin pasión. El tiempo es bueno, como que es santo; autoridad me dan el parentesco y la experiencia; obligación me corre por la mucha gratitud que debo á tu madre, que, niño yo, me trajo en brazos, y por el cariño que la sangre me manda tener. Si me mueve el deseo de tu bien, vas á verlo, porque desde luego entro en materia.

Dícenme que te casas, y contesto que es imposible. Te tengo por entendido y pundonoroso, y, en calidad de tal, aficionado á hacer todas las cosas bien hechas. ¿Verdad? Pues aunque te parezca chanza, y no ligera, te aseguro con formalidad que esto no lo puedes hacer bien hecho. Aunque sepas otras muchas cosas, ¿qué sabes tú de matrimonio? Tiempo, atención y constancia se necesitan para aprender el *a, b, c*, y ¿te figuras que á la primera lección se aprende el matrimonio de corrido? Te engañan tus pocos años y tus muchas ganas de casarte. Ya sé que me replicarás : «No me caso por docto, sino por enamorado.» Pues si te casas, no estás enamorado. ¡Paradoja! No. Consecuencia lógica. Si estás enamorado de tu novia, ó mejor, si amas á tu novia, á quien sin conocerla y por el mero hecho de ser tu elegida, reputo por dignísima de que la ames, debes estar poseído del anhelo de su felicidad, que debe traerte la tuya de retorno; pues, óyelo bien, tan frágil y movediza felicidad le aseguras y te aseguras, si hoy te casas, que ménos prisa os daréis en saborearla, que ella en trocarse en estable y permanente desdicha. Tal vez este pronóstico no te asuste como debiera. ¿Sospechas acaso lo que significa la desdicha entronizada en el hogar? ¿Piensas que no ha de herir solamente á tí y á la compañera con tan dulces esperanzas aceptada, sino á otros seres de esa union nacidos, que de ella y de tí han de recibir la forma corpórea y espiritual, y de tí y de ella el alimento del cuerpo, que es el pan cotidiano; el alimento de la inteligencia, que es la instrucción; el alimento del corazón, que son las sanas máximas y los buenos ejemplos, y el alimento de su esencialidad toda, que es la felicidad? Y muerta la vuestra, ¿dónde iréis á buscar la de ellos? Tu amor egoísta no saca estas cuentas. ¡Ah! pues no olvides que en el matrimonio no cabe egoísmo, ni aún dualismo. El fin del matrimonio son los hijos. La felicidad de los cónyuges entra por mucho, pero la de los hijos entra por todo. El instinto maternal revela esta gran verdad á las madres. Algunos padres la entreven; ¡qué pocos se inspiran en ella! Nosotros, primero nosotros, siempre nosotros. Y ¿ellos? Ellos, primero que nosotros, porque somos nosotros repetidos en el espacio por la naturaleza, eternizados en el tiempo por el amor. Esto es grave, Luis, esto es muy grave, y merece toda tu atención.

Sin necesidad de definírtelo, ya te he dicho lo que es el matrimonio. Precisemos aún más el objeto de esta carta. ¿Puedes casarte hoy? ¿debes casarte ya? Contesto sin vacilar : No. Tú contestarás despues que me escuches. Ya sé que ignoras lo que es el matrimonio; no me extraña que

ignore que no estás en aptitud para contraerlo. ¿Por qué? Por tus pocos años. Te lo demostraré despacio y como á persona acostumbrada á las demostraciones. Ya verás que un enlace prematuro compromete la dicha de los esposos y hace imposible la de los hijos.

¿Qué eres, Luis? No te sonrias. Hay pocos que sepan lo que son. Debajo de nuestra unidad de hombres, vive y palpita y se desarrolla nuestra multiplicidad de sér dotado de facultades varias. Hay en tí y eres tú un sér físico, un sér intelectual, una entidad moral y un ente sociable. Ni física, ni intelectual, ni moral, ni socialmente estás en aptitud de formar la union más estrecha, de verificar la comunión más íntima, de ligarte por el más sagrado de los compromisos, de afianzar el más solemne de los contratos. ¿Qué eres físicamente? Un organismo. Un organismo significa desarrollo, crecimiento, plenitud, decadencia, muerte. Tú estás en la subida, el matrimonio debe hacerse en la cúspide. La pubertad es un signo falaz; la ciencia indica hoy con más certeza el término del crecimiento. La edad en que dejamos de crecer parece que es la de nuestro completo desarrollo. Y ¿crees tú que un organismo imperfecto puede ejercer, por lo ménos sin riesgo, funciones que exigen su íntegra conformación? ¡Ah! ¡Qué espantosas consecuencias puede engendrar este funesto error! ¡Lesiones incurables amenazan á los imprudentes, lesiones que atacan las fuentes de la vida, cegando muchas veces ántes las del pensamiento! No quiero amedrentarte con los nombres de dolencias que son harto conocidas; pero, si esto es por lo que á tí y á ella respecta, ¿qué será para vuestros hijos? ¿Cómo transmitir lo que no se tiene? ¿Cómo comunicar la vida, cuando aún se la está elaborando? Porque la vida física es la salud, y ésa, sábelo bien, no la gozarán tus hijos, que vendrán al mundo condenados á un fin inmaturo por una ú otra lesión orgánica. El raquitismo, las escrófulas, el cretinismo, la idiotez..... ¡Ah! no te cases, Luis, sin consultar á un médico.

Intelectualmente, ¿crees haber, no digo conocido en sus infinitos pormenores, pero abarcado siquiera dentro de las líneas más amplias y generales las relaciones que te ponen en contacto con los fenómenos constitutivos de tu sér y del medio en que te mueves, y que te permiten conocerlos y modificarlos en tu provecho? ¿Crees, por ventura, poseer las nociones más indispensables, las que arrojen siquiera la luz necesaria sobre tu subjetividad y sobre los objetos exteriores, las nociones que nos permiten vivir conscientemente? Más netamente, ¿piensas haber completado la instrucción que necesitas, no sólo para dirigirte de la manera más provechosa y adecuada en las varias esferas de la actividad humana, sino para regir á otros como marido, como padre, como jefe de una casa y de una familia? Tu edad es demasiado corta, y nuestros métodos de enseñanza harto viciosos y deficientes para que puedas lisonjarte de haber obtenido siquiera la primera parte de este resultado. Mira que tus conocimientos han de suplir la falta de los de tu esposa, que esta doble carga nos impone nuestro actual estado social; mira que un buen padre ha de ser activo cooperador en la obra difícilísima de la instrucción de sus hijos; y no creas que puedes aplazar para más tarde completar lo que ahora te falte de saber en estas materias. Antes, ántes de engolfarte en las preocupaciones de un nuevo y complejo estado has de dar todo el vuelo necesario á tus facultades

intelectivas. Después sólo será tiempo de aplicarlas á sus debidas manifestaciones en provecho tuyo y de tu familia.

¿Y tu parte moral? ¿Conoces, sospechas remotamente todo lo que duerme en el fondo de tu corazón de niño? ¡Ah! ¡Por tu bien ignoras aún cuán terrible es el despertar de las pasiones! Cómo nos aguijan, cómo nos ciegan, nos arrastran y precipitan. Naciste ayer á la vida de los afectos; un cariño temprano y correspondido te ha adormecido blandamente con sus halagos; amas, te aman; buscas la posesión del bien amado, la logras; ¿para qué más? Esta es la vida. Por desgracia no, mil veces no. El amor de la edad primera es voltario, cambia de objeto, cambia de forma, es á veces deseo, á veces capricho, fuego fatuo muchas, también incendio; pero siempre inestable, como las impresiones de entonces, más vivas cuanto más nuevas, más gustosas cuanto más inesperadas. Y luego el corazón no se alimenta siempre de amor: tiran de él otros imanes, la gloria, la popularidad, la ambición; otros deseos que estallan, otras aspiraciones que surgen, otros tumultos que lo agitan, otras tempestades que lo envuelven, lo combaten y lo quebrantan. A esta dura ley está sometido; pero es ley, es forzoso. Y ¿quieres, inexperto y ciego, unir otra vida á tu vida, ántes de haber corrido estos azares, ántes de haberte fortificado en esta formidable experiencia? ¿Sabes tú si saldrás ileso de sus embates? ¿Y querrás abismar contigo el tierno sér que amas? Aguarda á que pase la furia del ciclón; llega primero á conocer tu pecho, á sondear sus profundidades, á ser dueño de tí, y entonces podrás con entera calma resolver el problema de tu suerte y ofrecer un corazón, ya amansado por el combate, á la que ha de unirlo con el bálsamo refrigerante del amor cierto y valedero. Mira que si este paraíso se trueca en infierno, es de véras el infierno donde nunca posó su planta la esperanza; y que no hay tormentos comparables á los del que llora la dicha ausente de su hogar, y tiene al enojo por compañero en el lecho, y al ódio por sazonador de su mesa. Piensa cómo han de crecer los renuevos que respiren esa atmósfera envenenada; piensa qué será de unos hijos predestinados á que alumbren la oscuridad de su conciencia infantil los relámpagos del despego, cuando no del aborrecimiento de sus padres. Y ¿sabes cuán poco se necesita, si te casas tan jóven, para que descendas á este abismo? Que sople sobre tu corazón el viento de nuevos afectos; que, al dar un paso más en la vida, columbren tus ojos nuevos horizontes; que sientas, como sentirás, nuevos bríos que te impulsen en nuevas direcciones, y que encuentres que tu corazón debe estar petrificado, que tus horizontes deben estar estrechamente cerrados, que tu actividad está limitada por todas partes. Entonces ¡ay de tí! ¡ay de ella! ¡ay, sobre todo, de vuestros hijos!..... ¿Ves, Luis, si debes esperar á que pase el primer hervor de la mocedad para casarte?

Pues como miembro de una sociedad tampoco eres apto para revestir el severo carácter de padre de familia. La sociedad tiene derecho de exigirte que exhibas tus títulos para formar dentro de ella una asociación, parte integrante de su organismo. Y estos títulos consisten en los medios transmitidos ó adquiridos, mejor adquiridos que transmitidos, de hacienda ó profesionales, que te permitan proveer á su sostenimiento, á su defensa y mejora. Y tú tienes deber de presentarlos é interés en poseerlos, porque sin ellos la asociación conyugal carece de base y vivirá falta de sustancia, raquítica y amenazada fatalmente de ruina. ¿Conoces la grave responsabilidad que echa sobre tus hombros la gerencia de los intereses de tu esposa? ¿Has calculado cuanto cuesta tener una casa, mantener hijos y educarlos? ¿Sabes que las generaciones condenadas á la miseria y á la ignorancia son el oprobio de sus progenitores, la amenaza y el terror de las sociedades en cuyo seno se asientan? ¿Sabes dónde se engendra el crimen, cómo nacen irresistiblemente adscritos á él ciertas desventuradas criaturas? No, no lo sabes, ni yo quiero decirte más, sino que, por tu decoro, por el amor que profesas á la que va á ser tu esposa,

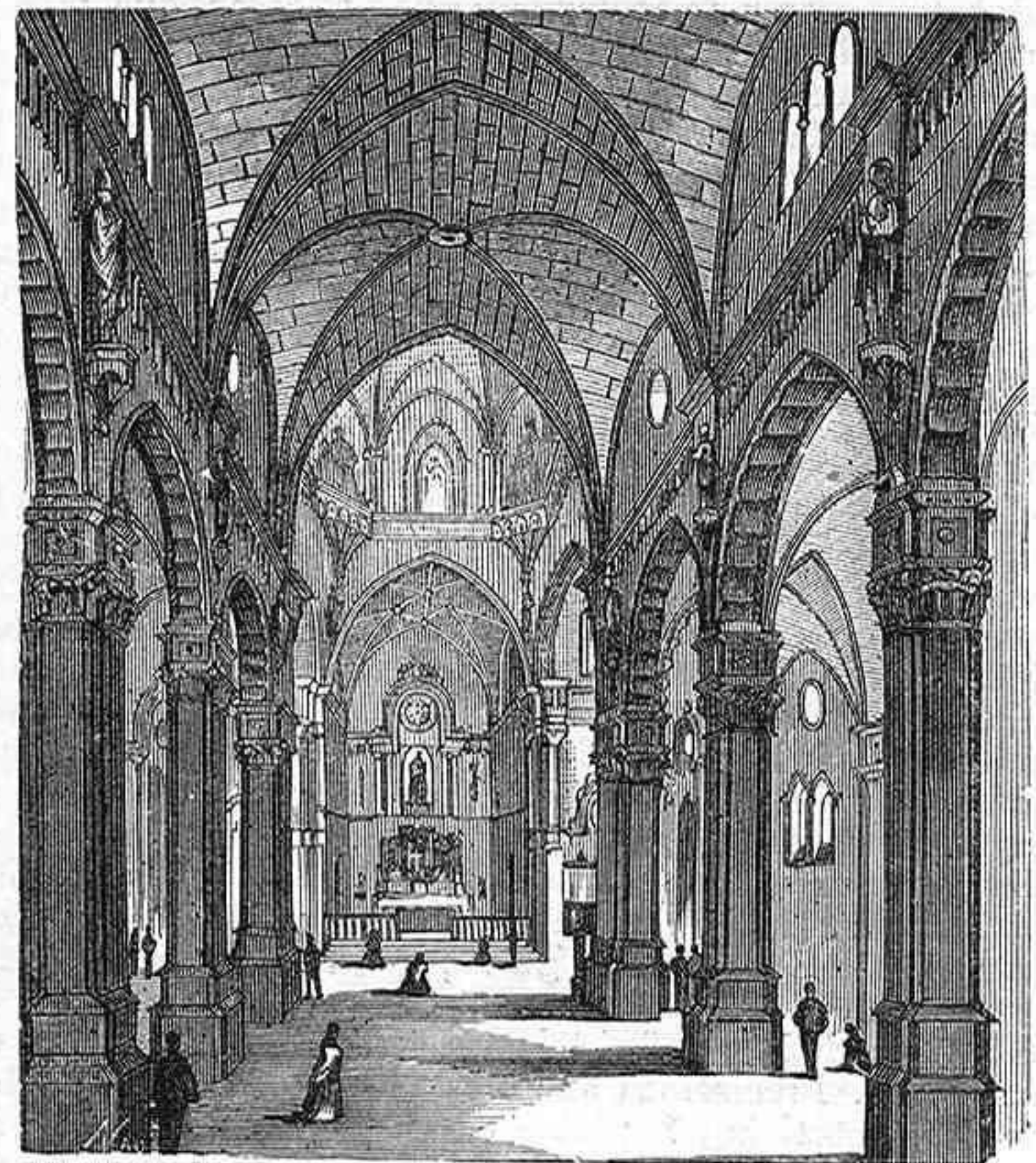
y por el deber en que vives de contribuir al engrandecimiento de la sociedad á que perteneces, estás obligado á terminar tu carrera, á adquirir medios independientes de subsistencia, producto de tu trabajo mecánico ó intelectual, y á pesar los derechos y practicar los deberes que conceden é imponen las leyes de todo pueblo civilizado.

Preveo que á estas consideraciones me contestarás tristemente: «¿Qué he de hacer? no puedo volverme atrás; estoy comprometido.» No quiero que rompas tus compromisos; quiero que los sustentas, quiero que los llenes, como compete á tu calidad de jóven juicioso y hombre honrado. Pero porque quiero todo esto te aconsejo y hasta te suplico que no te cases ahora. Hé aquí todo.

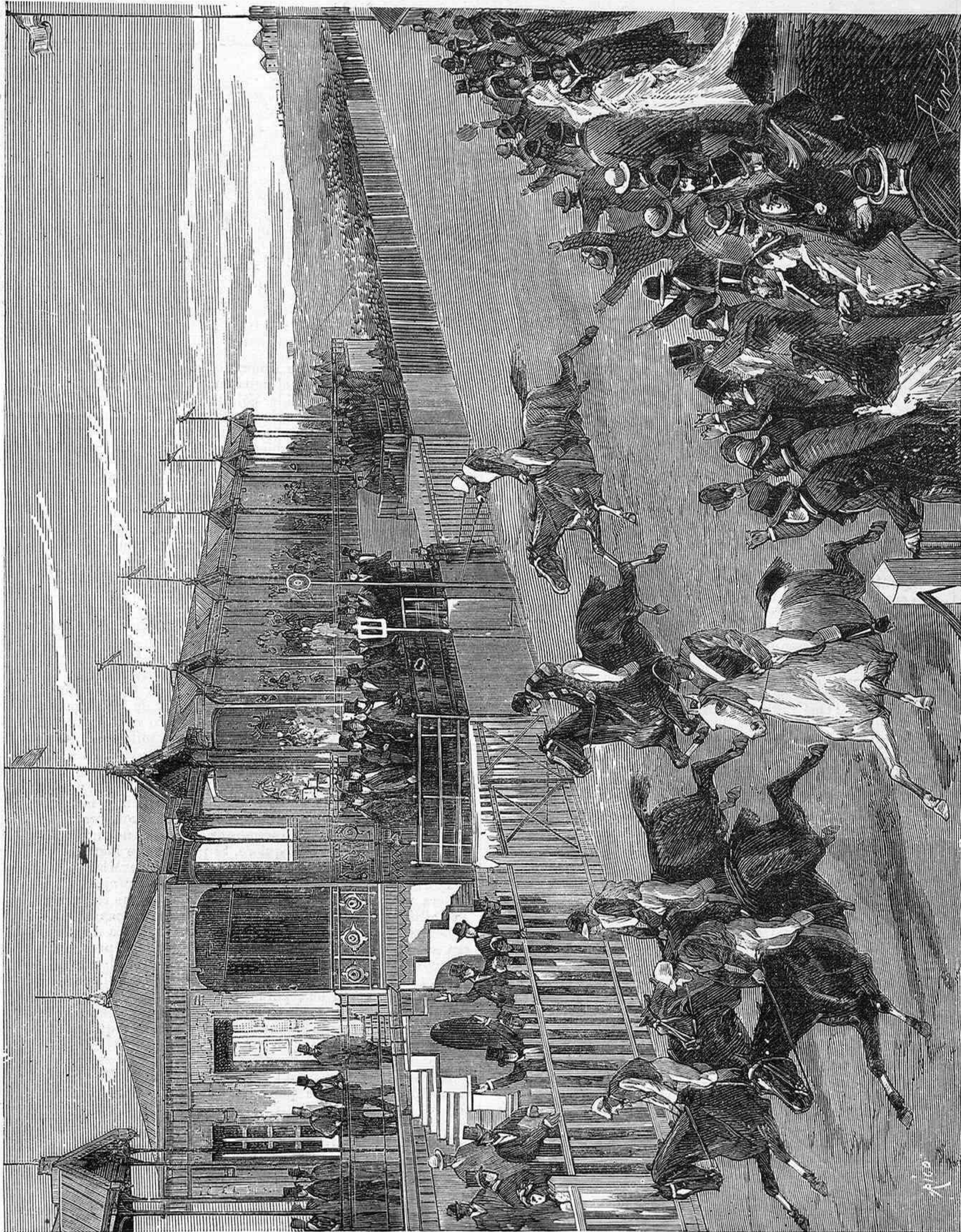
En las provincias alemanas, más exentas de la corrupción que las invade por el Occidente, es muy comun, es casi general encontrar jóvenes, muy jóvenes, de ambos sexos, formalmente ligados por una promesa de futuro casamiento. Pero este lazo sólo les sirve de estímulo para cuidar más del aliño de su persona, para poner en juego más activo sus facultades, para dar mayores muestras de cordura, para procurar con más ahinco el adelantamiento de su modesta hacienda; y después de largos años de prueba, realizan á tiempo su enlace, asientan sobre sólidas bases su ventura doméstica, y son modelos de esposos, de padres y de ciudadanos. Mirate en este espejo. Sustenta tu palabra, pero aquilata en el crisol del tiempo tu afecto y el afecto de tu amada, su constancia y tu constancia. En vista siempre del noble deseo que te impulsa, trabaja, trabaja para hacerte hombre completo; y entonces cástate en buen hora, para dar un día de regocijo á tu buena madre y perpetuar tu bien merecida felicidad en la de tus hijos.

Tu tío afectísimo,

ENRIQUE JOSÉ VARONA.



Interior de la iglesia del Buen Suceso, de Madrid.



MADRID.—Carrera de caballos en el Hipódromo de la Castellana.

GOPA.

DIÁLOGO FILOSÓFICO EN TRES CUADROS.

CUADRO PRIMERO.

La escena es en la ciudad de Capilavastu, 593 años antes de Cristo.

Interior del magnífico palacio del Príncipe Sidarta. Es de noche. Cámara del tálamo, iluminada por una lámpara de oro.

GOPA.—PRATYAPATI.

PRATYAPATI.—Los más vigilantes siervos del rey Sudonán rondan en torno de este palacio. Las puertas de la ciudad están defendidas. No se irá. Es menester que no se vaya. Sin él ¿qué será de nosotras? Con igual vehemencia le amamos, aunque de manera distinta. Yo le amo como si fuera mi hijo. Cuando, á poco de darle vida, murió su madre Maya Devi, por encargo suyo quedó Sidarta á mi cuidado. No quisieron los dioses que ella viviese, para que no padeciera lo que nosotras padecemos hoy.

GOPA.—Inmenso dolor nos agobia. ¿Por qué nubla su hermosa frente irremediable tristeza? ¿Por qué desea abandonarnos? ¿Qué falta, qué mengua encuentra en mí? Yo le hubiera preferido á los dioses, como Damayanti prefirió á Nal. Mi ventura se cifra en obedecerle con humildad y en ser toda suya. ¡Ingrato! Su corazón insaciable no logra quietarse en mi amor. Su noble cabeza jamás reposa tranquila sobre mi seno. Ya no me ama. Me juzga indigna de su cariño.

PRATYAPATI.—No te atormentes, ¡oh Gopa! Sidarta te ama. Para él eres tú el sér predilecto entre todos los seres. Pero de amor nace su pena. Amor es su martirio. Amor le devora, creando en su alma una piedad infinita, que no consiente ni deleite, ni goce, ni paz tan sólo. Todos los males de la vida pesan sobre su corazón, que abarca en su afecto la vida de los tres mundos. Amor, primogénito de la naturaleza, por una fatal expansión de su esencia divina, dió sér á cuanto vive; y con la vida nacieron el dolor, la pobreza, la enfermedad y la muerte. Se diría que Sidarta es la encarnación, el avatar de Amor, que llora y lamenta haber creado la vida; que padece en sí cuanto todo sér que tiene vida padece, y que anhela retrotraer la vida á la nada para que el padecimiento acabe.

GOPA.—Efímera es la vida: el padecimiento que de ella nace debe de serlo también.

PRATYAPATI.—No, Gopa; la vida no tiene término. La muerte es cambio, no fin. Arrastrados en la perpétua corriente, mudamos de forma, pero no de esencia, la cual renace ó reaparece siempre para el dolor. En este sentido, los dioses, los asuras y los hombres son igualmente inmortales.

GOPA.—¿Y no hay ninguno dichoso?

PRATYAPATI.—Ninguno. La infelicidad es la primera condición de la vida.

GOPA.—¿Y por qué Amor creó la vida, y la infelicidad con ella?

PRATYAPATI.—Porque Amor no fué libre. Como del sol brotan los rayos, como el agua mana de la fuente, así de Amor brotó y manó la vida. Sólo movido de compasión sublime, en virtud de un esfuerzo superior á lo humano y á lo divino, recogióse en sí con abstracción portentosa, logrará Amor recoger también en sí la vida y darle quietud eterna.

GOPA.—Veo que piensas como Sidarta. Aplaudes, sin duda, su propósito, que yo no comprendo.

PRATYAPATI.—Hasta cierto punto pienso como él; pero su propósito es audaz, me parece irrealizable, y por audaz é irrealizable no le aplaudo. Si él estuviese llamado, como cree, á ser el libertador de los hombres, yo vería y haría con gusto cuantos sacrificios hay que hacer para lograrlo.

GOPA.—¡Oh Pratyapati! ¡Cuán encontrados sentimientos son los nuestros! Si tú le amas como madre, yo, como esposa, como mujer enamorada le amo. Este modo de amar es ménos fuerte, por lo comun, que el amor de madre. En el amor de madre hay mucho que nace de las entrañas y que allí se arraiga. Por eso, no ya las mujeres, sino las mismas fieras aman á sus hijuelos. La mujer enamorada de un hombre, cuando sólo le ama con el amor de las entrañas, no le ama más que le ama su madre; pero cuando le ama también con el amor del espíritu, le ama mil y mil veces más que la madre más amorosa; le idolatra; le mira como á un dios; tiene fe en él; le cree capaz de todo lo grande y de todo lo bueno; piensa que de la voluntad de él, que es ley para ella, han de nacer el milagro, el bien y la bienaventuranza para todos. No sé, no comprendo el propósito de Sidarta; pero sé y comprendo que será bueno su propósito, y que le logrará, si quiere. Si para que le logre he de hacer yo el mayor sacrificio, pronta estoy á hacerle.

PRATYAPATI.—¡Oh desventurada y débil mujer! ¿Qué mísera resignación es la tuya? Tú sola puedes retener al Príncipe con la deleitosa cadena de tu afecto; mas la veneración que el Príncipe te inspira te excita hasta á romper esa cadena. La violencia no bastará á retenerle; pero si tus blancos y suaves brazos le cautivan, ¿cómo te apartará de sí para ir á donde sueña que su vocación le está llamando? El Rey pone en tí su esperanza. No la defraudes. Retén á Sidarta con el hechizo de tu amor y de tu hermosura. No le dejes partir..... Siento pasos. Sidarta viene. No quiero que me halle aquí. Animo, ¡oh Gopa!

(Se va Pratyapati.)

GOPA.—Animo..... para detenerle no me falta; no le necesito. Para dejarle partir he menester de todo mi valor.

(Entra el Príncipe.)

SIDARTA *(abrazando á Gopa)*.—¡Esposa mía!

GOPA.—Dime la verdad. ¿Me amas aún?

SIDARTA.—Te amo más que nunca.

GOPA.—¿Por qué, entonces, estás inquieto, triste y como desesperado? ¿Por qué no se aquieta en mí tu voluntad?

SIDARTA.—Si no te amase, mi voluntad no se aquietaría en tí, porque buscaría más alto objeto de su amor. Amándote, no se aquietará tampoco, porque teme perderte. En breve plazo nos separará el destino, y renaceremos bajo nuevas formas para no volver acaso á encontrarnos jamas. Y no nos separaremos en la plenitud de la hermosura y de la fuerza, jóvenes y robustos aún, sino tal vez marchitos por la vejez y sobrecargados de disgustos y enfermedades. Esto hará que el afecto que hoy nos tenemos se trueque en desvío y en horror, ó dé origen á una piedad dolorosa. Pero aunque tú y yo ¡oh hija de Dandapani! lográsemos revestirnos de juventud perpétua y disfrutar perenne salud, viviendo unidos y enamorados siempre, nunca seríamos felices, como no fuésemos egoístas. El dolor de cuanto respira, el padecer de cuanto alienta, la muerte de cuanto vive y el espantoso espectáculo de la miseria humana acibararían nuestra ventura, ó nos harían indignos de gozarla por la dureza de nuestros pechos sin compasion y por la sequedad de nuestros ojos sin lágrimas.

GOPA.—Tus razones son tan poderosas para mí, que no sé cómo responder á ellas. Si algun engaño contienen, no seré yo quien te saque del engaño; caeré en él contigo. Es cierto: lo sé por experiencia propia: no hay dicha cumplida. Ni cuando tú, violentando la dulce modestia de tu condicion y prestándote al capricho de mi padre, te presentaste á competir con mis pretendientes, y en la lucha, en la carrera, en disparar flechas y en esgrimir las demas armas, los venciste; ni cuando me revelaste que me amabas; ni cuando toda yo fui tuya; ni cuando sentí en mi seno agitarse viva tu imagen; ni cuando alimenté á nuestro hijo con la leche de mis pechos; ni cuando, sentado en mi regazo, aquel claro descendiente de Gotama respondió por vez primera á mi sonrisa con su sonrisa y atinó á pronunciar tu nombre y el mio; nunca dejaron de acibarar mi contento el temor de perder el bien que le causaba y la consideracion de que nuestro contento y nuestro bien eran privilegio odioso, eran contravencion de la ley que condenó á los hombres á general infortunio. Pero dime; si me amas, ¿nuestro infortunio no será mayor separándonos? ¿Por qué, pues, me huyes? Afirman que nos quieres abandonar á todos. ¿Qué propósito llevas? Porque el dolor sea general y necesario, ¿hemos de acrecentarle por nuestra voluntad, como le acrecentarás si nos abandonas?

SIDARTA.—Bien sabes, hermosa nieta de Iksvacú, que por mi voluntad no se ha derramado jamas una sola lágrima. ¿Cómo habia yo de darte voluntariamente el pesar más pequeño? Jamas me apartaría yo de tu lado, si esto me fuera lícito; pero no debo ocultártelo por más tiempo: un deber imperioso me impulsa á ir lejos de tí.

GOPA.—¿No te alucina, no te extravía ese deber?

SIDARTA.—No es posible que me alucine. Mi resolucion no ha sido súbita, sino nacida de largas y profundas meditaciones. Yo quiero y puedo libertar á los hombres de la miseria, del dolor y de todos los males: mostrarles el camino de la redencion, redimiéndome yo mismo. Mi inteligencia, abstrayéndose de todo, desdeñando los deleites ilusorios con que nos brinda el Universo, en la contemplacion de sí propia, en el éxtasis, irá poco á poco alcanzando la suprema sabiduría, elevándose por cima de los dióses y de los asuras, adquiriendo un poder mágico que rompa la ley fatal del encadenamiento de las causas; y, por último, llegada al colmo de su brio, realizada toda la virtud de su esencia, se extinguirá para siempre, como se extingue la llama cuando da al mundo toda la luz y todo el calor que están en ella latentes. Mi vida será así ejemplo y dechado para los que aspiren, como yo, á salir de la esfera tempestuosa de la vida y de las mudanzas sin fin, y busquen la paz eterna. Obra fatal de Amor, efusion de su esencia divina fué este Universo tan lleno de dolor. Sean obra reflexiva de Amor el aniquilamiento, el silencio y el reposo que nos salven del tumulto y de la guerra. Limitacion y mengua son el fundamento de nuestra vida como individuos. Rompa-

mos el límite, completemos el sér para que no tenga mengua alguna, y entónces nuestra existencia sin límites, y entera, sin mengua ni falta, será como si no fuese.

GOPA.—El fin á que caminamos es para los ojos de mi mente tenebroso como el abismo. Como en el abismo, hay en él algo que me seduce y que me atrae. No penetro, sin embargo, lo que puede ser este fin; pero los móviles que á él te llevan son generosos, admirables, dignos de tu alma. Sidarta mio, aún cuando fuese errada la direccion que llevas, es tan noble el impulso que por ella te ha lanzado, que, lo presiento con orgullo, las generaciones futuras por siglos y siglos habrán de bendecirte y ensalzarte como al más glorioso de los hombres. Mil tribus, naciones y pueblos seguirán tus huellas y aprenderán tu doctrina. Por mi amor de esposa, por el amor que tengo á nuestro hijo, quisiera oponerme á tu empresa y retenerte á mi lado; pero el amor de tu gloria, que reflejará en mí y en tu hijo, me mueve á no impedir tu partida, aunque el impedirla estuviera á mi alcance. Vé, pero llévame contigo. Déjame primero compartir tus trabajos y despues tu triunfo.

SIDARTA.—No puede ser. Debo partir solo.

GOPA.—Mi corazon se deshace de dolor; pero me resigno devotamente. ¿Y cuándo, bien mio, ha de ser tu partida?

SIDARTA.—En el instante, ¡oh hermosa nieta de Iksvacú! Estamos en la mitad de la noche. Mira al claro cielo. ¿Ves aquella luz que brilla en Oriente? Es mi estrella, que se levanta para iluminarme y guiarme. Chandac, mi escudero, tiene enjaezados los caballos. Los que guardan la puerta oriental de Capilavastu, por donde ya asoma mi estrella, están ganados y me dejarán partir. Queda en paz, ¡oh Gopa!

GOPA.—¡Oh señor del alma mia! Tu esclava gemirá abandonada por tí mientras viviere. Si no lo repugnas, ya que no á la mujer querida, concede el último favor á la madre de tu hijo. Sella mi rostro con tus labios.

(Sidarta besa á Gopa en silencio. Gopa le estrecha en sus brazos y le besa tambien. Sidarta se desprende de ella con suavidad y huye. No bien Sidarta desaparece, Gopa cae desmayada.)

CUADRO II.

Sigue la escena en la ciudad de Capilavastu, 593 años ántes de Cristo.

Es de día. La misma cámara del tálamo.

GOPA Y PRATYAPATI.

PRATYAPATI.—Quiero decírtelo, aunque sea dura contigo. No; tú no le amas, ya que estaba en tu mano detenerle y le dejaste partir.

GOPA.—Él es mi señor; yo, su sierva. No estaba en mi mano detenerle. Su voluntad es firme y superior á todos mis halagos; pero, aún pudiendo yo detenerle, no le hubiera detenido.

PRATYAPATI.—¿Por qué? ¿Acaso crees en su doctrina?

GOPA.—Yo creo en el impulso magnánimo que le mueve, y esto me basta: creo en su dulce compasion por todos los seres; en su amor á los hombres, á quienes mira como á hermanos, sin distincion de castas; y en su deseo vehemente de enseñarles el camino de la virtud y de la paz. Sólo no creo en una cosa de las más esenciales que él afirma; y si de esto dudo, ó más bien, si esto niego, es por lo mucho que le amo. ¿Cómo he de creer yo en nuestra incurable miseria, en nuestro inconsolable dolor, y en que la actividad de la mente es un dón funesto, cuando, en el colmo de mi amargura, abandonada por él para siempre, todavía vale más el recuerdo de la dicha alcanzada y de la honra

obtenida en ser suya que todo el pesar del abandono en que me deja? ¿Cómo he de creer que la vida es un mal, cuando veo y columbro la suya, que ha de ser fuente de tantos bienes? ¿Cómo he de apreciar en poco la vida, cuando el precio infinito de la vida de él bastará para el rescate del linaje humano? ¿Cómo he de llamarme infeliz y no bienhadada, si el fruto de su amor vive en nuestro hijo, si la gloria de su nombre me circundará de fulgores inmortales, y si el recuerdo de que ha sido mío, de que le he tenido á mis plantas, idolatrándome, embelesado en la contemplación de mi belleza, á par que lisonjea mi orgullo, es inagotable manantial de consuelo para mi alma?

PRATYAPATI.—No es hondo el dolor que tan fácilmente halla consuelo. No: tú no le amas.

GOPA.—Quien no ama ni entiende de amor eres tú, Pratyapati. Porque le amo, en el mismo dolor hallo consuelo, y no sólo consuelo, sino deleite y gloria. Y mientras el dolor es más intenso, es la dulzura más grata. Padecer por él, llorar por él, verse condenada por él á soledad horrible y á viudez prematura, es sacrificio santo que hago en aras de su amor y que encierra una virtud beatificante. Tú estás más prendada de su doctrina que de su persona. Yo adoro su persona, y en parte desecho su doctrina. Por amor suyo la desecho. No es funesto dón la luz de mi inteligencia, ya que alumbrá su imágen; no es funesto dón mi memoria inmortal, ya que su recuerdo vive en ella. Abomino del reposo, de la extinción que él busca y desea, y prefiero un tormento sin fin, con tal de que viva en mí el rastro del amor que me tuvo. Bajo la presión de mis penas dará mi amor su más balsámico aroma, embriagándome el alma, como huelen mejor las hierbas y las flores de la selva cuando el villano al pasar las ofende y las pisa.

PRATYAPATI.—Perdóname, ¡oh enamorada mujer! Bien presumía yo que le amabas; pero quería medir la energía de tu amor. La he negado, para cerciorarme de ella, oyendo tus palabras. Todavía tienes que pasar por un amargo trance, y ansiaba yo conocer el brío que hay en tí para sufrirlo.

GOPA.—Antes de su abandono, ántes de que esta desgracia me hubiese herido el alma, la imaginación medrosa me fingía mayor la pena que iba á sobrevenir, y me menguaba los medios de consuelo. Ahora nada hay ya que me aterre. El bien que he gozado y perdido mitiga y aún endulza con sus dejos toda la amargura del mal presente. Mi corazón es cual vaso que ha contenido un licor oloroso y de sabor gratísimo. El licor se ha derramado, pero lo más sustancial y rico que en él había quedará para siempre en el fondo del vaso é incrustado en sus paredes interiores, y trocará en miel el acíbar que en él se ponga, y en bálsamo el veneno.

PRATYAPATI.—Me tranquilizo al notar que el amor que tienes á Sidarta te da energía para sufrirlo todo. Sabe, pues, que fué en vano que el Rey enviase en su persecución á sus más fieles servidores. No han podido dar con él. Sidarta se ha perdido en el seno de impenetrable y sombría floresta. Allí no es ya el príncipe Sidarta, sino el áspero penitente Sakiamúni. Su elegante traje le trocó por el traje de un mendigo. La negra y rizada cabellera que ceñía sus candidas sienas, formando undosos y perfumados bucles, se la cortó él mismo, y te la envía como último presente. El escudero Chandac tiene el encargo de entregártela, y ya se adelanta á cumplirla, si le dejas penetrar hasta aquí.

(Gopa hace seña de que entre, y entra Chandac, trayendo en un plato de oro la cabellera de su señor.)

GOPA (tomando en sus manos el plato de oro y colocándole sobre el tálamo).—¡Cuántas veces, amados cabellos, cuando estabais aún prendidos en su cabeza, os besaron mis labios y os acariciaron mis manos! Ya estais muertos y separados de él. Estais muertos porque no teneis memoria y no le recordais. Yo también, separada de él como vosotros, arrancada de él como la flor de su tallo, carecería de vida, si mi vida no fuese su recuerdo.

PRATYAPATI.—¿Y por qué no también la esperanza de que volverás á verle?

GOPA.—Porque el recuerdo es verdadero y leal, y la esperanza falsa y engañosa; porque el recuerdo evoca para mí á Sidarta, enamorado, tierno, humano conmigo; todo él para mí, y toda yo para él; mientras que la esperanza me niega para siempre á Sidarta, y sólo me ofrece ahora á Sakiamúni, y más tarde, cuando Sakiamúni alcance su última victoria, á un sér incomprensible, más luminoso que los astros, y mayor en poder que los dioses, pero inferior á Sidarta, joven, hermoso y enamorado.

PRATYAPATI.—¡Pero Sidarta será el Buda libertador de los hombres!

GOPA.—Jamás el Buda valdrá para mí lo que Sidarta valía. Reniego de la libertad que el Buda me dé, y la trueco mil veces por la esclavitud con que Sidarta me esclavizaba. Doy la fría calma que la doctrina del Buda me proporcione por la agitación y la guerra amorosa que, con las caricias, los rendimientos, los celos, la ausencia y hasta los desdenes de Sidarta, me han perturbado y atormentado.

CUADRO III.

La escena es en la ciudad de Francfort sobre el Main, 1866 años después de Cristo, y 2488 después de Buda.

Habitación del doctor Seelenführer. Es de noche. Una lámpara de petróleo ilumina la estancia, donde hay mucho librote.

EL DOCTOR SEELENFÜHRER Y EL AUTOR.

AUTOR.—Aseguro á V., mi querido doctor Seelenführer, que cada día estoy más encantado de haber contraído con usted estas relaciones amistosas. Oyendo á V. comprendo el movimiento intelectual de Alemania, en lo que tiene de más hondo, y por consiguiente el de toda Europa, porque (¿cómo no confesarlo?) Alemania es nuestro norte en ciencias y en filosofía, casi desle Leibnitz, y sobre todo desde Kant. Usted es un resumen vivo de cuanto ahora se sabe ó se supone que se sabe: usted es un sabio á la última moda. Todo esto me divierte mucho, porque no puede usted figurarse lo aficionado que soy á la filosofía; pero confieso que hay dos cosillas que me afligen.

SEELENFÜHRER.—Dichoso V., á quien sólo afligen dos cosillas. ¡A mí me afligen y me desesperan todas!

AUTOR.—Pues justamente es ésa una de las cosillas que me afligen: el que á V. le aflijan todas y le desesperen. De lo que ántes yo gustaba más, en la filosofía alemana, era del optimismo. Desde el doctor Pangloss hasta hace poco (al menos yo así lo entendía) han venido siendo optimistas los grandes filósofos. El ser llorones se dejaba á los poetas exóticos, como Byron y Leopardi. En Alemania, ni los poetas siquiera eran quejumbrosos y desesperados. En el más grande de todos, en Goethe, célebre yo con singular contentamiento cierta alegría reposada y majestuosa y cierta olímpica serenidad. Pero ¡amigo mío! ¿cómo ha cambiado todo! Lo que ahora priva es la filosofía de la desesperación. La poesía la precedió en este camino, el cual, seguido poéticamente, confieso que me encantaba. Cuando yo era mozo y estudiante, ¿quién no hacía versos desesperados? Los versos desesperados eran como blasfemias y renegos de las personas atildadas y cultas. Había uno perdido al juego la mesadita de 30 á 40 duros que le enviaba su papá; había estudiado tan poco, que había salido suspenso y le habían dejado para el cursillo; la hija de la pupilera, ó la pupilera misma, le había plantado y preferido á otro huésped; en cualquiera de estos casos, ó de otros por el estilo,

leer ó hacer versos desesperados á lo Byron, á lo Leopardi ó á lo Espronceda, era un desahogo, con el cual se quedaba sereno el vate ó genio en agraz, y comia luego con más apetito que nunca. El asunto es mil veces más serio en el día. La desesperacion no se muestra en jaculatorias y raptos líricos, más ó ménos elegantes y poco metódicos, sino que se deduce de todo un sistema dialéctica y sábiamente construido. Confiese V. que esto es lastimoso. Si el término del progreso no es la desesperacion momentánea, poética y romántica de un poeta impresionable, sino la desesperacion reducida á reglas y demostrada como una serie de teoremas de Geometría, convenga V. en que debemos maldecir el progreso. Aquí tiene V., pues, las dos cosillas que me afligen. Los dos artículos principales de mi fe filosófica quedan destruidos con la filosofía á la moda: la fe en el optimismo y la fe en el progreso. ¿No sería puerilidad ridícula alegar, como prueba del progreso, el que vamos ahora en ferro-carril ó en tranvía, en vez de ir á pié ó á caballo; el que los retratos en fotografía salen baratos; el que se teje con prontitud y primorosamente por medio de máquinas de vapor, y el que enviamos á decir á escape lo que se nos antoja por medio del telégrafo, si en lo esencial estamos, de un modo sistemático, pertinaz y dialéctico, desesperados y dados á todos los demonios?

SEELENFÜHRER.—¿Y por qué ha de ser puerilidad ridícula? ¿Quién, que penetre en lo esencial, cree que el progreso pasa de los accidentes á la esencia? El telégrafo, el vapor, la fotografía, los cañones rayados son, pues, el progreso.

AUTOR.—Yo entendía, sin embargo, que el objeto y fin de la filosofía era la bienaventuranza, y el término del progreso la perfeccion del hombre hasta llegar á la bienaventuranza deseada: á su ideal, en el sentido más lato. Así, pues, no puedo convencerme de que caminamos hácia la bienaventuranza, cuando veo que, no sólo estamos desesperados, sino que es tonto probalísimo, hombre ajeno á la filosofía, acéfalo ó microcéfalo insipiente, el que no se desespera.

SEELENFÜHRER.—Esa desesperacion, hoy más vivamente sentida que en otras edades, es la prueba más clara del progreso. Cuando el viandante va acercándose al fin de su jornada pica y da de espuelas á su caballo para acabarla pronto y descansar. Así el progreso, que va caballero en la humanidad, la pica y la espolea para que llegue y se repose cuanto ántes.

AUTOR.—¿Y cuál es la posada á donde el progreso nos lleva?

SEELENFÜHRER.—Nos lleva á la nada; al fin del Universo y de toda la vida; á la extincion del egoismo y al triunfo del amor, que es la muerte. No le quepa á V. la menor duda: la ciencia llegará á poder destruir toda esta pesadilla horrible del Universo, que es lo que nos conviene. En el no sér nos aquietaremos todos y cesará esta lucha incesante por la vida que traemos ahora, ya valiéndonos de la fuerza, ya de la astucia. ¡Cesará el dolor y se extinguirá el deseo! ¡Qué paz tan hermosa!

AUTOR.—Guárdesela V. para sí; que yo no la quiero.

SEELENFÜHRER.—Pues no hay otro remedio. Para todos vendrá. Es el único fin de nuestros males. La *idea* de Hegel, despues de llegar á su total desenvolvimiento, por medio de mil y mil evoluciones y determinaciones, se replegará sobre sí misma con toda la plenitud del sér, sin algo que la limite y determine, y será el no sér. La esencia de los krausistas se realizará toda, y la realizacion de la esencia será la nada. La *voluntad* de Schopenhauer, este prurito, este amor primogenio, que lo ha sacado todo de sí, como representacion y fantasmagoría, dará fin á la representacion trágica de la vida, y lo volverá á encerrar todo en sí. Mientras llega este día dichoso, en que ha de acabar la vida, crea V. que los adelantamientos científicos sirven de mucho para hacerla ménos intolerable.

AUTOR.—Póngame V. algun caso.

SEELENFÜHRER.—Pondré uno ó dos de los más capitales, pero será menester cierta explicacion prévia.

AUTOR.—Pues dé V. la explicacion.

SEELENFÜHRER.—Ya V. sabe que pasó la edad de la fe.

AUTOR.—Sea, pues V. lo asegura.

SEELENFÜHRER.—Los hombres, en esta edad de la razon, no pueden dejarse llevar para sus actos del temor ni de la esperanza de premios ó de castigos ultramundanos. Los hombres son autonómicos. Ellos mismos se imponen las leyes que quieren, las derogan cuando gustan, y se abuelven cuando las infringen. No hay sér superior al hombre, que legisle y juzgue, salvo un fantasma que tal vez crea la conciencia y proyecta fuera de sí, agrandándole, como la figurilla pintada en el vidrio de una linterna mágica se agranda al proyectarse en la pared, á causa de la oscuridad. Traiga V. una luz clara, y la figura grande que habia en la pared desaparece, y sólo queda la figura pequeña dentro de la linterna. Así la proyeccion del fantasma que habia en nuestra mente, y que nos fingiamos en lo exterior, inmenso, infinito, se borra, se desvanece del todo, ante las claras luces del siglo en que vivimos.

AUTOR.—Enhorabuena. ¿Y qué?

SEELENFÜHRER.—Los hombres, pues, no tienen para sus actos sino dos móviles, ó, mejor dicho, uno solo, que se bifurca: lo que los positivistas ramplones llaman la utilidad. La bifurcacion consiste en que unos buscan la utilidad exclusiva de ellos, y otros, los ménos, la utilidad de todos. Esto no implica mérito ni demérito en el hombre: todo está predeterminado: todo es fatal: todo es obra de esa voluntad inconsciente, de ese prurito que creó el mundo, y que se agita en nosotros y nos impulsa: á unos á la devocion, al sacrificio, negando al individuo por amor al todo; á otros al egoismo, procurando la conservacion, el deleite y el bienestar del individuo, á despecho y tal vez en perjuicio de la totalidad. Nace de aquí que no poca gente de la más ruda, menesterosa y fiera, alentada y capitaneada por espíritus inquietos, trate de subvertirlo todo por envidia ó por codicia, en virtud de teorías que se llaman, por ejemplo, socialismo, comunismo y nihilismo. ¿Cuál es el mejor modo de evitar esto? Aquí de la sabiduría, ha dicho mi docto amigo Ernesto Renan; y ha discurrido un medio, que pronto ofrecerá á los sabios en un libro precioso. Consiste su medio en que los sabios se reúnan en corporacion ó cofradía; se comuniquen sus inventos sin que el público los trasluzca, volviendo á la época de las ciencias ocultas y de la magia; y, no bien chiste la plebe, se alborote ó no los deje en paz, reciba su merecido, produciendo los sabios contra ella, ya un buen terremoto, ya una inundacion ó un diluvio, ya una epidemia, ya un par de volcanes en actividad, ya otra plaga por el estilo. Así llegará al cabo el gobierno de los sabios: todos los que no lo sean nos obedecerán y temblarán, y el mundo estará lo ménos mal posible. Seguirá entre tanto progresando la ciencia, y no bien logremos poseerla del todo, acabaremos este drama del Universo y de la historia con un suicidio colosal, ó mejor expresado, con un *totalicidio* y aniquilamiento de cuanto existe. El otro caso de ventajas que ha de traernos la ciencia es el de dar una nueva religion á la plebe ignorante. La ciencia y la filosofía niegan á Dios; pero los que no son científicos ni filósofos es menester que le tengan. Esto nos conviene. La religion será, pues, nuestra misma filosofía, expuesta, no ya en términos dialécticos y con método, sino en imágenes, símbolos, alegorías y otras figuras retóricas, cada una de las cuales tomará consistencia en la fantasia del vulgo y será una persona divina, un ente mitológico, Dios en suma. Ya varios amigos míos andan por esta manera confeccionando la religion del porvenir. Dificil es la empresa; pero ¿qué no puede la ciencia novísima? Yo creo que acabará por salirse con la suya.

AUTOR.—Y dígame V.: ¿se va ya entreviendo á cuál de las religiones positivas, existentes hasta hoy, se parecerá más la religion del porvenir?

SEELLENFÜHRER.—Vaya si se entreve. Se parecerá al budismo.

AUTOR.—Hombre, me alegro. Buen lazo de fraternidad, así que seamos budistas, vamos á tener con más de doscientos millones de ellos que hay en Asia y en Oceanía. Pero me alegro también por otra razón.

SEELLENFÜHRER.—¿Por cuál?

AUTOR.—Porque estoy escribiendo un diálogo, donde Gopa, la mujer de Buda, es la heroína, y no sé cómo terminarle. Usted, que ya es casi budista, debe de tener vara alta con Gopa. ¿Podrá V. evocarla y hacer que yo hable con ella?

SEELLENFÜHRER.—No hay nada más llano. Antes de todo, quiero que sepa V. que yo no soy un espiritista adocenado, sino el más ilustre de los espiritistas. Yo he hecho dar un paso gigantesco al espiritismo. En primer lugar, le he conciliado con mis ideas á lo Schopenhauer. Mi escepticismo, á fuerza de negarlo todo, nada niega. La misma duda cabe en que V. sea ilusión ó realidad, que en que Gopa, aparecida ahora ante nosotros despues de cerca de veinticinco siglos de muerta, sea realidad ó ilusión. Los puros materialistas son necios. Por medio de combinaciones y operaciones físicas y químicas de lo que llaman materia, y donde sólo ven ó pretenden ver la realidad, se jactan de explicar el espíritu, la voluntad, la inteligencia y el deseo, que ellos creen cualidades ó resultados; y la verdad es que el resultado, tal vez aparente, es la materia, y que de la voluntad y del entendimiento, única cosa real, si hay algo real, es de donde procede todo. Así, pues, no hay fundamento alguno para negar que existan aún la mente y la voluntad individuales de Gopa, aunque los órganos que esta voluntad y esta mente se proporcionaron ó se crearon para su uso, en cierta época dada, hayan desaparecido.

AUTOR.—De eso no tiene V. que convencerme. Yo creo en la inmortalidad de las almas. Lo que se me hace duro de creer es que ni V. ni nadie las evoque.

SEELLENFÜHRER.—Yo no trataba de convencer á V. Quería sólo justificarme de haber incurrido en contradicción. Por lo demás, V. se convencerá de mi poder nigromántico. Gopa aparecerá y hablará con V. ahora mismo. No en vano me apellidan Seelenführer, que equivale en griego á Psicopompo ó conductor de almas, epíteto dado á Hérmes, tres veces grande, y á otros hábiles taumaturgos de la antigüedad.

AUTOR.—Y dígame V., ¿por qué medio se comunicará Gopa conmigo?

SEELLENFÜHRER.—Por la perla de los medios. Mi medio es una paisanita de V., una lozana andaluza, cuyo nombre es Carmela, á quien hallé, cinco años há, extraviada en Hamburgo, haciendo sortilegios, que no le salían bien, al rededor de una mesa de treinta y cuarenta. Desde entonces está conmigo y se ha mediatizado, ejerciendo la medianía de un modo que no tiene nada de mediano, y sí mucho de nuevo. Yo embargo magnéticamente su espíritu, y queda su cuerpo como casa deshabitada, donde el espíritu evocado penetra, se infunde, y, valiéndose de los órganos de ella, emite la voz con sus pulmones y garganta, y articula palabras con su boca.

AUTOR.—Amigo mio, estoy encantado de oírle. Linda invención la de V. Eso sí que me gusta, y no aquella pesadez de los golpecitos en las mesas y de la escritura despues. Vea yo cuanto ántes á Carmela.

SEELLENFÜHRER.—Aguarde V. un momento. (*Hace ciertos ademanes y pases con las manos, como quien vierte por ellas diez chorros de fluido magnético.*) Ya está Carmela dormida. Ahora evoquemos el espíritu de Gopa para que se infunda en el lindo cuerpo de Carmela. ¡Gopa! ¡Gopa!

(*Se abre la puerta que debe de haber en el fondo, y Gopa aparece, toda vestida de blanco, muy guapa moza, aunque algo morena, y con los hermosos, largos y negros cabellos sueltos por la espalda.*)

GOPA.—¿Qué me quieres?

SEELLENFÜHRER.—Que respondas á lo que este caballero te pregunte.

GOPA.—¿Qué he de responder? No: yo no quiero responder á nadie. Acabas de herirme, de emponzoñarme el corazón. Hace veinticinco siglos que gozaba yo con el recuerdo de Sidarta, noble, generoso y enamorado. Su último casto beso, el de la noche en que se despidió de mí, estaba en lo íntimo de mí sér como luz celestial que le iluminaba. Todo mi encanto se destruye ahora. Yo no he vuelto á ver á Sidarta. No he vuelto á saber de Sidarta en todo este tiempo. ¿Conseguiría su propósito? me he preguntado á veces. ¿Lograria escaparse de la esfera de la vida y hundirse en el nirvana? En el mundo de los espíritus me he encontrado con muchos espíritus, y nunca con el de Sidarta. He aprendido mil verdades. He conocido el error de Sidarta, pero mi afecto tenía razones para disculparle. En Capilavastu, allá en el centro de la India, seis siglos ántes de que viniese al mundo Nuestro Señor Jesucristo, nada sabíamos de Dios; no alcanzábamos que hubiese un Sér omnipotente, bueno, infinitamente sabio, principio y fin de todas las cosas. Nuestros dioses eran los astros, los elementos, las fuerzas naturales personificadas; dioses ciegos, sin amor y sin inteligencia; sin libertad; esclavos del destino; inferiores á la naturaleza; muy inferiores á toda alma humana. ¿Qué mucho que con este ateísmo por deficiencia, con este desconocimiento infantil del Sér supremo, y movido Sidarta de caridad sublime, imaginase su absurda aunque benévola doctrina? Pero en la culta Europa, en el siglo XIX, sabiendo ya cuanto los profetas de Israel han revelado, cuanto han especulado racionalmente los filósofos de Grecia sobre Dios personal, y cuanto nos han enseñado el Evangelio y la ciencia moderna, que de él dimana, es una mala vergüenza hacerse ateos, caer en la desesperación y retroceder al budismo. Imagina, pues, cuán hondo será mi dolor cuando en tí, que te llamas ahora el doctor Seelenführer, acabo de reconocer á mi Sidarta, á mi Sakiamúni y á mi Bagavat, porque todos estos nombres te dábamos. Tú no caes en ello; pero no lo dudes: tú fuiste el Buda y quieres volver á serlo. Entonces, como era en sazón oportuna, fuiste un grande hombre; hoy me pareces un charlatan ó un mentecato, y ó te desprecio, ó te abomino. Adios para siempre. Para siempre acabaron ya nuestros amores.

(*El espíritu de Gopa abandona, á lo que puede inferirse, el cuerpo de Carmela, que cae por tierra como exánime.*)

AUTOR.—¿Qué es esto, amigo Seelenführer? ¿Es verdad ó mentira? Si es burla de Carmela, es burla harto pesada, y si son véras, las véras son más pesadas aún.

SEELLENFÜHRER (*atolondrado*).—¿Si habré sido yo el Buda? ¿Si estaré loco? ¿Si se burlará de mí esta muchacha? (*Se acerca á Carmela para levantarla del suelo.*) Está fría como el mármol. ¡Qué desmayo tan horrible! ¿Si estará muerta? Carmela, Carmela, vuelve en tí.

CARMELA (*volviendo de su desmayo y levantándose*).—¡Ay, Jesus mio!

SEELLENFÜHRER.—Muchacha, respóndeme con franqueza. ¿Te has estado burlando de mí? ¿Qué diabluras son las tuyas?

CARMELA.—¿Qué diabluras han de ser sino las que usted hace conmigo y que al fin han de costarme caras? He tenido una pesadilla feroz; me he caído redonda en el suelo, y estoy segura de que tengo el cuerpo lleno de cardenales.

SEELLENFÜHRER.—¿Y no recuerdas nada de lo que has dicho?

CARMELA.—Nada recuerdo. Déjeme V. ahora. Tengo necesidad de descanso.

(*Carmela se va.*)

AUTOR.—Mi querido Doctor: yo no sé qué pensar de lo que acabo de ver y oír; pero, francamente, todos estos pesimismo, ateismos y espiritismos me parecen malsanos y disparatados.

SEELLENFÜHRER.—Ya sabía yo que V. pensaba así. Usted es un metafísico superficial, burlon y escéptico, que no

sabe lo que se pesca. Usted es un descreído, anticuado en más de cien años; un discípulo de Voltaire.

AUTOR.—Seré lo que á V. se le antoje. Aunque no he tomado á Voltaire por maestro, Voltaire me divierte, y los pesimistas alemanes me aburren. Voltaire, á pesar del *Cándido*, no era un pesimista radical. Voltaire, en el fondo, era tan optimista como Leibnitz, de quien quiso burlarse. Fácil me sería demostrarlo, si no estuviese de priesa. Y en cuanto al descreimiento, digo que Voltaire jamás negó con seriedad las más altas y consoladoras verdades, de que son funda-

mento la existencia de Dios, su justicia, su providencia, y la libertad y responsabilidad del hombre. Me atrevo, por último, á dar por evidente que, si Voltaire hubiera previsto los abominables y desesperados sistemas de estos últimos tiempos, en vez de hacer la guerra al cristianismo, se hubiera hecho amigo de los Padres Jesuitas, hubiera oído una misa diaria, hubiera ayunado una vez por semana, y se hubiera confesado cada mes un par de veces.

JUAN VALERA.



ROMEO Y JULIETA.—Acuarela del Sr. Gonçalves Pereira.

BIBLIOTECA SELECTA DE AUTORES CONTEMPORÁNEOS

PUBLICADA POR LA EMPRESA DE

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

PRECIOS EN MADRID.

- El Matrimonio.** Su ley natural, su historia, su importancia social, con un prólogo del Académico Sr. D. Aureliano Fernandez-Guerra, por D. Joaquin Sanchez de Toca; edicion reformada; dos tomos, 8.º mayor, 8 pesetas.
- La Cuestion de Oriente,** por D. Emilio Castelar; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.
- Recuerdos de Italia,** por D. Emilio Castelar; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.
- Cuarenta siglos,** historia útil á la generacion presente, por D. Anselmo Fuentes. Esta obra ha sido revisada por la autoridad eclesiástica; un tomo, 8.º mayor, 3 pesetas.
- Guia ilustrada de Madrid,** con más de 150 grabados intercalados en el texto, y planos sueltos muy importantes, que representan los edificios, paseos y monumentos más notables de la capital, por el Excmo. Sr. D. Angel Fernandez de los Rios; un tomo, 8.º prolongado, 6 ptas.
- Un libro para las damas** (Estudios acerca de la educacion de la mujer), por D.ª María del Pilar Sinués; 2.ª edicion; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.
- La vida íntima.—En la culpa va el castigo,** por doña María del Pilar Sinués; un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.
- Un libro para las madres,** por D.ª María del Pilar Sinués; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.
- Hija, esposa y madre,** cartas dedicadas á la mujer acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad, con un apéndice titulado *Hermana*, por D.ª María del Pilar Sinués; dos tomos, 8.º mayor frances, 8 pesetas.
- La Abuela,** por D.ª María del Pilar Sinués; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.
- El Sol de invierno,** por D.ª María del Pilar Sinués; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.
- Album poético español,** por los Sres. Marqués de Molins, Hartzenbusch, Campoamor, Calcaño, Bustillo, Palacio, Grilo, Aguilera, Nuñez de Arce, Alarcon y otros; un tomo, 4.º mayor, 8 ptas., y 12 lujosamente encuadernado.
- Varias obras inéditas de Cervántes,** sacadas de códices de la Biblioteca Colombina, por D. Adolfo de Castro; un tomo, 8.º mayor frances, 8 pesetas.
- Delicias del nuevo paraíso,** por D. José Selgas; 2.ª edicion; un tomo, 8.º mayor frances, 3 pesetas.
- Cosas del día,** continuacion de las *Delicias del nuevo Paraíso*, por D. José Selgas; tercera edicion; un tomo, 8.º mayor frances, 3 pesetas.
- Escenas fantásticas,** por D. José Selgas; un tomo, 8.º mayor frances, 3 pesetas.
- Un libro para las pollas,** por D.ª Francisca Sarasate; un tomo, 8.º mayor frances, 3 pesetas.
- Mari-Santa,** por D. Antonio de Trueba; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.
- Amores y amorios,** historietas en prosa y verso, por don Pedro A. de Alarcon; un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.
- Verdades y ficciones,** por D. Ramon de Navarrete, con un prólogo de D. Luis Mariano de Larra; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.
- El Comendador Mendoza,** por D. Juan Valera; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.
- De Madrid á Madrid dando la vuelta al mundo,** por D. Enrique Dupuy de Lôme; un tomo, 8.º mayor, 4 ptas.
- Letra menuda,** prosa y versos de D. Manuel del Palacio; un tomo, 8.º mayor frances, 3 pesetas.
- Sueños y realidades,** por D. Ramon de Navarrete; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.
- Venturas y desventuras,** coleccion de novelas del capitán de navío D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.
- Adriana de Wolsey,** original de Ventura Hidalgo, precedida de un prólogo del Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer; un tomo, 8.º mayor frances, 4 pesetas.
- Cuadros viejos,** coleccion de pinceladas, toques y esbozos, representando costumbres españolas del siglo XVII, por D. Julio Monreal; un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.
- Una docena de cuentos,** por D. Narciso Campillo, con un prólogo de D. Juan Valera; un tomo, 8.º mayor, 4 ptas.
- La Leyenda de Hixem II.—El Capitan Morgan,** por D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas; un tomo, 8.º mayor frances, 3 pesetas.
- El libro azul,** novelitas y bocetos de costumbres, por don Eduardo Bustillo; un tomo, 8.º mayor frances, 3 pesetas.
- Cuentos,** por D. José Fernandez Bremon; un tomo, 8.º mayor frances, 3 pesetas.
- Manual de la Moda Elegante.—** Tratado de costura, bordados, flores artificiales y demas labores de adorno y utilidad para las Señoras y Señoritas; un tomo, 8.º frances, 4 pesetas.
- El Bazar,** revista ilustrada, con preciosas novelas, como *Noventa y tres*, de Víctor Hugo; cuatro tomos, 20 pesetas.
- Ademas hay existencias de varios títulos, que, aunque no editados por la Empresa de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, podemos ofrecer á los precios siguientes:
- Disquisiciones náuticas,** por el capitán de navío D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.º mayor, 6 pesetas.
- La mar descrita por los mareados** (más *Disquisiciones*), por D. Cesáreo F. Duro; un tomo, 8.º mayor, 6 ptas.
- Navegaciones de los muertos y vanidades de los vivos** (libro tercero de las *Disquisiciones náuticas*), por D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.º mayor, 6 ptas.
- Los ojos en el cielo** (libro cuarto de las *Disquisiciones náuticas*), por D. Cesáreo Fernandez Duro; un tomo, 8.º mayor frances, 6 pesetas.
- Principios generales del arte de la colonizacion,** por D. Joaquin Maldonado Macanaz; un t. en 4.º, 6 ptas.
- Hechos y dichos,** por D. José Selgas; un tomo, 3 ptas.
- Un retrato de mujer,** por D. José Selgas; 2,50 pesetas.
- El Mundo invisible,** continuacion de las *Escenas fantásticas*, por D. José Selgas; un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.
- El Final de Norma,** por D. Pedro A. Alarcon; 3 pesetas.
- Nuevos poemas y dolores,** por D. Ramon de Campoamor; un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.
- Retórica y poética, ó lectura preceptiva,** por D. Narciso Campillo y Correa; un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.
- LEYENDAS ORIGINALES DE LA SEÑORA DOÑA MARÍA DEL PILAR SINUÉS.
- Las Esclavas del deber.** Un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.
- Cortezanas ilustres.** Un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.
- Glorias de la mujer.** Un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.
- Los Mártires del Amor.** Un tomo, 8.º mayor, 4 pesetas.

